



Cape Cod

Henry David Thoreau



Del grupo de notables que a mediados del siglo pasado tuvieron su hogar en la pequeña población de Concord, en Massachusetts, otorgándole con ello una fama literaria a la vez especial y duradera, Thoreau es el único nacido allí. Su vecino Emerson había buscado aquel sitio en su madurez como refugio rural y, después de haberlo convertido en el lugar elegido para su retiro, le siguieron Hawthorne, Alcott y otros; pero Thoreau, el genio más peculiar de todos ellos, era hijo de la tierra.

En 1837, a los veinte años de edad, se graduó en Harvard, y durante tres años fue maestro de escuela en su pueblo natal. Luego se puso a trabajar en el negocio al que estaba dedicado su padre: la fabricación de lapiceros de grafito. Creía poder fabricar un lapicero mejor que cualquiera de los que se usaban en aquella época, pero cuando tuvo éxito y sus amigos lo felicitaron por haberse abierto la perspectiva de hacerse rico, él respondió que jamás fabricaría otro lapicero. «¿Para qué?», dijo. «No quiero hacer de nuevo lo que ya he hecho una vez». Albergaba una marcada antipatía hacia el tipo urbanita acomodado, y hablando de esta clase de personas señala: «Habitualmente realizan cada día una pequeña actividad con objeto de mantenerse y luego se reúnen en los salones a fabular lánguidamente y a chapotear en la sensiblería social, y se marchan sin reparos a la cama a revestirse de una nueva capa de pereza».

Las personas que él prefería eran de un tipo más primitivo, sin artificios, con el valor necesario para librarse de las ataduras de la moda y las costumbres heredadas. Le gustaba especialmente la compañía de aquéllos que vivían en estrecho contacto con la naturaleza. Un irlandés semisalvaje, un rudo granjero, un pescador o un cazador, le producían verdadero placer; y por ese motivo, Cape Cod lo atraía poderosamente. Constituía por entonces una porción sumamente aislada del estado, y sus habitantes eran precisamente del tipo de gente independiente, autónoma, que lo atraía. En la narración de sus excursiones por allí ocupa un lugar principal el

elemento humano, y el autor se detiene larga y afectuosamente en las características de sus conocidos casuales, anotando todo comentario relevante por su parte. Sin duda ellos a su vez, también lo encontraban interesante, aunque los propósitos del viajero fueran en buena medida misteriosos para ellos y se inclinaban a pensar que se trataba de un buhonero.



Henry David Thoreau

Cape Cod

ePub r1.1

Titivillus 20.06.16

Título original: *Cape Cod*
Henry David Thoreau, 1865
Traducción: Héctor Silva

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en **ePubGratis**

Introducción a *Cape Cod*

Por Clifton Johnson (1908)

Del grupo de notables que a mediados del siglo pasado tuvieron su hogar en la pequeña población de Concord, en Massachusetts, otorgándole con ello una fama literaria a la vez especial y duradera, Thoreau es el único nacido allí. Su vecino Emerson había buscado aquel sitio en su madurez como refugio rural y, después de haberlo convertido en el lugar elegido para su retiro, le siguieron Hawthorne, Alcott y otros; pero Thoreau, el genio más peculiar de todos ellos, era hijo de la tierra.

En 1837, a los veinte años de edad, se graduó en Harvard, y durante tres años fue maestro de escuela en su pueblo natal. Luego se puso a trabajar en el negocio al que estaba dedicado su padre: la fabricación de lapiceros de grafito. Creía poder fabricar un lapicero mejor que cualquiera de los que se usaban en aquella época, pero cuando tuvo éxito y sus amigos lo felicitaron por haberse abierto la perspectiva de hacerse rico, él respondió que jamás fabricaría otro lapicero. «¿Para qué?», dijo. «No quiero hacer de nuevo lo que ya he hecho una vez».

De modo que dirigió su atención a diversos estudios y a la naturaleza. Cuando necesitaba dinero lo ganaba mediante alguna tarea manual que le resultase agradable, como construir un bote o una cerca, plantar, o realizar un relevamiento topográfico. Nunca se casó, rara vez iba a la iglesia, no votaba, se negaba a pagar impuestos al Estado, no comía carne, no bebía vino ni consumía tabaco; y durante mucho tiempo fue simplemente considerado una rareza por sus vecinos del pueblo^[1]. Pero cuando finalmente llegaron a

comprenderlo mejor, reconocieron su autenticidad, sinceridad y originalidad, y lo respetaron y admiraron. Era totalmente independiente, no se atenía a lo convencional y jamás le faltó el valor para vivir como consideraba adecuado y para defender y sostener aquello que creía correcto. De hecho, era tan devoto de sus principios e ideales que no parece haberse concedido nunca un momento de indiferencia o de descuido.

Era un hombre fuertemente ligado a su entorno, y pocas veces incursionaba fuera de su distrito. Salir de viaje no lo tentaba lo más mínimo. A su juicio, sería sólo un tiempo perdido de disfrutar de su propio pueblo, y comentaba: «En el mejor de los casos, París sólo podría ser una escuela donde aprender a vivir aquí, un peldaño en el camino a Concord».

Albergaba una marcada antipatía hacia el tipo urbanita acomodado, y hablando de esta clase de personas señala: «Habitualmente realizan cada día una pequeña actividad con objeto de mantenerse y luego se reúnen en los salones a fabular lánguidamente y a chapotear en la sensiblería social, y se marchan sin reparos a la cama a revestirse de una nueva capa de pereza».

Las personas que él prefería eran de un tipo más primitivo, sin artificios, con el valor necesario para librarse de las ataduras de la moda y las costumbres heredadas. Le gustaba especialmente la compañía de aquéllos que vivían en estrecho contacto con la naturaleza. Un irlandés semisalvaje, un rudo granjero, un pescador o un cazador, le producían verdadero placer; y por ese motivo, Cape Cod lo atraía poderosamente. Constituía por entonces una porción sumamente aislada del estado, y sus habitantes eran precisamente del tipo de gente independiente, autónoma, que lo atraía. En la narración de sus excursiones por allí ocupa un lugar principal el elemento humano, y el autor se detiene larga y afectuosamente en las características de sus conocidos casuales, anotando todo comentario relevante por su parte. Sin duda ellos a su vez, también lo encontraban interesante, aunque los propósitos del viajero fueran en buena medida misteriosos para ellos y se inclinaban a pensar que se trataba de un buhonero.

Su libro fue el resultado de diversos viajes, pero el único de estos sobre el que nos habla en detalle fue realizado en octubre [1849]. Ese mes fue, por lo tanto, el escogido por mí para visitar Cape Cod con el fin de lograr la serie de láminas que ilustran esta edición; pues deseaba ver la región lo más

aproximadamente posible a la forma en que Thoreau la describe. A partir de Sandwich, donde comienza el relato de sus experiencias en Cape Cod y donde la costa interior empieza a describir una marcada curva hacia el este, seguí casi la misma ruta recorrida por él en 1849, hasta Provincetown, en el propio extremo del gancho que forma la península.

Thoreau tiene mucho que decir acerca de caminos arenosos y laboriosas caminatas. En ese aspecto se ha producido una notable mejora, pues últimamente una parte considerable de la ruta principal ha sido «macadamizada»^[2]. Pero todavía se encuentran bastantes de los viejos caminos de arena que hacen pesado el viaje, sea a pie o en vehículos de tracción a sangre. Otro elemento al que el amante de la naturaleza hace referencia una y otra vez son los molinos de viento. Aunque el último cesó de moler hace muchos años^[3], varios continúan en pie y en condiciones casi perfectas. Ha habido cambios en Cape Cod, pero el paisaje en conjunto presenta el mismo aspecto que en tiempos de Thoreau. En cuanto a la gente, si se la mira sin prejuicios, paseando como lo hacía Thoreau, su personalidad conserva en buena parte el interés que él hallaba en ella.

El relato de nuestro autor sobre su viaje posee un sabor que resulta sumamente estimulante. Esto podría decirse de todos sus libros, pues no importa sobre qué escribiese, era seguro que sus comentarios iban a resultar originales; y lo leemos tanto o más por lo que manifiestan acerca de sus gustos, sus pensamientos y sus inclinaciones que por el tema del que trate. A su muerte en 1862, con cuarenta y cuatro años, había publicado únicamente dos libros, y su *Cape Cod* no apareció hasta 1865. El público tampoco mostró al principio gran interés por sus libros. Durante su vida, pues, el círculo de sus admiradores fue muy reducido, pero su fama ha aumentado constantemente desde entonces, y el estímulo de sus vívidas descripciones y observaciones parece destinado a una valoración duradera^[4].

1

El naufragio

Con el deseo de obtener un panorama mejor del que ya había tenido del océano, que —dicen— cubre más de dos tercios del globo, pero del cual quien viva a algunas millas tierra adentro puede que nunca tenga más indicios que sobre otro mundo, realicé una visita a Cape Cod en octubre de 1849, otra en junio siguiente, y otra más a Truro en julio de 1855; la primera y la última con un acompañante^[5], la segunda, solo. En total, he pasado unas tres semanas en el Cape^[6]; dos veces caminando por el lado del Atlántico desde Eastham hasta Provincetown^[7], y otra por el lado de la Bahía, exceptuando cuatro o cinco millas, y en mi andadura he atravesado la península media docena de veces; pero habiendo arribado tan fresco al mar, me he salado apenas. Mis lectores deben esperar únicamente el grado de salinidad adquirido por la brisa terrestre al soplar sobre un brazo del mar, o la que se percibe en las ventanas y en la corteza de los árboles a veinte millas tierra adentro, tras los vendavales de septiembre. Solía efectuar excursiones a las lagunas a menos de diez millas de Concord, pero últimamente las he prolongado hasta la orilla del mar.

No vi razón alguna para no poder escribir un libro sobre Cape Cod, lo mismo que mi vecino sobre «La cultura humana». Es sólo otro nombre para la misma cosa, y apenas una fase más arenosa de ella. En cuanto a mi título, supongo que la palabra Cape proviene del francés *cap*, y ésta a su vez del latín *caput*, cabeza; que tal vez deriva del verbo *capere*, coger, asir —siendo

ésta la parte por la que agarramos una cosa: «coger el Tiempo por el tupé». Es también la parte más segura por la que sujetar a una serpiente. Y en cuanto a Cod, está tomada directamente de aquel “gran acopio de *codfish*”^[8] que hizo allí el capitán Bartholomew Gosnold en 1602^[9]; pez cuyo nombre deriva al parecer del vocablo sajón *codde*, “caja en la que se guardan las semillas”, sea por la forma del animal o por la cantidad de huevos que contiene; de donde también, quizá, *codling* (“*pomun coctile*”?) y *coddle*, cocinar en agua caliente, sin hervir (ver dicc.).

Cape Cod es el desnudo brazo curvado de Massachusetts —el hombro está en Buzzard’s Bay; el codo, o hueso del codo, en Cape Mallebarre; la muñeca en Truro; y el puño arenoso en Provincetown— detrás del cual el Estado se mantiene en guardia, de espaldas a las Green Mountains y con los pies afirmados en el suelo oceánico, como un atleta que protege su bahía —boxeando con las tormentas del nordeste, y alzando de vez en cuando a su adversario, el Atlántico, del regazo de la Tierra—, preparado para lanzar el otro puño, que entretanto monta guardia junto a su pecho en Cape Ann.

Estudiando el mapa, comprendí que debía haber una playa ininterrumpida al este, o lado exterior del antebrazo del Cape, más de treinta millas desde la línea general de la costa, que debía proporcionar un buen panorama marino, pero que, habida cuenta de una abertura en la playa que constituye la entrada a Nauset Harbor, en Orleans, debía acceder a ella por Eastham, si me aproximaba por tierra, y probablemente podría caminar de allí directamente a Race Point, unas veintiocho millas, sin tropezar con obstáculo alguno.

Partimos de Concord, Massachusetts, el martes 9 de octubre de 1849. Al llegar a Boston nos encontramos con que el vapor de Princetown, que debía haber entrado el día anterior, no había arribado aún, debido a una violenta tormenta; y, al advertir en las calles un volante encabezado «¡Muerte! Ciento cuarenta y cinco vidas perdidas en Cohasset», decidimos ir por la ruta de Cohasset. Encontramos en los vagones^[10] muchos irlandeses que iban a identificar cadáveres y a compartir los sentimientos de los sobrevivientes, así como a asistir al funeral que iba a tener lugar por la tarde; y cuando llegamos a Cohasset parecía que casi todos los pasajeros se dirigían a la playa, que estaba como a una milla de distancia, y muchas otras personas acudían de la campiña vecina. Había varios centenares de ellas entrando en tropel por los

terrenos municipales de Cohasset en aquella dirección, algunas a pie y otras en carromato, y entre ellas algunos deportistas con atuendo de cazador, con sus escopetas, morrales y perros. Al pasar por el cementerio vimos un gran hueco, semejante a un sótano, acabado de cavar allí, y, poco antes de alcanzar la costa por un agradable y sinuoso camino pedregoso, encontramos varios carros de heno y carromatos de granja que se alejaban hacia el salón comunal^[11], cada cual cargado con tres grandes cajones rústicos de madera de pino. No necesitamos preguntar qué había en ellos. A los dueños de los vehículos les tocó ser los sepultureros. Cerca de la costa había numerosos carruajes con sus caballos atados a las cercas, y a lo largo de una o dos millas, arriba y abajo, la playa estaba cubierta de personas que buscaban cadáveres y examinaban los restos del naufragio. Frente a la costa había una pequeña isla, llamada Brook Island, con una choza en ella. Se dice que ésta es la costa más rocosa de Massachusetts, desde Nantasket hasta Scituate: dura roca sienita, que las olas han pulido pero no han logrado desmenuzar. Ha sido escenario de muchos naufragios.

El bergantín *St. John*, de Galway, Irlanda, cargado de inmigrantes, naufragó el domingo por la mañana^[12]; ahora era la mañana del martes y el mar continuaba golpeando con violencia las rocas. Sobre la ladera de una verde colina, a pocas varas del agua, y rodeados por una multitud, yacían dieciocho o veinte de los mismos cajones que he mencionado antes. Los cadáveres rescatados, veintisiete o veintiocho en total, habían sido reunidos allí. Algunos hombres clavaban rápidamente las tapas de los cajones, otros los acarreaban, y había otros que levantaban las tapas aún sueltas y echaban un vistazo bajo la tela que cubría el cadáver, pues a cada uno de éstos, incluso con restos de ropa adheridos, lo habían cubierto someramente con una sábana blanca. No vi ninguna señal de pesar, sino la sobria ejecución de una tarea que resultaba conmovedora. Un hombre procuraba identificar un cadáver en particular, y un sepulturero o carpintero llamaba a otro para saber en qué cajón se hallaba una determinada criatura. Según se alzaban las telas vi muchos pies marmóreos y cabezas apelmazadas, y el cuerpo lívido, hinchado y destrozado de una muchacha ahogada —probablemente había salido pensando en servir en casa de alguna familia americana— que llevaba todavía adheridos fragmentos de ropa, y un cordón medio oculto por la carne

alrededor del cuello tumefacto; los restos retorcidos de un torso humano carcomido por las rocas o los peces de un modo tal que dejaba a la vista hueso y músculo, pero sin sangre alguna —simplemente rojo y blanco—, con los ojos muy abiertos pero opacos, como faros sin luz; o como los ojos de buey de un barco encallado, llenos de arena. A veces había en el mismo cajón dos o más niños, o un progenitor y su hijo, y en la tapa de uno quizá estuviese escrito, en tiza roja, «Bridget Tal-y-Tal, e hijo de su hermana». La hierba de alrededor estaba cubierta de trozos de velas y de ropa. Hace poco he oído, de alguien que vive en esta playa, que una mujer que había venido primero pero había dejado a su niño para que después lo trajese su hermana, acudió a examinar aquellos cajones y en uno —probablemente el mismo cuya inscripción en la tapa he citado— vio a su hijo en brazos de su hermana, como si esta última hubiera querido que la hallasen así; y antes de tres días, la madre murió de la impresión^[13].

Nos volvimos y caminamos por la costa rocosa. En la primera caleta estaban esparcidos los que parecían fragmentos de una embarcación, en pequeños trozos mezclados con arena y algas marinas, y gran cantidad de plumas; pero su aspecto era tan antiguo y oxidado que, al principio, lo tomé por los restos de un antiguo naufragio que llevara allí muchos años. Pensé incluso en el Capitán Kidd^[14], y en que las plumas fueran las arrojadas en aquel sitio por las aves marinas; y en que acaso hubiera una tradición acerca de aquello en la vecindad. Pregunté a un marinero si se trataba del *St. John*. Dijo que sí. Le pregunté dónde había chocado. Él señaló un peñasco frente a nosotros, a una milla de la costa, llamado Grampus Rock, y añadió, «Se puede ver aún la parte de él que sobresale; parece un bote pequeño».

Lo vi. Debía estar sujeto por las cadenas y las anclas. Pregunté si los cadáveres que yo había visto eran de todos los que se habían ahogado. «Ni la cuarta parte», dijo él.

«¿Dónde está el resto?».

«La mayoría debajo de la parte que usted está viendo».

Nos pareció que la abundancia de residuos indicaba el naufragio de una gran navío en esta sola caleta, y que su acarreo iba a insumir muchos días. La aglomeración, en la que distinguimos esparcidas una gorra o una chaqueta, alcanzaba varios pies de altura. En el centro mismo de la multitud que

rodeaba los restos había unos hombres con carretillas ocupados en recoger las algas que la tormenta había arrojado y llevarlas fuera del alcance de la marea, aunque a menudo se veían obligados a separar de las mismas fragmentos de ropas, y en cualquier momento podrían haber encontrado bajo ellas un cuerpo humano. Se ahogase quien se ahogase, no olvidaban que aquellas algas marinas eran un valioso fertilizante. Aquel naufragio no había generado ninguna vibración emotiva visible en el tejido social.

A eso de una milla hacia el sur pudimos ver, asomando entre las rocas, los mástiles del bergantín británico al cual el *St. John* se había empeñado en seguir, al que se le habían soltado los cables y, por suerte, se había internado en el abra de Cohasset Harbor. Poco más adelante, por la costa, vimos unas ropas de hombre sobre una roca; más allá, un pañuelo de mujer, un vestido, un sombrero de paja, la cocina del bergantín y uno de sus mástiles, alto y seco, quebrado en varios trozos. En otra caleta rocosa, a varias varas del agua y detrás de unas rocas de veinte pies de altura, yacía parte de un costado del buque, todavía entera. Tenía quizá cuarenta pies de largo por catorce de ancho. Me sorprendió aún más el poder de las olas que demostraba ese fragmento destrozado, que lo que me había sorprendido antes la visión de los fragmentos menores. Las cuadernas mayores y los tensores de hierro se habían roto irremediabilmente, y me di cuenta de que ningún material podía resistir la fuerza de las olas; que el hierro tenía que hacerse pedazos en esas circunstancias, y que una embarcación de ese material se quebraría contra las rocas como una cáscara de huevo. Pero algunas de aquellas cuadernas estaban tan podridas que yo casi podía perforarlas con el paraguas. Nos dijeron que algunos se salvaron en aquel trozo del barco, e incluso nos mostraron el lugar donde el mar lo había arrojado a la caleta, que ahora estaba seca. Cuando vi dónde había entrado, y en qué condiciones, puse en duda que alguien se hubiera salvado en él. Un poco más lejos se había reunido una multitud alrededor de un tripulante del *St. John* que estaba contando su historia. Era un joven delgado, que se refería al capitán como el patrón y parecía algo excitado. Estaba diciendo que cuando saltaron al bote, éste se inundó, y que al inclinarse el barco, el peso del agua hizo que se rompiera la amarra, con lo cual quedaron separados. Ante eso, un hombre se alejó, diciendo:

«Bueno, no creo que esté contando toda la historia. Eso de que el peso del agua en el bote rompió la amarra. Un bote lleno de agua es muy pesado», etc.; todo ello en un tono bien audible y excesivamente serio, como si del asunto dependiera una apuesta suya, pero el aspecto humano no le interesase. Otro, un hombre voluminoso, estaba de pie allí cerca sobre una roca contemplando el mar y masticando tabaco como si tal fuese en él un hábito empedernido.

«Venga», dijo otro a su compañero, «vámonos de aquí. Ya lo hemos visto todo. Es inútil quedarse para el funeral».

Más allá vimos de pie sobre una roca a uno que, nos dijeron, era de los salvados. Un hombre de aspecto sobrio, vestido con chaqueta y pantalones grises, con las manos en los bolsillos. Le hice algunas preguntas, a las que él respondió; pero parecía renuente a hablar del asunto, y se alejó rápidamente. A su lado estaba uno de los hombres del bote salvavidas, con chaqueta de tela impermeable, quien nos contó cómo fueron al salvataje del bergantín británico, pensando que el bote del *St. John*, con el que se cruzaron por el camino, llevaba a toda la tripulación, pues las olas les impedían ver a quienes estaban en la nave, aunque de haber sabido que estaban allí podrían haber salvado a algunos. Poco más adelante estaba la bandera del *St. John* que se secaba al sol sobre una roca, sostenida por piedras en las esquinas. Esta frágil, pero esencial y significativa porción de la nave, que por tanto tiempo había sido juguete de los vientos, no podía dejar de alcanzar la costa. Desde aquellas rocas eran visibles una o dos casas, en las cuales estaban algunos de los sobrevivientes recuperándose de la conmoción experimentada por su cuerpo y su mente. Uno de ellos no era de esperar que salvase la vida.

Continuamos por la costa hasta un promontorio llamado Whitehead, para poder ver más de las Cohasset Rocks. En una pequeña ensenada, a menos de media milla, un anciano y su hijo recogían, con su equipo, las algas que aquella fatal tormenta había arrojado a la costa, y actuaban con tanta naturalidad como si nunca hubiese habido un naufragio en el mundo, aunque tenían a la vista la Grampus Rock, donde había chocado el *St. John*. El anciano se había enterado del naufragio, y conocía casi todos los detalles, pero dijo no haber estado allí desde que ocurrió. Lo que más le preocupaba eran las algas destrozadas, los líquenes, las coralinas, según las fue

nombrando, que acarreaba hasta su corral; y los cadáveres no eran para él sino otras plantas arrojadas por la marea, pero que no le servían. A continuación dimos con el bote salvavidas en su ancladero, a la espera de otra emergencia. Y por la tarde vimos a lo lejos la procesión fúnebre, a la cabeza de la cual marchaba el capitán con los demás sobrevivientes.

En su conjunto, no fue una escena tan impresionante como habría esperado. Si yo hubiese hallado un cadáver en una playa solitaria, me habría afectado más. Más bien me identificaba con los vientos y las olas, como si lanzar y destrozar aquellos pobres cuerpos humanos fuera algo natural. Si tal era la ley de la naturaleza, ¿a qué malgastar un tiempo en sentirse turbado o apiadarse? Llegado el último día, no deberíamos pensar tanto en la separación de los amigos ni en las malogradas perspectivas de los individuos. Comprendí que los cadáveres podían multiplicarse, como en el campo de batalla, hasta dejar de afectarnos en grado alguno, como excepciones a la suerte común de la humanidad. Súmense todos los cementerios, ellos son siempre la mayoría. Es el individuo y soldado quien demanda nuestra simpatía. Hay un solo funeral al que un hombre no puede asistir en el curso de su vida, un solo cadáver que no puede mirar. Yo vi que a los habitantes de la costa no les afectó aquel suceso. Hicieron guardia allí muchos días y noches esperando que el mar entregase a sus muertos, y su imaginación y sus simpatías reemplazaron las de los deudos ausentes, no enterados aún del naufragio. Muchos días después, uno que ambulaba por la playa vio algo blanco flotando sobre el agua. Cuando se le aproximó un bote, pudo verse que era el cadáver de una mujer, que se había alzado en posición erguida, y cuyo sombrero blanco el viento soplaba hacia atrás. Comprendí que la presencia de numerosos caminantes solitarios malograría la propia belleza de la costa mientras no fueran capaces de percibir, por fin, cómo unos naufragios como aquél la incrementaban y la hacían adquirir una, más rara y sublime todavía.

¿Por qué ocuparse de aquellos cadáveres? No tienen en realidad más amigos que los gusanos o los peces. Sus dueños venían al Nuevo Mundo como lo hicieron Colón y los Peregrinos, estaban a menos de una milla de sus costas; pero antes de poder alcanzarlas, emigraron a un mundo más nuevo del que Colón soñó jamás, pero uno de cuya existencia creemos que hay muchas

más pruebas universales y convincentes —aunque no hayan sido aún descubiertas por la ciencia— que las que Colón tenía del suyo; no simplemente cuentos de marineros y unas míseras ramas y algas flotando a la deriva, sino tendencias e instintos llegados a todas nuestras costas. Yo vi sus carcasas vacías que llegaron a tierra; pero ellos mismos, entretanto, eran arrojados a una costa aún más al este, hacia la cual todos nosotros tendemos y que alcanzaremos al final, tal vez entre la tormenta y la oscuridad, como ellos. Sin duda tenemos motivos para agradecer a Dios el que no hayan sido «naufragados de nuevo a la vida». El navegante que alcanza el puerto más seguro en el Cielo, quizás a sus amigos en tierra les parece naufragado, porque consideran que el sitio mejor es la bahía de Boston; aunque tal vez invisible para ellos, un hábil piloto viene a encontrarlo, y ante aquella costa soplan los más favorables y balsámicos vientos, su buena nave alcanza tierra en idílicos días, y él besa allí la orilla extasiado mientras aquí su viejo casco se bambolea sobre el oleaje. Es duro separarse del cuerpo de uno, pero sin duda es bastante fácil prescindir de él una vez que no está. ¡Todos sus planes y esperanzas explotan como una burbuja! ¡Montones de infantes estrellados contra las rocas por el océano Atlántico enfurecido! ¡No, no! Si el *St. John* no alcanzó su puerto aquí, ha sido anunciado allí. El más fuerte de los vientos no puede hacer que un Espíritu se tambalee; es un soplo de Espíritu. El propósito de un hombre justo no puede partirse en ninguna roca de Grampus ni material arenoso, sino que él mismo partirá las rocas hasta imponerse.

Los versos dedicados a Colón agonizante pueden, con leves alteraciones, aplicarse a los pasajeros del *St. John*:

*«Soon with them will all be over,
Soon the voyage will be begun
That shall bear them to discover,
Far away, a land unknown».*
*«Land that each, alone, must visit,
But no tidings bring to men;
For no sailor, once departed,
Ever hath returned again».*
«No carved wood, no broken branches

*Ever drift from that far wild;
He who on that ocean launches
Meets no corse of angel child».*
*«Undismayed, my noble sailors,
Spread, then spread your canvas out;
Spirits! on a sea of ether
Soon shall ye serenely float!»*
*«Where the deep no plummet soundeth,
Fear no hidden breakers there,
And the fanning wing of angels
Shall your bark right onward bear».*
*«Quit, now, full of heart and comfort,
These rude shores, they are of earth;
Where the rosy clouds are parting,
There the blessed isles loom forth».*

[«Pronto todo habrá acabado para ellos, / pronto comenzará el viaje / que los llevará a descubrir, / muy lejos, una tierra desconocida. // Tierra que cada uno, a solas, debe visitar, / pero que ninguna nueva trae al hombre; / pues ningún marinero, una vez que ha partido, / ha retornado jamás. // Ni madero tallado, ni ramas quebradas/ llegan jamás a la deriva desde ese lejano páramo; / quien se lanza a ese océano / no se encuentra ningún cadáver de ángel niño. // Sin abatidos, mis nobles marineros, / diseminados, luego desplegad vuestra vela. / ¡Espíritus! ¡En un mar de éter/ pronto flotaréis serenamente! // Donde la profundidad ninguna plomada sondee,/ no temáis ocultas rompientes, / y las alas acariciantes de los ángeles/ llevarán vuestra nave adelante. // Idos, ahora, el corazón plenamente confortado, / esas rudas costas, son de tierra; / donde las rosáceas nubes se abren, / allí asoman las islas benditas»].

Pasado aquello, un día de verano vine aquí a pie, por la costa, desde Boston. Hacía tanto calor que en Hull unos caballos, buscando la brisa, habían trepado hasta el terraplén mismo de la muralla del fuerte, donde

apenas tenían sitio para darse la vuelta. El *datura stramonium*, o estramonio, estaba en plena floración a lo largo de la playa; y a la vista de este cosmopolita —este Capitán Cook^[15] entre las plantas— llevado en lastre por todo el mundo, sentí como si me hallase en la avenida de las naciones. Más bien llamémosle este Vikingo, Rey de las Bahías, pues no es una planta inocente; sugiere, no únicamente comercio, sino sus vicios concomitantes, como si sus fibras fueran la materia con la cual los piratas tejen sus historias. Oí las voces de unos hombres gritando a bordo de un navío, a media milla de la costa, que sonaban como si estuvieran en un granero en el campo, siendo que provenían de entre las velas. Era un sonido enteramente rural. Al mirar hacia el agua, vi las islas consumirse repentinamente, el mar mordisqueando con voracidad el continente, el arco ascendente de una colina súbitamente interrumpido, como en Point Alderton^[16] —lo que los botánicos llamarían una mordida—, mostrando, por su curva contra el cielo, cuánto espacio debía haber ocupado, donde ahora sólo había agua. Por otro lado, aquellos restos de islas se estaban organizando caprichosamente en nuevas costas, como en Hog Island, en Hull, donde todo parecía estar apaciblemente encaminándose al futuro. Dicha isla había adquirido la forma propia de una onda, y pienso que sus habitantes deberían llevar por emblema en sus escudos una onda, una ola que pasara sobre ellos, con la *datura*, de la que se dice que produce alienación mental de larga duración sin afectar la salud corporal, asomando por los costados^[17]. Lo más interesante que he oído mencionar, en ese distrito de Hull, fue un manantial inagotable, cuya ubicación en la ladera de una colina distante me indicaron mientras yo jadeaba por la costa, y que no visité. Tal vez si pasara por Roma hubiese un manantial en la Colina Capitolina^[18] que yo recordase por más tiempo. Es verdad, yo estaba bastante interesado en el pozo del antiguo fuerte francés, el cual, decían, tiene noventa pies de profundidad, con un cañón en el fondo. En la playa de Nantasket conté una docena de calesines que provenían de la posada. De vez en cuando los conductores dirigían a los caballos hacia el mar, deteniéndose en el agua para gozar el frescor; y comprendí el valor que tienen para las ciudades las playas donde disfrutar de la brisa marina y del baño.

En la villa de Jerusalem los habitantes estaban recogiendo apresuradamente, antes de una lluvia en ciernes, las algas marinas que habían

extendido a secar. La lluvia pasó por un costado y a mí me tocaron sólo algunas gotas, que no refrescaron el aire. Sentí únicamente una ráfaga en la mejilla, pese a que, a la vista, un navío daba una vuelta de campana y otros arrastraban el ancla y se acercaban a la orilla. El baño de mar en Cohasset Rocks fue perfecto. El agua más pura y transparente que hubiera visto nunca. No contenía la menor partícula de barro o cieno. Como el fondo era arenoso, vi percas^[19] nadando por allí. Las rocas, lisas y fantásticamente desgastadas, y las algas perfectamente limpias semejantes a una cabellera que cayera sobre uno, y tan firmemente sujeta a la roca que era posible izarse cogiéndose de ella, aumentaron considerablemente el goce del baño. La faja de percebes justo encima de las algas me hizo pensar en algún tipo de vegetación, pimpollos, pétalos, y vainas de flores. Se extendían a lo largo de las grietas de las rocas como los botones de un chaleco. Era uno de los días más calurosos del año, a pesar de lo cual encontré el agua tan helada que di un par de brazadas y pensé que, en caso de naufragio, sería mayor el riesgo de morir de frío que el de simplemente ahogarse. Una inmersión bastaba para hacer olvidar por completo la canícula. Aunque antes se hubiera experimentado un calor sofocante, después llevaba media hora recordar la calidez ambiental. Estaban las rocas rojizas, como leones echados, desafiando al océano, cuyas olas las golpeaban incesantemente y las restregaban con vastas cantidades de grava. El agua que con el receso de la marea quedaba retenida en sus pequeñas oquedades era tan cristalina que no se podía creer que fuese salada y daban deseos de beberla; y más arriba encontrábanse pilas de agua fresca dejada por la lluvia, todas las cuales, al ser también de diferente profundidad y temperatura, eran adecuadas para diferentes tipos de baño. Asimismo, los grandes hoyos en las pulidas rocas constituían asientos y vestidores de lo más convenientes. En ese sentido la costa era la más perfecta que yo hubiera conocido.

En Cohasset, separada del mar sólo por una playa estrecha, vi un bonito aunque apenas profundo lago de unos cuatrocientos acres, el cual, me dijeron, el mar había aventado entre la playa en una gran tormenta primaveral, y, después que los sábalos se hubieron internado en él, había interrumpido su desagüe, con lo que ahora aquellos peces morían por miles y, al evaporarse el agua, los habitantes percibían la pestilencia. En el lago había cinco islotes

rocosos.

Esta costa rocosa se llama Pleasant Cove en algunos mapas; en el mapa de Cohasset ese nombre parece limitarse a la caleta que yo vi cuando el naufragio del *St. John*. Ahora parecía que en el océano no hubiera habido nunca un naufragio; no era grandioso y sublime, sino hermoso como un lago. No se veía vestigio alguno de un naufragio, ni podía yo creer que los huesos de numerosos náufragos estuvieran sepultados en aquella arena pura. Pero sigamos con nuestra primera excursión.

2

En diligencia de línea

Después de pasar la noche en Bridgewater y de recoger allí por la mañana algunas cabezas de flecha, fuimos en tren a Sandwich, adonde arribamos antes de mediodía. Aquél era el final de la línea de ferrocarril «Cape Cod Railroad»^[20], aunque no está sino en el comienzo del Cape. Como llovía fuertemente, con una bruma intensa, y no había señales de que fuera a cesar, allí abordamos el más obsoleto medio de transporte, la diligencia, para que nos llevase «lo más lejos que llegase ese día», según le dijimos al conductor. Habíamos olvidado cuán lejos podía llegar una diligencia en un día, pero nos dijeron que los caminos del Cape eran muy «pesados», si bien añadieron que, siendo de arena, la lluvia los mejoraba. Aquel carruaje era sumamente estrecho, pero como colocándonos de a dos en un asiento sobraba un pequeño espacio, el conductor aguardó hasta que hubo nueve pasajeros, sin cuidarse de sus respectivas medidas, y a continuación cerró la puerta, tras unos golpes inútiles —como si el defecto se debiera exclusivamente a las bisagras o al pestillo—, mientras nosotros, para ayudarle, conteníamos la respiración.

Ahora estábamos realmente en el Cape, que se extiende desde Sandwich treinta y cinco millas hacia el este, y de ahí treinta más hacia el norte y noroeste, sesenta y cinco millas en total, y tiene un ancho promedial de alrededor de cinco millas. En el interior se eleva hasta una altura de doscientos —y en partes tal vez trescientos— pies por sobre el nivel del mar. Según Hitchcock^[21], el geólogo estatal, se compone casi enteramente de arena, en algunas partes incluso hasta una profundidad de trescientos pies,

aunque es probable que haya un núcleo oculto de roca un poco por debajo de la superficie, y su origen es diluvial^[22], exceptuando una pequeña porción en el extremo y en otras partes a lo largo de las costas, cuyo origen es aluvial^[23]. En la primera mitad del Capese encuentran aisladamente, mezclados con la arena, grandes bloques de piedra, pero en las últimas treinta millas es raro tropezar con rocas, o incluso grava. Hitchcock conjetura que, en el curso del tiempo, el océano ha ido carcomiendo la bahía de Boston y otras en el continente, y que los minúsculos fragmentos han sido depositados por las corrientes a cierta distancia de la costa y formado de ese modo este banco de arena. Por encima de la arena, si sometemos la superficie a un examen agronómico, vemos que hay una delgada capa de suelo cuyo espesor va disminuyendo gradualmente desde Barnstable hasta Truro, donde desaparece; pero en esta vestidura azotada por los elementos hay muchos agujeros y desgarrones que no es probable que con el tiempo sean zurcidos, que dejan expuesto el cuerpo; y que en su extremidad aparece totalmente desnudo.

De inmediato saqué mi libro, el octavo volumen de la Colección de la Sociedad Histórica de Massachusetts^[24], impreso en 1802, que contiene sus cintas referencias a los centros poblados del Cape, y me puse a investigar hacia dónde iba, pues en el tren no pude leer con la misma rapidez con la que viajaba. Para quienes provenían del lado de Plymouth, decía: «Después de atravesar una extensión boscosa de doce millas en la que se ven aisladamente algunas casas, aparece el poblado de Sandwich, que provoca el más agradable efecto visual en el viajero». Otro autor habla del mismo como un bonito pueblo. Pero yo creo que nuestros pueblos sólo admiten comparación entre ellos, no con la Natura. No siento un gran respeto por los gustos del autor, que habla con soltura de poblaciones «hermosas», acaso adornadas con «un molino completo», «un elegante instituto» o centro de reunión, y «una cantidad de talleres para las diferentes artes mecánicas»; donde la fachada de las casas verde y blanco de la gente acomodada, dispuestas en hilera, dan a una calle de la que sería difícil decir si se parece más a un desierto o a una extensa cuadra. Lugares así sólo pueden parecerle hermosos al viajero cansado o al nativo que regresa a su lugar de origen; o en todo caso al misántropo arrepentido; no a quien, desprejuiciado y en su sano juicio, acaba de salir del bosque y se aproxima al sitio por un camino pelado, a través de

una desordenada sucesión de viviendas, donde no se sabe cuál es el asilo. De todas maneras, en cuanto a Sandwich en particular, no puedo hablar. El nuestro fue, cuando mucho, medio sándwich, y en algún momento debe haber caído del lado del mantecado. Yo sólo vi que era un poblado compacto para su pequeñez, con fábrica de vidrio para aprovechar la arena, y calles estrechas por las cuales estuvimos dando vueltas y vueltas hasta que no supimos adónde íbamos, y vino la lluvia, primero de este lado y después del otro, y comprendí que ellos en sus casas estaban más cómodos que nosotros en la diligencia. Mi libro decía también de este lugar: «Los habitantes, en general, llevan una vida substanciosa», es decir, supongo, que no viven como filósofos; aunque como la diligencia no se detuvo lo bastante como para que cenáramos, no tuvimos oportunidad de comprobar la verdad de tal aserto. Pero la referencia podría aludir a la cantidad «de aceite que producían». Decía además: «Los habitantes de Sandwich manifiestan en general apego y consistente adhesión a las costumbres, ocupaciones y modos de vida que caracterizaron a sus padres»; lo cual me hizo pensar que eran, después de todo, muy semejantes al resto del mundo; y agregaba (el libro) que aquél era «un parecido que, al día de hoy, no constituirá descrédito en cuanto a la virtud o el gusto»; una afirmación que a mi juicio demuestra que el autor se identificaba con el resto de ellos. Ninguna persona ha vivido nunca maldiciendo a sus padres, aun cuando hayan sido para ella una verdadera maldición. Pero hay que admitir que la cita era antigua, y probablemente todo eso haya cambiado actualmente.

Nuestra ruta iba por el lado de la Bahía, pasando por Barnstable, Yarmouth, Dennis y Brewster hacia Orleans, con una sucesión de bajas colinas a la derecha recorriendo el Cape. El tiempo no facilitaba la visión a los lados del camino, pero aprovechamos al máximo lo que podíamos atisbar del terreno y el agua a través de la lluvia. El campo era, mayoritariamente, pelado, o con apenas el remanente de un montecillo achaparrado en las colinas. En Yarmouth —y, si no me equivoco, en Dennis— notamos grandes extensiones en las que cuatro o cinco años antes se habían plantado pinos tea. Formaban hileras, según pareció cuando pasábamos y, excepto porque había grandes espacios vacíos, daban la impresión de estar creciendo notablemente bien. Según nos comentaron, aquél era el único uso provechoso que se podía

dar a tales extensiones. En lo más alto de cada uno de los promontorios había un mástil con un chubasquero o una vela atada al mismo como señal, para que los del lado sur del Cape, por ejemplo, pudieran enterarse cuando los paquebotes hubieran arribado en el norte. Daba la impresión de que tal uso debería absorber la mayor parte de la ropa vieja del Cape, no dejando más que unos andrajos a los mercachifles. Los molinos de viento en las colinas —unas grandes estructuras octogonales marcadas por el tiempo—, y las salinas diseminadas por la costa, con sus largas hileras de tanques apoyados sobre pilares hundidos en la marisma, sus bajos tejados en forma de caparazón de tortuga y sus molinos de viento más ligeros, eran objetos nuevos e interesantes para alguien del interior del país. La arena del borde del camino estaba parcialmente cubierta de grupos de una planta musgosa, la *Hudsoniana tomentosa*^[25], a la cual, según una mujer que iba en la diligencia, llamaban «de la pobreza» porque crecía donde no germinaba ninguna otra planta.

Me impresionó la placentera igualdad reinante entre los pasajeros de la diligencia y su amplio e invulnerable buen humor. Eran lo que suele llamarse informales, y sacaban provecho de encontrarse, como personas que, finalmente, han aprendido a vivir. Siendo desconocidos entre sí, por su sencillez y su franqueza parecían haberse conocido de antemano. Se llevaban bien, de una forma inusual, es decir, se llevaban lo mejor posible y no parecía que tuvieran preocupación alguna. No tenían temor ni se avergonzaban mutuamente, sino que se contentaban con la compañía que las circunstancias determinaban. Era evidente que allí no se reclamaba ningún respeto estúpido debido a la simple riqueza o a la posición, como en muchas partes de Nueva Inglaterra; pese a que algunos de ellos eran «gente de primera», como se les suele llamar, de los diversos pueblos por los que pasábamos. Capitanes de navío retirados que se encontraban a gusto hablando de las tareas rurales, como es habitual en ellos; un hombre erguido, respetable y con aspecto de persona digna de confianza, sal de la tierra hoy como antes lo fuera de los mares^[26]; o un caballero sumamente cortés, que tal vez habría sido en su día representante parlamentario; o un voluminoso individuo de rostro colorado, oriundo del Cape, que había visto demasiadas tormentas como para irritarse con facilidad; o la esposa de un pescador, que había estado una semana

esperando un barco de cabotaje para salir de Boston, y finalmente lo había hecho por tren.

En honor a la verdad estamos obligados a decir que las pocas mujeres que vimos aquel día nos parecieron excesivamente flacas. Tenían el mentón y la nariz prominentes, habían perdido toda la dentadura, y su perfil consistía en una afilada W. No estaban tan bien conservadas como sus respectivos maridos; o talvez lo estuvieran como frutos secos. (Los maridos, en cambio, lucían como encurtidos). Pero no por eso las respetamos menos; nuestro propio sistema dental está lejos de ser perfecto.

Continuábamos avanzando con lluvia, o, si nos deteníamos, era casi siempre en una estafeta de correos, lo que nos hizo pensar que el escribir cartas y clasificarlas a nuestro arribo debía ser la principal ocupación de los habitantes del Cape ese día lluvioso. Allí el Correo parecía una institución singularmente doméstica. De vez en cuando la diligencia se detenía ante una tienda o vivienda de mala muerte, de la que surgía un carretero o un zapatero en mangas de camisa y con delantal de cuero, con las gafas recién puestas, sosteniendo en alto una bolsa del Tío Sam como si fuera un trozo de tarta casera para los viajeros, mientras le pasaba algún chisme al conductor, en verdad tan indiferente a la presencia de aquéllos como si hubieran sido piezas de equipaje. En una ocasión supimos que la estafeta estaba a cargo de una mujer, y se decía que era la mejor de la ruta; pero nosotros sospechamos que allí las cartas eran sometidas a un muy cuidadoso escrutinio. Mientras estábamos detenidos delante de una estafeta en Dennis, nos aventuramos a asomar la cabeza por la ventanilla, y a través de la bruma vimos alzarse ante nosotros unas colinas notablemente despojadas, que mostraban sólo hierba de la pobreza, surgiendo como si estuvieran en el horizonte, aunque eran cercanas, y nos pareció hallarnos de ese lado al final del territorio, pese a que los caballos seguían enfilados en aquella dirección. En verdad, esa parte que vimos de Dennis era una zona sumamente estéril y desolada, de un carácter que no acierto a definir; una superficie, tal vez, como la del fondo del mar trocado en tierra seca antes de ayer. Estaba cubierta de hierba de la pobreza y apenas había algún árbol a la vista, y en cambio sí una casa de una planta aquí y allá, marcada por la intemperie, con el techo rojo —pues el techo solía estar pintado, aunque no el resto de la casa—, luciendo lóbrega y sombría

sobre unos sólidos cimientos, dando la impresión de que todas las comodidades tendrían que hallarse en el interior. No obstante, leímos en el Índice Geográfico —pues también llevábamos uno— que en 1837 ciento cincuenta patrones de barcos oriundos de este poblado zarparon de los diversos puertos de la Unión. Ha de haber muchas más casas en la parte sur, de lo contrario no imaginamos dónde se alojan todos cuando están en casa, si es que alguna vez lo hacen; pero la verdad es que sus casas son flotantes y su hogar es el océano. No había casi árboles en esta zona de Dennis, ni supe que allí hablaran de plantar alguno. Es cierto, había un templo^[27] rodeado de álamos lombardos que formaban un somero cuadrado, las hileras tan rectas como los pilares de un edificio y las esquinas igualmente en escuadra. Pero si no me equivoco, estaban todos secos. No pude evitar pensar que allí hacía falta una renovación. Nuestro libro decía que en 1795 se erigió en Dennis «un elegante templo, con campanario». Tal vez fuera aquél; pero si tenía un campanario, o si para entonces el mismo se había agostado solidariamente con los álamos, no me acuerdo. Otro templo de esta población estaba descrito como un «cuidado edificio»; pero del templo en Chatham, una población vecina, pues entonces había sólo una, nada se dice, excepto que «está en buen estado»; comentarios, ambos, que confío deban entenderse aplicables a las iglesias tanto en sentido espiritual como material. No obstante, los «templos elegantes», desde el trinitario de Broadway hasta éste en Nobscussets, pertenecen según mi criterio a la misma categoría que las «bonitas villas». Nunca estuve en temporada para ver una. Obras son amores, que no buenas razones. No sabemos lo que hacían aquí para tener sombra en tiempo caluroso, aunque leemos que «las nieblas son más frecuentes en Chatham que en cualquier otra parte de la región; y en verano sirven, en lugar de los árboles, para proteger las casas contra el calor del sol». «Para quienes gustan los panoramas amplios» —¿debe inferirse que a los habitantes de Chatham no?—, «resultan desagradables, pero no se ha encontrado que sean insalubres». También es probable que la brisa marina libre de obstáculos explique el propósito de un abanico. El historiador de Chatham añade después que «en muchas familias no hay diferencia entre el desayuno y lacena; el queso, las tartas y los pasteles son tan corrientes en uno como en la otra». Pero eso nos deja aún sin saber si eran realmente corrientes en ambas.

El camino, que era bastante empinado, corría aquí próximo a la orilla de la Bahía, con ésta última a un lado y «la agreste colina de Scargo» al otro. De la amplia perspectiva de la Bahía que ofrecía la cima de dicha colina, nuestra guía dice: «La vista no contiene mucha belleza, pero comunica una fuerte emoción de lo sublime». Ese es el tipo de comunicación que nos encanta que nos formulen. Pasamos por la villa de Suet, en Dennis, de la que se dice que «comparada con Nobsusset» —tuvimos un vago recuerdo de haber pasado por allí, o cerca— «puede llamarse una villa agradable: pero en comparación con la villa de Sandwich, hay en ella poca o ninguna belleza». No obstante, a mí me gustó Dennis más que cualquier población de las que vimos en el Cape, al ser tan original, y, en aquel día tormentoso, tan sublimemente triste.

El capitán John Sears, de Suet, fue la primera persona en este país que obtuvo sal marina pura exclusivamente por evaporación solar; si bien hacía mucho que la habían obtenido de un modo similar en la costa de Francia y en otras partes. Aquello ocurrió en 1776, una época en la que, debido a la guerra, la sal era escasa y cara. Las Colecciones Históricas incluyen un interesante relato de sus experimentos, que leímos la primera vez que vimos los techos de las salineras. El condado de Barnstable es el emplazamiento más favorable para esta actividad en nuestra costa septentrional, al haber tan poca agua dulce vertiendo en el océano. Hasta hace muy poco se invertían aquí alrededor de dos millones de dólares en este negocio. Pero ahora el Cape es incapaz de competir con los importadores de sal y con los manufactureros del oeste, y, en consecuencia, sus salineras están yendo velozmente a la ruina. El Índice nos dirá precisamente, bajo el acápite de cada población, cuántos salen a pescar y el valor del pescado y el aceite obtenidos, cuánta sal se elabora y se usa, cuántos se dedican al comercio costero, cuántos a la manufactura de sombreros de hoja de palma, cuero, botas, zapatos y recipientes de hojalata, y en eso se queda, dejándonos para la imaginación las manufacturas más propiamente domésticas que son prácticamente las mismas en todo el mundo.

A última hora de la tarde pasamos por Brewster, bautizada en memoria del Elder Brewster, por temor a que de otro modo fuera olvidado. ¿Quién no ha oído hablar del Elder Brewster?^[28] ¿Quién sabe quién fue? Aquella parecía ser la población de construcción más reciente del Cape, residencia

preferida de los capitanes de marina retirados. Se dice que «hay más patrones y oficiales de barcos que navegan por el extranjero y pertenecen a este lugar, que a cualquiera otra población de la región». Allí estaban muchas de las modernas casas americanas^[29], como las que se construyen en Cambridgeport, asentadas sobre la arena; casi se podría jurar que habían sido puestas a flotar por el río Charles y empujadas por la corriente a través de la bahía. Las llamo americanas porque son pagadas por americanos y «montadas» por carpinteros americanos; pero apenas se distinguen de la madera cruda; material del este disfrazado con pintura blanca, para mí unas tablas carentes del menor interés. Tal vez tengamos motivos para enorgullecernos de nuestra arquitectura naval y no tengamos necesidad de tomar como modelo para nuestros barcos a los griegos, o a los godos, o a los italianos. Los capitanes de navíos no emplean a un carpintero de Cambridgeport para construir sus casas flotantes y en cuanto a las de la costa, si han de copiar alguna, sería más agradable a la imaginación ver uno de sus barcos boca abajo, a la manera numidia. Leemos que «en determinadas estaciones, el reflejo del sol en las ventanas de las casas en Wellfleet y Truro (del lado opuesto a la parte interior del codo del Cape) es discernible a simple vista a una distancia de dieciocho millas y más, por el camino del condado». Cosa que nos dio placer imaginar, puesto que llevábamos veinticuatro horas sin ver el sol.

El mismo autor (el Reverendo John Simpkins)^[30] dijo de sus habitantes, hace bastante tiempo: «No hay quien parezca disfrutar más de la sociabilidad y los placeres domésticos. No tienen por costumbre frecuentar las tabernas, como no sea en ocasiones festivas. No conozco un verdadero vago o asiduo de taberna en este lugar». Eso es más de lo que se puede decir de mis convecinos.

Finalmente, paramos a hacer noche en la taberna de Higgins^[31], en Orleans, con la fuerte sensación de hallarnos en un banco de arena en el océano, y sin saber si cuando levantara la bruma veríamos ante nosotros tierra o agua. En este lugar coincidimos con dos italianos jóvenes que habían llegado tan lejos por el Cape vadeando la arena, con el órgano a la espalda, y se dirigían a Provincetown. ¡Qué mala suerte —pensamos— si la gente de Provincetown les cerrase la puerta en la cara! ¿A quién acudirían entonces?

Pero llegamos a la conclusión de que habían elegido sabiamente al venir aquí, donde otra música que no fuese la de las olas debía ser extraña. Es así como, tarde o temprano, el gran civilizador envía sus emisarios a cada cabo arenoso y faro del Nuevo Mundo visitado por el censor, y emplaza al salvaje a rendirse.

3

Las llanuras de Nauset

A la mañana siguiente, jueves 11 de octubre, llovía tan intensamente como de costumbre; no obstante, estábamos resueltos a proseguir a pie. Primero hicimos algunas averiguaciones acerca de la practicabilidad de ir a Provincetown andando por la costa del lado del Atlántico, y sobre si nos encontraríamos con arroyos o marismas que entorpecieran nuestro paso. Higgins dijo que no había obstáculos y que no quedaba mucho más lejos que yendo por el camino, pero que nos resultaría muy «pesado» caminar por la arena; ya era bastante malo hacerlo por el camino, donde un caballo se hundía hasta los espolones. Pero hubo un individuo en la taberna que lo había hecho andando, y él nos dijo que podríamos ir perfectamente, aunque a veces no convenía y era incluso peligroso bordear el banco cuando había una gran marea, con viento del este, que hacía que la arena cediese. Durante las primeras cuatro o cinco millas seguimos el camino, que allí gira hacia el norte en el codo de la zona más estrecha del Cape —para evitar una entrada del océano, parte del fondeadero de Nauset, en Orleans, a nuestra derecha—. La travesía nos pareció bastante buena para caminantes a ambos márgenes del camino, aunque por el medio fuera «pesada» para los caballos. Íbamos con el paraguas a la espalda, pues el viento soplaba con fuerza y nos ayudaba a avanzar con rapidez por la arena, además de llover a ráfagas torrenciales como el día anterior. Todo indicaba que habíamos alcanzado una costa extraña. El camino era una mera senda que serpenteaba sobre las desnudas ondulaciones de un terreno inhóspito y aparentemente yermo. Las casas eran

pocas y alejadas entre sí, además de pequeñas y manchadas, aunque parecían en buen estado, y los accesos, que eran el Cape mondo y lirondo, estaban bien cuidados; o más bien, daba la impresión de que el terreno de alrededor había sido barrido por el viento. Tal vez la escasez de madera en el lugar y la consecuente ausencia de leña apilada y de trampillas de madera tuviera algo que ver con esa impresión. Parecía que, como marineros en tierra, se hubieran afirmado a disfrutar de la firmeza de la tierra, sin estudiar posturas ni vestimenta. Para ellas se trataba simplemente de *terra firma* y *cognita*, aún no *fertilis* y *jucunda*. Cualquier paisaje más bien solitario tiene a mis ojos una cierta belleza, y en aquella ocasión el estado del tiempo intensificaba sus cualidades. Todo nos hablaba del mar, aunque no viésemos sus desechos ni oyésemos su bramido. Las aves eran gaviotas, y en vez de carros en los campos había botes boca abajo contra las casas, y a veces la costilla de una ballena entretejida en la cerca al borde del camino. Los árboles eran, si es posible, menos que las casas, a excepción de los manzanos, de los cuales había unos pequeños huertos en las hondonadas. Los ejemplares eran, o bien estrechos y altos, con la copa chata, habiendo perdido las ramas laterales, como grandes endrinos sometidos a situaciones extremas, o si no, enanos y con ramas a partir del propio suelo, semejantes a membrillos. Sugerían que, en iguales circunstancias, todos los árboles acabarían adquiriendo hábitos de crecimiento semejantes. Más adelante vi en el Cape muchos manzanos plenamente desarrollados cuya altura no sobrepasaba la cabeza de un hombre; de hecho, un huerto entero en el que toda la fruta podría haber sido cosechada por un hombre sentado en el suelo; aunque apenas se pudiera arrastrar por debajo de los árboles. Estos últimos, de los cuales los dueños me dijeron que tenían veinte años, medían sólo tres pies y medio; se expandían a seis pulgadas del suelo, cinco pies en derredor, y al estar rodeados de cajas de brea contra las larvas dañinas, lucían cual plantas en floreros, que pudieran llevarse al interior de la casa en invierno. En otro lugar vi unos no mucho más grandes que arbustos silvestres; pero el dueño me dijo que ese otoño habían producido un barril y medio de manzanas. Si los hubieran colocado todos juntos, yo podría haber saltado limpiamente por encima de ellos. Cerca del faro Highland Light, en Truro, medí algunos procedentes de un matorral de los alrededores que habían sido injertados. Uno, instalado hacía diez años,

tenía una media de dieciocho pulgadas de altura y nueve pies de extensión, con una copa achatada. Dos años antes, había producido una fanega de manzanas. Otro, probablemente de veinte años, tenía cinco pies de altura y se extendía dieciocho pies al nivel del suelo, como es habitual, de modo que no se podía pasar por debajo. Dos años atrás, éste había producido un barril de manzanas. El más grande que vi en aquella zona tenía nueve pies a la altura de la hoja más alta y se expandía treinta y tres pies, con ramas, al nivel del suelo, en cinco direcciones.

En un solar observé un solo árbol de aspecto muy saludable, mientras los demás estaban secos o en vías de hacerlo. El ocupante dijo que a todos, excepto uno, su padre los había abonado con *blackfish*^[32].

Esta forma de crecimiento de los manzanos debe ser, sin duda, estimulada; y no deben ser podados, como han aconsejado ciertos profesionales. En 1802 no hubo ni un árbol frutal en Chatham, la población vecina de Orleans, hacia el sur; y la antigua explicación que allí ofrecen es: «No es posible hacer crecer árboles frutales a menos de una milla del océano. Incluso los que se hallan a mayor distancia son perjudicados por los vientos del este; y tras las violentas tormentas de primavera, es perceptible en su corteza un sabor salobre». Pudimos observar que a menudo estaban cubiertos de un líquen amarillento semejante al óxido, el *parmelia parietina*.

Para una persona del interior, las estructuras más exóticas y pintorescas en el Cape, más que las salineras, son los molinos de viento: unas grisáceas torres octogonales, con unos largos maderos inclinados contra el suelo por detrás y apoyados sobre una rueda de carro, que sirven para hacer girar las aspas de frente al viento. Éstos parecen servir también, hasta cierto punto, como puntales contra la fuerza eólica. La rueda marca un surco en forma de gran círculo alrededor del edificio. Probablemente los vecinos que se reúnen a fin de hacer girar el molino para enfrentar el viento saben, sin necesidad de una veleta, en qué dirección sopla. Estos molinos parecen flexibles y capaces de cierta movilidad, como grandes pájaros heridos que arrastrasen un ala o una pata, y evocan estampas de los Países Bajos. Como está en terreno elevado y son altos en sí mismos, sirven de puntos de referencia, ya que no hay árboles sobresalientes ni en general otros objetos que puedan ser vistos de lejos; aunque el perfil de propio terreno es tan definido e inconfundible

que un insignificante cono, y hasta una escarpa de arena, resultan visibles a gran distancia desde el mar. Los marinos que se dirigen a la costa se guían habitualmente por los molinos de viento o por las casas de reunión. En tierra, estamos obligados a guiarnos sólo por las segundas. Pero la casa de reunión es una especie de molino de viento que funciona un día en siete, impulsada por los vientos de la doctrina o la opinión pública, o, más raramente, por los vientos del Cielo, en la que se realiza otro tipo de molienda, con la cual, si no es todo salvado ni huele a moho, si no es yeso, confiamos en elaborar el pan de la vida.

Allí donde habían abierto almejas para usar como cebo, había en los solares, dispersamente, montones de conchas; pues Orleans es famosa por su marisco, en particular las almejas o, como dice nuestro autor, «mejor dicho, lombrices». Las costas son más fértiles que la tierra de secano. Los habitantes miden sus cosechas, no sólo por fanegas de cereal, sino por barriles de almejas. Mil barriles de almejas igualan en valor a seis u ocho mil fanegas de maíz, y otrora se conseguían sin más trabajo ni gasto, y la provisión era inagotable. «Pues», dice la historia, «después de haber removido la arena de la costa y de haber recogido casi todas las almejas, al cabo de dos años, se dice, éstas abundan tanto como siempre. Muchas personas afirman incluso que es tan necesario revolver con frecuencia el terreno donde se desarrolla la almeja como lo es remover con el azadón un campo de patatas; porque si se omite esa labor, las almejas se agruparán demasiado y no podrán aumentar de tamaño». Pero se nos dijo que la almeja pequeña, *mia arenaria*, no era allí tan abundante como antes. Probablemente el terreno haya sido removido con demasiada frecuencia. No obstante, uno que se quejaba de que otros alimentaban con ellas a los cerdos, y que por eso escaseaban, me contó que un invierno, en Truro, había recogido y abierto almejas por valor de ciento veintiséis dólares.

Atravesamos un arroyo de no más de catorce varas de largo entre Orleans y Eastham, llamado Jeremia's Gutter^[33]. Se dice que a veces el Atlántico se encuentra allí con la Bahía, y dejan aislada la parte norte del Cape. Las corrientes del Cape son necesariamente de escala pequeña, puesto que no tienen espacio para discurrir sin desembocar enseguida en el mar; y además, a nosotros mismos nos era difícil desplazarnos por aquella arena, y no por falta

de espacio. De ahí que a cualquier lecho menor por donde el agua corra o pueda correr es importante, y se le adjudique la dignidad de un nombre. Leemos que no los hay en Chatham, que es el poblado siguiente. El árido aspecto de la zona desafiaba toda descripción. Era un suelo, o más bien una tierra que, a juzgar por su apariencia, ningún agricultor del interior pensaría en cultivar, o siquiera cercar. En general, los campos arados del Cape lucen de colores blanco y amarillo, como una mezcla de sal y maíz. A eso se llama suelo. Todas las nociones de alguien del interior sobre suelo y fertilidad serán desbaratadas en una visita a estos lugares, y durante un tiempo no será capaz de distinguir entre el suelo y la arena. El historiador de Chatham dice de una parte de esa población, que ha sido ganada al mar: «Hay una dudosa aparición de suelo empezando a formarse. Decimos dudosa porque no cualquier mirada lo percibe, y porque acaso muchos no lo reconocerían». Nosotros pensamos que ésa no sería una mala descripción de la mayor parte del Cape. Del lado oeste de Eastham existe una «playa» —que cruzamos el verano siguiente— de media milla de anchura, que atraviesa el poblado; abarca mil setecientos acres, y en ella no hay ni una partícula de mantillo, pese a que otrora producía trigo. Toda zona de arena es aquí llamada «playa» si contra ella rompen olas de agua o de viento, ya que por lo común se ha originado en la costa. «En algunos lugares», dice el historiador de Eastham, «la arena depositada contra la hierba de la playa, se ha levantado formando colinas de cincuenta pies de altura donde hace veinticinco años no existían. En otros ha rellenado pequeños valles, y marismas. Allí donde hay un matorral fuertemente enraizado, el aspecto es singular: una masa de tierra y arena se adhiere al mismo, recordando el de una pequeña torre. En varios lugares quedan al descubierto rocas antiguamente cubiertas por la tierra, las cuales, castigadas por la arena impulsada por el viento, lucen como si acabaran de ser extraídas de una cantera».

Nos sorprendió enterarnos de las grandes cosechas de cereales que todavía se producen en Eastham pese a su real o aparente esterilidad. Nuestro terrateniente en Orleans nos había dicho que él cosechaba anualmente tres o cuatro mil fanegas de cereal, y también nos había hablado del gran número de cerdos que engordaba. En el *Viajes de Champlain*^[34] hay una lámina que ilustra la ubicación de las plantaciones de los indios, con sus *wigwams*^[35] en

el centro, tal como aparecían en 1605, y fue allí donde los Peregrinos, para citar sus propias palabras, «compraron ocho o diez toneles de cereales y frijoles» a los indios nauset, en 1622, para no morirse de hambre. «En 1667 la población [de Eastham] votó que cada dueño de casa debía matar doce mirlos o tres cuervos, que causaban gran daño a los cereales; y ese voto se repitió durante muchos años». En 1695 se aprobó una ordenanza adicional, a saber, que «todo hombre soltero matará seis mirlos o tres cuervos mientras permanezca soltero; como castigo por no hacerlo, no podrá casarse hasta que obedezca esta disposición». Los mirlos, empero, continúan dando guerra al cereal. Los vi haciéndolo el verano siguiente, y había en los campos muchos espantapájaros, si no espantamirlos, que a menudo tomé por hombres. De donde concluí que, o muchos hombres no estaban casados, o muchos mirlos sí. Pero ellos no plantan sino tres o cuatro granos por montículo y dejan que queden menos plantas que nosotros. En el informe de Eastham en las *Colecciones Históricas* impreso en 1802, se dice que: «se produce más cereal del que consumen sus habitantes, y alrededor de mil fanegas anuales son enviadas al mercado. Como el suelo está libre de piedras, un arado se desplaza por él con rapidez; y una vez que el cereal ha germinado, con un pequeño caballo del Cape, poco más grande que una cabra, asistido por dos muchachos, se escardan fácilmente tres o cuatro acres en un día; varios granjeros suelen producir quinientas fanegas anuales de grano y, no hace mucho, uno sacó ochocientas de sesenta acres». Informes similares se dan actualmente; de hecho, los de hoy son en algunos casos sospechosas repeticiones de los antiguos, y no me cabe duda de que lo que en ellos se afirma se funda con igual frecuencia en la excepción que en la regla, y de que la inmensa mayoría de los terrenos son tan estériles como parecen. Ya es bastante notable que en esta zona pueda producirse cosecha alguna, y puede deberse, como se ha sugerido, a la cantidad de humedad en la atmósfera, a la tibieza de la arena y a lo inusual de las heladas. Un molinero que estaba afilando sus piedras me dijo que, cuarenta años atrás, había estado en una trilla en la cual se trillaron en una tarde quinientas fanegas, y el grano formó una pila de seis pies de altura o más, pero que ahora el rendimiento promedio eran quince o dieciocho fanegas por acre. Yo nunca vi campos de cereal de aspecto tan raquítico y poco prometedor como en aquel poblado. Es probable

que los habitantes estén satisfechos con obtener una pequeña cosecha de una superficie fácil de cultivar. No siempre el terreno más fértil es el más provechoso, y puede que valga la pena cultivar en esta arena como lo es en las fértiles vegas del oeste. Se afirma, además, que los vegetales cultivados en la arena, sin estiércol, son notablemente dulces, especialmente las calabazas, aunque cuando se plantan sus semillas en el interior no tardan en degenerar. Puedo dar fe de que aquí los vegetales, siempre y cuando prosperen, lucen notablemente verdes y saludables, aunque tal vez sea en parte por contraste con la arena. Pero los habitantes de los pueblos del Cape en general no producen las harinas y el cerdo que consumen. Sus huertos suelen ser pequeñas parcelas rescatadas del borde de las marismas y las ciénagas.

Toda la mañana habíamos escuchado el rugido del mar en la costa este, a varias millas de distancia; pues persistían los efectos de la tormenta en la que había naufragado el *St. John*, aunque un escolar con quien nos cruzamos apenas supo de qué hablábamos, ya que sus oídos estaban acostumbrados al fragor. Habría oído más nítidamente el mismo sonido en una concha marina. Era un sonido que colmaba la atmósfera, muy estimulador para el caminante, el del mar rompiendo contra la costa, escuchado durante varias millas tierra adentro. En lugar de tener un perro que ladrara ante la puerta, ¡tenían un Océano Atlántico que ladraba para todo el Cape! En general nos alegró la tormenta, que nos mostraba al océano en su estado más iracundo. A Charles Darwin^[36] le aseguraron que el rugido del mar en la costa de Chiloe^[37] tras un temporal intenso se escuchaba de noche a una distancia de «21 millas náuticas de un lado a otro de un territorio accidentado y boscoso». Conversamos con el niño que hemos mencionado, que debía tener unos ocho años, haciendo que caminase entretanto al abrigo de nuestro paraguas; porque considerábamos importante saber cómo era la vida en el Cape, tanto para un chico como para un hombre. Por él supimos dónde encontrar las mejores uvas en aquel vecindario. El niño llevaba su comida en un cubo; y, sin que mediara pregunta impertinente alguna de nuestra parte, terminamos enterándonos en qué consistía. Los hechos más simples son siempre los más aceptables para una mente curiosa. Al final, antes de llegar al templo de Eastham, nos apartamos del camino y nos dirigimos a campo traviesa hacia la costa oriental, al Nauset Lights, faro dotado de tres luces muy juntas, y a dos

o tres millas de distancia de nosotros. El número de luces era para que pudiesen ser distinguidas de otras; aunque eso pareciera un modo ineficaz y costoso de conseguirlo. Nos hallamos inmediatamente en una llanura aparentemente sin límites, sin un árbol, sin una cerca, y —con una o dos excepciones— sin viviendas a la vista. En lugar de cercas, había de vez en cuando una leve prominencia de tierra amontonada. Mi compañero comparó la planicie con las onduladas praderas de Illinois. Con la tormenta de viento y lluvia que bramaba furiosamente mientras la atravesábamos, sin duda pareció más vasta y desolada de lo que realmente es. Como no había colinas, sino únicamente unas dispersas hondonadas secas en medio del terreno despoblado, y como el lejano horizonte quedaba oculto por la bruma, no sabíamos si era alta o baja. Un viajero solitario a quien vimos a lo lejos, surgió como un gigante. Parecía marchar arrastrando los pies, como sostenido desde arriba por tirantes y, a la vez, desde abajo por la llanura. A poca distancia, no habiendo objetos con los que compararlos, hombres y chicos habrían parecido iguales. En verdad, para alguien del interior, el paisaje del Cape es un constante espejismo. Este tipo de territorio se extendía una o dos millas en cada dirección. Se trataba de las «Llanuras de Nauset», una vez cubiertas de bosque, en las que en invierno aúllan los vientos y la nieve sopla alegremente en la cara del viajero. Yo estaba contento por haber salido de los núcleos urbanos, donde suelo sentirme insoportablemente mezquino y desgraciado, por haber dejado atrás por una temporada los bares de Massachusetts —donde los adultos no se liberan de hábitos salvajes y repugnantes— aun fumando un cigarro. Mi estado de ánimo se elevaba en proporción a lo melancólico del entorno. Hace falta ventilar las ciudades. Complacería a los dioses el ver desde sus altares unas llamas puras. A ellos no se los aplaca con humo de cigarro.

Mientras así íbamos bordeando los centros poblados, pues no entramos en ninguno hasta llegar a Provincetown, leíamos sus historias protegidos por nuestros paraguas, sin encontrarnos generalmente con nadie. Los relatos antiguos son los más ricos en cuanto a la topografía, que era lo que más apreciábamos en ellos, y, de hecho, en cuanto a la mayoría de las cosas, pues resulta que las partes que merecen ser leídas de las narraciones modernas sobre estas poblaciones consisten, en gran medida, en citas, reconocidas y no,

de las antiguas, sin información adicional de interés semejante; historias pueblerinas que al final vienen a ser una historia de la Iglesia de tal lugar, la única que tienen para contar, y concluyen citando en latín epitafios de los antiguos pastores, escritos en los buenos viejos tiempos del latín y el griego. Se retrotraen a la ordenación de cada uno de los ministros, y cuentan fielmente quién dijo la oración introductoria y quién pronunció el sermón; quién formuló la oración de ordenación y quién otorgó el cargo; quién extendió la mano derecha de la hermandad y quién pronunció la bendición; también cuántos consejos eclesiásticos se convocaron en el curso del tiempo para investigar la ortodoxia de algún ministro, y los nombres de todos aquéllos que los integraron. Como nos llevará una hora recorrer esta llanura, y no hay variación alguna en el pronóstico, peculiar como es, leeré entretanto un poco de la historia de Eastham.

Cuando el comité de Plymouth hubo adquirido a los indios el territorio de Eastham, «se planteó la pregunta, ¿quién reivindica Billingsgate?», entendiéndose por tal toda la parte del Cape al norte de lo que había comprado. «La respuesta fue que no había nadie que fuera su dueño. ‘Entonces’, dijo el comité, ‘esa tierra es nuestra’. Los indios dijeron que así era». Fueron ésas un aserto y una admisión notables. Los Peregrinos parecen haberse considerado a sí mismos los representantes de Nadie. Tal vez fue la primera instancia de esa tranquila forma de «hablar en nombre» de un lugar todavía no ocupado, o al menos no mejorado tanto como se podría, que sus descendientes han practicado y continúan practicando exhaustivamente. Ese Nadie parece haber sido el único propietario de toda América antes de los yanquis. Pero la historia dice que muchos años después de que los Peregrinos estuvieran en posesión de las tierras de Billingsgate, finalmente «apareció un indio que se hacía llamar el teniente Anthony», que las reclamó, y a quien se las compraron. ¿Quién sabe si un teniente Anthony no llamará algún día a las puertas de la Casa Blanca? En cualquier caso, lo que yo sé es que si uno retiene injustamente una cosa, seguramente al final habrá problemas.

Thomas Prince, quien fue varias veces gobernador de la colonia de Plymouth, fue el líder del asentamiento de Eastham. Hace poco estaba en pie, en la que fue una vez su granja en dicha población, un peral que se dice había sido traído de Inglaterra y plantado allí por él, hace unos doscientos años. Fue

volteado por el viento unos meses antes de nuestra llegada al lugar. Un relato reciente afirma que se encontraba lleno de vigor; la fruta, pequeña pero excelente; y que rendía un promedio de quince fanegas. Unos pertinentes versos le han sido dedicados por un cierto señor Heman Doane^[38], de los que citaré algunos, en parte porque constituyen el único ejemplo de poesía de Cape Cod que recuerdo haber visto, y en parte porque no son malos.

*«Two hundred years have, on the wings of Time,
Passed with their joys and woes, since thou, Old Tree!
Put forth thy first leaves in this foreign clime,
Transplanted from the soil beyond the sea».*

* * *

*[These stars represent the more clerical lines,
and also those which have deceased].
«That exiled band long since have passed away,
And still, Old Tree! thou standest in the place».
Where Prince's hand did plant thee in his day,
An undesigned memorial of his race
And time; of those our honored fathers, when
They came from Plymouth o'er and settled here;
Doane, Higgins, Snow, and other worthy men,
Whose names their sons remember to revere.*

* * *

*«Old Time has thinned thy boughs, Old Pilgrim Tree!
And bowed thee with the weight of many years;
Yet, 'mid the frosts of age, thy bloom we see',
And yearly still thy mellow fruit appears».*

[Doscientos años, en las alas del Tiempo / han pasado con sus alegrías y sus pesares, desde que tú, ¡Viejo Árbol! / echaste tus primeras hojas en este clima extranjero, / transplantado del suelo del otro lado del mar. / * * * / (Estos asteriscos sustituyen a los versos más clericales, así como a quienes han muerto). Aquel grupo exiliado ha fallecido hace mucho / y todavía ¡Viejo Árbol! Tú permaneces en el sitio / donde la mano de Prince te plantó en su día / un sencillo memorial de su raza / y el tiempo; de aquéllos nuestros honorable padres, cuando / vinieron de Plymouth y se instalaron aquí; / Doane, Higgins, Snow, y otros hombres dignos/cuyos nombres sus hijos recuerdan para reverenciarlos. / * * * / El Tiempo ha adelgazado tus ramas, ¡Viejo Árbol Peregrino! / y te ha inclinado con el peso de muchos años; / pero en medio de las heladas de la edad, tu floración vemos, / y todavía anualmente aparece tu fruta madura].

Hay otros versos que podría citar, si no estuviesen ligados por la rima a compañeros indignos. Cuando un buey se echa, el yugo pesa más al que permanece en pie.

Uno de los primeros colonos de Eastham fue el diácono John Doane, quien murió en 1707, a la edad de ciento diez años^[39]. La tradición dice que hubo varios de sus últimos años en que lo mecían en una cuna. Ésa no fue, ciertamente, una vida aquilea^[40]. A su madre debe habersele resbalado cuando lo mojaba en el licor para hacerlo invulnerable, y él se sumergió, talones y todo. Algunas de las piedras de los cimientos de su granja, colocados por él, perduran hoy día, con sus iniciales grabadas en ellos.

La historia eclesiástica de esta localidad provocó en nosotros cierto interés. Parece que «muy pronto construyeron un pequeño templo de veinte pies cuadrados, con un tejado de paja a través del cual podían disparar sus

mosquetes», al Diablo, desde luego. «En 1662 Eastham decidió que una parte de cada ballena arrojada a la costa fuera adjudicada al pastor eclesiástico para su sostenimiento». Sin duda pareció apropiado dejar de esa forma el mantenimiento de los pastores a la Providencia, de la que son servidores y la cual rige en exclusividad las tormentas; pues cuando las ballenas fueran pocas, ellos podrían sospechar que su labor religiosa no era digna de aceptación. Los pastores deben haberse sentado en los acantilados en cada tormenta, observando ansiosamente la costa. Y por mi parte, si yo fuese pastor, más que en la generosidad de algunas parroquias rurales que conozco, confiaría en que los embates de las grandes olas contra la zona posterior de Cape Cod, empujaran hacia mí alguna ballena. No puede decirse que el salario de un pastor rural suela «parecerse mucho a una ballena»^[41]. No obstante, el pastor que dependía de las ballenas arrojadas a la costa debe haberlas pasado canutas. Yo más bien me habría ido a las islas Falkland^[42] con un arpón, y asunto terminado. ¿Imagináis a una ballena agotada por una tormenta y arrastrándose sobre los obstáculos para contribuir a la manutención pastoral? ¡Qué consuelo debe haberle supuesto! He sabido de un pastor que se hizo pescador permaneciendo en Bridgewater tanto tiempo como le fue necesario para aprender a distinguir entre un bacalao y un abadejo. Generoso como parece, este requisito previo vaciaría en lo sucesivo la mayoría de los púlpitos rurales, pues ha pasado mucho tiempo desde que los pescadores de hombres^[43] eran, precisamente, pescadores. También instauraron aquí un tributo sobre la caballa para el mantenimiento de una escuela pública; en otras palabras, el colegio de caballas fue gravado para que el colegio de los niños pudiera ser gratuito. «En 1655 se aprobó una ley para infligir castigo corporal a las personas, residentes en los centros poblados de este gobierno, que negasen las Escrituras». ¡Imaginaos a un hombre azotado una mañana de primavera hasta forzarlo a confesar que las Escrituras son ciertas! «Asimismo los vecinos votaron que todas las personas que tuvieran que permanecer fuera del templo durante el tiempo del servicio divino debían ser ubicadas en la escalinata». Era deber de dichos centros tener en cuenta que estar sentado en el templo no era lo mismo que hacerlo en la escalinata, a menos que el castigo por obediencia a la ley pudiera ser mayor que el de desobediencia a la misma. Tal era el Eastham famoso en los últimos años por

sus acampadas, celebradas en un bosquecillo cercano, al cual miles acudían desde todas partes de la Bahía. Nosotros dedujimos que el motivo del quizá insólito, si no malsano desarrollo del sentimiento religioso, allí fue el hecho de que una gran proporción de la población era de mujeres cuyos maridos e hijos se encuentran en el mar, o se han ahogado, no habiendo quedado nadie más que ellas y los ministros religiosos. El antiguo relato dice que «los ataques de histeria son muy comunes en Orleans, Eastham y los poblados de más abajo, especialmente en domingo, en horas del servicio divino. Cuando una mujer es afectada, lo corriente es que otras cinco o seis simpaticen con ella; y la congregación cae en la mayor confusión. Varios ancianos suponen, con escasa filosofía y caridad tal vez, que en parte interviene la voluntad, y que el ridículo y las amenazas tenderían a conjurar el mal». Cómo están las cosas actualmente es algo de lo que no nos enteramos. Pero en una casa de aquella misma llanura vimos a una mujer singularmente masculina, que no parecía haber sido nunca atacada de histeria, ni simpatizado con quienes sí lo fueran; o acaso la vida misma fuese para ella un ataque de histeria: una mujer de Nauset, de una dureza y tosquedad como ningún hombre posee ni sugiere nunca. Bastaba fijarse en las vértebras y tendones de su cuello, y en sus mandíbulas de hierro, que de un mordisco habrían partido en dos un clavo sin esfuerzo, preparada contra el mundo, hablando como un marino de guerra con faldas, o como si le gritase a uno a través de una ola; que parecía como si vivir le diera dolor de cabeza; lo bastante dura como para cualquier enfermedad. Yo la miraba como a alguien que hubiese cometido un infanticidio; que nunca hubiera tenido un hermano, como no fuese una cosa insignificante muerta en la infancia —pues ¿para qué lo querría?— y cuyo padre debía haber muerto antes de nacer ella. Esa mujer nos dijo que el año anterior no había habido reunión del campo por temor al cólera, y que habrían sido celebradas antes ese verano, pero el centeno venía tan atrasado que no habría paja disponible; pues en ellas se tumban sobre la paja. A veces se reúnen ciento cincuenta ministros(!) y quinientos oyentes. El terreno, al que llaman Millenium Grove^[44], es propiedad de una compañía de Boston, y es el más adecuado, o más bien inadecuado para ese propósito que cualquiera que yo haya visto en el Cape. Está cercado, y las armazones de las tiendas pueden verse en todo momento intercaladas entre los robles. Tienen un horno

y una bomba, y mantienen todos los utensilios de cocina, las cubiertas de las tiendas y el mobiliario en un edificio permanente situado en el lugar. Escogen para sus reuniones un período de luna llena. Se nombra a alguien para que ponga la bomba en condiciones una semana antes, mientras los ministros acondicionan la garganta; pero probablemente estos últimos no siempre emiten un flujo tan puro como el producido por aquélla. Yo vi las pilas de conchas de almeja que quedaban debajo de las mesas allí donde hubo celebración los veranos anteriores, y supuse, desde luego, que aquello era obra de los no conversos, o de los reincidentes y los burlones. Daba la impresión de que una reunión del campo debía ser una singular combinación de merienda campestre y cónclave religioso.

Nota ilustrativa: en la década de 1830 la Iglesia Metodista estableció un predio para reuniones del campo en Eastham. No menos de 10 000 personas podían llegar por mar desde Boston un domingo para escuchar a los ministros.

[La información histórica adicional compilada por Thoreau, originalmente incluida al final de este capítulo, ha sido trasladada al [APENDICE A](#), en línea con la sugerencia del propio Thoreau].

4

La playa

Finalmente alcanzamos el límite aparentemente en retirada de la llanura y entramos en lo que a distancia había parecido una marisma en tierras altas, pero resultó ser arena seca cubierta de barrón^[45], gayuba, aladiema y ciruelo de playa, ligeramente ascendente según nos aproximamos a la costa; después, cruzando un cinturón de arena en el que nada crecía, aunque el rugido del mar sonaba escasamente más fuerte que antes y estábamos dispuestos a avanzar media milla más, súbitamente nos detuvimos al borde de un risco que daba al Atlántico. Lejos, a nuestros pies quedaba la playa, de entre media y una docena de varas^[46] de ancho, con una extensa línea de grandes olas precipitándose sobre la playa. El mar estaba sumamente oscuro y tormentoso, el cielo completamente cubierto, las nubes dejaban caer todavía lluvia, y el viento parecía soplar no tanto como causa generadora como por simpatía con el ya agitado océano. Las olas rompían en las barras a cierta distancia de la orilla y, describiendo una comba verde o amarilla como superando numerosos diques invisibles, con una altura de diez o doce pies, como un millar de cascadas, rodaban espumosas sobre la arena. Lo único que había entre nosotros y Europa era aquel océano salvaje.

Habiendo bajado la pendiente y tan cerca del agua como pudimos, allí donde la arena era más compacta, dejando detrás las luces de Nauset, comenzamos a caminar sin prisas por la playa, en dirección noroeste, hacia Provincetown, distante unas veinticinco millas, siempre navegando bajo nuestros paraguas, admirando en silencio, en nuestra marcha, la gran fuerza

del movimiento del océano,

ποταμοῖο μέγα σθένος Ὠκεανοῖο.

Las blancas olas se precipitaban hacia la orilla; la espuma corría por la arena y luego retrocedía hasta donde dejábamos de verla (e imaginamos cuánto más lejos a lo largo de la costa atlántica, delante y detrás de nosotros), con la misma regularidad —por comparar lo grande con lo pequeño— como el director de un coro marca el compás con su batuta blanca; y de vez en cuando una ola más alta nos hacía apartarnos apresuradamente, y veíamos detrás nuestras huellas cubiertas por el agua y la espuma. Las olas parecían manadas de un millar de caballos salvajes de Neptuno^[47] galopando hacia la orilla, con las blancas crines flameando; y cuando, por fin, el sol brilló por un momento, las crines se tiñeron con los colores del arco iris. Asimismo, las talofitas se agitaban esporádicamente, como colas de vaca^[48] que retozaran en el piélago.

No había a la vista ningún velero, y no vimos ninguno ese día, ya que todos habían buscado refugio ante la última tormenta y no habían podido volver a salir; y los únicos seres humanos que vimos en la playa en varios días fueron un par de *wreckers*^[49] que buscaban maderos flotantes y fragmentos de navíos naufragados. Después de una tormenta del este en primavera, esta playa se llena a veces de un extremo al otro de madera, la cual, como pertenece a quien la rescate y el Cape carece de ella casi por completo, es un regalo del Cielo para los habitantes. No tardamos en encontrar a uno de esos individuos, un asiduo del Cape, con quien hablamos, poseedor de un rostro descolorido y curtido por la intemperie, entre cuyas arrugas no distinguí ningún rasgo en particular. Era como una vieja vela dotada de vida —un expectante colgajo de carne azotado por los elementos—, semejante a uno de los globos arcillosos que se formaban en aquel banco de arena. Tenía puesto un sombrero que había recibido agua salada en abundancia, y un abrigo de muchas piezas y colores, aunque principalmente del color de la arena, como si lo hubieran rociado con ésta. Su abigarrada espalda —pues su abrigo tenía muchos remiendos, incluso entre los hombros— fue para nosotros un valioso estudio cuando lo dejamos atrás y nos dimos

la vuelta para mirar. Podría haber sido desdorado para él lucir de espaldas tantos costurones, es cierto, si no hubiera mostrado muchos más y más graves por el frente. Tenía aspecto de haber visto alguna vez una rosquilla pero nunca de haberlas comido hasta hartarse; demasiado serio para reír, demasiado fuerte para llorar; indiferente como una almeja: como una almeja con sombrero y patas que saliera a caminar por la playa. Podría haber sido uno de los Peregrinos —Peregrino Blanco^[50] cuando menos— que se hubiese mantenido en la parte trasera del Cape y dejado pasar los siglos. Buscaba pecios, viejos troncos impregnados de agua y cubiertos de percebes, o pedazos de tablas y ensamblajes, incluso astillas que rescataba del alcance de la marea y ponía apiladas a secar. Cuando el tronco era demasiado grande para arrastrarlo, lo cortaba allí donde el agua lo había dejado o, haciéndolo rodar algunos pies, lo señalaba como suyo clavando en el suelo dos palos en cruz apoyados en él. Un tronco podrido, que en Maine obstruye el terreno y es acaso tirado al agua a propósito, aquí lo recogen con cuidado, y una vez trozado y seco, lo utilizan de una forma económica. Antes del invierno el *wrecker*, si no tiene a mano un hoyo, traslada penosamente a hombros cuesta arriba lo rescatado, siguiendo un largo sendero ascendente en diagonal trazado en la arena con una azada. En la orilla puede verse siempre el mango de su pica lista para su empleo. Él es el verdadero monarca de la playa, cuyo «derecho nadie disputa^[51]», y está tan identificado con ella como las gaviotas.

En su informe sobre Groenlandia^[52], Cranz cita la narración de Delagen sobre las costumbres de sus habitantes y dice: «Aquél que encuentra madera arrastrada hasta la orilla por el mar, o los restos de un naufragio en la misma, los aprovecha como suyos, aunque no viva allí. Pero tiene que cargar con todo a la playa y colocarle encima una piedra como señal de que alguien ha tomado posesión de ello, y esa piedra constituye una seguridad, pues en lo sucesivo ningún otro groenlandés ha de tocarlo». Así es la instintiva ley de las naciones. También en Cranz hallamos esta referencia a la madera traída por la deriva: «Como él (el Fundador de la Naturaleza) ha negado a esta frígida región rocosa el crecimiento de árboles, ha tratado de que las olas del océano conduzcan a sus costas gran cantidad de madera, la cual, por eso, llega allí flotando, una parte sin hielo pero la mayor parte junto con él, y se

aloja entre las islas. Si no fuera por eso, los europeos no tendríamos allí madera para quemar, y los pobres groenlandeses (que, es verdad, no usan madera, sino mechas) no la tendrían para techar sus casas, alzar sus tiendas, ni para construir sus embarcaciones, y tampoco para las varillas de sus flechas (aunque sí crecen allí algunos arraclanes pequeños y retorcidos, etc.) con las cuales deben procurarse el sustento, la vestimenta y la grasa para calentarse, tener luz y cocinar. Entre esas maderas están grandes árboles arrancados de raíz que, al ser llevados de un lado a otro durante muchos años y frotarse contra el hielo, son completamente despojados de ramas y corteza y están corroídos por grandes larvas de carcoma. Una pequeña parte de esta madera a la deriva la constituyen sauces, alisos y abedules que provienen de las bahías del sur (i. e. Groenlandia); también grandes troncos de álamo temblón, que deben venir de mayores distancias; pero la mayor parte es de pinos y abetos. Asimismo encontramos una buena cantidad de un tipo de madera finamente veteada, con pocas ramas; supongo que es de alerce, que suele adornar las laderas de las altas montañas rocosas. Hay también una madera rojiza y compacta, de fragancia más agradable que la del abeto común, con vetas interpuestas a la vista; la cual tomé por la misma especie que el hermoso abeto plateado, o zirbel, que tiene el aroma del cedro y crece en las altas colinas de Grison, y con el que los suizos forran los paneles de sus habitaciones». El *wrecker* nos condujo a una ligera depresión llamada Snow's Hollow, por la cual remontamos el talud, pues por las demás partes era, si no difícil, inconveniente trepar, debido a la arena blanda que se nos metía en los zapatos.

Este banco de arena —la espina dorsal del Cape— se alzaba directamente desde la playa hasta una altura de cien pies o más sobre el nivel del océano. Fue con una singular emoción que estuvimos por primera vez sobre él y descubrimos qué sitio habíamos escogido para caminar. A nuestra derecha, a nuestros pies, en suave declive, se hallaba la playa de arena, de una docena de varas de anchura; a continuación, la interminable serie de grandes olas blancas; más lejos aún, la luminosa agua verde por encima de la barra que se extiende todo a lo largo del antebrazo del Cape, y más allá, el incansable e ilimitado océano. A nuestra izquierda, desde la propia orilla para acá, un perfecto desierto de arena reluciente, de entre treinta a cincuenta varas de

ancho, bordeada por pequeñas dunas de quince o veinte pies de altura; entre las cuales, sin embargo, en algunos lugares, la arena penetraba otro tanto. Seguidamente comenzaba la región vegetal, una sucesión de pequeñas colinas y valles cubierta de arbustos, que en aquel momento resplandecía con los matices otoñales más brillantes imaginables; y detrás se veían, aquí y allí, las aguas de la bahía. Aquí, en Wellfleet, esta meseta de pura arena, conocida por los marineros como las Altiplanicies de Eastham debido a su aspecto visto desde el océano y porque una vez formaron parte de dicha localidad, con cincuenta varas completas de anchura y en muchos lugares mucho más, y a veces ciento cincuenta pies de altura sobre el nivel del océano, se extendía hacia el norte desde el límite sur de la localidad, sin una partícula de vegetación —plana como una mesa— a lo largo de dos o tres millas o hasta donde alcanzaba la vista; elevándose suavemente hacia el océano, para descender luego hasta la playa, formando una pendiente tan empinada como la arena era capaz de soportar, y tan regular como podría desear un ingeniero militar. Era como el escarpado terraplén de una estupenda fortaleza en cuya base estaba la playa y cuya explanada era el océano. Desde su superficie dominábamos la mayor parte del Cape. En resumen, estábamos atravesando un desierto con la visión de un paisaje otoñal de extraordinaria brillantez, una suerte de Tierra Prometida por un lado y el océano del otro. Pero aunque la perspectiva era tan extensa y el territorio estaba en su mayor parte despojado de árboles, apenas se veía una casa —nunca vimos una desde la playa— y la soledad era la del océano y el desierto combinadas. Un millar de hombres no la habrían perturbado seriamente, sino que se habrían perdido en la vastedad del escenario igual que sus huellas en la arena.

Toda la costa está tan libre de rocas que no vimos más que una o dos a lo largo de veinte millas. La arena era blanda como la playa y cansadora para la vista cuando brillaba el sol. Unas pocas pilas de maderos traídos por la marea, que algunos *wreckers* habían subido trabajosamente por el talud y clavado allí para que se secase, al ser los únicos objetos en el desierto, lucían borrosamente grandes y distantes, incluso como *wigwams*, aunque, al acercarnos, resultaron ser unos pequeños e insignificantes palillos.

Durante dieciséis millas, a partir de Nauset Lights, la meseta conservaba su altura, aunque más al norte no era tan plano como aquí, sino interrumpido

por leves depresiones, y las gramináceas y las matas se extendían con frecuencia por la arena hasta el borde. Hay unas páginas tituladas «Descripción de la costa oriental del Condado de Barnstable», impresas en 1802, que señalan los sitios donde los administradores de la *Humane Society*^[53] han construido unas cabañas llamadas de beneficencia, «y otros lugares donde los hombres de mar que hayan sufrido un naufragio puedan buscar refugio». Dos mil ejemplares fueron distribuidos, para que todo navío que frecuentase esta costa dispusiera de uno. He leído ese Manual del Marino Náufrago con una especie de melancólico interés, pues el sonido del oleaje, o podría decirse que el gemido del mar, se oye todo el tiempo de la lectura, como si su autor fuera el único sobreviviente de un naufragio. De esta parte de la costa, dice: «Esta meseta se acerca al océano por altos taludes empinados sumamente difíciles de trepar, especialmente durante una tormenta. En las tempestades violentas, durante las mareas muy altas, el mar rompe contra su base, haciendo peligroso andar por la playa que está entre ella y el océano. En caso de tener éxito en el intento de ascender por el talud, hay que evitar internarse en el terreno, pues las casas quedan generalmente tan alejadas que escaparían a su búsqueda por la noche; se debe proseguir hacia los valles que intersectan la meseta. Estos valles, que los habitantes denominan depresiones, son perpendiculares a la costa y en el medio o parte más baja tienen un camino que lleva de las viviendas a la costa». La palabra «camino» no siempre debe entenderse como visible y apto para la circulación de vehículos.

Había para nosotros dos caminos —uno arriba y otro abajo—: la meseta y la playa; ambos extendidos por veintiocho millas hacia el noroeste, desde Nauset Harbor hasta Race Point, sin una sola apertura a la playa y sin prácticamente interrupción alguna del desierto. En caso de vadear la estrecha y superficial ensenada en Nauset Harbor, donde no hay como máximo ocho pies de agua sobre la barra, se recorrerían diez o doce millas más, lo que haría una playa de cuarenta millas de largo; y la meseta y la playa, al este de Nantucket, no son sino una continuación de éstas. Yo estaba relativamente satisfecho. Allí a mis pies tenía el Cape, tanto como si lo estuviese montando a pelo. No era como en el mapa, o visto desde la diligencia; sino que lo tenía a la intemperie, enorme y real, ¡Cape Cod! De un modo que no se puede

representar en un mapa, por mucho color que se le ponga; la cosa en sí, de la que no existe nada semejante, ni vista ni relato más real; de la que no es posible alejarse para verla. No puedo recordar cómo pensaba antes que era. Lo habitual es celebrar únicamente estas playas si tienen un hotel, no las que sólo tienen una vivienda de beneficencia. Pero yo quería ver aquella playa donde las obras del hombre son restos de naufragio; alojarme en la verdadera Casa Atlántica, donde el océano es a la vez el amo y el señor de los mares y desembarca sin tener un muelle para ello; donde el terreno que se desmorona es el único inválido, o en el mejor de los casos no es más que terreno seco, y eso es todo lo que cabe decir.

Continuamos la marcha sin ninguna prisa, a ratos por la playa, a ratos por la meseta, sentándonos de vez en cuando sobre un húmedo tronco de arce o abedul que habría surcado largamente los mares pero ahora por fin descansaba en tierra; o a sotavento de una duna, sobre la ribera, desde donde podíamos contemplar permanentemente el océano. El talud era tan pronunciado que allí donde no había riesgo de hundimiento nos sentábamos en el borde, como en un banco. Para nosotros, gente del interior, era difícil mirar el océano sin imaginar tierra firme en el horizonte; pero las nubes, acaso debido a la gran distancia a que las veíamos, parecían colgar sobre aquél y apoyarse en el agua como jamás lo hacen en tierra. La arena tenía sus ventajas, pues aunque caminar por ella resultara «pesado», era mullida para los pies; y a pesar de que había estado lloviendo casi dos días, a la media hora de haber cesado la lluvia los costados de las dunas, que eran porosos y deslizantes, ofrecían un asiento seco. Todos los aspectos de este desierto son hermosos, se contemplan con buen o mal tiempo, o en el momento en que asoma el sol después de una tormenta; brillando a la distancia sobre la superficie húmeda de la arena luce enormemente blanco, puro y llano, y cada ligero desnivel o sendero se pone claramente de manifiesto; y cuando apartamos la vista, la mirada se posa en el océano. En verano, las gaviotas — que aquí tienen sus nidos entre las dunas vecinas— persiguen ansiosamente al caminante, se precipitan con un chillido cerca de su cabeza, y se las ve, como golondrinas, persiguiendo a algún cuervo que ha estado alimentándose en la playa, casi de un lado al otro del Cape.

Aunque durante algún tiempo no he mencionado el rugido de las grandes

olas al chocar contra la costa y el incesante flujo y reflujo de las aguas, el bramido y los embates no cesaron ni por un momento, con un estrépito que, de haber estado allí, el lector apenas habría oído mi voz; y estarán acometiendo y bramando en este mismo momento, aunque puede que con menos estruendo y violencia, pues allí el mar nunca descansa. Estábamos totalmente absortos en el espectáculo y el tumulto, y, como Crises^[54], aunque de un modo diferente al de él, caminamos en silencio por la orilla del resonante mar.

Βή δ' ἀκέων παρά θῖνα πο^[55]

Introduzco de vez en cuando algo en griego, en parte porque suena tan parecido al océano, aunque dudo si el mar Mediterráneo de Homero^[56] sonó alguna vez con la intensidad de éste.

Se dice que la atención de quienes frecuentaban las reuniones del campo en Eastham se dividía entre la prédica de los metodistas y la de la marejada en la parte exterior del Cape, pues todos ellos acudían aquí en tropel en el curso de su estadía. Confío en que en ese caso la voz más fuerte prevaleciera. ¡Con qué resultado podemos suponer que el océano exclamara ante la multitud en la orilla!: «¡Auditorio!» De aquel lado, un tal John N. Maffit^[57]; de éste, el reverendo Poluphloisboios Thalassa.

Había muy poca vegetación por aquí, fundamentalmente algas, al ser escasas las rocas a las que poder adherirse. ¿Quién, teniendo todavía puestas las piernas de andar por tierra, no ha tenido, desde la cubierta de un barco, una visión de ese gran manto amarronado empujado por la corriente, a medias levantado y bastante sumergido en el agua verde, sosteniendo una piedra o un mejillón de aguas profundas en sus dedos sobrenaturales? Yo lo he visto llevando una piedra del tamaño de la mitad de mi cabeza. Algunas veces hemos observado una masa en forma de cable de esas algas cuando era impulsada hasta la cresta de una gran ola, y hemos aguardado con interés para verla acercarse, como si sostuviese a flote algún tesoro; pero siempre quedamos sorprendidos y decepcionados ante la insignificancia de la masa que había atraído nuestra atención. Mirando el agua, los más pequeños de los objetos que flotaban en ella nos parecían de un tamaño inmenso; la vastedad

del océano hacía que nos impresionaran así y que las proporciones de cada uno guardasen relación con la grandeza del océano entero, que teníamos a la vista. Nos decepcionaba con tanta frecuencia el tamaño de los objetos al alcanzar éstos la orilla, la ridiculez de los fragmentos de madera o de alga en los que el océano empleaba su energía, que empezamos a preguntarnos si el propio Atlántico, más cerca de nosotros, soportaría una inspección aún más detenida y resultaría no ser otra cosa que un pequeño lago. Las distintas especies de algas nos parecieron una creación de fábula, una invención adecuada para adornar la carroza de Neptuno, o un capricho de Proteo^[58]. Todo cuanto se dice del mar suena a fabuloso en la mente de un habitante del interior, y todo lo que es producto suyo posee una cierta cualidad fabulosa, como si perteneciese a otro planeta, desde un alga marina a un cuento de marinero, o historia increíble. En ese elemento, los reinos animal y vegetal se encuentran y se mezclan extrañamente. Según Bory St. Vincent^[59], hay una especie de alga marina que posee un tallo de mil quinientos pies de largo y es, por lo tanto, el más largo vegetal conocido, y la tripulación de un bergantín perdió dos días de tiempo recogiendo en la costa en las Islas Falkland^[60] otro tipo de tallos arrojados por el mar, al confundirlos con madera. (Véase *Algæ*, de Harvey^[61]). Esa especie parecía casi comestible; al menos yo pensé que si me estuviese muriendo de hambre, la probaría. Un marinero me dijo que las vacas la comen. Se corta como el queso; pues yo en la primera oportunidad que tuve me senté y deliberadamente corté un par de brazos^[62] para comprobar cómo se cortaba y si era hueca en toda la extensión. La hoja parecía un cinturón ancho con bordes palmeados o como aplastados a martillazos, y además festoneados en espirales. El canto estaba en general carcomido y jironado por el azote de las olas. Un trozo del tallo que me llevé a casa encogió una semana después hasta la cuarta parte de su tamaño, y quedó completamente cubierto de cristales de sal que lucían como escarcha. El lector disculpará mi verdor —aunque no sea verde mar, como quizá el suyo—, pues yo vivo junto a la ribera de un río, donde no se baña esta alga^[63]. Considerando en qué prados crecía y cómo fue arrancada, y la ocasión en que lo fue, bien podemos tener curiosidad respecto. Uno que sabe de ocasiones^[64] se ha referido al asunto como sigue^[65].

*When descends on the Atlantic
The gigantic
Storm-wind of the equinox,
Landward in his wrath he scourges
The toiling surges,
Laden with sea-weed from the rocks.
«From Bermuda's reefs, from edges
Of sunken ledges,
On some far-off bright Azore;
From Bahama and the dashing,
Silver-flashing
Surges of San Salvador»;
«From the trembling surf that buries
The Orkneyan Skerries,
Answering the hoarse Hebrides;
And from wrecks and ships and drifting
Spars, uplifting
On the desolate rainy seas»;
«Ever drifting, drifting, drifting
On the shifting
Currents of the restless main».*

Pero no estaba pensando en esta costa cuando añadía:

*«Till, in sheltered coves and reaches
Of sandy beaches,
All have found repose again».*

[Cuando desciende sobre el Atlántico / el gigantesco / viento
tormentoso del equinoccio, / en dirección a tierra en su ira azota, / las
esforzadas olas / cargadas de algas marinas de las rocas. // De los
arrecifes de las Bermudas, de los bordes / de las salientes / de los
arrecifes sumergidos, / en una remota Azore; / desde las Bahamas y

las briosas, / plateadas destellantes / olas de San Salvador. / Del vibrante oleaje que sepulta / los arrecifes de Orkney, / respondiendo a las roncadas Hébridias; / y de naufragios y naves y palos a la deriva, flotando / en los desolados mares lluviosos. / Eternamente a la deriva, a la deriva, a la deriva / en las cambiantes corrientes del agitado mar abierto. / Hasta que, en protegidas caletas y entrantes / de playas arenosas/todos han vuelto a hallar reposo].

Esas algas eran los símbolos de los grotescos y fabulosos pensamientos que todavía no han entrado en las protegidas caletas de la literatura.

*«Ever drifting, drifting, drifting
On the shifting
Currents of the restless heart».*

[Eternamente a la deriva, a la deriva, a la deriva / en las cambiantes / corrientes del agitado corazón].

Y no todavía

*«in books recorded
They, like hoarded.
Household words, no more depart».*^[66]

[registradas en libros / Ellas, como acaparadas / palabras domésticas, no parten más].

La playa estaba también sembrada de hermosas medusas, llamadas por los *wreckers* «grito de sol», una de las formas más primitivas de vida animal, blancas unas, otras de color vino, y de un pie de diámetro. Al principio pensé que eran la parte blanda de algún monstruo marino que la tormenta o algún

otro elemento hostil hubiera destrozado. ¿Qué derecho tiene el mar a albergar en su seno cosas tan tiernas como las medusas y el musgo, siendo en sus orillas tan turbulento que los materiales más resistentes son destrozados contra ellas? Es curioso que escoja mecer en sus brazos a tan delicadas criaturas. Yo no las reconocí en el momento como las mismas que había visto antes por miríadas en la bahía de Boston elevándose hasta la superficie, con movimiento ondulante, como buscando el sol, y decolorando las aguas a mi alrededor, de modo que me parecía estar navegando por un mero lago de sopa de peces perciformes. Dicen que cuando uno intenta sacar uno, éste se le escurre por el otro lado de la mano, como el mercurio. Antes de que la tierra se alzara del océano y deviniera tierra seca, reinaba el caos; y entre las marcas de la marea alta y la baja, donde se la encuentra parcialmente desvestida y en pendiente, sigue reinando una especie de caos, en el que únicamente pueden habitar criaturas anómalas. Las gaviotas estuvieron todo el rato volando sobre nuestras cabezas y entre las rompientes, a veces dos blancas persiguiendo a una negra; totalmente habituadas a la tormenta, aunque su estructura orgánica es tan delicada como la de las medusas y el musgo marino; y comprendimos que estaban adaptadas a sus circunstancias más por el espíritu que por el cuerpo. La suya debe ser una naturaleza esencialmente más salvaje, es decir, menos humana, que la de la alondra y el tordo. Su llamada era como el sonido de una vibración metálica, y armonizaba perfectamente con el escenario y el bramido de las olas, como si alguien hubiera tocado rudamente las cuerdas de la lira que siempre está en la orilla; un jirón de música oceánica lanzado al aire sobre la neblina de las grandes olas. Pero si se me requiriese nombrar un sonido cuyo recuerdo reviviera del modo más perfecto la impresión proporcionada por la playa, el mismo sería el lúgubre piar de los chorlitos (*charadrius melodus*) que rondan por allí. Sus voces se oyen también como parte fugaz en el canto fúnebre que siempre es ejecutado a lo largo de la costa por los marineros que se han perdido en las profundidades desde que éstas fueron creadas. Pero a través de toda esa lóbreguez nos pareció percibir la huella pura y rotunda de una melodía eterna, pues siempre el mismo aire que es fúnebre para un hogar es un canto a la aurora para otro.

Un notable método para capturar gaviotas, derivado de los indios, se

practicaba en Wellfleet en 1794. «La Casa de Gaviotas», dicen, «se construye con ganchos asegurados al suelo de la playa», con unos palos que se extienden de un lado a otro por encima y cerrada a los costados con estacas y algas marinas. «Los palos de encima se cubren con carne magra de ballena. Situado en el interior, el hombre no es descubierto por las aves, y mientras ellas están peleándose por la carne y comiéndola, él las va arrastrando una por una entre los palos hasta que ha reunido cuarenta o cincuenta». De ahí proviene, probablemente, el término *gulled*^[67] con que se alude a alguien que ha sido engañado. Leemos que hay una especie de gaviota a la que los holandeses llaman *malle-mucke*, o sea mosca boba, porque caen sobre una ballena con el entusiasmo de una mosca, y la verdad es que todas las gaviotas son estúpidamente atrevidas y son fáciles de cazar. Los noruegos las llaman *havhest*, caballito de mar (y el traductor dice que es probable que el término se refiera a lo que en inglés llamamos *boobies*^[68]). Si han comido en exceso, lo vomitan y vuelven a comérselo hasta que se cansan. Ese hábito de las gaviotas de deshacerse de su propiedad [arrojando el contenido de su estómago a los petreles], ha dado origen a los términos *gull*, *guller* y *gulling* entre los hombres. Leemos asimismo que era usual matar aves pequeñas que se posaban por la noche en la playa, haciendo un fuego con grasa de cerdo en una sartén. Es probable que los indios utilizaran antorchas de pino; los pájaros acudían en masa hacia la luz y eran derribados a garrotazos. Notamos unos pozos excavados cerca del borde de la meseta, en los que se ocultaban los cazadores para disparar a las grandes gaviotas que subían y bajaban pescando cerca de la costa, consideradas buenas para comer.

Encontramos unas grandes almejas, de la especie *mactra solidissima*, que la tormenta había arrancado del fondo y arrojado a la costa. Seleccioné una de las más grandes, de unas seis pulgadas a lo largo, y me la llevé, pensando en efectuar un experimento con ella. Poco antes estuvimos con un *wrecker* que llevaba un garfio y una cuerda, quien dijo que iba en busca de piezas de tela de hilaza de estopa que formaban parte del cargamento de la nave *Franklin*^[69], naufragada allí en la primavera, con pérdida de nueve o diez vidas. Puede que el lector recuerde ese naufragio, por la circunstancia de que en la maleta del capitán, arrastrada por el agua a la orilla, se halló una carta ordenándole hacer naufragar el barco antes de llegar a América, y por el

juicio que consecuentemente tuvo lugar^[70]. El *wrecker* dijo que tormentas como la actual seguían arrastrando esas piezas a la orilla. Nos dijo además que la almeja que yo tenía era la almeja de mar o gallina, y que era buena para comer. Hicimos mediodía al pie de una duna cubierta de gramináceas, en un pequeño hoyo lóbrego en lo alto de la meseta, mientras llovía o brillaba el sol, alternativamente. Allí, habiendo reducido a virutas con mi navaja unos maderos húmedos, encendí un fuego con una cerilla y un trozo de papel, y cociné mi almeja para almorzar; pues en esta excursión, la única comida que comúnmente tomaba en una casa era el desayuno. Cuando estuvo hecha, en una de las valvas de la almeja quedó la carne y en la otra el licor. Aunque muy dura, la encontré dulce y sabrosa, me la comí toda disfrutándolo mucho. Realmente, con la adición de un par de galletas, habría sido una comida generosa. Me fijé en que las valvas eran semejantes a las cucharillas que había visto en el azucarero en mi casa. Atadas a un palo, las de por aquí solían servir de azada a los indios.

Finalmente, hacia media tarde, después de haber tenido dos o tres arco iris sobre el mar, las lluvias cesaron y los cielos se despejaron gradualmente, aunque el viento continuaba soplando con fuerza y las grandes olas conservaban su altura de antes. Reanudada la marcha, poco después arribamos a una «cabaña de beneficencia», cuyo interior examinamos para ver qué tal lo pasarían los marineros náufragos. Distante, en una desolada hondonada próxima a la costa, prácticamente metido en el talud, se halla un edificio solitario afirmado sobre pilotes hundidos en la arena, con un clavo a través de una grapa, fácil de accionar para un hombre helado, y acaso algo de paja en el suelo, sobre la que puede acostarse, o quemarla en el fogón para mantenerse con vida. Tal vez esta cabaña no se haya necesitado nunca para cobijar a un náufrago, y la persona bienintencionada que prometió inspeccionarla anualmente para ver que la paja y las cerillas estuviesen allí, y que las tablas abrigasen contra el viento, se haya vuelto remisa, y piense que las tormentas y los naufragios se han acabado; y esta misma noche, puede que una tripulación muerta de frío accione con los dedos ateridos la sujeción de la entrada y deje allí muerta por la mañana a la mitad de sus componentes. Cuando pensé en cuál debió ser el estado de las únicas familias que alguna vez las ocuparían o las habían ocupado, cuál ha de haber sido la tragedia de

las noches de invierno pasadas por seres humanos en torno a sus chimeneas, aquellas casas, aunque fueron pensadas como habitáculos humanos, no me parecieron acogedoras. No semejaban otra cosa que una etapa hacia la tumba. A su alrededor volaban y chillaban las gaviotas; el rugir del océano en las tormentas y el de las olas en los períodos de calma son cuanto resuena año tras año en su interior oscuro y vacío, excepto, si acaso, en una noche memorable. ¡Casas de acogida para los náufragos! ¿Qué clase de hogar del marinero eran éstos?

«Cada cabaña», dice el autor de la ‘Descripción de la costa oriental del Condado de Barnstable’, «descansa sobre pilotes, tiene ocho pies de largo, ocho de ancho y siete de altura; del lado sur una puerta corrediza, una persiana corrediza al oeste y un mástil que se alza quince pies por sobre el tejado, al este. El interior está provisto de paja o heno, y cuenta además con un banco». Este modelo ha cambiado poco. Existen cabañas similares en las islas Sable y Anticosti^[71], al norte, y no sé si a lo largo de la costa hacia el sur. Resulta patético leer las fieles y minuciosas instrucciones que proporciona a los marinos que puedan naufragar en esta costa para guiarlos hacia la «casa de beneficencia» más próxima o a otro refugio, pues, como se dice con respecto a Eastham, aunque hay algunas viviendas a menos de una milla de la costa, «en una tormenta de nieve, que se desata aquí con excesiva furia, sería casi imposible descubrirlas, sea de noche o de día». Podemos oír sus supuestas orientaciones conduciendo, animando, dirigiendo a la tropa empapada, castañeteante y helada: «A la entrada del valle se ha acumulado la arena, de modo que ahora es necesario trepar un poco. Pasando sobre varias cercas y teniendo cuidado de no entrar en el bosque que está a la derecha, a una distancia de tres cuartos de milla se hallará una casa. La misma se encuentra del lado sur del camino y no lejos de ella hacia el sur está el río Palmer, que corre de este a oeste a través de una extensión de pantano salobre. La casa de reunión carece de aguja o campanario, pero se distingue de las viviendas cercanas por su situación entre dos bosquecillos de algarrobos, uno al norte y uno al sur, siendo este último tres veces más grande que el otro. A eso de una milla y cuarto de la cabaña, al oeste por el norte, aparecen la parte superior y las astas de un molino». Y así durante muchas páginas.

No supimos si aquellas cabañas habían sido el medio para salvar alguna vida, aunque aquel escritor dice, acerca de una erigida a la entrada del arroyo Stout Creek, en Truro, que: «Fue construida de forma impropia, con chimenea incluida; y ubicada en un lugar donde no crecían gramináceas. Los fuertes vientos hicieron volar la arena de la base y el peso de la chimenea la derribó, de modo que en enero del presente año [1802] fue demolida por completo. Este suceso tuvo lugar unos seis meses antes del naufragio del *Brutus*. Si hubiera permanecido, es probable que la totalidad de la infortunada tripulación de dicho barco se hubiera salvado, al haber llegado a la costa a sólo pocas varas del sitio donde había estado la cabaña».

Esta «casa de beneficencia», como la llamaba el *wrecker*, esta «casa humanitaria», como algunos la llaman, es decir, la primera a la que llegamos nosotros, no tenía ventana ni persiana corrediza, ni tablas de madera ni pintura. Como ya he dicho, había un clavo oxidado que atravesaba una grapa. Sin embargo, como queríamos tener una idea de cómo era una «casa humanitaria» y confiábamos en que nunca tendríamos una mejor ocasión, arrimamos el ojo, por turnos, al agujero dejado por un nudo en la madera de la puerta, y después de un largo rato de atisbar, en vano, en la oscuridad, no sabiendo cuántos esqueletos de náufragos podríamos ver al final, mirando con el ojo de la fe, sabiendo que, para el que golpease a la puerta puede que no siempre se abriese, pero que para el que mirase lo bastante por el agujero el interior resultaría visible —pues habíamos adquirido cierta práctica en mirar para adentro (manteniendo constantemente el otro ojo a cubierto de la luz, poniendo el mundo exterior detrás de nosotros, océano, terreno y playa) hasta que la pupila se agrandaba y recogía los rayos de luz que vagaban en aquella oscuridad (pues la pupila se agrandará mirando; nunca hubo una noche tan oscura que un ojo certero y paciente, aunque sea pequeño, no se imponga a la misma)—, al cabo de todo esto, digo, las cosas empiezan a adquirir forma para nuestra vista —si podemos usar esa expresión donde no había nada aparte del vacío—, y conseguimos la tan deseada visión del interior. Aunque al principio creímos que era un caso perdido, al cabo de varios minutos de constante ejercicio de la divina facultad, nuestra perspectiva empezó decididamente a mejorar, y estuvimos en condiciones de exclamar, con el bardo ciego del «Paraíso perdido y recobrado»:

*Hail. Holy Light! Offspring of Heaven first born,
Or of the Eternal co-eternal beam,
May I express thee unblamed?*^[72]

[(¡Salve, sagrada Luz! Tú, primogénita / Hija del Cielo, o rayo coeterno / del Eterno ¿te llamaré impoluta?). Trad. de E. Pujals, Madrid Cátedra, 2001].

Transcurrió un ratito, y una chimenea se encendió de pronto en nuestra visión. En pocas palabras, descubrimos que había en el suelo unas piedras y unos montones sueltos de lana, y una chimenea vacía en el extremo más alejado; pero que nosotros viésemos ésta no contaba con cerillas, paja o heno, ni estaba «provista de un banco». En realidad, allí dentro estaban los restos del naufragio de toda belleza cósmica.

De espaldas al mundo exterior, miramos de ese modo a través del agujero al interior de la «casa humanitaria», al propio vientre de la misericordia, y hallamos una piedra en lugar de pan. Hubo literalmente un gran grito (de las gaviotas afuera), y un poco de lana. No obstante, nos alegramos de sentarnos fuera, al abrigo de la «casa humanitaria», para escapar del viento cortante; y allí pensamos en lo fría que es la caridad... ¡Qué humanidad inhumana! ¡Esto es, pues, lo que la caridad oculta! ¡Virtudes antiguas y lejanas siempre con un clavo oxidado en la cerradura; y muy difíciles de mantener en buen estado, además, siendo tan incierto si alguien ganará alguna vez la playa cercana! Así que temblamos a su alrededor aquella noche sin estrellas, al no poder entrar, mirando de vez en cuando por el agujero, hasta que concluimos que no era para nada una casa «humanitaria», sino una caja en la costa, ahora cerrada, perteneciente a alguien de la familia de la Noche o el Caos^[73], en la que pasan sus veranos junto al mar para disfrutar de la brisa marina, y que no era correcto que estuviésemos espionando sus asuntos.

Para mi asombro, y en términos más bien absolutos, mi compañero había declarado antes de esto que yo no tenía una pizca de sentimiento; pero yo sospecho que quiso decir que las piernas no me dolían precisamente entonces, aunque no soy enteramente un extraño a ese sentimiento. Pero no

me propuse éste como un viaje sentimental.

5

El pescador de ostras de Wellfleet

Tras recorrer unas ocho millas desde que encontramos la playa, y habiendo traspasado el límite entre Wellfleet y Truro, un mojón de piedra en la arena —pues incluso aquella arena cae bajo jurisdicción de una u otra ciudad—, giramos hacia el interior por áridas colinas y valles, donde el mar, por alguna razón, no nos siguió y, avanzando por una hondonada, descubrimos antes de media milla dos o tres casas de sobrio aspecto, singularmente próximas a la costa oriental. Sus guardillas parecían tan llenas de cuartos que los tejados apenas lograban permanecer derechos, y no tuvimos duda de que allí había espacio para nosotros. Las casas próximas al mar suelen ser bajas y amplias. Aquéllas tenían una planta y media de altura; pero si uno simplemente contaba las ventanas bajo la línea de tejado donde se juntaban dos vertientes, pensaría que había varias plantas más, o, en todo caso, que el entrepiso era el único al que se consideraba digno de ser ilustrado. El gran número de ventanas en la fachada de las casas y su irregularidad en materia de tamaño y posición, allí y en cualquier otra parte del Cape, nos impresionaron agradablemente: como si cada uno de los varios ocupantes que tuviera su *cunabula*^[74] detrás hubiera hecho una abertura allí donde le viniera bien y según su tamaño y estatura, sin considerar el efecto exterior. Había ventanas para los adultos y ventanas para los niños, tres o cuatro por cabeza; como cierto fulano que tenía una abertura grande en el portillo del granero para el gato y otra más pequeña para los gatitos. A veces eran tan bajas bajo los aleros que creí que debían haber perforado la viga principal para otro cuarto,

y me fijé que algunos eran triangulares, para encajar esa parte más exactamente. Los fondos de las casas tenían pues tantas bocas como el cilindro de un revólver y, si los habitantes tenían el mismo hábito de atisbar por las ventanas como algunos de nuestros vecinos, un viajero debía tener poca suerte con ellos.

En términos generales, las casas anticuadas y sin pintar del Cape lucían más confortables, y también más pintorescas, que las modernas y más pretenciosas, que estaban menos en armonía con el paisaje, y menos firmemente asentadas.

Aquellas casas estaban en las orillas de una cadena de lagunas, siete en total, fuente de una pequeña corriente fluvial llamada Herring River, que desemboca en la Bahía. Hay varios Herring River en el Cape; tal vez pronto sean más numerosos que los arenques^[75]. Llamamos a la puerta de la primera casa, pero sus habitantes estaban ausentes. En el ínterin, vimos que los de la casa vecina nos miraban desde la ventana, y antes de que llegásemos a la misma una anciana salió, cerró el tabique protector de su puerta y volvió a entrar. No obstante, no vacilamos en llamar a su puerta, cuando apareció un hombre con aspecto de oso, que nos pareció de sesenta o setenta años. Nos preguntó, al principio sospechosamente, de dónde éramos y qué hacíamos, a lo cual respondimos lisa y llanamente.

«¿A qué distancia está Concord de Boston?», inquirió él.

«A veinte millas por ferrocarril».

«Veinte millas por ferrocarril», repitió él.

«¿Nunca oyó hablar de Concord y su fama revolucionaria?».

«¿Qué si nunca oí hablar de Concord? Pues si yo oí disparar los cañones en la batalla de Bunker Hill. [A través de la Bahía se oye el sonido de los fuertes cañonazos]. Tengo casi noventa; tengo ochenta y ocho años. Tenía catorce en la época de la pelea en Concord: ¿y dónde estaban ustedes entonces?».

Nos vimos obligados a confesar que no estuvimos en la lucha.

«Bueno, entren, se lo dejaremos a las mujeres», dijo él.

De modo que entramos, sorprendidos, y tomamos asiento, una anciana tomó nuestros sombreros y bultos y el anciano continuó, deteniéndose junto a la gran chimenea anticuada,

«Soy una pobre criatura inútil, como dice Isaiah; este año estoy arruinado, aquí estoy bajo dominio de las mujeres».

La familia constaba del viejo, su mujer, su hija, que parecía tan vieja como su madre, un tonto, hijo de ésta (un hombre de mediana edad con aspecto de bruto, de mandíbula prominente, de pie junto al hogar cuando entramos, pero que se ausentó inmediatamente), y un muchachito de diez años.

Mientras mi compañero hablaba con las mujeres, yo lo hice con el viejo. Ellas dijeron que éste era viejo y tonto, pero era evidente que él estaba muy por encima de ellas.

«Estas mujeres», me dijo, «son las dos unas pobres criaturas inútiles. Ésta de aquí es mi mujer. Me casé con ella hace sesenta y cuatro años. Tiene ochenta y cuatro y es sorda como una tapia, y la otra no es mucho mejor».

Tenía buena opinión de la Biblia, o cuando menos hablaba bien de ella y no pensaba mal, pues eso no habría sido prudente en un hombre de su edad. Dijo que la había leído atentamente durante muchos años y que tenía buena parte en la punta de la lengua. Parecía profundamente imbuído del sentido de su propia insignificancia, y exclamaba reiteradamente:

«Yo no soy nada. Lo que saco de mi Biblia es precisamente esto: que el hombre es una pobre criatura inútil y que todo es como Dios lo considera adecuado y como Él lo dispone».

«¿Puedo preguntarle su nombre?», dije.

«Sí», respondió él, «No me avergüenza decir mi nombre. Mi nombre es _____^[76]. Mi bisabuelo vino de Inglaterra y se estableció aquí».

Era un antiguo pescador de ostras de Wellfleet, que se había formado en ese oficio y tenía hijos dedicados al mismo.

Dicen que casi todos los negocios y puestos de ostras en Massachusetts son provistos y atendidos por nativos de Wellfleet, y una parte de esa ciudad se sigue llamando Billingsgate^[77], por las ostras que antiguamente fueron plantadas allí; pero se dice que las ostras nativas murieron en 1770. A ello se le asignan causas diversas, como una helada del subsuelo, los peces muertos pudriéndose en la bahía, etc., pero la explicación más común es —y he descubierto que una superstición similar con respecto a la desaparición de peces existe casi en todas partes— que cuando Wellfleet empezó a pelear con

las ciudades vecinas por el derecho a recogerlas, aparecieron en ellas manchas amarillas y la Providencia las hizo desaparecer. Hace unos años se traían anualmente del sur sesenta mil fanegas y eran plantadas en la bahía de Wellfleet hasta que adquirían «el sabor propio de Billingsgate»; pero ahora las importan por lo general ya desarrolladas y las siembran cerca de sus mercados, en Boston y otros sitios, donde el agua, al ser una mezcla de salada y dulce, les viene mejor. Dijeron que el negocio todavía era bueno y mejoraba.

El viejo dijo que las ostras podían helarse en invierno, si se las plantaba a demasiada altura; pero que si no hacía «frío como para sentirlo en los ojos», no sufrían daño. Los habitantes de New Brunswick han notado que «el hielo no se forma sobre el lecho de una ostra, a menos que sea realmente muy intenso, y cuando se hielan las bahías sobre los lechos de las ostras se descubren fácilmente porque el agua sobre ellas se mantiene sin congelar, o como dicen los residentes franceses, *degèle*». Nuestro huésped dijo que ellos las mantienen todo el invierno en los sótanos.

«¿Sin nada que comer o beber?», pregunté.

«Sin nada de comer o de beber», respondió él.

«¿Se pueden mover?».

«Tanto como mi zapato».

Pero cuando lo pesqué diciendo que ellas «se acostaban en la arena con el lado chato hacia arriba y el redondo hacia abajo», le dije que mi zapato no podía hacer eso sin la ayuda de mi pie en él; a lo cual dijo que ellas simplemente se asentaban a medida que crecían; si se las plantaba en cuadro, se las encontraba así; pero los bivalbos podían moverse bastante rápido. Después, pescadores de ostras de Long Island, donde la ostra es aún autóctona y abundante, me han dicho que se las encuentra en grandes masas adheridas a sus progenitores por el medio, y que así las extraen con sus pinzas; en cuyo caso, dicen, la edad de las jóvenes demuestra que puede no haber habido movimiento en cinco o seis años, al menos. Y Buckland^[78], en su *Curiosidades de la Historia Natural* (pág. 50) dice: «Una ostra que ha adoptado su posición y fijado la misma siendo bastante joven no puede cambiar nunca. En cambio, las que no se han fijado, sino que permanecen sueltas en el fondo del mar, poseen la capacidad de locomoción; abren las

valvas al máximo y luego las contraen súbitamente, con lo que la expulsión de agua hacia delante produce un movimiento hacia atrás. Un pescador de Guernesey me dijo que ha visto con frecuencia ostras moverse de esa manera».

Hay quien todavía considera la cuestión de «si la ostra es autóctona de la bahía de Massachusetts», y de si la de Wellfleet fue un «habitat natural» de ese molusco; pero, aparte del testimonio de viejos pescadores de ostras, que me parece hartamente concluyente, pese a que la ostra nativa pueda actualmente haberse extinguido allí, yo he visto sus conchas, abiertas por los indios, esparcidas por todo el Cape. De hecho, el Cape fue al principio densamente poblado por indios debido a la abundancia de esos y otros animales acuáticos. Vimos después numerosos vestigios de su presencia en Truro, cerca de Great Hollow, y en High Head, cerca del río East Harbor: conchas de ostras, de almejas, de berberechos, mezcladas con cenizas y huesos de venados y otros cuadrúpedos. Recogí media docena de puntas de flechas, y en una o dos horas podría haberme llenado los bolsillos de ellas. Los indios vivieron en las inmediaciones de las marismas, después probablemente en algunos casos, en lagunas, que les proporcionaban refugio y agua. Por su parte Champlain, en la edición de sus *Viajes* impresa en 1613, dice que en el año 1606 él y Poitricourt^[79] exploraron una bahía (¿la de Barntable?) en la zona meridional de lo que hoy se llama Bahía de Massachusetts, en la latitud 42 °, unas cinco leguas al sur, un punto al oeste de *Cap Blanc* (Cape Cod), y allí encontraron muchas valiosas ostras, y lo llamaron *le Port aux Huistres* (el Puerto de las Ostras). En una edición de su mapa (1632), el *R. aux Escailles* aparece dibujado como desembocando en la misma parte de la bahía, y en el mapa *Novi Belgii*, en el *America* de Ogilby (1670)^[80], se señala el mismo lugar con las palabras *Port aux Huistres*. También William Wood^[81], quien dejó Nueva Inglaterra en 1633, en su libro «*New England's Prospect*», publicado en 1634, habla de un «gran banco de ostras» en el río Charles y de otro en el Mistick, en cada uno de los cuales obstruía la navegación. «Las ostras», dice, «son grandes en forma de calzador; algunas tienen un pie de largo; esta variedad crece en ciertos bancos que quedan expuestos con cada marea primaveral. Sin concha es de un tamaño tal que es preciso dividirla para poder metérsela uno en la boca». Todavía se las encuentra allí. (Ver

también «*New English Canaan*», de Thomas Morton (pág. 90)^[82].

Nuestro anfitrión nos dijo que la ostra marina, o hembra, no era fácil de obtener: se la rastreaba, aunque nunca del lado del Atlántico, únicamente cuando era arrojada allí en pequeñas cantidades por las tormentas. A veces el pescador se adentra varios pies en el agua y va golpeando en la arena del fondo delante de él con un palo aguzado. Cuando el palo se introduce entre las valvas de un molusco, éste las aprieta, y así es extraído. Se ha sabido de pececillos y renacuajos atrapados y retenidos cuando trataban de alimentarse a su costa. Tiempo después, estaba yo un día en la ribera del Acushnet, en New Bedford, contemplando a unos patos, cuando un hombre me informó de que esa mañana, tras haber soltado sus patos jóvenes para que buscasen su alimento entre los arbustos y hierbas de la margen del río durante la bajamar, al rato había notado que uno permanecía en un sitio entre las hierbas porque algo le impedía seguir a los demás y, al acercarse a él, descubrió que tenía la pata fuertemente apresada entre las valvas de una almeja comestible. Se llevó a casa a ambos animales, y su mujer, abriendo la concha con un cuchillo, liberó al pato, y cocinó el molusco. El anciano dijo que las grandes almejas eran buenas para comer, pero que ellos siempre, antes de cocinarlas, les quitaban cierta parte que era venenosa. Comentó que la gente decía que aquello mataría a un gato. Yo no le dije que esa tarde me había comido una entera, pero empecé a sentir que mi resistencia era mayor que la de un gato. Él manifestó que por allí pasaban vendedores ambulantes, que a veces trataban de venderle a las mujeres una espumadera, y él les decía que ellas disponían de espumaderas mejores que las que ellos pudieran fabricar, las conchas de sus almejas, que tenían precisamente la forma adecuada. En algunos lugares las llaman «espumalotodo». Dijo también que algunas conchas son ponzoñosas al tacto, y que cuando los marineros las encuentran no las toquetean sino que las apartan de su camino. Yo le dije que había tenido una en la mano esa tarde y que hasta el momento no había sentido ningún efecto perjudicial. Pero él dijo que producían picor en las manos, especialmente si de antemano tenían rasguños, o que, si me las llevaba al pecho me enteraría de cómo era.

Nos informó de que nunca se formó hielo en la parte de atrás del Cape, o no más de una vez en un siglo, y de que poca nieve se posaba allí, siendo

absorbida o soplada o llevada por el agua. A veces en invierno, cuando la marea estaba baja, la playa se helaba y proporcionaba un camino firme de unas treinta millas en la parte de atrás, llano como un piso. Un invierno, cuando era niño, él y su padre «salieron directamente hacia la parte de atrás antes del amanecer, fueron andando a Provincetown y estuvieron de regreso para la cena».

Cuando le pregunté qué hacían con toda aquella tierra aparentemente infecunda, en la que se veían tan pocos campos cultivados, dijo que «nada».

«Entonces por qué cercarlos».

«Para que no vuele la arena y lo cubra todo».

«En la arena amarilla», dijo, «hay alguna vida, pero en la blanca, poca o ninguna».

Cuando, respondiendo a su pregunta, le dije que yo era topógrafo, dijo que los que midieron su granja, allí donde el terreno era desigual acostumbraban a anudar cada cinta a la altura de los codos; eso era lo que tenían en cuenta, y él quiso saber si yo podía decirle por qué ellos no se habían guiado por su escritura o algo semejante. Parecía tenerle más respeto a los topógrafos de la vieja escuela. «El rey Jorge tercero, hizo una carretera de cuatro varas de ancho y recta a todo lo largo del Cape», dijo, pero no supo indicar dónde estaba.

Esta historia de los agrimensores me recordó a un individuo de Long Island que una vez, estando yo preparado para saltar a la orilla desde la proa de su embarcación y creyendo él que por no haber calculado debidamente la distancia me iba a quedar corto —aunque después descubrí que juzgaba la elasticidad de mis articulaciones de acuerdo a la de las suyas—, me dijo que cuando él llegaba a un arroyo que quería atravesar levantaba una pierna, y entonces, si su pie parecía cubrir una parte cualquiera de la ribera opuesta, él sabía que podía saltar. «Vaya», le dije, «dejando de lado el Mississippi o cualquier otra pequeña corriente acuática, yo podría tapar con el pie una estrella, pero no intentaría saltar esa distancia», y le pregunte cómo sabía cuándo había levantado la pierna hasta la altura correcta. Pero él consideraba que sus piernas no eran menos precisas que un compás de puntas fijas o un cuadrante ordinario y al parecer reconocía minuciosamente cada grado y minuto del arco que describían; y me habría hecho creer que tenía una

especie de regulador en la articulación de la cadera que cumpliera ese propósito. Le sugerí que se conectara los tobillos mediante un cordel del largo adecuado, que actuaría como la cuerda de un arco, midiendo su capacidad de salto sobre superficies horizontales, suponiendo que una pierna fuera perpendicular al plano del horizonte, lo cual, sin embargo, puede haber sido en el caso una suposición demasiado arriesgada. En todo caso, se trataba de una especie de geometría en las piernas de la que me interesó enterarme.

Nuestro anfitrión disfrutó diciéndonos el nombre de los lagos^[83], la mayoría de los cuales podíamos ver desde sus ventanas, y haciéndonos repetir después de él sus nombres para ver si los habíamos aprendido correctamente. Esos nombres fueron Gull Pond, el mayor y muy hermoso, de aguas claras y profundas y más de una milla de circunferencia, y los de Newcomb, Swett, Horse-Leech, Round y Herring, todos ellos conectados durante la pleamar, si no me equivoco. Los topógrafos de la costa habían acudido a él por los nombres, y él les habló de uno que ellos no habían detectado. Dijo que no eran tan altos como antiguamente. Hubo un terremoto, unos cuatro años antes de que él naciera, que rajó el lecho de las lagunas, que era de hierro, e hizo que se asentaran. Yo no recordé haber leído acerca de esto. Innumerables gaviotas solían acudir a ellos, pero las grandes eran ahora muy escasas, pues, como él dijo, los ingleses robaban sus nidos en el lejano norte, donde ellas procreaban. Él recordaba bien cuando las gaviotas eran llevadas a la casa-de-gaviotas y cuando aves pequeñas eran destruidas de noche por medio de una sartén y fuego. Su padre una vez perdió un valioso caballo por esa causa. Una partida de gente de Wellfleet había encendido su fuego para ese propósito, una noche oscura, en Billingsgate Island; allí pastoreaban veinte caballos, este potrillo entre ellos; asustados e intentando en la oscuridad cruzar el pasaje que los separaba de la playa vecina —la cual era entonces vadeable con la marea baja—, fueron todos arrastrados al mar y se ahogaron. Yo observé que muchos caballos eran aún echados a pastar todo el verano en las islas y playas en Wellfleet, Eastham y Orleans, como una especie de zona común de pastoreo. Él describió también la matanza aquí, cuando él era niño, de lo que llamó «gallinas salvajes», después de que hubieran ido a posarse en el bosque. Tal vez fueran urogallos (*pinnated grouse*).

Le gustaba el guisante de playa (*lathyrus maritimus*) cocido verde, y también el cultivado. Lo había visto crecer en abundancia en Terranova, donde también lo consumían sus habitantes, pero él no había podido conseguirlo maduro para semilla. Leemos, bajo el epígrafe de Chatham, que «en 1555, en una época de gran escasez, la gente de Oxford y sus alrededores, en Sussex (Inglaterra) evitó perecer comiendo las semillas de esta planta, que allí crecía en gran abundancia sobre la costa marítima. Vacas, caballos, ovejas y cabras la comían». Pero el autor que cita esto no podía saber que alguna vez hubiera sido utilizada en el condado de Barnstable.

¿Había sido un viajero, pues? Había andado por el mundo en su tiempo. Una vez se consideró piloto de toda nuestra costa; pero ahora habían cambiado los nombres, así que podría equivocarse.

Nos dio a probar lo que llamó *summer sweeting*, una deliciosa manzana que él cultivaba y de la que con frecuencia hacía injertos, pero que nunca había visto crecer en ninguna parte, excepto una vez: tres árboles en Terranova, o en la Bahía de Chaleur, no recuerdo cuál, al navegar cerca. Estaba seguro de poder distinguir el árbol a distancia.

Finalmente el tonto, a quien mi compañero llamaba el genio, entró murmurando entre dientes: «Malditos vendedores de libros... todo el tiempo hablando de ellos. Hay que hacer algo. Malditos sean. Los voy a balear. Tenemos médico por aquí. Conseguiré un arma y los balearé», sin levantar la cabeza una sola vez. A lo que el viejo se puso de pie y dijo en alta voz, como quien está acostumbrado a mandar, que esa no era la primera vez que se había visto obligado a ejercer su autoridad allí: «John, ve a sentarte, ocúpate de tus asuntos... ya te hemos oído hablar así antes... ni que fueras a hacer nada... perro que ladra no muerde». Pero, sin importarle, John volvió a murmurar las mismas incoherencias, y después se sentó a la mesa que los mayores habían abandonado. Se comió todo cuanto había en ella, y luego se volvió hacia las manzanas, que su anciana madre estaba pelando para poder brindar a sus huéspedes un poco de compota para el desayuno, pero ella las apartó y a él lo echó.

Cuando me aproximé a aquella casa, al verano siguiente, por las desoladas colinas entre la misma y la orilla, dignas de haber sido el lugar de nacimiento de Ossian^[84], vi al genio en medio de un maizal en la ladera,

pero, como de costumbre, su figura destacaba tan extrañamente que lo tomé por un espantapájaros.

El viejo era el hombre más alegre que hubiera yo visto, y uno de los mejor conservados. Su estilo de conversación era lo suficientemente basto y llano como para serle atribuido a Rabelais^[85]. Habría compuesto un buen Panurgo^[86]. O era más bien él un sobrio Silenus, y nosotros los pequeños Chromis y Mnasilus^[87] escuchando su historia.

Había en su conversación una extraña mezcla de pasado y presente, pues había vivido bajo el Rey Jorge, y podía haber recordado cuando nacieron Napoleón y los modernos en general. Contó que un día, cuando estallaron las hostilidades entre las colonias y la madre patria, estando él, un chico de quince años, descargando heno de un carro, un tal Doane, viejo *tory* que estaba hablando con su padre, un auténtico *whig*^[88], le dijo a este último: «Vaya, Tío Bill, que las Colonias se empeñen en conseguir la independencia es lo mismo que si tú te empeñases en vaciar esa laguna en el océano con una horquilla». El viejo recordaba bien al General Washington y la forma en que marchaba en su caballo por las calles de Boston, y se ponía derecho para mostrarnos cómo era su aspecto.

«Era un hombre más bien grande y corpulento, un oficial de aspecto viril y resuelto, que sabía cómo montar al caballo»... «Así, verán, lucía Washington». Entonces volvía a enderezarse de un salto y se inclinaba graciosamente a derecha e izquierda, haciendo como si saludara con el sombrero. «Ése era Washington», dijo.

Nos contó numerosas anécdotas de la Revolución, y se sintió complacido cuando le dijimos que habíamos leído lo mismo en la historia y que su versión coincidía con la escrita.

«¡Oh!», dijo, «¡lo sé, lo sé! Yo era un joven de dieciséis años, con las orejas bien abiertas, y un tipo de esa edad, ya se sabe, anda muy despierto y le gusta saber todo lo que está ocurriendo. ¡Si lo sabré yo!».

Nos contó la historia del naufragio del *Franklin*, que tuvo lugar allí la primavera anterior: cómo por la mañana temprano vino un chico a preguntar de quién era el bote que estaba junto a la orilla, porque había un barco en peligro; y cómo él, siendo un viejo, primero tomó su desayuno y luego fue andando hasta lo alto de la meseta de al lado de la costa y allí, habiendo

conseguido un cómodo asiento, se sentó a ver el navío que había naufragado. Éste se hallaba en la barra, a sólo un cuarto de milla de él y más cerca de los hombres que en la playa ya tenían preparado un bote pero no podían brindar auxilio debido a las grandes olas que rompían junto a la orilla, pues la mar estaba sumamente encrespada. Había pasajeros reunidos en la parte delantera del barco y algunos saliendo por las ventanas de los camarotes con ayuda de los otros.

«Vi al capitán bajar su bote», dijo; «era pequeño; y saltaron al mismo uno tras otro, rectos como flechas. Los conté. Eran nueve. Uno era mujer, y saltó tan recta como los demás. Luego se apartaron del barco. El mar los volvió a arrimar al mismo, una ola los cubrió, y cuando reaparecieron había aún seis agarrados al bote. Yo los conté. La siguiente ola volcó la embarcación y la vació de gente. Ninguna de aquellas personas llegó viva a la orilla. Los demás pasajeros apiñados en el castillo de proa, con las otras partes de la nave hundidas en el agua, habían visto todo lo sucedido con el bote. Finalmente un fuerte golpe de mar separó del resto de la embarcación naufragada el castillo de proa, que fue arrastrado por la peor de las grandes olas hasta donde el bote de rescate pudo alcanzarlo y salvó a todos los náufragos que quedaban, excepto a una mujer».

Nos habló asimismo del vapor *Cambria*, encallado en esta costa meses antes de nuestra llegada, y de sus pasajeros, que recorrieron los alrededores y que —dijo— pensaron que el panorama desde la alta meseta junto a la costa era «el más delicioso que hubieran visto jamás»; y también de las travesuras que gastaban las señoras en las lagunas con su red de cazar mariposas. Hablaba de aquellos viajeros con el monedero lleno de guineas igual que nuestros padres provincianos solían hablar de sus ascendientes británicos en tiempos de Jorge III.

¿*Quid loquar?* ¿Para qué repetir lo que nos dijo?

*«Aut Scyllam Nisi, quam fama secuta est,
Candida succinctam latrantibus inguina monstris,
Dulichias vexâsse rates, et gurguite in alto
Ah timidos nautas canibus larâsse marinis».*^[89]

En el correr de la tarde empecé a sentir la potencia de la almeja que me había comido, y tuve que confesar a nuestro anfitrión que yo no era tan resistente como el gato del que él hablaba; pero el viejo respondió que él era un individuo franco y podía decirme que aquello era pura imaginación. De todas formas, en mi caso la almeja resultó ser un emético y me hizo pasar un breve mal rato, mientras él reía a mis expensas. Me produjo placer leer más adelante, en *Mourt's Relation*^[90], en el relato del desembarco de los Peregrinos en la bahía de Provincetown, lo siguiente: «Encontramos grandes mejillones (el viejo editor dice que eran indudablemente ostras de mar) muy voluminosas y llenos de perlas marinas; pero no los comimos, pues todos aquéllos entre nosotros que sí lo hicieron enfermaron, tanto marineros como pasajeros... aunque pronto volvieron a sentirse bien». La evocación de esa experiencia, similar a la mía, me hizo sentir más cercano a los Peregrinos, a quienes tanto me parecía. Además, fue una valiosa confirmación de su historia, y ahora estoy dispuesto a creer cada palabra de la *Mourt's Relation*. También me dio placer encontrar que el hombre y el molusco continúan guardando entre sí la misma relación. Pero no percibí perla marina alguna. Como Cleopatra, debo habérmela tragado^[91]. Desde entonces he escarbado buscándolas en un llano de la bahía y las he observado. Por las marcas de las gotas en la arena parecían capaces de lanzar un chorro de diez pies ante el viento.

«Ahora voy a hacerle una pregunta», dijo el viejo, «y no sé si me la puede responder; pero usted es un hombre instruido y yo nunca tuve más instrucción que la que me dio la naturaleza». Fue en vano que le recordase que él podía ponernos en situación embarazosa citando a Josephus^[92]. «Tenía pensado que si alguna vez conocía a un hombre instruido me gustaría hacerle esta pregunta. ¿Podría decirme cómo se escribe *axy* y qué significa? Hay una niña de por aquí que se llama así. Pero ¿qué es? ¿Qué significa? ¿Es un nombre bíblico? Yo he leído la Biblia una y otra vez en veinticinco años, y nunca he tropezado con él».

«¿La leyó veinticinco años con ese objeto?», pregunté.

«Bueno, ¿cómo se escribe? Mujer, ¿cómo se escribe?».

Ella dijo: «Está en la Biblia; lo he visto».

«No lo sé. A c h, ach, seh, seh. Achseh».

«Así se escribe *axy*? ¿Y sabe usted qué significa?», preguntó él, dirigiéndose a mí.

«No», repliqué, «jamás había escuchado ese sonido».

«Una vez hubo aquí un maestro de escuela, y le preguntaron qué significaba, y él dijo que no tenía más sentido que una judía».

Yo le dije que era de la misma opinión que el maestro. Yo mismo había sido maestro^[93] y había tenido que lidiar con nombres raros. Conocí nombres como Zoeth, Amaziah, Bethuel y Shearjashub.

Finalmente el chico, que tenía un asiento justo en el rincón de la chimenea, se quitó calcetines y zapatos, se calentó los pies, y habiéndose calentado la pierna dolorida se fue a la cama; a continuación el tonto desnudó los pies y las piernas de aspecto nudoso y lo siguió; y por último también el viejo expuso sus pantorrillas a nuestra contemplación. Nunca habíamos tenido la buena fortuna de ver unas piernas de viejo: nos sorprendió que fueran blancas y regordetas como las de un bebé y nos pareció que lo enorgullecía exhibirlas. Seguidamente procedió a los preparativos para retirarse, discursando entre tanto con panúrgica llaneza sobre las enfermedades de las que es sujeto la vieja humanidad. Para él éramos todo un botín. Por lo general no tenía con quien hablar sino con pastores religiosos, si bien a veces éstos eran diez a la vez, y estaba contento de tener a su disposición a unos laicos. La velada no le resultaba suficiente. Como yo había estado indispuerto, la anciana preguntó si no me iba a acostar: se estaba haciendo tarde para la gente mayor; pero el viejo, que aún no había terminado con sus historias, dijo,

«No les importa, ¿verdad?».

«¡Oh, no!», dije yo. «No tengo ninguna prisa. Creo que ya he superado lo de la ostra».

«Son buenas», dijo él; «ojalá tuviese algunas ahora».

«A mí nunca me han hecho mal», dijo la anciana.

«Porque usted les saca la parte que mataría a un gato», dije yo.

Por fin lo interrumpimos en medio de sus cuentos, que él prometió reanudar por la mañana. Pero al final, una de las ancianas que entraron en la

habitación por la noche a cerrar la persiana de madera, que se golpeaba ruidosamente, al salir tuvo la precaución de dejarnos encerrados. Las ancianas son por naturaleza más desconfiadas que los ancianos. No obstante, los vientos aullaban en torno a la casa y hacían que esa noche tanto los postigos como los marcos de las ventanas vibrasen con gran estrépito. Es probable que fuera una noche ventosa para cualquier localidad, pero no podíamos distinguir el rugido propio del océano de aquél que se debía únicamente al viento.

Los sonidos que produce el océano deben de ser muy significativos e interesantes para quienes viven cerca del mismo. El verano siguiente, cuando me alejaba de la orilla y me encontraba a un cuarto de milla de distancia, subiendo una cuesta, me sobresaltó un súbito estruendo procedente del mar, como si un gran buque próximo a la costa estuviese soltando vapor; por un instante contuve el aliento y sentí que se me helaba la sangre, y me volví esperando ver uno de los vapores del Atlántico decididamente fuera de su curso, pero no hubo a la vista nada inusual. Había un banco bajo a la entrada del Hollow, entre el océano y yo, y sospechando que al ascender pudiera haberme internado en otro estrato de aire —que me hubiera traído simplemente el habitual rugido del mar—, volví a descender inmediatamente, para ver si dejaba de oírlo; pero, independientemente de mi ascenso o descenso, se extinguió en un par de minutos, pese a que apenas hubo viento en el ínterin. El viejo dijo que aquello era lo que llamaban el celo, un rugido peculiar del mar antes de un cambio de la dirección del viento, el cual, sin embargo, no fue capaz de explicar. Él creía poder saberlo todo acerca del estado del tiempo a partir de los sonidos producidos por el mar.

El viejo Josselyn^[94], que vino a Nueva Inglaterra en 1638, sostiene, en su repertorio de indicios relativos al tiempo atmosférico, que «el retumbo del mar desde la costa, y el murmurar del follaje en el bosque sin viento aparente, anuncian la llegada del viento».

Posteriormente, hallándome en otra parte de la costa, oía el bramido de las olas a una milla de distancia, y los habitantes de la zona dijeron que era una señal de que el viento iba a rolar al este y que tendríamos tiempo lluvioso. El océano estaba algo crecido hacia el este, y aquel bramido era ocasionado por su esfuerzo para conservar el equilibrio, alcanzando la orilla

la ola antes que el viento. También el capitán de un paquebote que viajaba entre este país e Inglaterra me dijo que algunas veces se encontraba en el Atlántico con una ola en sentido contrario al del viento, incluso en un mar en calma, lo cual indicaba que a cierta distancia el viento soplaba desde una dirección opuesta, pero que la ondulación había viajado más rápido que él. Los marinos hablan de «jirones de marea» y de «hinchazones del fondo», que suponen originados por huracanes y terremotos y que han viajado muchos cientos de millas, y a veces incluso dos o tres mil.

A la mañana siguiente, nos liberaron antes del amanecer, y yo corrí a la playa a ver el sol emergiendo del océano. La anciana de ochenta y cuatro inviernos estaba ya fuera en el frío viento matinal, la cabeza descubierta, caminando airoosamente como una muchacha mientras llevaba la vaca a ordeñar. Preparaba el desayuno con rapidez y sin alboroto alguno; y entre tanto el viejo reanudaba sus historias, de pie delante de nosotros —que permanecíamos sentados—, de espaldas a la chimenea y echando a diestra y siniestra sobre el fuego que tenía detrás el jugo de su tabaco, sin preocuparse de los diversos platos que allí estaban en preparación. Como desayuno tuvimos anguilas, tarta de crema, pan fresco, habichuelas, rosquillas y té. El viejo hablaba sin parar; y cuando su mujer le dijo que sería mejor que tomara el desayuno, él dijo: «No me metas prisa; he vivido demasiado para que me atosiguen». Yo me serví compota de manzana y rosquillas, que me pareció lo menos expuesto a los escupitajos del viejo, pero mi compañero prescindió de la compota y comió tarta caliente y habichuelas, por parecerle que ambas cosas ocupaban la parte más a salvo de la chimenea. Pero después, comparando nuestras notas, le dije que la tarta había estado especialmente expuesta, y que habiendo yo visto cómo sufría repetidamente, la había evitado; pero él declaró que, en todo caso, viendo cómo la compota servía de blanco, había prescindido de ella. Después del desayuno miramos el reloj de la casa, que no funcionaba, y a falta de aceite lo lubricamos con un poco de «grasa de gallina», puesto que el viejo apenas podía creer que no fuésemos caldereros u hojalateros; en el ínterin, el viejo nos contó una historia sobre visiones, referida a una grieta en la caja del reloj provocada una noche por la helada. Tenía curiosidad por saber a qué secta religiosa pertenecíamos. Dijo que cuando era joven había ido a oír trece tipos de predicación en un mes

pero no se había incorporado a ninguna: se atenía a su Biblia. En su Biblia no había nada semejante a ninguna de ellas. Mientras yo me afeitaba en el cuarto adyacente, lo oí preguntarle a mi compañero a qué secta pertenecía, a lo que él respondió:

«Oh, yo pertenezco a la Fraternidad Universal».

«¿Y eso qué es?», preguntó él, «¿Hijos de la Templanza?».

Finalmente, llenándonos los bolsillos de rosquillas —lo alegró enterarse de que las llamábamos igual que él— y luego de pagar por nuestra manutención, partimos; pero él nos siguió afuera y nos hizo decirle los nombres de las verduras que había cultivado a partir de las semillas provenientes del *Franklin*. Éstas eran repollo, brécol^[95] y perejil. Como yo le había preguntado el nombre de tantas cosas, él a su vez me puso a prueba acerca de todas las plantas que crecían en su huerto, tanto silvestres como de cultivo. Se trataba de más o menos medio acre, que cultivaba él totalmente solo. Amén de las verduras comunes del huerto, había acedera, toronjil, hisopo, laminilla, pamplina, matricaria romana, helenio y otras plantas. Mientras estábamos allí, vi a un pigargo precipitarse sobre la laguna para apresar un pez.

«Vaya», comenté, «se ha llevado un pez».

«Bueno», dijo el viejo, que estuvo todo el tiempo mirando, pero no pudo ver nada, «no se zambulló, apenas se mojó las garras».

Y efectivamente, esa vez no, aunque se dice que suele hacerlo, sino que simplemente se abalanzó lo suficiente como para sacarlo con las garras; pero mientras llevaba la brillante presa volando sobre los arbustos, ésta cayó al suelo, y no vimos que la recuperase. No es su costumbre.

Así pues, luego de otra despedida, el viejo, de pie bajo el alero, con la cabeza descubierta, nos instó a marchar «a campo traviesa»; y, estando ya avanzada la mañana, nos encaminamos de nuevo hacia la playa.

Fue un par de días después de eso que dos individuos de tierra adentro destriparon y robaron la caja fuerte del banco de Provincetown, y supimos que nuestros hospitalarios anfitriones abrigaron al menos fugazmente la sospecha de que habíamos sido nosotros.

6

De nuevo la playa

Nuestro trayecto hacia el terreno arenoso elevado que según he descrito se extiende a lo largo de toda la costa, nos llevó a través de los habituales matorrales de arrayanes que crecían desordenadamente en la arena. Después del aladierno, eran tal vez el arbusto más común de la zona. Me atraían mucho sus hojas aromáticas y sus pequeñas bayas grises, que se agrupan en torno a las cortas ramitas debajo de los brotes del año anterior. Conozco sólo dos arbustos en Concord, los cuales, siendo plantas resistentes, no producen fruto. Las bayas les daban a aquéllos un aspecto venerable, y despedían un olor picante, como de caramelitos. Robert Beverly, en su *Historia de Virginia*, publicada en 1705^[96], consigna que «en la boca de sus ríos y a lo largo de la costa marítima y de la bahía, así como cerca de muchas de sus calas y marismas, crece el mirto, que da una baya con la que se fabrica una cera dura y quebradiza, de un raro color verde, la cual una vez refinada se vuelve transparente. Con ella se fabrican velas que no son grasosas al tacto ni se derriten con el tiempo más caluroso; tampoco su aroma ofende al olfato, como el de la vela de sebo; sino que en lugar de ser desagradable, si un accidente la apaga, produce una rica fragancia apreciada por todos cuantos se hallen en el recinto; tanto es así, que a menudo la gente las apaga adrede para disfrutar el incienso de la vela que expira. Se dice que la fusión de aquellas bayas fue descubierta por vez primera por un cirujano en Nueva Inglaterra, quien realizó maravillas con un unguento hecho con las mismas». De la abundancia de bayas que cuelgan aún de las matas, dedujimos que los

habitantes no suelen juntarlas para hacer velas, aunque habíamos visto una en la casa que acabábamos de dejar. Más tarde yo mismo he fabricado alguna. Manteniendo un cubo bajo las ramitas desnudas, en abril, las froté entre mis manos y de ese modo obtuve alrededor de un cuarto^[97] en veinte minutos, a lo cual se añadió lo bastante para hacer tres pintas, y podría haberlas juntado mucho más rápido con un rastrillo adecuado y un recipiente grande y poco profundo. Poseen pequeñas prominencias como las de una naranja toda arrugada en cera, la cual llena también los intersticios hasta el carozo. La parte aceitosa subió hasta arriba, dándole una apariencia de caldo sabroso que olía muy parecido a un bálsamo u otro té de hierbas. Se lo deja enfriar, luego se espuma el sebo de la superficie, que se vuelve a derretir y se filtra. Yo obtuve un cuarto de libra de mis tres pintas, y más aún quedó en las bayas. Una pequeña porción enfriada tomó la forma de pequeños hemisferios aplanados, como cristalizaciones, del tamaño de un grano de cereal (pepitas las llamé al sacarlas de entre las bayas). Loudon^[98] consigna que «se dice que los árboles cultivados rinden más cera que los que se encuentran silvestres»^[99]. Si uno se ensucia las manos con brea en un bosque de pinos, no hay más que frotar entre las manos algunas de aquellas bayas para quitarla. Pero allí el hecho grandioso que nos hizo olvidar tanto los arrayanes como los hombres fue el océano.

Hoy la atmósfera estaba maravillosamente despejada, y el mar ya no lucía oscuro y tormentoso, si bien las olas todavía rompían espumosas en la playa, pero brillantes y llenas de vida. Ya esa mañana había visto el amanecer sobre el mar como si saliera de su seno:

*«The saffron-robed Dawn rose in haste from the streams
Of Ocean, that she might bring light to immortals and to mortals».*^[100]

(La Aurora vestida de [color] azafrán se alzó presurosa de las olas / del Océano con objeto de llevar la luz a los inmortales y a los mortales).

El sol surgió a la vista a tal distancia sobre el mar que el banco de nubes en el

horizonte, que al principio lo ocultaba, no fue perceptible hasta que el astro se hubo alzado detrás y literalmente lo rompió y lo dispersó, como una flecha. Pero hasta ese momento yo lo veía como elevándose de la tierra firme, y no podía percibir, sin esfuerzo, que lo hacía sobre el mar. Ya veía en el horizonte unos barcos que habían rodeado el Cape por la noche y se hallaban ahora en plena ruta hacia otros países.

Llegamos a la playa en la parte sur de Truro. En las primeras horas del día, durante la pleamar y con la playa blanda y estrecha, caminamos por la ribera, que era allí muy alta, pero no tan plana como el día anterior, estando interrumpida por leves depresiones. El autor de la *Description of the Eastern Coast* dice de esta zona que «la ribera es muy alta y empinada. Desde su borde al oeste hay una faja de arena de cien yardas de anchura. Luego sigue un tramo de arbustos bajos que ocupan una milla a lo ancho, casi impasable. Tras la cual viene una desconcertante floresta, en la que se descubre ninguna casa. Los marinos, por tanto, aunque la distancia entre aquellas dos depresiones (la de Newcomb y la de Brush) es grande, no deben intentar entrar en el bosque, pues en una tormenta de nieve habrían de desaparecer». Ésta sigue siendo una fiel descripción del territorio, excepto que ya no queda mucho bosque alto.

Había numerosos veleros deslizándose como gaviotas sobre la superficie del mar, ora enteramente ocultos, el dragante surcando las aguas, ora dando bandazos en lo alto de las olas. Uno de aquéllos, una barca que se mantenía paralela a la costa, arrió súbitamente las velas, echó el ancla, y giró en redondo con el viento, cerca de nosotros, a sólo media milla de tierra. En un principio creímos que su capitán deseaba comunicarse con nosotros, que tal vez no habíamos captado la señal de socorro —que un marino habría entendido— y que nos maldecía tomándonos por unos insensibles *wreckers* que le daban la espalda. Horas después seguíamos viéndola anclada detrás de nosotros y nos preguntamos cómo podía permitirse perder tanto tiempo de navegación. ¿O sería la nave de un contrabandista que había escogido aquella playa desolada para desembarcar su carga? ¿O querían capturar peces, o pintar la embarcación? Al rato otros veleros, bergantines y goletas^[101] que habían doblado el Cape en el ínterin estaban navegando a su lado impulsados por la brisa, y nos tranquilizamos. Algunas de aquellas embarcaciones se

rezagaban mientras que otras marchaban a un ritmo constante. Nos fijamos bien en el aspecto y el aparejo de cada una, así como en su modo de surcar las aguas, pues había entre ellas tantas diferencias como las que se aprecian entre las personas. Pero nos preguntábamos si se acordarían de Boston, Nueva York y Liverpool, navegando hacia esos puertos, allí fuera; como si el marino fuera a olvidar su actividad traficante con la grandiosidad de semejante avenida. Tal vez habían traído naranjas de las Antillas; ¿y estaban llevándose de vuelta las cortezas? Lo mismo podríamos nosotros transportar nuestras viejas trampas a través del océano de la eternidad. ¿No es esa otra cosa que otra «ruta del comercio»^[102] con sus benditas islas? ¿Es el Cielo un refugio parecido a los muelles de Liverpool?

Persisten ininterrumpidamente los terrenos interiores improductivos poblados de arbustos, el desierto y el elevado promontorio de arena con su pendiente uniforme, la ancha playa blanca, las grandes olas, el agua verde en la barra, y el Océano Atlántico; y cruzamos con placer los nuevos tramos de esta costa; y con nuestra recién adquirida experiencia tomamos otra lección acerca del manatí y la vaca marina, la medusa y la almeja. El movimiento del mar es apenas menor que el día anterior. Da la impresión de amainar con cada ola, porque es lo que esperamos, pero con el paso de las horas no apreciamos diferencia alguna. Sino que ahí estaba, balanceándose a nuestro lado, el agitado océano, con su ambular oscilante. Cada ola dejaba en la arena una suerte de trenzas o un tejido de trama y urdimbre bastas y un visible borde levantado por la rapidez de la ejecución. No nos dábamos prisa, pues deseábamos ver el océano tranquilamente, y por cierto que aquella arena blanda no era apta para apresurarse, ya que una milla allí era como dos en cualquier otra parte. Además, con frecuencia nos veíamos obligados a vaciar los zapatos de la arena recogida trepando el talud o descendiendo del mismo.

Esa mañana mientras caminábamos junto a la orilla del agua miramos hacia atrás de forma casual y vimos un gran objeto negro que las olas acababan de arrojar a la playa detrás de nosotros, aunque demasiado lejos para distinguir de qué se trataba; y cuando estábamos por retornar hacia allí desde la ribera, donde hasta entonces no había aparecido ser humano alguno, aparecieron corriendo y como surgidos de la arena, dos hombres en procura de rescatar aquello antes de que otra ola se lo llevase. Al aproximarnos, la

cosa tomó sucesivamente la forma de un pez enorme, un hombre ahogado, una vela o una red, y finalmente la de una masa de tela de hilaza de estopa, parte de la carga del *Franklin*, que los hombres cargaron en una carretilla.

En la playa, los objetos —sean animados o inanimados— no sólo lucen sumamente grotescos sino más grandes y más maravillosos de lo que realmente son. Hace poco, al acercarme a la orilla del mar varios grados al sur de aquí, vi delante de mí, aparentemente a una milla de distancia, lo que semejaban ser llamativos y escarpados acantilados en la playa, de quince pies de altura y blanqueados por el sol y las olas; pero tras dar unos pasos resultaron ser montones de trapos —parte de la carga de un barco naufragado— de apenas un pie de altura. También una vez, orientado por un faro, me ocupé de ir en busca de los restos de un cuerpo humano, destrozado por tiburones, que acababa de ser arrojado por el mar una semana después de un naufragio: debía hallarlo a una o dos millas por la playa, a una docena de varas de la orilla, cubierto por una tela, junto a una astilla clavada en la arena. Yo suponía que tendría que mirar exhaustivamente para hallar un objeto tan pequeño, pero la playa arenosa, de media milla de anchura y extendida más allá de lo que abarca la mirada, estaba tan perfectamente lisa y desnuda, y a tal punto el mar refractaba la luz como una lente, que cuando estuve a media milla de distancia la insignificante astilla que marcaba el lugar parecía un palo blanqueado, y los restos resultaban tan conspicuos como si yacieran en una capilla ardiente sobre aquella llanura arenosa, o como si una generación se hubiera empeñado en colocar sobre una tumba un mojón de piedras apiladas. De cerca aquello eran simplemente unos huesos con algo de carne adherida; de hecho, sólo una leve protuberancia en la playa ribereña. No había nada destacable en ellos, que resultaban singularmente inofensivos para los sentidos y la imaginación. Pero estando yo allí de pie, se volvieron cada vez más imponentes. Estaban solos con la playa y el mar, cuyo apagado rugido parecía dirigido a ellos, y tuve la impresión de que había entre ellos y el océano un entendimiento que necesariamente me excluía a mí con mi simpatía quejumbrosa. Aquel cadáver había tomado posesión de la costa y reinaba en ella como ninguna criatura viviente podría, en nombre de una cierta majestad que le era propia.

Después vimos numerosas pequeñas piezas mojadas de tela y supe que

continuaron encontrándolas en buenas condiciones incluso hasta noviembre de ese año, a razón de media docena de rollos por vez.

Nos llenamos ávidamente los bolsillos de los pulidos guijarros que en algunos lugares, incluido aquél, aparecían formando una delgada capa esparcida sobre la arena, junto con unas conchas planas circulares (*scutellæ*?); pero, como habíamos leído, una vez secas habían perdido su belleza, así que en cada parada fuimos vaciando los bolsillos de las menos notables, hasta que nuestra colección quedó bien seleccionada. Las olas convertían en guijarros toda clase de materiales, no sólo piedras de varios tipos, sino el duro carbón dejado caer por algún barco, trozos de cristal y, en una ocasión, una masa de turba de tres pies de largo allí donde en muchas millas no se veía nada parecido. Todos los grandes ríos del globo están anualmente, si no constantemente, descargando grandes cantidades de material diverso, que las corrientes trasladan a orillas remotas. Yo he visto muy perfectos guijarros de ladrillo, y barras de jabón de Castilla^[103], procedentes de un naufragio, convertidas en cilindros perfectos y todavía con marcas rojas en espiral, como el distintivo de una barbería. Cuando el mar arroja a la costa una colección de prendas hechas harapos, al ser arrastradas por la orilla cada bolsillo y cada recoveco en forma de saco se llenará a reventar de arena, y en una ocasión los bolsillos así rellenos en la ropa de un naufragio, aun después de abiertos por los *wreckers*, me hicieron pensar en identificarlas por su contenido. Un par de guantes tenía exactamente el aspecto de haber sido llenado por una mano. En esas prendas, el agua no tarda en escurrirse y evaporarse, pero de la arena, que se mete en cada costura, no es fácil deshacerse. Es bien sabido que las esponjas, que se recogen en la orilla, retienen parte de la arena de la playa hasta el último día, a pesar de todos los esfuerzos hechos por extraerla.

Encontré una piedra de color gris oscuro en lo alto de la ribera, con la forma exacta de una almeja gigante (*mactra solidissima*), y del mismo tamaño; y, lo que es más notable, una mitad de la parte exterior, de la misma forma y profundidad que una de las valvas de aquella almeja, se había desprendido y yacía cerca mientras que la otra mitad estaba suelta, mostrando dentro un sólido núcleo o centro de color más oscuro. Más tarde vi una piedra semejante a una almeja-navaja, pero era sólida. Parecía como si la piedra, en

proceso de formación, hubiera llenado el molde proporcionado por la concha de una almeja; o que la misma ley que formaba la almeja hubiera hecho una almeja de piedra. Las almejas muertas, con la concha llena de arena, son llamadas almejas de arena. Había numerosas de las grandes así rellenas; y a veces una valva aparecía aparte y llena de arena exactamente nivelada, como si la hubieran colmado y luego tirado. Incluso entre las muchas piedras pequeñas en lo alto de la ribera, encontré una punta de flecha.

Además de la almeja gigante y de percebes, en la orilla hallamos en abundancia una almeja pequeña (*mesodesma arctata*), que excavé con mis manos en las barras, y que es a veces consumida por los habitantes del lugar, a falta de la *mya arenaria* por estos lares. La mayoría de sus conchas vacías han sido perforadas por algún enemigo. También encontramos:

- *astarte castanea*
- el mejillón comestible (*mytilus edulis*) en las escasas rocas, bañados por el agua en curiosas formaciones de cuarenta o cincuenta, fijados por el filamento que segregan, llamado *byssus*.
- la concha venera (*pecten concentricus*), utilizada como tarjetero y acerico.
- berberechos (*natica heros*), y sus notables *nidus*, llamados «círculo de arena», semejantes a la boca de una jarra de piedra sin el tapón y rota por un lado, o a una pechera acampanada hecha de papel de lija.
- *Cancellaria couthouyi*, y
- Caracoles de agua salada (*fusus decemcostatus*).

Después vimos otras clases del lado de la Bahía. Gould^[104] manifiesta que este Cape «ha demostrado hasta ahora ser una barrera para las migraciones de muchas especies de molusco»... De las ciento noventa y siete especies [que él describió], 18 banqueaban totalmente lo alto de la playa; estaban las pulgas de mar o de playa (*amphipoda*); y los casos del cangrejo de herradura o cangrejo cacerola (*limulus polyphæmus*), del cual vimos muchos vivos del lado de la Bahía, donde alimentan con ellos a los cerdos.

Las colas eran usadas por los indios como puntas de flecha.

De las de simetría radial, estaba la castaña o huevo de mar (*echinus granulatus*), por lo común despojada de sus púas; había conchas planas circulares (*scutella parma*) cubiertas de púas color chocolate, pero deviniendo suaves y blancas, con cinco figuras como de pétalos; algunas estrellas de mar o cinco-dedos (*asterias rubens*); y peces-sol o medusas (*aureliae*).

Había también al menos una especie de esponja.

Las plantas que reconocí por los alrededores en la propia plataforma arenosa, entre la marca ordinaria de la pleamar y el pie del terreno alto, fueron la cakile (*cakile americana*), la salicornia (*salsola kali*), la arenaria (*honkenya peploides*), la bardana (*xanthium echinatum*), y la euforbia (*eurphobia polygonifolia*); también hierba de playa (*arundo*, *psamma* o *calamagrostis arenaria*), vara de oro silvestre (*solidago sempervirens*), y el guisante de playa (*lathyrus maritimus*).

A veces ayudábamos a un *wrecker* a voltear un tronco más grande de lo habitual, o nos divertíamos haciendo rodar piedras por la ribera, pero rara vez podíamos hacerlas llegar al agua, al ser la playa tan blanda y ancha, o, aunque el tiempo era bastante frío y ventoso, nos bañábamos en algún bajío cercano a una barra, donde el mar nos cubría de arena con cada flujo. Con tiempo caluroso el océano es allí generalmente una incitante perspectiva frustrada, pues según nos comentaron después, con toda esa agua por delante nadie se baña del lado del Atlántico, debido a la resaca y al rumor de la presencia de tiburones. En el faro de Eastham y en el de Truro, únicas viviendas situadas bien en la costa, declararon al año siguiente que allí no se bañarían ni «por todo el oro del mundo», pues a veces veían a los tiburones vomitar y agitarse por un momento en la arena. Otros se reían de esas historias, pero es posible que pudieran permitírsele porque nunca se bañaban en ninguna parte. Un viejo *wrecker* nos contó que allí donde nos habíamos bañado había matado a un tiburón de catorce pies de largo, habitual devorador de hombres, y que lo había arrastrado fuera con sus bueyes; y otro, que su padre había atrapado uno que había quedado varado, de la misma clase pero de menor tamaño, manteniéndolo alzado con el morro para abajo para que las olas no se lo llevaran. Por todo el Cape se cuentan crudas historias sobre tiburones, de las

cuales no pretendo dudar enteramente: de cómo a veces dan vuelta a un bote o lo hacen pedazos para llegar a quien lo tripula. No me cuesta creer en la resaca, pero no tengo duda de que un tiburón en una docena de años basta para mantener la reputación de una playa de un centenar de millas de extensión. Debo añadir, no obstante, que en el mes de julio nosotros anduvimos aquí por el banco durante un cuarto de milla, paralelamente a un pez de unos seis pies de largo, posiblemente un tiburón, que merodeaba lentamente a dos varas de la costa. Era de un color marrón claro, singularmente traslúcido e indistinto en el agua, como si la naturaleza en pleno asistiera a aquel hijo del océano, y mostraba numerosas fajas o anillos transversales más oscuros toda vez que asomaba a la superficie. Es bien sabido que peces diferentes, incluso de la misma especie, son coloreados por el agua en la que habitan. A éste lo vimos introducirse en una pequeña caleta o bañera en la que nosotros acabábamos de bañarnos y donde el agua tenía entonces sólo cuatro o cinco pies de profundidad, y luego de explorarla volvió a salir; pero seguimos bañándonos allí, sólo que observando primero desde la orilla si la caleta estaba ocupada de antemano. Pensábamos que aquella agua estaba más llena de vida, que era más valiosa que la de la Bahía, como un agua carbónica natural, porque éramos tan exigentes como el salmón joven, y la expectativa de un encuentro con un tiburón no le quitaba nada de sus cualidades vivificantes.

Algunas veces nos sentábamos en la arena húmeda a observar a los chorlitos, andarríos y otros pájaros, que trotaban cerca de cada ola esperando que el mar les trajera su desayuno. El primero (*charadrius melodus*) corría con gran rapidez y luego permanecía inmóvil notablemente erecto y apenas distinguible de la playa. La arena húmeda estaba cubierta de pequeñas y saltarinas pulgas de mar que, al parecer, formaban parte de su alimento. Éstas últimas son las pequeñas carroñeras de la playa, y son tan numerosas que en muy poco tiempo devoran grandes peces arrojados a la playa. Un pajarito no más grande que un gorrión —podría haber sido un falaropo— se posó en la turbulenta superficie donde las grandes olas tenían cinco o seis pies de altura, y flotó allí alegremente como un pato, recurriendo hábilmente a las alas para elevarse unos pocos pies en el aire sobre la cresta espumosa de cada ola, pero en ocasiones, cuando su instinto le decía que una no iba a romper, soportaba

con seguridad otra ola considerable, que lo impactaba por unos segundos. Era una criatura pequeña para jugar así con el océano, pero su éxito era comparable al de las olas en su propio juego. Había también a lo largo del Cape una casi interminable línea de gallaretas que subían y bajaban con las olas a pocas varas de la orilla. Eran una parte tan constante en la orilla del océano como los nenúfares o los camalotes lo son del borde de un lago. Sobre el ave llamada petrel o «ave de las tempestades» o «pampero oceánico» (*thalassidroma wilsonii*), que puede verse en la Bahía, así como fuera de ella, leemos lo siguiente:

«Las plumas del pecho del petrel son, como las de todas las aves voladoras, impermeables; pero las substancias no susceptibles de mojarse con agua son, por esa misma razón, las mejor dotadas para recoger aceite de su superficie. Esa función cumplen las plumas del pecho del petrel cuando la tocan; y aunque ése puede no ser el único modo en que se procuran el alimento, es ciertamente aquél con el que obtienen gran parte del mismo. Hacen una pasada veloz hasta que han cargado las plumas y luego se detienen sobre la ola a quitarse el aceite con el pico».

De este modo continuamos andando por la orilla levemente curva, abarcando con la vista dos o tres millas por delante, por esta acera oceánica en la que no había nadie a quien acudir, con el eje de la avenida de las naciones a nuestra derecha y los farallones de arena del Cape a nuestra izquierda. Esta mañana vimos una parte de los restos de un navío, probablemente el *Franklin*, un gran fragmento de quince pies cuadrados, todavía con la pintura fresca. Con un gancho y un cable podríamos haberlo rescatado, pues las olas lo ponían repetidamente a nuestro alcance, pero como suele ocurrir, volvían a llevárselo. Habría constituido un golpe de suerte para un *wrecker* pobre, ya que me han dicho que alguien que pagó tres o cuatro dólares por un trozo de aquel barco naufragado sacó por el hierro sus buenos cincuenta o sesenta dólares. Otro, el mismo que recogió la maleta del Capitán con la memorable carta en su interior, me mostró en su huerto muchos perales y ciruelos que llegaron a la orilla, todos muy bien atados y etiquetados, y me comentó que podría haber obtenido por ellos quinientos dólares, dado que un tal señor Bell estaba importando el núcleo de un vivero que iba a establecer en Boston. Sus semillas de nabo provenían de la misma

fuelle. También unos valiosos palos del mismo barco y del *Cactus* descansaban en su recinto. En resumen, los habitantes visitan la playa para ver qué han conseguido, con la misma regularidad con que un pescador revisa su red o un maderero su barrera de contener troncos; la red o barrera de aquéllos es el Cape. Supe de uno que recientemente había levantado veinte toneles de manzanas en buenas condiciones, probablemente parte de una carga de cubierta arrojada al mar en una tormenta.

Aunque hay funcionarios especializados en naufragios designados para custodiar bienes y pertenencias de valor que deben ser denunciadas, es indudable que muchos elementos valiosos desaparecen subrepticamente. Pero ¿no somos todos *wreckers* deseosos de que algún tesoro sea arrojado a nuestra playa y podamos apropiarnos del mismo? ¿Y no es de las formas corrientes de ganarnos la vida que inferimos las costumbres de aquellos *wreckers* de Nauset y Barneгат?

El mar, vasto y salvaje, lleva así los desechos y los restos del arte humano a su más remota orilla. No se sabe qué no es capaz de vomitar. No deja nada quieto; ni aun las almejas gigantes adheridas a su fondo. Todavía sacude la flotante cuerda de arrastre del *Franklin* y es posible que un fragmento de un antiguo barco pirata, naufragado hace más de un siglo, llegue a la orilla hoy. Hace unos años, cuando naufragó aquí un navío en cuyo cargamento llevaba nuez moscada, las nueces se esparcieron por toda la playa y pasó un tiempo considerable sin que el agua salada las estropease. Poco después, un pescador sacó un bacalao lleno de ellas. ¿Por qué, entonces, no podrían los de las islas de las especias sacudir sus mirísticas sobre el océano y dejar que todas las naciones que las necesitaran las recogiesen? Aunque un año más tarde descubrí que las nueces moscadas del *Franklin* se habían ablandado.

Podría hacerse una curiosa lista de los artículos tragados por los peces: navajas y brillantes cajitas de lata de rapé de los marineros, sin saber lo que contenían; y jarras, y joyas, y a Jonás. El otro día me encontré el siguiente fragmento en un periódico:

«UN PEZ RELIGIOSO» – Hace poco, el posadero Stewart, del Denton Hotel, compró un pez que pesaba unas sesenta libras. Al abrirlo encontró en su interior un certificado de pertenencia a la Iglesia

Metodista Episcopal, en el que leímos:

Miembro

Iglesia Metodista Episcopal

Fundada en 1784.

Licencia trimestral 18

Ministro.

*'For our light affliction, which is but for a moment,
Worketh for us a far more exceeding and eternal weight
Of glory' – 2 Cor. IV. 17.^[105]
'O what are all my sufferings here,
If, Lord, thou count me meet
With that enraptured host t'appear,
And worship at thy feet'.*

(Oh, qué son todos mis sufrimientos aquí, si tú, Señor, me permites presentarme con ese embelesado anfitrión y postrarme a tus pies).

«El diario estaba, por supuesto, mojado y arrugado, pero una vez puesto al sol y planchado, quedó bastante legible. – *Denton (Md.) Journal*».

De vez en cuando nosotros mismos rescatábamos un pecio, una caja o un barril, lo poníamos boca abajo y lo señalábamos con palos cruzados; y puede que permanezca allí, respetado por los hermanos *wreckers*, hasta que una tormenta más violenta se lo lleve, realmente perdido para el hombre hasta naufragar de nuevo. También rescatamos, a costa sólo de mojarnos los pies, una valiosa boya con su cable, parte de un enmalle con el que el mar jugueteaba, porque nos pareció descortés rechazar el más humilde regalo que tan grande personaje nos ofrecía. Lo llevamos a casa y todavía lo utilizamos en nuestro huerto. Recogí una botella semienterrada en la arena húmeda, cubierta de lapas, pero con un tapón apretado, y medio llena de cerveza, que

todavía olía a enebro —todo lo que quedaba, imaginé, del naufragio de un mundo tumultuoso—: aquel gran mar salado por un lado, y este pequeño mar de ginebra del otro, conservando cada uno su respectiva naturaleza. ¡Si pudiera contarnos sus aventuras sobre las incontables olas oceánicas! Un hombre que pasara por semejantes ordalías ya habría dejado de ser un hombre. Pero mientras la vaciaba lentamente sobre la arena, me pareció que el hombre mismo era como una botella de cerveza medio vacía que el Tiempo hubiera bebido hasta ese punto, pero taponada con fuerza por el momento y flotando a la deriva en el océano de las circunstancias; aunque destinada a mezclarse con las olas que la rodean, o a ser derramada sobre las arenas de una orilla remota.

En el verano vi por aquí a dos hombres que pescaban róbalo. A falta de calamar, usaban como carnada una rana-toro, o un grupo de varias ranas pequeñas. Seguían el repliegue de una ola y haciendo girar en redondo sobre sus cabezas los respectivos sedales a velocidad creciente, los lanzaban al mar lo más lejos posible; después retrocedían, y se sentaban tranquilamente en la arena a esperar que picasen. Era literalmente (o «litoralmente»^[106]) bajar a la orilla y lanzar el sedal al Atlántico. Yo no habría sabido qué podrían cobrar al otro extremo, si Proteo^[107] u otro. En cualquier caso, si no era posible cobrarlo, el pescador podía dejarlo ir sin ser arrastrado él mismo. Y ellos sabían por experiencia que sería un róbalo listado, o tal vez un bacalao, pues esos peces suelen andar cerca de la costa.

De vez en cuando nos sentábamos al abrigo de una duna escasamente cubierta de barrón ordinario y contemplábamos tranquilamente el mar u observábamos los barcos que iban al sur, por supuesto que todos ellos *Blessing of the Bay*^[108]. Veíamos algo más de la mitad de un círculo de océano, además de echar ojeadas fugaces a la Bahía que teníamos detrás; el mar allí no era proceloso en sentido alguno, pues con frecuencia había a la vista, en el Atlántico, simultáneamente, un centenar de velas. En un día favorable de verano se pueden contar por lo común unas ochenta y, a veces, los prácticos desembarcan y ascienden por el talud para localizar aquellas embarcaciones que requieren sus servicios. Todas ellas habían estado aguardando el buen tiempo y habían salido juntas de la bahía de Boston. Es el mismo caso que cuando se han congregado en el Vineyard Sound^[109], de

modo que un día pueden verse unas pocas y, al siguiente, una gran flota. Las goletas de muchos focos y *estays* llenaban toda la vía marítima; navíos con aparejo redondo, con su velamen de gran altura y amplitud, aparecían de cuando en cuando salidos del lejano horizonte, o desaparecían y se hundían en él. Por allá, la embarcación de un práctico llevando a remolque su pequeño bote se dirigía hacia un extranjero distante que acababa de disparar un cañonazo, cuyo eco sonaba por toda la costa como un derrumbe en la meseta. Veíamos al práctico mirando con su catalejo en dirección al barco distante, que retrocedía para hablar con él. El práctico navega muchas millas para reunirse con la nave; y ahora ésta arría velas y se comunica con él a su lado; envía un importante mensaje a los dueños y luego se despide para siempre de estas costas; o tal vez le pase una hélice propulsora a una embarcación inutilizada, o que ha quedado inmovilizada, cuyo cargamento de frutos podría echarse a perder. Aunque en silencio, y mayoritariamente con discreción, atendiendo a sus asuntos, eran, sin duda, una fuente de alegría y una especie de sociedad mutua.

Hoy se vio el «purple sea»^[110], un epíteto que yo antes no había aceptado. Había nítidas zonas del color de una uva púrpura con la pelusa frotada. Pero al fin y al cabo el mar es de todos los colores. Con razón escribe Gilpin^[111] acerca de «los tonos brillantes que juegan continuamente en la superficie de un océano en calma», y éste no estaba demasiado turbulento a cierta distancia de la orilla. «Hermosos», dice Gilpin, «son sin duda en grado sumo esos tenues matices que a menudo envuelven las cumbres montañosas; pero son meros destellos en comparación con aquellos colores marinos, que están continuamente variando e intercambiándose con todo el vívido esplendor del arco iris, frecuentemente en el espacio de varias leguas». Por lo común, con el tiempo en calma, a media milla de la costa, donde el fondo lo colorea, el mar es verde, o verdoso, lo mismo que algunas lagunas; luego es azul a lo largo de muchas millas, a menudo con matices púrpura, delimitado a lo lejos por una luz casi como una faja plateada; más allá de la cual hay generalmente un borde azul oscuro, como una cadena montañosa en el horizonte, como si, igual que aquélla, debiera su coloración a la atmósfera interpuesta. En otra ocasión estará marcado por extensas fajas, alernativamente planas y onduladas, de colores claros y oscuros, incluso parecidos a nuestras praderas

del interior súbitamente inundadas, y mostrando en qué dirección se orienta el viento.

Así permanecemos, sentados en la espumosa orilla, mirando el océano del color del vino,

Θίν' ἐφ' ἄλός πολιῆς, ὀρόων ἐπὶ οἴνοπα πόντον

Dispersamente, se advertía una mancha más oscura sobre la superficie, la sombra de una nube, aunque el cielo estaba tan despejado que, de otro modo, no se habría notado nube alguna y ninguna sombra se habría visto sobre el terreno, donde una superficie mucho más pequeña es inmediatamente visible. Así pues, en el curso del día un marinero puede ver por todas partes nubes y aguaceros distantes, que no necesariamente presagian lluvia en el lugar en el que él se encuentra. En julio vimos unas manchas azul oscuro semejantes allí donde cardúmenes de arenques rizaban la superficie, escasamente distinguibles de las sombras de las nubes. A veces en el mar aparecían abundantes manchas de ese tipo, tal es su inagotable fertilidad. De cerca se ven las aletas oscuras, muy largas y filosas, sobresaliendo dos o tres pulgadas por encima del agua. También, de vez en cuando, veíamos la panza blanca de la lubina jugueteando a lo largo de la costa.

Era un esparcimiento poético observar aquellas velas distantes que se encaminaban a puertos medio fabulosos, cuyos nombres mismos son una música misteriosa para nuestros oídos: Fayal^[112], Babel-mandel^[113], ay, y Chagres, y Panamá^[114], con destino a la famosa Bahía de San Francisco, y las doradas corrientes de Sacramento y San Joaquín, al Feather River y el American Fork, donde preside el Fuerte de Sutter^[115], y tierra adentro se halla la Ciudad de los Ángeles^[116]. Es notable que los hombres no naveguen el mar con una mayor expectativa. Nada notable se ha logrado nunca con un talante prosaico. Los héroes y los descubridores han hallado que la verdad era más de lo que se creía previamente, sólo cuando esperaban y soñaban algo más que lo que soñaban sus contemporáneos, o incluso ellos mismos descubrían, es decir, al hallarse en un estado mental adecuado para contemplar la verdad. Con referencia a las normas mundanas, siempre actúan como locos. Incluso los salvajes lo han supuesto indirectamente.

Humboldt^[117], con referencia a Colón al aproximarse al Nuevo Mundo, dice: «El agradable frescor del aire nocturno, la etérea pureza del estrellado firmamento, la fragancia balsámica de las flores llevada hasta él por la brisa terrestre, todo lo llevaba a suponer (como nos dice Herrera^[118] en las *Décadas*) que se estaba aproximando al jardín del Edén, morada sagrada de nuestros primeros padres. El Orinoco^[119] le pareció uno de los cuatro ríos que, de acuerdo a la venerable tradición del mundo antiguo, discurría desde el Paraíso y dividía la superficie de la Tierra, recientemente adornada con plantas». De modo que hasta las expediciones para descubrir El Dorado^[120] y la Fuente de la Juventud^[121] condujeron a descubrimientos reales, si no compensatorios.

Una vez que nos poníamos a mirar, percibíamos embarcaciones de las que únicamente eran visibles la punta de sus mástiles; para verlos se requería un intenso esfuerzo ocular y el ángulo más favorable, y a veces nos preguntábamos si no estaríamos contándonos las pestañas. Charles Darwin^[122] consigna haber visto desde la base de los Andes «los mástiles de los barcos anclados en la bahía de Valparaíso, pese a hallarse a veintiséis millas terrestres de distancia», y que Anson^[123] se había sorprendido ante la distancia a la cual sus navíos fueron descubiertos desde la costa, sin saber la razón, esto es, la gran altura del terreno y la transparencia de la atmósfera. Los barcos a vapor son discernibles a mucha más distancia que los veleros, pues, como ha dicho alguien, cuando sus cascos y mástiles de madera y hierro están ocultos, los mástiles de humo y la huella luminosa que generan los traicionan; y el mismo autor, hablando de las ventajas comparativas del carbón bituminoso y la antracita en los buques de guerra, afirma que: «por las ascendentes columnas de humo sobre el horizonte, los movimientos de los buques a vapor en la bahía de Calais (en la costa de Francia) son permanentemente observables desde Ramsgate (en la costa inglesa), desde el primer relámpago de los fuegos hasta la salida al mar; y que en América los vapores que queman el grasoso carbón bituminoso pueden ser localizados en el mar al menos setenta millas antes de que los cascos sean visibles, por las densas columnas de humo negro que salen de sus chimeneas y la estela del mismo que se extiende por el horizonte».

Aunque había por todos lados numerosos barcos a esa gran distancia en el

horizonte, los vastos espacios entre ellos, tal como los que separan a las estrellas —lejos como se hallaban de nosotros, también estaban alejados entre sí: qué digo, algunos estaban al doble de distancia entre ellos que de nosotros —, nos impresionaron con la sensación de la inmensidad del océano, el «infructuoso océano», como ha sido llamado, y nos hicieron ver qué proporción guardan el hombre y sus obras con respecto al globo. Mirando a lo lejos, y viendo que el agua se volvía más oscura y profunda cuanto más lejos mirábamos, hasta resultar una visión imponente y dar la impresión de no estar relacionada, ni la orilla ni el fondo, con la amigable tierra —¿para qué sirve un fondo si queda fuera de la vista, si se halla a dos o tres millas de la superficie y vas a ahogarte mucho antes de alcanzarlo, aunque esté hecho de la misma materia que tu suelo nativo?—, un océano donde, como dice el Veda^[124], «no hay nada que te sostenga, nada sobre lo que apoyarse, nada de donde agarrarse», fui consciente de ser un animal de tierra firme. Hasta el tripulante de un globo puede generalmente incluso aterrizar en pocos minutos, pero la única esperanza del marino es poder alcanzar la distante orilla. Pude entonces apreciar el heroísmo del veterano navegante *Sir Humphrey Gilbert*^[125], de quien se cuenta que, sorprendido por una tormenta a su regreso de América en el año 1583, en un lejano punto al nordeste de donde nos hallábamos, sentado a popa con un libro en las manos, en el momento de ser engullido por las aguas les gritó a sus camaradas del *Hind* que podían oírlo: «Estamos tan cerca del Cielo por mar como por tierra». Comprendí que no era fácil darse cuenta.

En Cape Cod, el siguiente territorio más al este del que se habla es el banco de St. George (los pescadores hablan de «Georges», «Cashus» y otras tierras hundidas que frecuentan). Todo lugareño del Cape tiene una teoría sobre que el banco de George^[126] fue una vez una isla, y en sus explicaciones van reduciendo gradualmente la profundidad de seis, cinco, cuatro, dos brazas, hasta afirmar confiadamente alguien el haber visto un tiburón oceánico sentado allí sobre un pedazo de tierra seca. Eso me recordó, al pensar en los naufragios que habían tenido lugar allí, la Isla de los Demonios^[127], situada frente a estas costas, en las antiguas cartas del Nuevo Mundo. Debe haber algo monstruoso, se me ocurre, en una visión del fondo del mar desde un banco a mil millas de la costa, más horrible que su supuesta

infinitud; un continente sumergido, compleamente lívido y echando espuma por la nariz, como el cadáver de un ahogado, el cual se encuentra mejor en las profundidades que próximo a la superficie.

Me ha sorprendido descubrir desde un vapor la escasa profundidad de la propia bahía de Massachusetts. Frente a Billingsgate Point podría haber tocado el fondo con un bichero, y a cinco o seis millas de la costa lo vi claramente teñido por algas marinas. Es verdad que allí está «el bajío del Cape», pero en ninguna parte la Bahía es mucho más profunda que una laguna en el campo. Dicen que la mayor profundidad en el English Channel^[128], entre el Acantilado de Shakespeare y el Cabo Grinez en Francia, es de ciento ochenta pies; y según Guyot «el Mar Báltico tiene una profundidad de sólo ciento veinte pies entre las costas de Alemania y Suecia», y «el Adriático, entre Venecia y Trieste tiene una profundidad de sólo ciento treinta pies». En mi ciudad natal, un lago de sólo media milla de largo tiene más de cien pies de profundidad^[129].

El océano no es sino un lago más grande. En pleno verano a veces puede verse en él una franja lisa de unas pocas varas de anchura y muchas millas de largo, como si allí la superficie estuviera cubierta por una delgada película de aceite, exactamente como en un lago del campo; una especie de punto muerto, diríamos, en el encuentro o la separación de dos corrientes de aire (si no es más bien la señal de la calma inalterada de una corriente de agua por debajo), pues los marinos hablan del encuentro del océano y la brisa terrestre entre las velas de proa y de popa de un barco, henchidas estas últimas cuando las otras súbitamente se retraen. Daniel Webster^[130], en una de sus cartas en las que describe la pesca del pez azul frente a Martha's Vineyard, refiriéndose a esos sitios en calma que los marinos y los pescadores denominan *slicks*^[131], dice: «Nos encontramos con ellas ayer, y nuestro barquero se dirigía hacia las mismas donde quiera que las descubriese. Decía que las causaba el pez azul al destrozar sus presas. Es decir que aquellos voraces individuos se introducen en un cardumen de arenques, que son demasiado largos para tragarlos enteros, y para degustarlos los hacen pedazos a mordiscos. Y el aceite de esta carnicería, al subir a la superficie, forma el *slick*».

Pero este mismo plácido océano, tan acogedor ahora como el puerto de

una ciudad, un lugar para los barcos y el comercio, entrará sin tardar en una súbita furia, y todas sus cuevas y acantilados resonarán con el tumulto. Va a zarandear esos navíos, a hacerlos pedazos entre sus mandíbulas arenosas o rocosas, y entregará sus tripulantes a los monstruos marinos. Jugará con ellos como con las algas, los hinchará como ranas muertas y mordisqueándolos los llevará, en un bailoteo, a exhibirlos ante los peces. Este gentil océano rasgará y aventará el cuerpo de un hombre como un trapo, como el más loco de los toros, y durante semanas se verá a sus parientes buscando sus restos por la playa. Desde algún silencioso caserío en tierra firme han venido de prisa llorando hasta la insólita orilla, y ahora se detienen dudosos allí donde recientemente ha sido sepultado un marinero entre las dunas.

Generalmente se supone que aquéllos que llevan mucho tiempo familiarizados con el océano pueden predecir, gracias a determinados indicios, como su estruendo y el chillido de las aves marinas, cuándo pasará de la calma a la tempestad; pero es probable que un antiguo marinero, como aquél que soñamos, no exista; en todo caso no saben más que los marineros más viejos sobre este viaje de la vida en el que todos estamos embarcados. No obstante, nos encanta escuchar los dichos de los viejos marineros y sus explicaciones de los fenómenos naturales, que ignoran completamente a la ciencia y son ignorados por ella; y posiblemente no en todos los casos han mirado en vano tanto tiempo por sobre la borda. Kalm^[132] repite una historia que le contó en Filadelfia un cierto señor Cock, que iba un día navegando hacia las Islas Occidentales en un pequeño yate, llevando a bordo a un viejo que era buen conocedor de aquellas aguas. «Sondando la profundidad, el viejo le indicó al oficial de cubierta que le dijera al señor Cock que echase al agua inmediatamente los botes y pusiese en cada uno el número de hombres suficiente para remolcar el yate durante la calma, para que pudieran llegar cuanto antes a la isla que tenían delante, ya que antes de veinticuatro horas habría un violento huracán. El señor Cock le preguntó qué razones tenía para creer tal cosa; el viejo replicó que mientras sondaba había visto la plomada en el agua a una distancia de muchas brazas más de lo que la había visto anteriormente; que por lo tanto, el agua se había vuelto de pronto transparente, lo que él consideraba una señal segura de un huracán inminente en el mar». La continuación de la historia es que, por suerte, y a fuerza de

remar, consiguieron llegar a un puerto seguro antes de que el huracán alcanzara su máxima potencia; aunque finalmente su furia fue tan violenta que no sólo se perdieron numerosas embarcaciones y volaron los techos de muchas casas, sino que incluso el yate en el puerto fue arrastrado tan lejos desde la orilla que pasaron varias semanas antes de que lo sacaran de allí.

Aunque no produzca trigo, los griegos no habrían llamado ἄτρυγετος o infructuoso al océano si lo hubieran considerado a la luz de la ciencia moderna, pues actualmente los naturalistas afirman que «el mar, no la tierra, es la principal sede de vida», si bien no de vida vegetal. Darwin afirma que «nuestros bosques más densamente poblados parecen casi desiertos cuando los comparamos con las regiones correspondientes del océano». Agassiz^[133] y Gould nos dicen que «el mar está repleto de animales de todas clases, muchos más que la suma de las plantas que alcanzan la plenitud»; pero añaden que «los experimentos de dragado en aguas muy profundas nos han enseñado por su parte que el abismo del océano es prácticamente un desierto»; «de modo que las modernas investigaciones» —por citar palabras de Desor^[134]— «simplemente vienen a confirmar la gran idea que fue vagamente anticipada por los antiguos poetas y filósofos, de que el océano es el origen de todas las cosas». Pero los animales y plantas marinos ocupan en la escala de los seres vivos un lugar inferior al de los animales y las plantas terrestres. «No se conoce ningún ejemplo», dice Desor, «de un animal que al completar su desarrollo se convierta en acuático, después de haber vivido en tierra en su etapa inferior», sino que, como en el caso del renacuajo, «el progreso apunta invariablemente hacia la tierra seca». Resumiendo, la propia tierra seca surgió y salió de las aguas en su camino a los cielos, pues, «cuando retrocedemos a través de las edades geológicas llegamos a una época en que, según todas las apariencias, la tierra seca no existía, y la superficie del globo estaba totalmente cubierta de agua». Nuevamente, consideramos al mar, no como algo estéril, sino como en verdad siempre ha sido llamado, el «laboratorio de los continentes».

Aunque últimamente nos hemos permitido algunas plácidas reflexiones, el lector no debe olvidar que la violencia y el bramido de las olas eran incesantes. En rigor, estaría bien que leyese con una gran caracola en la oreja. Pero pese a que hoy el tiempo estuvo muy frío y ventoso, era un frío de los

que, debido a la salinidad del aire y a la sequedad del suelo, no se piensa que la exposición al mismo causará un constipado. Pero el autor de la vieja *Description of Wellfleet* dice: «La atmósfera está sumamente impregnada de partículas salinas, lo cual, tal vez, con el gran uso del pescado y el abandono de la sidra y la cerveza de picea, pueda ser la causa de que la gente sufra más que en otros lugares de dolores de boca y garganta».

7

Cruzando el Cape

Cuando hemos vuelto desde la costa, nos preguntamos a veces por qué no dedicamos más tiempo a contemplar el mar; pero el viajero no tarda en dejar de mirar al mar como lo hace al cielo. En cuanto al interior, si es que cabe decir que la elevada barra de arena en mitad del océano tiene un interior, era un paisaje sumamente desolado, rara vez con un campo cultivado o cultivable a la vista. No vimos aldeas, y escasamente una casa, pues ambas se encuentran generalmente del lado de la Bahía. Era una sucesión de colinas y valles cubiertos de matas o arbustos, ahora vestidos de un matiz otoñal. Por el carácter de la superficie, los árboles enanos y los brezales, uno creería a menudo estar en la cima de una montaña. El único bosque en Eastham estaba en el límite de Wellfleet. Los ejemplares del pino tea no solían tener más de quince o dieciocho pies de altura. Los más grandes estaban cubiertos de líquenes, con frecuencia del largo y gris conocido como barbas de viejo (*usnea*). Hay escasos pinos blancos en el antebrazo del Cape. Pero en la zona noroeste de Eastham, cerca de Camp Ground, vimos, al verano siguiente, algunos refugios absolutamente campestres e incluso silvestres para el Cape, donde pequeñas arboledas susurrantes de robles y acacias blancas y de pinos murmurantes, en un suelo perfectamente nivelado, constituían un pequeño paraíso. Las acacias blancas, tanto las trasplantadas como las que crecían allí de forma natural entre las viviendas, parecían florecer mejor que cualquier otro árbol. Había estrechos cinturones boscosos en Wellfleet y Truro, a una milla o más del Atlántico, pero en la mayoría de los casos veíamos el

horizonte a través de ellos, porque, si los bosques eran extensos, los árboles no eran grandes. Tanto robles como pinos tenían a menudo el mismo aspecto que los manzanos. Por lo común, hace veinticinco años los bosques de robles eran una escuálida arboleda de nueve o diez pies de altura y con frecuencia podíamos alcanzar hasta sus hojas más altas. Buena parte de lo que llaman «bosques» eran más o menos tan altos como eso: sólo manchas de quejigos, arrayanes, ciruelo de playa y rosales silvestres plagados de madreSelva. Cuando los rosales estaban en flor, esas manchas en medio de la playa desplegaban tal profusión de pimpollos, mezclados con el aroma de los arrayanes, que ninguna rosaleda artificial italiana podría igualarlas. Eran perfectamente elíseas^[135], y se correspondían con mi idea de un oasis en el desierto. Las matas de arándanos eran muy abundantes, y al verano siguiente presentaron una notable cantidad de agallas del tipo llamado manzana de arándano, conformando unas muy bonitas aunque monstruosas flores. Pero hay que añadir que en estas matas pululaban las garrapatas de bosque, parásitos con frecuencia muy problemáticos que para ser destruidos requerían dedos muy callosos.

Los habitantes de estas poblaciones tienen en gran estima al árbol, aunque su estándar no contemple necesariamente el tamaño y la altura; y cuando hablan de los grandes árboles que una vez crecieron allí, no hay que pensar en un tamaño grande en términos absolutos, sino grande en comparación con la generación actual. Los «espléndidos robles» de los que hablan con tanto respeto y que muestran como reliquias de la floresta primitiva, de cien o ciento cincuenta años, que ellos sepan, o hasta de doscientos años, tienen un aspecto ridículamente enano, lo cual promueve una sonrisa en quien los contempla. Los más grandes y venerables que se encuentra en esta zona puede que no pasen de veinte o veinticinco pies de alto. A mí me divertieron en particular los viejos robles liliputienses en la zona sur de Truro. Para el ojo inexperto, que se fijara sólo en las proporciones, pudieran parecer tan grandes como el árbol que salvó a su majestad real, pero medidos se reducían de inmediato a los líquenes que un ciervo podría consumir en una mañana. Ellos dirán que hubo un tiempo en el que se construían grandes goletas con la madera que producía Wellfleet. También las casas antiguas están construidas con maderas del Cape; pero en lugar de los bosques en medio de los cuales se

alzaban originalmente, hoy se extienden por todas partes áridos brezales, con «hierba de la pobreza» por brezo. Las casas modernas están construidas con la llamada «madera procesada»^[136] importada de Maine, ya pronta para usar, de modo que por lo común no vuelven a ser tocadas por un hacha. Casi toda la madera utilizada como combustible —y por supuesto todo el carbón— es «importada» por los navíos o las corrientes. Me dijeron que probablemente la cuarta parte del combustible y una parte considerable de la madera usada en North Truro era traída por el mar hasta la playa. Muchos consiguen de la playa todo el combustible que utilizan.

De las aves que no se encuentran en el interior del Estado —al menos en mi vecindario— escuché, en verano, entre las matas al tomaguín de garganta negra (*fringilla americana*) y en espacios abiertos al chorlito de tierras altas (*totanus bartramius*), cuyas notas temblorosas se prolongaban de vez en cuando en un chillido algo quejumbroso pero parecido al del halcón, que resonaba a una distancia muy indefinida. El ave podría haber estado cerca, aunque sonaba como a una milla de distancia.

Hoy hemos estado andando por Truro, una población de alrededor de mil ochocientos habitantes^[137]. Ya habíamos llegado al río Pamet, que desagua en la Bahía. Fue el límite del viaje Cape arriba de los Peregrinos desde Provincetown^[138], cuando buscaban un lugar donde establecerse. Se alza en una hondonada a pocas varas del Atlántico, y una persona que vive cerca de su nacimiento nos dijo que con la marea alta el mar se filtraba, pero el viento y las olas conservaban intacta la barrera entre ellos, y así el río entero es empujado constantemente hacia el oeste, el extremo primero: manantial, canal y faro en la desembocadura, todo junto.

Temprano por la tarde llegamos al Highland Light, faro cuya blanca torre habíamos visto elevándose delante de nosotros sobre la playa durante el último par de millas. Se encuentra a catorce millas del Nauset Lights, en lo que llaman las Clay Ponds, un inmenso lecho de lodo que bordea el Atlántico, y, como nos dijo el guardián, se extiende de un lado a otro del Cape, que allí tiene sólo unas dos millas de ancho. Percibimos de inmediato una diferencia en el suelo, pues había una interrupción del desierto y una leve apariencia de tierra bajo nuestros pies como no habíamos percibido en los últimos dos días.

Después de convenir el alojamiento en el faro, atravesamos el Cape hacia la Bahía por una zona de apariencia estéril formada por colinas y hondonadas que los geólogos llaman elevaciones diluviales^[139] y depresiones, un tipo de escenario que ha sido comparado con un mar picado, aunque esto sugiere una transición demasiado súbita. Hay una descripción de este mismo paisaje en el Informe de Hitchcock sobre la geología de Massachusetts^[140], una obra que, al menos por su tamaño, nos recuerda ella misma a una elevación diluvial. Mirando hacia el sur desde el faro, el Cape aparecía como una elevada meseta con pendiente regular, aunque ligera, a ambos lados, descendiendo desde la meseta por el lado del Atlántico, unos ciento cincuenta pies por encima del océano, hacia el lado de la Bahía. Durante la travesía descubrimos que la meseta estaba interrumpida por amplios valles o barrancos, que se convertían en depresiones allí donde el mar los había desgastado. Por lo general forman un ángulo recto con la costa, y a menudo se extienden bastante a través del Cape. Algunos de los valles, empero, son circulares, con cien pies de hondura y sin salida alguna, como si el Cape se hubiera hundido en esos sitios, o éstos se hubieran quedado sin arena. Las pocas casas aisladas delante de las cuales pasamos, al hallarse en el fondo de las depresiones por motivos de seguridad y fertilidad, quedaban en su mayoría totalmente ocultas, como si se las hubiera tragado la tierra. Hasta una aldea con su templo, la cual acabábamos de dejar atrás, se había hundido en la tierra con chapitel y todo, y sólo veíamos la superficie de la meseta y el mar a cada lado. Cuando nos aproximamos, habíamos confundido el campanario con un cenador en el llano. Empezamos a creer que podríamos caer en una aldea antes de percibirla, como en el hoyo de larvas de una hormiga león^[141] y ser arrastrados al interior de la arena de forma inexorable. Los objetos más notables sobre el terreno eran un molino distante, o un templo solitario, pues sólo ellos podían permitirse ocupar un lugar expuesto. Gran parte del distrito, sin embargo, es una llanura estéril semejante a un brezal, y tal vez un tercio de la misma es de uso comunal, aunque propiedad de algunos individuos^[142]. El autor de la antigua *Descripción de Truro*, hablando del suelo, dice: «La nieve, que le sería de esencial utilidad siempre que se extendiera parejamente y cubriera el suelo, es arrastrada hacia el mar por los vientos». Este peculiar terreno abierto, con aisladas matas de arbustos, se extiende a lo largo de al

menos de siete millas, o desde el río Pamet al sur hasta High Head al norte, y del océano a la Bahía. Andar por él produce al extranjero la impresión de estar en el mar, y le hace imposible calcular distancias haga el tiempo que haga. Un molino de viento o una manada de vacas le parecerá que se hallan a gran distancia en el horizonte, pero al cabo de unas pocas varas estarán delante de él. También lo engañarán otros tipos de espejismo. Como cuando, en verano, yo vi a una familia que recolectaba arándanos a una milla de distancia, andando entre las matas enanas que no les llegaban a los tobillos, y me parecieron una raza de gigantes de no menos de veinte pies de alto.

La parte más alta y arenosa próxima al Atlántico estaba recubierta por una fina capa de barrón y añil. A continuación de esta última la superficie de la meseta consistía en general en arena blanca y gravilla, como una sal gruesa, a través de la cual asomaba una escasa vegetación. El ornitólogo se hará una idea de su aridez si menciono que al siguiente mes de junio, que es el de la hierba, encontré allí huevos de caracatey y que prácticamente cualquier vara cuadrada en las inmediaciones, tomada al azar, sería un lugar elegible para un depósito semejante. El tero-chorlito, que también prefiere un sitio como éste, deposita sus huevos allí y llena el aire con su bulla. Esta meseta produce asimismo líquenes, hierba de la pobreza, aster, ajedrea, vellosilla, etc. En algunas laderas, entre el aster (*diplopappuslinariifolius*) y la vellosilla formaban un césped bastante espeso, del que se dice que es muy bonito cuando el aster está en flor. En algunas partes, las dos especies de hierba de la pobreza (*hudsonia tomentosa* y *ericoides*), que merecen un mejor nombre, reinan a lo largo de muchas millas en pequeñas matas o isletas, como de musgo, esparcidas por el terreno árido. Allí yacen en flor hasta mediados de julio. Ocasionalmente, cerca de la playa estas matas redondas, lo mismo que las de arenaria marina (*honkenya peploides*), estaban llenas de arena hasta una pulgada de su parte superior, y eran duras, como grandes hormigueros, en tanto que la arena alrededor era blanda. En verano, si la hierba de la pobreza crece en la entrada de una depresión que mire hacia el mar, en una situación inhóspita expuesta al viento, la mitad al norte o expuesta de la mata está a veces toda negra y muerta, como una escobilla de horno, mientras que en la mitad opuesta amarillean las flores, con lo cual toda la ladera presentan un notable contraste vista desde el lado pobre y desde el florido. Esta planta, que

en muchos lugares sería estimada como adorno, es aquí despreciada por muchos debido a que se la asocia con la esterilidad. Bien podría ser adoptada para el escudo de armas de Barnstable, en un campo *sableaux*. Yo estaría orgulloso de él. En diversos lugares había espacios con hierba de playa mezclada con vara de oro silvestre y guisante de playa, lo cual nos hizo pensar todavía más en el océano.

Leímos que en Truro no había ningún arroyo. Pero aquí una vez hubo ciervos que a menudo deben de haber jadeado en vano; pero estoy prácticamente seguro de que después vi un arroyuelo de agua fresca desembocando del lado sur del río Pamet, aunque fui tan inconsecuente como para no probarla. De todos modos, un chico que andaba por allí me dijo que la había bebido. No había ningún árbol hasta donde alcanzaba la vista, que era muchas millas alrededor, siendo el nivel de la meseta más o menos el mismo por todos lados. Hasta desde el lado del Atlántico se divisaba la Bahía y veíamos hasta Manomet Point, en Plymouth, incluso mejor desde ese lado por ser el más alto. La casi universal desnudez y homogeneidad del paisaje era tan agradable como novedosa, tan semejante a la cubierta de un navío. Vimos por una parte seis barcos navegando hacia el sur en la Bahía, y por otra, al norte, a lo largo de la costa atlántica, todos con viento de popa.

El camino único que corre a lo largo del Cape, ora serpenteando por el llano, ora a través de los arbustos que raspan las ruedas de la diligencia, era un simple sendero en la arena para los carros, por lo común sin cerca alguna a los lados y cambiando continuamente de un lado a otro, buscando suelo más firme, o a veces para evitar la marea. Pero los habitantes transitan los vastos espacios aquí y allá a la manera de los Peregrinos y cayado en mano, por estrechas veredas a través de las cuales la arena se escurre y revela la desnudez del terreno. La idea de vivir allí y efectuar nuestros paseos vespertinos por aquellas estériles ondulaciones —donde podríamos ver de antemano cada paso de nuestra caminata antes de darlo, y tendríamos que rezar por una niebla o una tormenta de nieve que ocultara nuestro destino— nos hizo temblar. Allí el caminante no ha de tardar en morir de envidia.

En la parte norte de la población no hay casa alguna de costa a costa durante muchas millas, y es tan salvaje y solitaria como las praderas del Oeste... solían ser. Realmente, a quien haya visto todas las casas de Truro le

sorprenderá enterarse del número de sus habitantes, pero tal vez quinientos de los hombres y chicos de esta pequeña ciudad estuviesen entonces fuera, en sus lugares de pesca. Sólo unos pocos permanecen en casa cultivando la arena o vigilando la aparición de un delfín. Los granjeros son granjeros-pescadores y son más expertos en arar el mar que la tierra. No importunan mucho a sus arenas, aunque en las calas hay abundantes algas marinas, por no hablar de algún ocasional delfín pudriéndose en la orilla. Entre Pond y East Harbor Village había una interesante plantación de veinte o treinta acres de pinos resinosos, como los que ya habíamos visto desde la diligencia. Alguien que vivía cerca dijo que el terreno fue comprado por dos hombres por dos chelines o veinticinco céntimos el acre. Motivo del cual no se considera que valga la pena escriturarlo. Este suelo o arena, que estaba parcialmente cubierto de hierba de la pobreza y barrón, hierba salada, etc., fue surcado a intervalos de unos cuatro pies y la semilla sembrada por una máquina. Los pinos habría brotado admirablemente y crecido el primer año tres o cuatro pulgadas, y el segundo seis y más. Allí donde la semilla había sido plantada últimamente la blanca arena estaba recién expuesta en un interminable surco que serpenteaba en torno a los lados de las depresiones profundas, en un movimiento en espiral, lo cual producía un efecto muy singular, como si estuviéramos mirando el reverso de un vasto escudo anillado. Ese experimento, tan importante para el Cape, parecía muy exitoso, y tal vez llegará el día en que la mayor parte de este tipo de terreno en el condado de Barnstable estará cubierto por un bosque artificial de pinos, como se ha hecho en ciertas partes de Francia. En ese país, cerca de Bayona se han cubierto de ese modo 12 500 acres de colinas en 1811. Se les llama *pignadas*^[143], y según Loudon^[144] «constituyen la principal riqueza de sus habitantes, allí donde antes había un desierto de arenas movedizas». Parecía un cultivo más noble incluso que los cereales.

Hace pocos años Truro era notoria entre las ciudades del Cape por el número de ovejas criadas allí; pero me han dicho que actualmente en la ciudad sólo hay dos individuos dedicados a las ovejas, y en 1855 un chico de Truro, de diez años de edad, me dijo que nunca había visto una. Antiguamente las pastoreaban en los campos sin cerca o comunitarios, pero ahora los propietarios eran más exigentes en defender sus derechos, y el

cercado era demasiado costoso. Los travesaños son de madera de cedro de Maine, y para un cerco ordinario basta con dos, pero para los ovinos se requieren cuatro. Esa fue la razón aducida por uno que antes las criaba para dejar de hacerlo. El material para cercados es tan caro que he visto cercas hechas con un solo travesaño, y muy a menudo, cuando se partía, lo ataban cuidadosamente con un cordel. En una de las aldeas vi al verano siguiente una tabla atada con una cuerda de seis varas de extensión, un largo proporcional a lo raleado y escaso del alimento. Sesenta varas, todas las amarras del Cape habrían hecho falta. Amarrada en el desierto por miedo a que se fuera a la *Arabia Felix*^[145], ayudé a un hombre a pesar un fardo de heno que le estaba vendiendo a su vecino, sosteniendo el extremo de un poste del que colgaba de un gancho de acero de una yarda, y se trataba sólo de la mitad de su cosecha entera. En resumen, el territorio lucía tan estéril que varias veces contuve la intención de pedir a sus habitantes un cordel o un trozo de papel de envolver, por temor a robarles, pues ellos estaban evidentemente obligados a importar esas cosas, así como los travesaños, y donde no había vendedores de periódicos no veía de qué se valdrían como papel de desecho.

Los objetos a nuestro alrededor, los apaños de los pescadores en tierra, a menudo nos hacían mirar hacia abajo para comprobar que estábamos en *terra firma*. En todos los pozos se utilizaba aparejo en lugar de torno para subir el cubo, y prácticamente en todas las casas se guardaba un mástil o un par de tablas llenas de agujeros de barrera, rescatadas de un naufragio. Los molinos de viento eran en parte contruidos con esos materiales, que se usaban también en los puentes públicos. El farero, que estaba haciendo poner tejas en su granero, me dijo como al pasar que para eso había fabricado tres mil buenas tejas con la madera de un mástil. En ocasiones se podía ver un viejo remo usado como travesaño. También con frecuencia veíase un circunstancial elemento decorativo arrancado de un navío por una tormenta cerca de la costa, clavado en el exterior de un excusado. En un cobertizo próximo al faro vi un extenso cartel nuevo con las palabras ANGLO SAXON pintadas en grandes letras doradas, como si fuera un fragmento inútil que el barco pudiera permitirse perder, o que los marinos hubieran descartado al mismo tiempo con el piloto. Pero fue de interés como si hubiera sido parte del Argo^[146],

arrancado de golpe al pasar por las Rocas Azules.

Para el pescador, el propio Cape es una especie de barco-almacén cargado de suministros: una embarcación más segura y más grande que lleva a las mujeres y los niños, los viejos y los enfermos, y en verdad en él las frases marineras son tan corrientes como a bordo de un navío. Así pasa siempre con la gente de mar. Los antiguos escandinavos^[147] solían hablar de la «quilla» del país, es decir, las crestas de los Montes Doffrines, como si el territorio fuera un bote dado vuelta. Aquí me han recordado con frecuencia a los vikingos. Los habitantes del Cape son a menudo granjeros y piratas; son más que los vikingos o reyes de las bahías, pues sus dominios se extienden también sobre el mar abierto. Un granjero de Wellfleet, en cuya casa pasé después una noche, que el año anterior había cosechado cincuenta fanegas de patatas, lo cual es una gran cosecha para el Cape, y poseía extensas salinas, señaló su goleta, que se hallaba a la vista, en la que ocasionalmente él, su empleado y su hijo recorrían la costa comerciando hasta los cabos de Virginia. Aquél era su vehículo mercantil, y su empleado sabía gobernarlo. Así, conducía dos equipos de tareas,

*«ere the high seas appeared
Under the opening eyelids of the morn».*^[148]

Aunque probablemente no oiría mucho acerca del «*gray-fly*» en su camino a Virginia.

Una gran proporción de los habitantes del Cape están siempre así, fuera, con su equipo en alguna ruta oceánica, y la historia de uno de sus viajes solitarios haría sombra a la expedición argonáutica. Acabo de escuchar la de un capitán de Cape Cod a quien esperaban en casa a principios del invierno procedente de las Indias Occidentales, y que a partir de entonces fue dado por perdido, pero finalmente sus parientes se enteraron con alegría de que, tras haberse hallado a menos de cuarenta millas del faro de Cape Cod, nueve sucesivos vendavales lo habían retrotraído a Key West, entre Florida y Cuba, y estaba recuperando el curso a casa. Así pasó el invierno. Antiguamente las aventuras de aquellos dos o tres hombres y muchachos habría sido la base de

un mito, pero ahora esas historias se amontonan en una línea de signos taquigráficos, como una fórmula algebraica en las noticias sobre navegación. Dijo Palfrey^[149] en su oración en Barnstable: «En cualquier parte del mundo donde veáis flotando en el aire las barras y las estrellas, podéis esperar seguramente que debajo se encontrará alguien capaz de decirnos la profundidad en Barnstable, o Wellfleet o Chatham Harbor».

Pasé un día por el hogar del Tío Bill de alguien (o de todo el mundo) en la costa de Plymouth. Era una goleta a medias volcada en el lodo: queriendo pedirle prestada su herramienta de arrancar almejas, a mediodía despertamos al patrón de su profundo sueño mediante el procedimiento de golpear en el fondo de su barco hasta que se presentó en la escotilla. Con el propósito de hacerle una visita, al día siguiente fui a buscarlo y, ¡oh, sorpresa!, temiendo una tormenta procedente del Este había partido para «los Pinos» la noche anterior. En el verano de 1851 había sorteado con éxito la gran tempestad recorriendo en solitario la bahía de Plymouth. Anda tras las algas marinas, las gabarras y rescata pecios. Todavía lo veo en el horizonte en su goleta varada en el lodo en «los Pinos», sitio que no podría abandonar, aun queriendo, hasta la pleamar. Aunque entonces probablemente no quisiera. Esta espera de la marea alta es un rasgo singular en la vida junto a la orilla del mar. Una respuesta frecuente es: «Bueno, todavía no se puede salir antes de dos horas». Es algo nuevo para un hombre de tierra firme, y de entrada no está dispuesto a esperar. La historia dice que «dos habitantes de Truro fueron los primeros que se aventuraron a ir a las Islas Falkland a cazar ballenas. Ese viaje fue emprendido en el año 1774 por consejo del almirante Montagu^[150], de la marina británica, y fue coronado por el éxito».

En Pond Village^[151] vimos una laguna de tres octavos de milla de largo, densamente poblada de totoras de siete pies de altura, suficientes para todos los toneleros^[152] de Nueva Inglaterra.

La costa occidental era casi tan arenosa como la oriental, pero el agua era mucho más tranquila y el fondo estaba parcialmente cubierto por la delgada alga marina parecida a hierba (*zostera*) que no habíamos visto del lado del Atlántico; también había allí algunos toscos cobertizos para limpiar pescado, lo que daba a la playa un aspecto menos agreste. En las escasas marismas de este lado vimos después barrilla, romero y otras plantas nuevas para nosotros.

A veces, en verano y en otoño, arriban aquí en un solo cardumen cientos de calderones (la «ballena social», *globicephalus melas*, de De Kay^[153]) de quince pies o más de largo. Fui testigo de una escena de éstas en julio de 1855. Un carpintero que estaba trabajando en el faro llegó temprano y comentó que tal vez había perdido cincuenta dólares viniendo a su trabajo; pues cuando venía por el lado de la Bahía oyó que estaban conduciendo a la orilla un cardumen de calderones, y él había estado pensando si no debía ir a unirse a aquella gente y participar del botín, pero había acabado por venir a trabajar. Después del desayuno acudí al lugar, distante unas dos millas, y cerca de la playa encontré a algunos de los pescadores que retornaban de la cacería. Al examinar la costa arriba y abajo vi en la arena, a eso de una milla hacia el sur, unos grandes bultos negros que supuse que debían de ser calderones, y a un par de hombres a su alrededor. Mientras me encaminaba hacia ellos pronto me encontré con un enorme pez muerto al que le faltaba la cabeza y de cuyo esperma había sido despojado semanas antes; la marea comenzaba a moverlo, y el hedor me obligó a efectuar un largo desvío. Cuando llegué a Great Hollow^[154] encontré a un pescador y a algunos chicos haciendo guardia, y conté unos treinta calderones recién acabados de matar, con numerosas heridas de chuzo, y el agua alrededor más o menos teñida de sangre. Permanecían parte en la arena y parte en el agua, sujetos con una cuerda en torno a la cola hasta que la marea los soltase. De alguna forma, la cola de uno había causado daños en un bote. Eran de un negro liso y brillante, como el caucho^[155], y poseían una forma notablemente simple y pesada para unas criaturas animadas, con un hocico o cabeza roma y redondeada, tipo ballena, y aletas simples de aspecto rígido. Los más grandes medían unos quince pies de largo, pero uno o dos solamente cinco, y todavía no tenían dientes. El pescador acuchilló a uno con su navaja para mostrarme el grosor de la sustancia grasa: más o menos tres pulgadas; y cuando pasé un dedo por el corte se me cubrió de una gruesa capa aceitosa. La grasa lucía como de puerco, y el hombre dijo que cuando lo estaban abriendo, a veces los chicos se presentaban con un pedazo de pan en una mano y tomaban un poco de grasa con la otra para comer con el pan, lo cual preferían a las cortezas de cerdo. El hombre cortó también más abajo la carne, que era firme y roja como la de bovino, y dijo que estando fresca le gustaba más que la otra. Hay

constancia de que en 1812 fueron empleados para alimentar a los pobres de Bretaña^[156]. Estaban esperando que la marea dejase a aquellos peces varados para poder extraerles la substancia grasa y llevarla en los botes a sus instalaciones, donde la derretían en la playa. Por lo general obtienen de cada pez un barril de aceite, valorado en quince o veinte dólares. Había muchas lanzas y arpones en los botes, instrumentos más delgados de lo que yo había esperado. Un viejo se presentó en la playa con un caballo y un carro, distribuyendo la comida de los pescadores, que sus mujeres habían colocado en pequeños cubos y él había recogido en Pond Village, por cuyo servicio, supongo, recibiría una porción de aceite. El que no podía localizar su propio cubo tomaba el primero que tuviese a mano.

Estando yo allí se alzó el grito de «otro cardumen», y vimos sus negros lomos y sus soplidos a eso de una milla hacia el norte mientras se desplazaban saltando sobre el mar como caballos. Ya había algunas embarcaciones que los perseguían, conduciéndolos hacia la playa. Otros pescadores y muchachos que acudieron corriendo empezaron a saltar a los botes y a empujarlos para sacarlos de donde yo me encontraba, y de haber querido, pude haberme unido a ellos. No tardó en haber veinticinco o treinta botes en la persecución, algunos grandes a vela y otros en los que se remaba vigorosamente, manteniéndose fuera del cardumen, con los más cercanos a los peces golpeando el costado de la embarcación y soplando cornetas para guiarlos hacia la playa. La carrera resultaba excitante. Si consiguen conducirlos a la playa, cada embarcación recibe su parte y luego cada hombre la suya, pero si se ven forzados a atacarlos lejos de la costa, cada tripulación obtiene lo que puede. Caminé rápidamente por la orilla hacia el norte, mientras los pescadores remaban aún a más velocidad para unirse a sus compañeros y un chiquillo que iba a mi lado se felicitaba de que el bote de su padre estaba superando a otro. Un viejo pescador ciego preguntó: «¿Dónde están? No los veo. ¿Los han conseguido?». Entre tanto, los peces habían girado y escapaban hacia el norte en la dirección de Provincetown, viéndose ocasionalmente el lomo de alguno. De modo que las tripulaciones más próximas se vieron obligadas a ir a por ellos, y vimos varias embarcaciones acercarse velozmente, cada una a su pez, el cual, cuatro o cinco varas por delante, la conducía como en una carrera de caballos directamente hacia la

playa, saltando con medio cuerpo fuera del agua, soplando sangre y agua de su herida y dejando detrás un surco de espuma. Pero arribaron a la costa demasiado al norte para nosotros, aunque sí vimos a los pescadores saltar y lancearlos en la playa. Fue como las escenas de pesca de ballenas que yo había visto, y un pescador me dijo que era casi igualmente peligroso. En su primera ocasión había estado muy excitado, y en su apresuramiento había utilizado una lanza con la vaina puesta, pero no obstante la había hundido en el cuerpo del pez.

Supe que unos días antes ciento ochenta que formaban un cardumen habían sido conducidos a la costa en Eastham, un poco más al sur, y que el encargado del faro de Billingsgate Point^[157] salió una mañana alrededor de la misma hora y marcó sus iniciales en los lomos de un gran cardumen que había arribado a la costa por la noche, y vendió sus derechos a Provincetown por mil dólares, que probablemente obtuvo mucho más. Otro pescador me contó que hace noventa años trescientos ochenta fueron conducidos a la costa en un cardumen en Great Hollow. En la *Naturalist's Library*^[158] se dice que, en el invierno de 1809-10, mil ciento diez «se aproximaron a la costa de Hralfiord, en Islandia, y fueron capturados». De Kay dice que no se sabe por qué quedan varados. Pero un pescador me explicó que se dirigen a la orilla en busca de calamares y que generalmente vienen a finales de julio.

Cuando llegué a esta costa, más o menos una semana después, la hallé sembrada —hasta donde pude ver con un catalejo— de cuerpos de calderones despojados de la grasa y con la cabeza cortada; estas últimas yacían encima. Recorrer la playa era inviable debido al hedor. Entre Provincetown y Truro se encontraban en el propio sendero de la diligencia. Pero no se tomaban medidas para acabar con aquello y había hombres capturando bogavantes como de costumbre a poca distancia de la orilla. Me han dicho que a veces los arrastraban fuera y los hundían; pero me pregunté de dónde sacaban las piedras para la tarea de hundirlos. Claro que podían ser convertidos en guano, y Cape Cod no es tan fértil como para que sus habitantes puedan permitirse prescindir de ese abono, por no mencionar las enfermedades que puede producir si no se usa.

De regreso a casa, y queriendo enterarme de lo que se sabe sobre los calderones, acudí a los informes de las encuestas zoológicas del Estado, y

encontré que Storer^[159] lo había omitido justamente en su Informe sobre los Peces, ya que no es un pez; de modo que acudí al Informe sobre los Mamíferos, de Emmons^[160], pero me sorprendí al hallar que las focas y las ballenas estaban omitidas porque él no había tenido oportunidad de observarlas. Considerando cómo este Estado ha surgido y prosperado gracias a la actividad pesquera —que la legislatura que autorizó la Encuesta Zoológica actuaba bajo el emblema de un bacalao, que Nantucket y New Bedford se hallan dentro de nuestros límites, que un madrugador puede encontrarse una mañana en la costa con calderones por valor de mil o mil quinientos dólares, que los Peregrinos vieron a los indios faenando uno en la costa en Eastham y llamaron a esa parte de la costa «*Grampus Bay*^[161]» por la cantidad de ellos que encontraron allí antes de llegar a Plymouth y que, de entonces, a ahora esos peces han continuado enriqueciendo uno o dos condados casi anualmente, y que sus cuerpos descompuestos estaban ahora envenenando el aire de un condado a lo largo de más de treinta millas—, pensé que era notable el que ni el nombre popular ni el científico se hallasen en un informe sobre nuestros mamíferos: un catálogo de los productos de nuestra tierra y aguas.

Teníamos allí, lo mismo que de un lado al otro del Cape, una buena vista de Provincetown, distante cinco o seis millas por agua hacia el oeste, bajo sus médanos cubiertos de arbustos, con su bahía ahora llena de embarcaciones cuyos mástiles se mezclaban con las agujas de sus iglesias y le daban el aspecto de una ciudad portuaria bastante grande.

Los habitantes de todas las poblaciones de la zona inferior del Cape disfrutaban así de la perspectiva de dos mares. De pie en la costa occidental o de babor, y mirando hacia donde asoma la distante tierra firme, pueden decir, «ésta es la Bahía de Massachusetts»; para entonces, tras una hora de paseo a pie, pueden hallarse del lado de estribor, más allá del cual no asoma tierra visible alguna, y decir, «éste es el Océano Atlántico».

Al regreso hacia el faro, cuya luz nos guiaba tan seguramente como al marinero durante la noche, atravesamos un cementerio que al parecer se había salvado de ser arrasado por el viento gracias a sus lápidas de pizarra, que habían hecho posible que un espeso lecho de matas de arándano arraigara entre las tumbas. Creímos que valdría la pena leer los epitafios allí donde

tantos se habían perdido en el mar; pero como no sólo sus vidas sino generalmente también sus cuerpos se habían perdido o no habían sido identificados, había menos epitafios de ese tipo de lo que habíamos pensado, aunque no eran pocos. Su cementerio es el océano. Próximo al extremo este sorprendimos a un zorro en un hoyo, la única clase de cuadrúpedo salvaje — excepción hecha de una mofeta en una salina— que vimos en toda nuestra andadura (a menos que las tortugas y galápagos puedan ser llamados cuadrúpedos). Era un ejemplar grande, regordete, peludo, semejante a un perro amarillento, con la punta del rabo blanca —como es usual—, y tenía aspecto de que le iba bien en el Cape. Se alejó a medio galope para meterse entre los arbustos de robles y arrayanes que casualmente crecían allí, aunque no eran lo bastante altos para ocultarlo. El verano siguiente vi otro, un poco más al norte, saltando por encima de un ciruelo de playa, pequeño arco de cuyo recorrido (confío que aún no esté acabado) y cuya órbita completa me esforcé en calcular, vanamente: había un exceso de atracciones desconocidas a tener en cuenta. Vi también hundiéndose rápidamente en la arena los restos abandonados de un tercero y añadí el cráneo a mi colección. De ahí concluí que debían de ser abundantes en los alrededores; pero un viajero puede encontrarse con más de un habitante, dado que es más probable que aquél cruce la zona por una ruta poco frecuentada. Me han dicho que en ciertos años los zorros morían en gran número, de una especie de locura, bajo cuyo efecto se los veía describiendo círculos como en pos de su rabo. En el informe de Crantz sobre Groenlandia^[162], éste dice: «Ellos (los zorros) viven de las aves y sus huevos, y, cuando no pueden conseguirlos, de hinojo marino, mejillones, cangrejos y lo que el mar deseche».

Poco antes de llegar al faro vimos ponerse el sol en la Bahía, pues hallarse en aquel estrecho Cape era, como he dicho, lo mismo que estar en la cubierta de un navío, o acaso al tope de un barco de guerra, treinta millas mar adentro, aunque sabíamos que en aquel mismo momento el sol se estaba poniendo detrás de nuestras colinas nativas, que estaban apenas bajo el horizonte en aquella dirección. La vista nos quitó de la cabeza todo lo demás y en ella volvieron a entrar súbitamente Homero y el Océano,

Ἐν δ' ἔπεσ' Ὠκεανῷ λαμπρὸν θῶός ἡελίοιο

la fulgurante antorcha solar se hundió en el océano.

8

El Highland Light

Este faro, conocido por los marinos como el faro de Cape Cod o el *Highland Light* es uno de nuestros «faros primarios de la costa marítima» y suele ser el primero que ven quienes se aproximan desde Europa a la entrada de la Bahía de Massachusetts. Hay cuarenta y tres millas desde el faro de Cape Ann, y cuarenta y una desde el de Boston. El de Cape Cod yace a unas veinte varas del borde de la meseta, que aquí es arcilloso. Tomando en préstamo —de un carpintero que estaba techando un establo cercano— cepillo, escuadra, nivel y compás, y utilizando una de las tejas de madera, construí una especie de basto cuadrante, con clavos para la mira y los pivotes, y obtuve el ángulo de elevación del talud enfrentado al faro y, con un par de sedales para bacalao, el largo de su pendiente, y de esa forma medí su altura sobre la teja^[163]. Resultó medir ciento diez pies sobre su base inmediata, o unos ciento veintitrés sobre la media de la marea baja. Graham^[164], que ha mensurado cuidadosamente la extremidad del Cape, la da como de ciento treinta pies. La mezcla de arena y arcilla forma un ángulo de cuarenta grados con el horizonte, donde yo lo medí, pero el de la arcilla es en general más empinado. Ni vacas ni gallinas descienden jamás por allí. A media milla más al sur la altura es veinte o veinticinco pies más elevada, lo cual parece convertirlo en el terreno más alto en el norte de Truro. Incluso este vasto terraplén de arcilla se está desgastando rápidamente. Pequeñas corrientes de agua que se escurren por él a intervalos de dos o tres varas han dejado la arcilla intermedia en forma de empinados tejados góticos de cincuenta pies o más de alto, las crestas afiladas

y de aspecto escarpado como rocas; y en un tramo se halla curiosamente desgastado en forma de gran cráter semicircular.

Según el farero, el Cape se está desgastando aquí por ambos lados, aunque sobre todo por el oriental. En algunos sitios, el año pasado había perdido ya muchas varas, y no tardando mucho habrá que mudar el faro^[165]. Calculamos, a partir de sus datos, en cuánto tiempo el Cape estaría completamente erosionado en aquel punto, «pues», dijo él, «no tengo recuerdos de hace sesenta años». Nos sorprendió aún más este último anuncio —es decir el lento desgaste de vida y energía de nuestro informante, ya que no le calculábamos más de cuarenta años—, que el rápido erosionamiento del Cape y pensamos que el hombre tenía bastantes probabilidades de sobrevivirlo.

He encontrado que, entre aquel octubre y junio del año siguiente, en un lugar^[166] frente al faro, la elevación había perdido alrededor de cuarenta pies, y en esa segunda fecha había una grieta de más de cuarenta pies a distancia de la orilla, con la costa sembrada de residuos recientes. Pero a mi juicio allí el ritmo de la erosión no sobrepasaba anualmente sesenta pies. Cualquier conclusión extraída de las observaciones de unos pocos años o de una sola generación puede resultar falsa, y el Cape puede frustrar las expectativas con su durabilidad. En algunos sitios un sendero para *wreckers* en la meseta dura incluso varios años. Un antiguo lugareño nos contó que cuando se construyó el faro, en 1798, se calculaba que duraría cuarenta y cinco años, aceptando que la orilla perdiera un largo de protección cada año, «pero», dijo, «ahí está» (o más bien otro cerca del mismo sitio, a unas veinte varas del borde).

El mar no está ganándole terreno al Cape por todas partes, pues un hombre me contó de un barco que naufragó hace mucho al norte de Provincetown y cuyos «huesos» (fue la palabra que empleó) son visibles aún a muchas varas al interior de la actual línea de la playa, semienterrados en la arena. Tal vez yazcan junto a los «maderos» de una ballena. La afirmación corriente por parte de los habitantes es que el Cape se está degradando por ambos lados, pero se extiende en determinados puntos del sur y el oeste, como en las playas de Chatham y Monomoy, y las puntas de Billingsgate, Long y Race. James Freeman^[167] afirmó en su día que durante los cincuenta años anteriores se habían agregado a la playa de Monomoy más de tres millas

y se dice que todavía se amplía al mismo ritmo. Un redactor en la *Massachusetts Magazine*^[168] nos decía el siglo pasado que «cuando los ingleses se establecieron por primera vez en el Cape había una isla frente a Chatham, a tres leguas de distancia, llamada Isla de Webbs, cuya superficie de veinte acres estaba cubierta de cedro colorado o enebro. Los habitantes de Nantucket solían traer leña de allí»; pero agrega que en su época sólo un gran peñasco marcaba el sitio y allí el agua tenía seis brazas de profundidad. La entrada a la rada de Nauset, que una vez estuvo en Eastham, se ha trasladado ahora a Orleans, en el sur. Las islas de la rada de Wellfleet formaron una vez una playa continua, aunque ahora entre ellas pasan pequeñas embarcaciones. Y lo mismo pasa con muchas otras partes de la costa.

Tal vez lo que el océano saca de una parte del Cape se lo dé a otra: desvestir a un santo para vestir a otro. Del lado del este el mar parece estar invadiendo el terreno por doquier. No es sólo que el territorio sea socavado y sus desechos llevados por las corrientes, sino que el viento hace volar la arena de la playa directamente sobre la empinada meseta donde ésta alcanza los ciento cincuenta pies de altura y hace que acumule muchos pies de aquélla sobre la superficie original. Una persona sentada en el borde puede obtener de ello una demostración ocular al llenársele los ojos de arena. Así el terreno preserva su altura con la misma rapidez con que es erosionado. Esa arena está viajando a ritmo constante hacia el oeste, «a más de cien yardas», dice un autor; de forma que, en algunos lugares, los yacimientos de turba quedan profundamente hundidos en la arena y la turba es extraída a través de ella; y en cierto lugar ha hecho su aparición una gran turbera sobre la costa en la meseta cubierta por muchos pies de arena y se la extrae allí. Esto explica aquella gran acumulación de turba que vimos en el oleaje. El viejo pescador de ostras nos había dicho que hacía muchos años perdió una «criatura» que se había atascado en un pantano próximo al Atlántico, al este de su casa, y que hacía veinte años perdió por entero el propio pantano, aunque desde entonces ha visto aparecer vestigios del mismo en la playa. Dijo también que, con buen tiempo, había visto tocones de cedro «grandes como una rueda de carro» en el fondo de la Bahía, a tres millas de Billingsgate Point, al inclinarse sobre la borda de su embarcación, y que no mucho tiempo atrás esa parte era tierra firme. Otro nos dijo que una canoa de tronco que se sabía hundida muchos

años antes del lado de la Bahía en East Harbor, en Truro, donde el Cape es sumamente estrecho, apareció finalmente del lado del Atlántico, habiéndole rodado el Cape por encima, y que una anciana dijo: «Ahora, como ven, es verdad lo que os dije, que el Cape se mueve».

Las barras a lo largo de la costa cambian con cada tormenta, y en muchos lugares en ocasiones no hay ninguna. En julio de 1855, nosotros observamos personalmente el efecto de una sola tormenta nocturna con la marea alta. La misma removió la arena en la playa frente al faro hasta una profundidad de seis pies, en un ancho de tres varas hasta donde pudimos ver al norte y al sur, y la llevó en masa nadie sabe exactamente adónde, dejando al desnudo en un sitio una gran roca de cinco pies de alto que antes era invisible y estrechando la playa hasta la anchura mencionada. Como ya he dicho antes, en general no se toman baños en la parte posterior del Cape, debido a la resaca, pero la última vez que estuvimos allí, el mar había arrojado, tres meses antes, cerca del faro, una barra arenosa de dos millas de largo por diez varas de ancho, sobre la cual ahora no circulaba el agua, dejando entre aquélla y la orilla una estrecha caleta, por entonces de una milla de largo, que permitía disfrutar de un excelente baño. Dicha caleta había sido cerrada de vez en cuando al desplazarse la barra hacia el norte, dejando presos en una ocasión a cuatro o cinco centenares de pescadillas y bacalaos, que allí murieron, y con la misma frecuencia las aguas se tornaban dulces y acababan cediendo lugar a la arena. Esta barra, nos aseguraron los habitantes, podría ser totalmente removida, y el agua alcanzar seis pies de profundidad en dos o tres días.

El farero dijo que cuando el viento soplaba fuerte hacia la costa las olas se comían con rapidez el terreno, pero cuando soplaba en la dirección opuesta no se llevaba la arena; pues en el primer caso el viento levantaba la superficie del agua inmediata a la playa, y para conservar su equilibrio una fuerte resaca la devolvía al mar, arrastrando consigo la arena y cualquier otra cosa que hubiera en su camino y dejaba la playa suficientemente dura como para andar por ella; pero en este último caso la resaca atacaba y llevaba con ella la arena, de modo que era particularmente difícil para los náufragos llegar a tierra cuando el viento soplaba hacia la costa, pero más fácil cuando lo hacía hacia fuera. La resaca, al encontrarse con la próxima ola superficial en la barra que ha construido, forma parte del dique sobre el cual esta última rompe, como

sobre un muro vertical. El mar juega así con la tierra reteniendo un rato una barra de arena en la boca antes de tragársela, como el gato juega con el ratón; pero es seguro que el zarpazo fatal finalmente llegue. El mar envía a su voraz viento del este a robar territorio, pero antes de que el ladrón haya llegado lejos con su presa, la víctima envía a su honesto viento del oeste a recuperar parte de lo que le pertenece. Pero, según el Teniente Davis^[169], la formación, extensión y distribución de los bancos de arena y las barras son determinadas básicamente, no por los vientos, sino por las mareas.

Nuestro anfitrión dice que si fuésemos a la playa cuando un viento huracanado sopla directamente hacia la misma, nos sorprendería ver que a la orilla no llegan en absoluto maderos a la deriva, sino que todos son llevados hacia el norte y de forma paralela a la costa, a la velocidad de un hombre a pie, por la corriente costera, que adopta marcadamente ese rumbo con la pleamar. Incluso los nadadores más fuertes son arrastrados por ella y nunca avanzan una sola pulgada hacia la playa. Hasta un gran peñasco ha sido llevado por la corriente una milla hacia el norte. Nos aseguró que del lado posterior del Cape el mar no estaba nunca en calma sino que generalmente alcanzaba la altura de nuestras cabezas, de modo que una gran parte del tiempo no se podía echar allí un bote al agua, y hasta con el tiempo más calmo las olas tenían seis u ocho pies de altura sobre la playa, aunque entonces se podía salir en una tabla. Champlain^[170] y Poutrincourt^[171] no pudieron desembarcar allí en 1606 debido al oleaje (la *houlle*), pero los salvajes llegaron hasta ellos en una canoa. En la «*Relation des Caraïbes*»^[172], del Sieur de la Borde, de la que poseo un ejemplar de la edición publicada en 1711 en Amsterdam, se lee, en la página 530: «Couroumon a Caraïbe, también una estrella [i. e. un dios], forma las grandes *lames à la mer*^[173] y da vuelta a canoas. *Lames à la mer* son las extensas *vagues* que no rompen (*entrecoupées*), como las que se ven llegar a tierra de una sola pieza, de un extremo al otro de la playa, de manera que un bote o una canoa difícilmente podría atracar (*aborder terre*) sin darse la vuelta o llenarse de agua».

Pero del lado de la Bahía el agua, incluso en la orilla, suele estar en calma como en una laguna. Por lo común no se usan botes en esta playa. Había uno, perteneciente al faro de Highland, que el siguiente farero, después de un año de estar allí, no había echado al agua todavía, aunque decía que la pesca era

buena precisamente frente a la costa. Generalmente no se pueden usar los botes salvavidas cuando se necesitan. Cuando las olas son muy altas es imposible echar un bote al agua, por más hábilmente que se maniobre, pues con frecuencia será completamente cubierto por el borde curvo de la gran ola que se aproxime y por tanto se llenará de agua, o será levantado por la proa, dado la vuelta, y todo su contenido será esparcido alrededor. Un mástil de quince pies de largo sufrirá la misma suerte.

He sabido de un grupo que salió a pescar desde Wellfleet hace unos años en dos botes, con buen tiempo, y que, una vez cargados los botes de pescado y aproximándose de nuevo a tierra, se encontraron con tal oleaje, pese a la ausencia de viento, que tuvieron miedo de afrontarlo. Primero pensaron en dirigirse a Provincetown, pero caía la noche y aquel puerto quedaba a muchas millas de distancia. El caso parecía desesperado. Cada vez que se aproximaban a la costa y veían las terribles olas que se les oponían, desistían. En resumen, estaban completamente asustados. Finalmente, tras haber arrojado el pescado por la borda, los del bote aguardaron una oportunidad favorable y lograron, con habilidad y buena suerte, alcanzar tierra, pero como no quisieron responsabilizarse indicando al otro bote cuándo entrar —siendo el timonel también inexperto—, el segundo bote se anegó, pero todos consiguieron salvarse.

Olas mucho más pequeñas hacen que un bote «quede clavado», como suele decirse. El farero dijo que después de un prolongado y fuerte vendaval vienen tres grandes olas, cada una sucesivamente más grande que la anterior, y que luego pasa algún tiempo sin ninguna grande; y que cuando ellos querían llegar a tierra con un bote, venían con la última y más grande de aquellas tres. Sir Thomas Browne^[174] (citado en *Pupilar Antiquities* de Brand, p. 372)^[175], sobre el tema de que la décima ola es tenida como la «más grande o más peligrosa que cualquier otra», luego de citar a Ovidio,

*«Qui venit hic fluctus, fluctus supereminet omnes
Posterior nono est, undecimo que prior»*

dice: «Lo cual, empero, es evidentemente falso; ni se puede discernir

tampoco, ni por observación sobre la costa o el océano, pues hemos explorado diligentemente ambos. Y seguramente en vano esperamos regularidad en las olas del mar, o en sus particulares movimientos, como sí podemos esperarlos en sus movimientos de avance y retroceso, cuyas causas son constantes, y sus efectos por lo tanto correspondientes; en tanto que sus fluctuaciones no son sino movimientos subordinados a los vientos, no regulados por las tormentas, las costas, los bancos y demás elementos».

Leemos que los *Clay Pounds* fueron así llamados «porque unos navíos han tenido la mala fortuna de machacarse contra él en temporales de viento», origen que consideramos dudoso. Hay pequeñas lagunas aquí, conservadas por la arcilla, que fueron antiguamente llamadas pozos o minas de arcilla. Tal vez éste, o «depósitos de arcilla» sea el origen del nombre. En la arcilla se encuentra agua muy cerca de la superficie; pero hemos sabido de un hombre que se hundió en un pozo en la arena allí cerca, «hasta que pudo ver estrellas a mediodía», sin encontrarla. Sobre esta desnuda meseta el viento sopla furiosamente. Incluso en julio hace que a los pavos jóvenes se les levanten las alas por encima de la cabeza, por no saber colocar la cabeza contra el mismo; y en los vendavales vuelan puertas y ventanas, y hay que sujetarse al faro para impedir que el viento lo empuje a uno al Atlántico. Quienes simplemente permanecen fuera en la playa en una tormenta en invierno son a veces recompensados por la Sociedad de Beneficencia. Quien desee sentir la fuerza plena de una tempestad, que se instale en la cima del Monte Washington^[176] o en el Faro Highland, en Truro.

En 1794 se decía que en la costa oriental de Truro eran abandonados más navíos que en cualquier parte del condado de Barnstable. Pese a que desde entonces se ha construido ese faro, después de casi todas las tormentas leemos acerca de uno o más barcos naufragados allí y, en ocasiones, se ven de una vez desde dicho punto más de una docena de naufragios. Sentados en torno a sus respectivos hogares, los habitantes oyen el estrépito de barcos que se hacen pedazos, y que suele provenir de algún memorable naufragio. Si pudiera escribirse de principio a fin la historia de esta playa, sería una página emocionante en la historia del comercio.

Truro fue fundada en el año 1700 como *Dangerfield*^[177]. Fue un nombre muy adecuado, pues más adelante leí en un monumento en el cementerio,

cerca del río Pamet, la siguiente inscripción:

Consagrado a la memoria de
57 ciudadanos de Truro
perdidos en siete barcos que
se hundieron en el mar en
el memorable temporal
del 3 de octubre de 1841.

Sus nombres y edades por familia quedaron registrados en diversas partes del monolito. Se dice que se perdieron en George's Bank, y me dijeron que únicamente una embarcación a la deriva llegó a la costa del lado posterior del Cape, con los muchachos encerrados en la cabina y ahogados. Se dice que los hogares de todos se hallaban «dentro de un radio de dos millas». En la misma tormenta se perdieron veintiocho habitantes de Dennis; y he leído que «en un día, inmediatamente después de esa tormenta, se recogieron cerca de cien cadáveres, que fueron sepultados en Cape Cod». La Compañía de Seguros de Truro no se hizo cargo de sus barcos por falta de patronos. Pero al año siguiente, los habitantes sobrevivientes salieron de nuevo a pescar como de costumbre. Encontré que no era apropiado hablar de naufragios allí, pues prácticamente todas las familias habían perdido en el mar a alguno de sus miembros. «¿Quién vive en esa casa?», preguntaba. «Tres viudas», era la respuesta. El forastero y el habitante local ven la costa con ojos muy diferentes. El primero puede que haya venido a ver y admirar el océano en una tormenta; pero el segundo lo mira como el escenario donde naufragaron sus parientes más próximos. Cuando le comenté a un viejo *wrecker* parcialmente ciego que estaba sentado al borde del terraplén fumando una pipa que acababa de encender con una cerilla de barrón seco, que suponía que a él le gustaba oír el sonido de las olas, la respuesta fue: «No, no me gusta oír el sonido de las olas». Había perdido al menos un hijo en «el memorable temporal», y podía contar muchas historias de los naufragios de los que había sido testigo allí.

En el año 1717, un notorio pirata llamado Bellamy^[178] fue conducido hacia la barra frente a Wellfleet por el capitán de un *snow* que había

capturado, al que había ofrecido devolverle su navío si él pilotaba el de Bellamy para entrar en la rada de Provincetown. La tradición dice que el citado capitán lanzó al agua en medio de la noche un barril de brea encendido que, empujado por la corriente, llegó a la orilla y fue seguido por los piratas. Hubo una tormenta, toda la flota naufragó y más de un centenar de cadáveres quedaron tendidos en la costa. Seis que se salvaron del naufragio fueron ejecutados. «Hasta hoy» (1793), dice el historiador de Wellfleet, «se recogen a veces peniques del rey William y la reina Mary, así como piezas de plata llamadas *cob-money*^[179]. La violencia de los mares mueve las arenas en la barra exterior, de modo que a veces, con la marea baja, se ha visto la cocina de hierro del barco [el de Bellamy]». Otro nos dice que «durante muchos años después de este naufragio solía verse recorriendo el Cape a un hombre de aspecto muy singular y ominoso, del que se suponía que había pertenecido a la tripulación de Bellamy. La presunción es que iba a algún lugar donde los piratas habían escondido dinero, a buscar la cantidad que le hiciera falta. Cuando murió, se hallaron numerosas piezas de oro en un ceñidor que él llevaba permanentemente puesto».

Mientras iba andando aquí por la playa en mi última visita, buscando conchas y guijarros, precisamente después de aquella tormenta que desplazara la barra de arena a una considerable profundidad, recogí, sin saber que podría encontrarla, una corona francesa, de un valor aproximado a un dólar y seis céntimos, justamente bajo la abrupta base cavernosa de la meseta. Tenía un color pizarra oscuro y parecía un guijarro achatado, pero aún así lucía muy visible una hermosa cabeza de Luis XV, y en el reverso, la habitual inscripción *Sit Nomen Domini Benedictum* (Bendito sea el nombre del Señor), una invocación agradable de leer en las arenas de la orilla del mar doquiera estuviese estampada, y también descifré la fecha, 1741. Desde luego, de entrada pensé que era el mismo botón viejo que he encontrado tantas veces, pero mi navaja enseguida reveló la plata. Más tarde, paseando por el borde del mar con la marea baja, me burlé de mi acompañante alzando entre los dedos unas conchas redondas (*scutellæ*), broma en la que rápidamente cayó y vino corriendo.

Durante la Revolución, un buque de guerra británico llamado *Somerset* naufragó cerca de los Clay Ponds, y todos cuantos iban a bordo, unos cien,

fueron hechos prisioneros^[180]. Mi informante dijo que él nunca había visto mención alguna del asunto en las historias, pero que en todo caso sabía que un reloj de plata, dejado allí accidentalmente por uno de aquellos prisioneros, estaba todavía en marcha para contar el cuento. Pero de este hecho dan cuenta algunos autores.

Al verano siguiente vi un balandro de Chatham dragando en procura de anclas y cadenas en frente mismo de esta costa. Tenía los botes fuera trabajando mientras él acantilaba en varias direcciones y, cuando encontraba algo, se detenía para izarlo a bordo. Es una ocupación singular, para la cual se contrata regularmente personal y se le paga según su laboriosidad para capturar hoy, con buen tiempo, unas anclas que se han perdido: la fe y la esperanza sepultadas de marineros, en las que confiaron en vano; aquí tal vez sea el ancla herrumbrada de algún viejo barco pirata o de un pescador normando, cuyo cable se rompió hace doscientos años; y allá, la mejor ancla enramada de un barco cantonés o californiano, que se ocupaba de su negocio. Si los fondeaderos del espíritu oceánico pudieran ser dragados de esta forma, ¡qué herrumbradas uñas de ancla de esperanza decepcionada y de cables rotos de fe podrían de nuevo ser izados a bordo!, bastantes para hundir la embarcación del buscador o para proveer a nuevas naves hasta el fin de los tiempos. El fondo del mar está sembrado de anclas, unas más profundas y otras menos, y alternativamente cubiertas y descubiertas por la arena, quizá con una pequeña extensión de cable todavía adherido... ¿dónde estará el otro extremo? Un montón de historias inconclusas que han de acabar en otra época. Si tuviésemos, pues, unas campanas de buceo adaptadas a las profundidades espirituales, veríamos anclas con sus cables adheridos, gruesos como las anguilas en vinagre, todas retorciéndose en vano en el fondo que las contiene. Pero ése no es un tesoro que otro haya perdido para nosotros; más bien nos toca buscar lo que ningún otro hombre ha encontrado ni puede encontrar... no ser hombres de Chatham, dragando por anclas.

¡Los anales de esta playa voraz!, ¿quién podría escribirlos, sino un marinero náufrago? Cuántos que la han visto lo han hecho sólo en medio del peligro y la aflicción, la última faja de tierra contemplada por sus ojos mortales. Piénsese en la cantidad de sufrimiento de que ha sido testigo una sola playa. Los antiguos la habrían representado como un monstruo marino

con las fauces abiertas, más terrible que Escila y Caribdis. Un vecino de Truro me contó que alrededor de una quincena después de que el *St. John* naufragase en Cohasset encontró dos cadáveres en la orilla en Clay Pounds. Eran el de un hombre y el de una mujer corpulenta. El hombre tenía puestas unas botas gruesas, a pesar de estar sin cabeza, aunque ésta «yacía a su lado». Al vecino le costó unas semanas librarse de aquel espectáculo. Tal vez fueran marido y mujer, y a quienes Dios había unido las corrientes oceánicas no habían separado. Pero por qué leves accidentes iniciales han sido asociados en su deriva. Algunos de los cadáveres de aquellos pasajeros fueron recobrados lejos en el mar, encajonados y hundidos; otros, llevados a tierra y sepultados. Un naufragio tiene más consecuencias de las que advierten los aseguradores. La Corriente del Golfo puede devolver algunos a sus costas nativas o depositarlos en alguna perdida cueva oceánica donde el tiempo y los elementos escribirán nuevos enigmas con sus huesos. Pero, volvamos al terreno.

En la arcilla del talud del Bank Swallow conté en verano doscientos agujeros en un espacio de seis varas de largo y había, al menos, un millar de pájaros adultos gorjeando sobre las olas a menos de tres veces esa distancia. Yo nunca antes los había relacionado en mi cabeza con la playa. ¡Un chiquillo que había estado buscando nidos había conseguido ochenta huevos de golondrina! Que no se entere la Sociedad Protectora. Debajo, sobre la arcilla, había numerosos pichones que murieron al caer. Había también muchos ejemplares de *crow-blackbirds*^[181] dando saltitos por el terreno seco, y del *upland plover*^[182], que se reproducía en las proximidades del faro. Una vez el farero, que estaba cortando el césped, le cortó un ala a uno que incubaba allí sus huevos. Este lugar es asimismo uno de los preferidos en otoño por los cazadores que disparan sobre el *golden plover*^[183]. Así como alrededor de la orilla de una laguna se ven libélulas^[184], mariposas, etc., así aquí, para mi sorpresa, vi en la misma estación grandes libélulas de un tamaño proporcionalmente más grande, o casi tan grande como un dedo mío, que bordeaban incesantemente el promontorio a un lado y otro, y también mariposas inmóviles en el aire y nunca vi tantos escarabajos^[185] y coleópteros de diversas clases como los diseminados por la playa. Al parecer habían sobrevolado la meseta por la noche y no habían podido levantar el

vuelo nuevamente, y algunos tal vez cayeron al mar y fueron arrastrados a la orilla. Puede que en parte hayan sido atraídos por las luces del faro.

Los Clay Pounds son una extensión más fértil de lo usual. Allí vimos unas buenas parcelas con tubérculos y grano. Como es corriente en el Cape, las plantas tenían tallo y hoja pequeña, pero granaban notablemente. El cereal era apenas la mitad de alto en el interior, a pesar de lo cual las espigas eran grandes y estaban llenas, y un granjero me dijo que podía cosechar cuarenta fanegas por acre sin abono, y sesenta con él. Las semillas del centeno eran también notablemente grandes. Las cormieras (*amelanchier*), las ciruelas marítimas y los arándanos (*vaccinium pensylvanicum*), así como los manzanos y los robles, diseminados por la arena, eran decididamente enanos, aunque al mismo tiempo muy fructíferos. El arándano no alcanzaba sino una o dos pulgadas de alto y su fruto a menudo descansaba en el suelo, con lo que una persona no se apercibía de la presencia del arbusto, aun en esas colinas peladas, hasta que lo estaba pisando. Pensé que aquella fertilidad debía ser sobre todo producto de la abundancia de humedad en la atmósfera, pues observé que el poco pasto que había se hallaba cargado por la mañana de rocío y que, en verano, las densas nieblas restrictivas duraban con frecuencia hasta mediodía, convirtiendo nuestra barba en una servilleta mojada alrededor del cuello, y haciendo que los habitantes más antiguos pudieran desorientarse a tiro de piedra de sus casas o se vieran obligados a seguir la playa como guía. La casa de ladrillos adosada al faro era sumamente húmeda en esa estación y el papel de carta perdía toda firmeza. Era imposible secar la toalla después del baño o apretar unas flores sin que se cubrieran de mildú. El aire era tan húmedo que raramente teníamos sed, aunque sentíamos permanentemente el gusto a sal en los labios. Pocas veces se usaba sal en la mesa, y nuestro anfitrión nos dijo que el ganado invariablemente la rehusaba cuando se la ofrecían, dado que la obtenían con exceso en la hierba que consumían y al respirar, pero dijo que un caballo enfermo o uno venido recientemente del campo tomaba a veces un buen trago de agua salada y parecía que disfrutaba con ella y le hacía bien.

Fue una sorpresa comprobar cuánta agua contenía el brote terminal de un solidago alzado en la arena a principios de julio, y también cómo los nabos, remolachas, zanahorias, etc., prosperaban incluso en plena arena. Un hombre

que anduvo cerca de allí no mucho antes que nosotros notó algo verde que crecía en la pura arena de la playa, precisamente en el lugar hasta donde llega la pleamar y, al aproximarse, descubrió que era un macizo de remolachas que crecían vigorosamente, probablemente de semillas arrastradas por el agua desde el *Franklin*. También en las algas utilizadas como abono en muchas partes del Cape venían remolachas y nabos. Esto da una idea de cómo pueden haberse dispersado diversas plantas por el mundo hasta islas y continentes remotos. Algunos navíos que llevaban en su carga semillas con destino a determinados puertos donde tal vez no las necesitaban, han terminado naufragando en islas desoladas y, aunque sus tripulaciones perecieron, algunas de las semillas se conservaron. De entre las muchas clases de las mismas, algunas encontraron un suelo y un clima adecuados: se naturalizaron y quizá terminaron expulsando a las plantas nativas y de ese modo hicieron el terreno apto para ser habitación del hombre. No hay mal que por bien no venga, y en este caso puede que unos lamentables naufragios contribuyeran así con un nuevo vegetal a la reserva de un continente y resultar a la larga una duradera bendición para sus habitantes. Acaso los vientos y las corrientes podrían lograr lo mismo sin la intervención del hombre. ¿Qué son en realidad las diversas plantas suculentas que crecen en la playa sino unos macizos de remolachas y nabos, surgidos originalmente de las semillas que quizás fueron arrojadas al agua con ese fin, aunque no conozcamos el *Franklin* del que salieron? En tiempos pretéritos un tal señor Bell navegaba en esta dirección en su arca con semillas de cohete del mar, barrilla, batis marítima, barrón, hinojo, baya del sebo, hierba de la pobreza, etc., todas adecuadamente etiquetadas con instrucciones, con el propósito de establecer un semillero en alguna parte; ¿y no se estableció uno, aunque él creyó que había fracasado?

Alrededor del faro observé en verano la bonita *polygala poligama* extendida en forma radial aplastada sobre el suelo, el cardo blanco (*cirsium pumilum*), y entre los arbustos la *smilax glauca*, de la que se dice generalmente que no crece tan al norte; cerca del borde de las riberas, media milla hacia el sur, el hinojo marino (*empetrum conradii*), usualmente atribuido en Massachusetts sólo a Plymouth, forma bonitos montículos verdes de cuatro o cinco pies de diámetro por uno de alto, tierno y mullido lecho para el caminante. Lo vi después en Provincetown. Pero más bonita que

cualquiera, la pimpinela escarlata (*anagallis arvensis*) saluda al paseante en buen tiempo desde prácticamente cualquier yarda cuadrada de arena. Desde Yarmouth he recibido la *chrysopsis falcata* (áster de oro) y el *vaccinium stamineum* (arándano indio), con fruto no comestible, a veces tan grande como un arándano corriente (Sept. 7).

La vivienda y faro^[186] de Highland, donde nos alojábamos consta de un edificio de ladrillo de sólido aspecto, pintado de blanco y rematado por una estructura de hierro que alberga el fanal; anejo al mismo está la morada del farero, de una planta, también de ladrillo, y construida por el gobierno. Como íbamos a pasar la noche en un faro, deseábamos sacar el mejor partido de una experiencia tan novedosa, y por lo tanto le dijimos a nuestro anfitrión que nos gustaría acompañarlo cuando fuera a encenderlo.

Con el primer claro él encendió una pequeña lámpara japonesa, dejando que echara bastante más humo del que acostumbramos en ocasiones normales, y nos indicó que lo siguiéramos. Nos condujo primero a través de su dormitorio y después, por un largo y estrecho pasaje cubierto, entre muros blanqueados como los del acceso a una prisión, a la parte baja del faro, donde había unos grandes toneles de aceite dispuestos alrededor; de allí ascendimos por una escalera de hierro en forma de espiral y con peldaños espaciados, con un creciente olor a aceite y a humo de la lámpara, hasta una trampilla en un piso de hierro, y a través de ésta hasta la linterna. Era una edificación limpia, con todo en orden, y sin riesgo de que allí se herrumbrase algo por falta de lubricante. La luz era producida por quince lámparas de Argand^[187] situadas dentro de unos lisos reflectores cóncavos de veintiuna pulgadas de diámetro y dispuestas en dos círculos horizontales, uno encima del otro, dirigidos en todas las direcciones excepto hacia el Cape. Todo ello estaba rodeado, a una distancia de dos o tres pies, por grandes ventanales de cristal cilindrado inmune a las tormentas, con marcos de hierro sobre los que se apoyaba la cúpula de hierro. Toda la obra de hierro, excepto el suelo, estaba pintada de blanco. Igual que el faro completo. Caminamos despacio en torno a aquel estrecho espacio mientras el farero encendía sucesivamente cada lámpara, conversando con él en el mismo momento en que muchos marinos en las tinieblas eran testigos del encendido del faro de Highland. El deber de aquel hombre era llenar, conservar en buen estado y encender las lámparas, y

mantener brillantes los reflectores. Los llenaba cada mañana y los repasaba habitualmente en el curso de la noche. Se quejó de la calidad del aceite que le proporcionaban. Este faro consume unos ochocientos galones al año, a un costo de casi un dólar el galón; pero quizás se salvaran algunas vidas con una mejora del aceite provisto. Otro farero dijo que la misma proporción de aceite se enviaba al faro más meridional de la Unión que al más septentrional. Antiguamente, cuando este faro tenía ventanas con pequeños y delgados cristales, una tormenta severa rompía ocasionalmente el cristal y, entonces, se veían obligados a colocar de prisa una contraventana de madera para proteger las lámparas y los reflectores. Otras veces, en las tempestades, cuando el marino más necesitaba ser guiado, habían convertido así el faro en una linterna oscura que emitía únicamente unos débiles rayos, y generalmente del lado de tierra o sotavento. El hombre habló de la ansiedad y el sentido de responsabilidad que experimentaba en las frías y tormentosas noches de invierno; sabiendo que muchos pobres individuos dependían de él, y sus lámparas ardían débilmente, al estar helado el aceite. A veces se veía obligado a calentarlo en un recipiente a medianoche en su casa y a volver a llenar las lámparas, ya que no podía encender en el faro un fuego que empañaría los ventanales. Su sucesor me dijo que él no podría mantener así un fuego demasiado vivo. Todo eso debido a que el aceite era ordinario. ¡Un gobierno alumbrando a sus marinos en su costa invernal con un aceite inadecuado, por ahorrar! Ésa era sin duda una opción más barata^[188].

El sucesor del anterior farero, que amablemente me albergó al año siguiente, declaró que una noche extremadamente fría, con todos los faros vecinos quemando aceite barato, habiendo sido él lo bastante previsora como para reservar un poco de aceite bueno para una emergencia, se despertó inquieto y descubrió que su aceite estaba congelado y sus lámparas casi apagadas; y cuando, tras muchas horas de esfuerzo, hubo logrado reabastecer sus depósitos con aceite de calidad y con dificultad encender las mechas, miró afuera y halló que los otros faros vecinos, normalmente visibles para él, se habían apagado, y más tarde se enteró de que las linternas de Palmet River y Billingsgate también se habían extinguido.

Nuestro anfitrión dijo que también la helada en los ventanales le causaban un considerable problema y que, en tiempo muy caluroso, las palomillas los

cubrían y debilitaban el fulgor del faro; a veces incluso los pajarillos chocaban contra los gruesos cristales y aparecían por la mañana en el suelo con el pescuezo roto. En la primavera de 1855 encontró diecinueve pajaritos amarillos, tal vez pardillos o currucas del mirto, que yacían de esa forma alrededor del faro; y a veces, en otoño, había visto dónde un chorlito dorado había golpeado de noche el cristal y estampada la parte adiposa del pecho.

De modo que el hombre luchaba, con métodos diversos, para mantener su luz brillando ante los hombres. Sin duda el farero tiene un oficio, si no difícil, sí responsable. Cuando su linterna se apaga, se apaga él; como mucho, solamente un accidente de esa clase le es perdonado.

Pensé que era una lástima que no viviese allí algún estudiante pobre para aprovechar toda aquella luz, cosa que no perjudicaría al marino. «Bueno», dijo el farero, «yo a veces subo aquí a leer el periódico, cuando abajo están haciendo mucho ruido». ¡Quince lámparas de Argand para leer el periódico! ¡Con aceite del gobierno! ¡Iluminación bastante como para leerse la Constitución! Pensé que bajo semejante luz aquel hombre debería leer por lo menos su Biblia. Yo tuve un compañero de clase que se preparaba para la facultad a la luz de un faro, la cual era más, me parece, que la que brindaba la Universidad.

Cuando hubimos bajado y cubierto una docena de varas^[189] desde el faro, descubrimos que al hallarnos en la angosta faja de terreno entre el mismo y la costa quedábamos demasiado abajo, no recibíamos la plena fuerza de su luz sino sólo el leve fulgor de las numerosas estrellas; pero cuarenta varas más allá veíamos para leer, aun cuando todavía gracias a una sola lámpara. Cada reflector enviaba un «abanico» aislado de luz: uno brillaba sobre el molino de viento y otro en la depresión, mientras que los espacios intermedios permanecían en la sombra. Dicen que esta luz es visible desde más de veinte millas náuticas para un observador que esté a quince pies sobre el nivel del mar. Vimos la luz giratoria en Race Point, el final del Cape, a unas nueve millas de distancia, y también la de Long Point, a la entrada de la rada de Provincetown, así como una del lejano faro de Plymouth, al otro lado de la Bahía, casi en línea con el último, como una estrella en el horizonte. El farero pensaba que el otro faro de Plymouth quedaba oculto por hallarse exactamente en línea con el de Long Point. Comentó que al marino lo

confundía a veces con la linterna de un pescador de caballas temeroso de ser atropellado en la noche, o incluso por la luz de una casita en el campo, tomándola por algún faro costero conocido y que, al descubrir su error, solía despotricar sin razón contra el prudente pescador o el desvelado habitante de la casita.

Aunque una vez se afirmó que la Providencia colocó esta masa de arcilla aquí a propósito para erigir encima un faro, el farero dijo que el faro debió haber sido construido media milla más al sur, donde la costa empieza a curvarse y donde la luz podría haberse visto al mismo tiempo que las del de Nauset, y distinguirse de la de este último. Ahora se habla de levantar uno allí. Ocurre que al estar tan próximo al extremo del Cape, el actual es el menos utilizado, porque desde entonces se han construido otros.

Entre las numerosas normas de la Dirección de Faros que cuelgan allí en la pared, muchas de ellas excelentes, quizá, si hubiera aquí estacionado un regimiento para cumplirlas, hay una que requiere que el farero lleve una relación de los navíos que pasan por delante de su faro durante el día. Pero hay simultáneamente un centenar de barcos, navegando en todas direcciones, muchos al borde mismo del horizonte, y el hombre tendría que tener más ojos que Argos y poseer una visión particularmente buena para discernir cuáles están pasando ante el faro. Es una ocupación en varios sentidos más propia de los hábitos de las gaviotas que aquí bordean la costa arriba y abajo y describen círculos sobre el mar.

El siguiente farero me contó que el 8 de junio, una mañana particularmente despejada y hermosa, se levantó más o menos una hora antes del amanecer y, disponiendo de un poco de tiempo, pues tenía la costumbre de apagar sus lámparas al amanecer, se encaminó hacia la orilla para ver qué podría encontrar. Al llegar al borde miró hacia arriba y, para su asombro, vio al sol que salía y se alzaba ya por encima del horizonte. Pensando que tenía mal el reloj, regresó apresuradamente, y aunque según el instrumento era todavía demasiado temprano, apagó las lámparas; cuando había terminado y bajado, miró por la ventana y, para su mayor asombro, vio al sol precisamente donde había estado antes, dos tercios del astro sobre el horizonte. Me mostró dónde sus rayos iluminaron la pared opuesta del recinto. Procedió a hacer un fuego, y cuando lo hubo hecho, allí estaba

todavía el sol a la misma altura. Ante lo cual, no confiando ya en sus ojos, llamó a su mujer, quien vio a su vez lo mismo. Había barcos a la vista en el océano, y sus tripulaciones también debían haberlo visto —dijo—, puesto que los rayos solares caían sobre ellos. El astro permaneció a aquella altura alrededor de quince minutos por reloj, y luego se alzó como de costumbre, sin que ninguna otra cosa extraordinaria sucediese durante aquel día. Aunque acostumbrado a la costa, él jamás había sido testigo ni había oído hablar antes de un fenómeno semejante. Yo sugerí que podía haber habido una nube en el horizonte, invisible para él, que hubiera subido con el sol, y que su reloj no fuera más exacto que la mayoría; o que tal vez, dado que él negaba tal posibilidad, el sol hubiera asomado como se dice que ocurre en el Lago Superior y en otros lugares. *Sir John Franklin*^[190], por ejemplo, dice en su *Narrative* que, estando en la orilla del Mar Polar, la refracción horizontal varió tanto una mañana que «la extremidad superior del sol apareció dos veces en el horizonte antes de que finalmente saliera».

Debió ser ciertamente un sol de la Aurora^[191], para quien el sol asoma, cuando hay tantos millones para quienes luce más bien abatido, o que no lo ven hasta una hora después de haber salido. Pero a nosotros, los veteranos, nos toca mantener nuestras lámparas orientadas y ardiendo hasta el final, y no confiarnos a la aparición del sol.

Aquel farero nos hizo notar que el centro de la llama debe estar exactamente del lado opuesto al centro de los reflectores y que por lo tanto, si él no tenía cuidado de bajar las mechas por la mañana, el sol que caía sobre los reflectores les prendería fuego, como un cristal caliente, en el día más frío, y al mirar él a medio día ¡los vería a todos encendidos! Cuando la lámpara está preparada para dar luz lo está aún más para recibirla, y el sol la encenderá. Su sucesor dijo que él nunca supo que ardieran en dicho caso sino que simplemente humeaban.

Comprendí que aquél era un lugar de maravillas. Con un cambio del mar o una niebla superficial, mientras estuve allí al año siguiente, con cielo despejado, el borde de la meseta, a veinte varas de distancia, me pareció un pastizal montañoso en el horizonte. Me desconcertó por completo, y comprendí entonces por qué en esos casos a veces los marinos se apresuraban a desembarcar, especialmente en la noche, suponiendo que se hallaba muy

lejos, aunque tenían la tierra a la vista. Una vez desde entonces, estando en un gran barco ostrero a dos o trescientas millas de aquí, en una noche oscura, con un delgado velo de bruma sobre la tierra y el agua, estuvimos tan cerca de dar en tierra antes de que nuestro patrón se diera cuenta, que la primera advertencia fue la de oír el sonido de las olas bajo mi codo. Podía casi haber saltado a tierra, y tuvimos que apartarnos bruscamente para evitar el choque. La remota luz hacia la que nos dirigíamos suponiéndola un faro a cinco o seis millas, se filtraba a través de las rendijas de la cucheta de un pescador que estaba a no más de seis varas de distancia^[192].

El farero nos albergó generosamente en su solitaria casita oceánica. Era un hombre de paciencia e inteligencia singulares, que cuando lo tocábamos con nuestras preguntas resonaba en respuesta con la nitidez de un timbre. Las lámparas del faro a pocos pies de distancia brillaban de lleno en mi alojamiento, en el que parecía ser de día, de modo que yo supe exactamente cómo el faro de Highland taladró toda esa noche y no corrí peligro de ser víctima de un naufragio. A diferencia de la última, ésta fue tan serena como una noche de verano. Estando allí acostado pensé, mitad despierto y mitad dormido, mirando arriba por la ventana las luces encima de mi cabeza, en cuántos ojos insomnes desde la lejanía en la corriente oceánica —marinos de todas las naciones contando sus cuentos durante las diversas guardias de la noche— estaban dirigidos hacia mi lecho.

9

El mar y el desierto

Las lámparas del faro ardían aún, aunque con un brillo plateado, cuando me levanté a ver salir al sol del océano; pues todavía se alzaba al este de nosotros: pero yo estaba convencido de que debía de haber salido de un lecho seco más allá, aunque pareciera salir del agua.

*«The sun once more touched the fields,
Mounting to heaven from the fair flowing
Deep-running Ocean».*

(El sol una vez más tocó los campos, / ascendiendo hacia el cielo desde la libre y fluida corriente profunda del Océano).

Entonces vimos incontables velas de pescadores de caballa navegando en el piélago, una flota en el norte que se ceñía al Cape, otra retirándose hacia Chatham, y el hijo de nuestro anfitrión salió para unirse a un miembro rezagado de la primera que no había abandonado aún la Bahía.

Antes de dejar el faro nos fue necesario untar concienzudamente nuestras botas con sebo^[193], ya que el caminar en la playa, por el agua salada o por la arena, las había dejado rojas y apretadas. En compensación, hago notar que la orilla del mar, aún cuando haya lodo —que no es el caso—, es singularmente

limpia; pues a pesar de las salpicaduras del agua y el lodo y de los chorros de las almejas cuando se va y se viene del bote, en los mejores pantalones negros que se lleven no quedarán manchas y suciedad, como sí ocurriría andando por el campo.

Hemos sabido que unos días después, cuando robaron en el Banco de Provincetown, unos diligentes emisarios de esa ciudad realizaron fastidiosas averiguaciones sobre nuestra presencia en el faro. De hecho, siguieron nuestro rastro por todo el Cape y llegaron a la conclusión de que nuestro itinerario por una ruta inusual y a pie por el dorso de aquél había tenido por objeto hallar el modo de huir con nuestro botín una vez cometido el robo. El Cape es tan largo y angosto, y tan desprovisto de vegetación además, que es prácticamente imposible para un forastero visitarlo sin el conocimiento de sus habitantes, a menos que naufrague frente a su costa en medio de la noche. Así que cuando ocurrió aquel robo todas las sospechas parecían haberse centrado enseguida en nosotros dos, viajeros que acababan de pasar por él. Si no hubiéramos abandonado el Cape tan pronto, es probable que nos hubieran arrestado. Los verdaderos ladrones fueron dos jóvenes de Worcester County que viajaban con una barrena, y se dice que cumplieron su tarea a conciencia. El único banco con el que nosotros nos metimos fue el gran banco de arena de Cape Cod, y únicamente le robamos una antigua moneda francesa, algunas conchas y guijarros, y los elementos para esta narración.

Nuevamente nos encaminamos a la playa a pasar otro día (13 de octubre), andando por la orilla del mar atronador, resueltos a sentirlo en nuestro interior. Deseábamos asociarnos con el océano hasta que perdiese el aspecto lacustre que tiene para un campesino. Nosotros todavía pensábamos que podíamos ver al otro lado. Su superficie estaba aún más brillante que el día anterior, y contemplábamos «las innumerables sonrisas de las olas del océano»; aunque algunas fueran abiertamente burlonas, pues el viento todavía soplaba y las olas rompían en espuma a lo largo de la playa. La playa más próxima a nosotros del otro lado, hacia el que mirábamos, exactamente al este, se hallaba en la costa de Galicia, España, cuya capital es Santiago, aunque en opinión de los poetas antiguos debía ser Atlantis^[194] o las Hespérides^[195]; pero ocurre que el cielo se encuentra ahora más al oeste. Al principio estuvimos a la altura de la zona de Portugal *entre Douro e*

Minho^[196], y después se abrieron para nosotros, mientras avanzábamos, Galicia y el puerto de Pontevedra^[197]; pero no entramos, el oleaje estaba muy alto. El audaz cabo Finisterre, un poco al norte del este, se adelantó hacia nosotros a continuación, alardeando en vano, pues retrocedimos de golpe. «He aquí Cape Cod. El Cabo del principio de la tierra»^[198]. Un pequeño entrante hacia el norte —pues la tierra surgía imponente para nuestra imaginación debido a un espejismo corriente—, supimos que era el Golfo de Vizcaya^[199], y cantamos:

«*There we lay, till next day,
In the Bay of Biscay O!*».

[¡Allí nos tumbamos, hasta el día siguiente, / en el Golfo de Vizcaya. Oh!].

Un poco al sudeste estaba Palos, donde Colón levó anclas^[200], y más lejos aún las columnas^[201] erigidas por Hércules; acerca de las cuales, cuando preguntamos a voz en cuello qué había escrito en ellas —ya que el sol de la mañana nos daba en la cara y no veíamos bien—, los habitantes gritaron *Ne plus ultra* (no más allá), pero el viento nos hizo llegar «nada más que la verdad», *plus ultra* (más allá), y desde la Bahía hacia el oeste llegó el eco, *ultra* (allá)^[202]. Hablamos con ellos a través del oleaje sobre el Lejano Oeste, la verdadera Hesperia o final del día, de la Puesta de Sol de Este Lado, donde el sol se extinguía en el Pacífico, y les aconsejamos levantar campamento y plantar aquellas columnas suyas en la costa de California, hacia donde toda nuestra gente se había ido; el único *ne plus ultra* actual. Punto en el cual parecieron abatidos en sus acantilados, pues los habíamos desinflado.

No percibimos que alguno de sus desechos fueran traídos hasta aquí por la corriente, aunque recogimos un juguete infantil, un pequeño bote desarbolado que podría haber sido perdido en Pontevedra.

El Cape se fue haciendo más y más angosto según nos aproximábamos a su muñeca, entre Truro y Provincetown, y la costa se curvaba más

resueltamente hacia el oeste. En la cabecera del arroyo East Harbor Creek el Atlántico se separa —excepto por media docena de varas^[203]— de las aguas de la marea de la Bahía. Desde los City Pounds la meseta se aplanaba durante las últimas diez millas hasta el extremo en Race Point, aunque las partes más elevadas, que son llamadas «islas» por su aspecto a distancia sobre el mar, estaban aún a setenta u ochenta pies por encima del Atlántico y permitían una buena vista de este último, así como un panorama constante de la Bahía, no habiendo árboles ni una colina que alcanzasen a interrumpirlo. También las arenas empezaban a invadir más y más el terreno, hasta que finalmente, en la parte más estrecha, se hicieron con la posesión completa, de mar a mar. Por tres o cuatro millas entre Truro y Provincetown no había habitantes de costa a costa, ni más de tres o cuatro casas en el doble de esa distancia.

Mientras caminábamos lentamente, sea por el borde del océano, donde la arena sorbía rápidamente la última ola que la mojaba, o sobre las dunas de la ribera, la flota de la caballa continuó acumulándose alrededor del Cape al norte de nosotros, a diez o quince millas de distancia, en número creciente, goleta tras goleta, hasta formar una ciudad en el agua. La aglomeración era tal que muchas parecían colisionar entre sí; ora por babor, ora por estribor. Ahora veíamos lo bien que los de Nueva Inglaterra habían seguido las sugerencias del Capitán John Smith con respecto a las pesquerías, formuladas en 1616^[204]: a qué extremo habían llevado «ese despreciable comercio del pescado», como significativamente él lo pone, y eran ahora iguales a los holandeses, cuyo ejemplo él enarbola para ser emulado por los ingleses; pese a que «en esa facultad», como él dice, «aquéllos están tan adaptados, y con sus conductos tan ciertamente familiarizados que no es probable que sean nunca igualados, contando con dos o tres mil elementos que hacen de ellos navegantes, marineros soldados y mercaderes, que nunca se cansarán de su oficio para adaptarse a cualquier otro». Pensábamos que llevaría todos esos nombres y más el describir los numerosos oficios que veíamos. Aun entonces, unos años antes de que nuestros «renombrados señores» con sus «damas sin par» pisaran Plymouth Rock, él escribió: «Groenlandia carga anualmente cerca de ochocientos barcos de vela de un tonto, flaco, esmirriado, “pobre-Juan”^[205] y bacalao salado», aunque todos sus suministros deben ser anualmente transportados desde Europa. ¿Por qué no

instalar una colonia aquí entonces y criar esos suministros en el lugar? «De las cuatro partes del mundo», dice él, «que he visto hasta ahora, no habitadas, si contara con los medios para transportar una colonia, preferiría vivir aquí que en cualquier otro lado. Y si ésta no se mantuviese, si no fuésemos por una vez capaces de adaptarnos, muramos de hambre». Entonces «pescando ante vuestras propias puertas», uno puede «cada noche dormir calladamente en la costa, con buena salud y los fuegos que quiera, o, cuando gustéis, con vuestras esposas y familia». Ya anticipa «las nuevas ciudades en Nueva Inglaterra en memoria de sus antiguas» —y quién sabe qué se puede descubrir en el «corazón y entrañas» del territorio, «viendo hasta los propios bordes», etc., etc.

Todo esto, y más, se ha cumplido, ¿y dónde está Holanta ahora? En verdad los holandeses lo han tomado. No hubo un largo intervalo entre la sugerencia de Smith y la loa de Burke^[206].

Una tras otra las goletas de la caballa suben y bajan aún en torno a la cabeza del Cape, «blanqueando toda la ruta marina», y nosotros observamos por un momento a cada una con un concentrado interés. Nos parecía un bonito deporte. Aquí en el campo son sólo unos pocos muchachos desocupados o haraganes los que salen a pescar en un día lluvioso; pero allí en la Bahía parecía que todo hombre físicamente apto y todo chico útil hubiera salido de placentera excursión en sus yates, y que todos al final desembarcaran a comer un guiso de pescado en el Cape. El boletín oficial informa formalmente cuántos de los hombres y muchachos de estas ciudades se dedican a la pesca de la ballena, el bacalao y la caballa, cuántos van a los bancos de Groenlandia o a las costas de Labrador^[207], los estrechos de Belle Isle^[208] o la Bahía de Chaleurs (que los marinos llaman Shalore)^[209]; como si fuera a calcular el número de muchachos de Concord que en verano se dedican a la pesca de la perca, el lucio, el pargo, el bagre y el limpiabotas, de la cual nadie lleva estadísticas: aunque creo que se realiza con igual beneficio moral e intelectual para el hombre (o el muchacho), y ciertamente con menos peligro para el físico.

Uno de mis compañeros de juegos, que era aprendiz de un impresor, y una especie de bromista, le preguntó una tarde a su maestro si podía salir de pesca, y éste accedió. Estuvo ausente tres meses. Cuando volvió, dijo que

había estado en los Grandes Bancos^[210], y se puso a componer tipos nuevamente, como si sólo hubiera pasado una tarde.

Confieso que me sorprendió comprobar que tantos hombres pasaran el día entero, ay, casi la vida entera, pescando. Es notable en qué asunto serio convierten los hombres conseguir el sustento, y qué universalmente el desplazamiento y un gusto por la sumisión se refugian en una laboriosidad meramente semejante a la de las hormigas. Mejor quedarse sin comida, pienso, que estar así perennemente pescando por ella como un cormorán. Desde luego, visto desde la costa, nuestras luchas por lo mismo en el campo no parecen ni un poquito menos triviales.

Yo mismo navegué una vez tres millas en un crucero de pesca de la caballa. Fue al atardecer de un domingo, tras un día muy caluroso durante el cual se habían producido frecuentes lloviznas con truenos, y yo había caminado por la costa desde Cohasset hasta Duxbury. Quería cruzar desde este último lugar a la isla de Clark, pero ningún bote podía moverse, dijeron, con la marea a esa altura, al hallarse atascados en el lodo. Al final me enteré de que el tabernero, Winsor, iba a salir con siete hombres a pescar caballa y me llevaría. Tras el lógico retraso, uno tras otro avanzamos hacia la orilla sin aparente prisa, como si aún aguardásemos la marea, y con botas de caucho o con los zapatos en la mano, caminamos hacia los botes, llevando cada miembro de la tripulación una brazada de leña, y uno de ellos, además, un cubo de patatas nuevas. Después resolvieron que cada cual llevase una brazada más de leña, con lo que habría bastante. Ya tenían un barril de agua, y había más en la goleta. Empujamos los botes una docena de varas^[211] por el cieno y el agua hasta que flotaron, tras lo cual remamos media milla hasta la embarcación y trepamos a bordo, y allí estuvimos, en una goleta de pesca de la caballa, una magnífica y robusta nave de cuarenta y tres toneladas, cuyo nombre he olvidado. La carnada no estaba seca en los anzuelos. Allí estaba la trituradora en la que machacaban la caballa, la artesa donde contenerla y el cazo de mango largo con el que verterla por encima de la borda; y ya veíamos en la ensenada la superficie del agua rizada por los cardúmenes de caballa pequeña, la verdadera *scomber vernalis*. Con viento favorable aunque muy ligero, la tripulación procedió pausadamente a levar anclas y a desplegar las dos velas; y con el sol, que después del estruendoso aguacero alumbraba

diáfananamente la nave, pensé que no podía haber iniciado el viaje bajo auspicios más favorables. Contaban con cuatro chalanas y habitualmente pescaban en ellas, o si no, lo hacían a estribor en la popa, donde los sedales colgaban ya dispuestos, dos por cada hombre. El botalón giró en redondo un par de veces, y Winsor arrojó por la borda el maloliente jugo de caballa mezclado con el agua de lluvia que quedaba en la artesa, y después nos agrupamos en torno al timonel a contar cuentos. Recuerdo que la brújula resultaba afectada por el hierro en su vecindad y variaba unos grados. Entre nosotros había alguien recién llegado de California, que iba como pasajero con fines de salud y diversión. Se esperaba permanecer fuera alrededor de una semana, empezar a pescar a la mañana siguiente y llevar el pescado fresco a Boston. Me desembarcaron en la isla, donde lo hicieron los Peregrinos^[212], pues mis compañeros querían conseguir leche para el viaje. Pero yo ya había visto cuanto había por ver. El resto era sólo ir al mar y capturar la caballa. Además, daba igual que no me quedara con ellos, considerando la reducida cantidad de suministros que habían llevado.

Ahora había visto la flota de la caballa en su propio «terreno», aunque al principio no fui consciente de ello. Mi experiencia, pues, estaba realizada.

Hoy ha estado incluso más frío y ventoso que ayer, y con frecuencia nos ha alegrado refugiarnos detrás de una duna. Ninguno de los elementos ha estado en reposo. En la playa hay una actividad incesante, siempre está pasando algo, con tiempo tormentoso o en calma, invierno y verano, noche y día. Hasta el hombre sedentario disfruta aquí de una amplitud de panorama que es casi equivalente al movimiento. Con tiempo diáfano, el más perezoso puede ver de un vistazo, a través de la Bahía, hasta Plymouth, o simplemente, alzando los párpados, sobre el Atlántico hasta donde alcanza la visión humana. O si es demasiado haragán para mirar, difícilmente puede dejar de oír el incesante golpeteo y rugido de las grandes olas. El agitado océano puede en cualquier momento arrojar a nuestros pies una ballena o una nave que ha naufragado. Todos los reporteros del mundo, los taquígrafos más rápidos, no podrían hacer llegar las noticias que él proporciona. No hay criatura capaz de moverse lentamente allí donde existe tanta vida a su alrededor. Los escasos *wreckers* iban o venían, así como las embarcaciones, los andarríos y las chillonas gaviotas sobre nuestras cabezas; nada

permanecía quieto, excepto la costa. Las pequeñas aves marinas pasaban de aquí para allí al borde del agua, o se detenían por un instante a engullir su alimento, al compás de los elementos. Me pregunto cómo han llegado a acostumbrarse al mar para aventurarse a estar tan cerca de él. ¡Qué habitantes tan diminutos ha producido la región! Aparte del zorro. ¿Y qué podría hacer un zorro, mirando el océano desde aquella elevación? ¿Qué es el mar para un zorro? A veces nos cruzamos con un *wrecker* con su carretilla y su perro, y el débil ladrido del animal ante nosotros, viajeros, oído a través del bramido de las olas, suena ridículamente tenue. ¡Hay que ver a un cuzco de patas temblonas parado al borde del océano, ladrándole inútilmente a un ave marina en medio del rugido del Atlántico! Llegado tal vez en plan de ladrarle a una ballena... Ese sonido podrá servir en una granja. Aquí todos los perros parecen fuera de lugar, desnudos y como tiritando ante la vastedad, y pensé que no estarían si no fuera por decisión de sus amos. Menos aún cabría pensar en un gato dirigiendo sus pasos en esta dirección y dándole la pata temblorosa al Atlántico; pero hasta eso ocurre a veces, según me dicen. En verano he visto los tiernos pichones del aflautado chorlito, como pollos recién salidos del cascarón, meras pizcas de amanecer en dos patas, corriendo en tropel, piando débilmente al borde de las olas. Solía ver jaurías de perros semisalvajes rondando la solitaria playa en la costa sur de Staten Island, en la bahía de Nueva York, atraídos por la carroña arrojada allí; y recuerdo que una vez, habiendo oído durante un buen rato unos furiosos ladridos en la alta hierba de la marisma, una jauría de media docena de grandes perros irrumpió hacia la playa persiguiendo a uno pequeño que corrió directamente hacia mí en busca de protección, y que se la di con unas piedras, aún con cierto riesgo; pero al día siguiente el pequeño perro fue el primero en ladrarme. En esas circunstancias no pude evitar recordar las palabras del poeta:

*«Blow blow, thou winter wind
Thou are not so unkind
As his ingratitude;
Thy tooth is no so keen,
Because thou are not seen,
Although thy breath be rude.*

*Freeze, freeze, thou bitter sky,
Thou does not bite so nigh
As benefits forgot;
Though thou the waters warp,
Thy sting is not so sharp
As friend remembered not».*^[213]

(«Sopla, sopla tú, viento invernal / No eres tan cruel / como la ingratitude de él; / Tu diente no es tan afilado / Porque no se te ve / Aunque tu aliento sea descortés. // “Hiela, hiela tú, cielo amargo”, / No muerdes tan próximo / Como los bienes olvidados; / Aunque las aguas combes / Tu pinchazo no es tan agudo / Como los amigos no recordados»).

Alguna vez, al aproximarme al cadáver de un caballo o un buey que yacía allí en la playa, donde no había ser viviente a la vista, un perro emergió inesperadamente de aquél y se escabulló con la boca llena de achuras.

La orilla del mar es una especie de terreno neutral, un punto de lo más ventajoso desde el cual contemplar este mundo. Es incluso un lugar común y corriente. Las olas que ruedan eternamente hacia la tierra son harto viajeras e indomables para resultar familiares. Caminando lentamente en medio del sol quemante y la espuma por la playa interminable, se nos ocurrió que también nosotros somos producto del limo marino.

Es un lugar salvaje, pestilente, donde no hay nada que encomiar. Sembrado de cangrejos, herraduras, almejas-navaja y cualquier cosa que el mar arroje allí. Una vasta morgue, donde perros hambrientos pueden deambular en manadas y los cuervos llegan diariamente a recoger la miseria que les deja la marea. Los cuerpos de bestias y hombres yacen juntos e imponentes sobre la plataforma, pudriéndose y decolorándose con el sol y las olas, y cada marea los voltea en sus respectivos lechos, e introduce nueva arena bajo ellos. Es la Naturaleza al desnudo: inhumanamente sincera, que no presta atención al hombre, que mordisquea la costa acantilada en la que las gaviotas revolotean en la neblina producida por el choque de las olas.

Vimos esta mañana algo que, en la distancia, parecía un tronco decolorado al que todavía le quedaba una rama. Resultó ser uno de los huesos principales de una ballena, cuyo esqueleto, despojado de materia grasa en el mar y a merced de la deriva, había sido traído por la corriente varios meses antes. Sucedió que aquélla fue la prueba más concluyente que encontramos como demostración —algo que los cronistas de la antigüedad en Copenhague afirman— de que estas costas fueron la *Furdustrandas* que Thorhall, el compañero de Thorfinn durante su expedición a Vinland en 1007, dejó atrás con repugnancia. Parece que después de abandonar el Cape y de explorar los alrededores de *Straum-Fiordr* (*¡Bizzard's Bay!*), Thorhall, que estaba decepcionado por no haber encontrado vino para beber allí, decidió navegar nuevamente hacia el norte en busca de Vinland. Aunque los cronistas nos han dado el islandés original, prefiero citar su traducción, puesto que es —hasta donde yo sé— la única en latín que se haya dedicado a Cape Cod.

*«Cum parati erant, sublato
velo cecinit Thorhallus:
Eò redeamus, ubi conterranei
sunt nostri! Faciamus aliter,
expansi arenosi peritum,
lata navis explorare curricula:
dum procellam incitantes gladii
moræ impatientes, qui terram
collaudant, Furdustrandas
inhabitant et coquunt balænas».*

En otras palabras: «Cuando estuvieron preparados y su vela izada, Thorhall cantó: Retornemos hacia donde están nuestros compatriotas. Hagamos que un ave sea capaz de volar por el cielo de arena, de explorar la ancha ruta de las naves; mientras, los guerreros que impelen hacia la tempestad de espadas, que elogian la tierra, habitan *Wonder-Strands*^[214], y cocinan ballenas». Y fue así que navegaron hacia el norte más allá de Cape Cod, como dicen los cronistas, «y naufragaron en Irlanda».

Aunque una vez hubo más ballenas arrojadas a esta costa, creo que el mar nunca fue más tempestuoso que ahora. No asociamos la idea de antigüedad con el océano, ni nos preguntamos qué aspecto tenía hace mil años —cosa que sí hacemos con respecto a la tierra—, porque siempre fue proceloso e insondable. Los indios no han dejado vestigios en su superficie, pues es lo mismo para el hombre civilizado y el salvaje. Sólo ha cambiado el aspecto de la costa. El océano es un desierto extendido sobre el globo entero, más incivilizado que una selva bengalí y más lleno de monstruos, que baña los muelles mismos de nuestras ciudades y los jardines de nuestras residencias costeras. Las serpientes, los osos, las hienas, los tigres se extinguen con rapidez ante el avance de la civilización, pero ni la ciudad más populosa y civilizada puede espantar a un tiburón lejos de sus muelles. No está a ese respecto más adelantada que Singapur con sus tigres. Los periódicos de Boston nunca me han dicho que hubiera focas en el puerto. Yo siempre las había relacionado con los *esquimaux*^[215] y otras gentes extravagantes. Pero desde las ventanas del salón de las casas a lo largo de la costa pueden verse familias de ellas retozando en los bancos de arena. Me fueron tan extrañas como podría serlo para mí un tritón. Unas damas que jamás caminan por el bosque, navegan por la mar. ¡Salir al mar! Eso es tener la experiencia de Noé..., hacer realidad el Diluvio. Toda embarcación es un arca.

Caminando por la playa no vimos cerca alguna, ni valladas de largueros de abedul, las más altas de todas, adentradas en el mar para impedir que las vacas se metiesen en el mismo: nada que nos recordase que el hombre era propietario de la costa. No obstante, un vecino de Truro nos dijo que, efectivamente, los propietarios de los terrenos del lado oriental de dicha ciudad eran considerados dueños de la playa, para que ejercieran control sobre ella en cuanto a defenderse contra las invasiones de arena y barrón, pues incluso este último es a veces considerado un enemigo; pero el hombre dijo que ése no era el caso del lado de la Bahía. También he visto en zonas protegidas de la Bahía unas cercas provisionales tendidas hasta las marcas de la marea baja, con los postes colocados en soportes o durmientes atravesados.

Tras haber caminado nosotros muchas horas, la flota de la caballa se cernía aún al norte sobre el horizonte, prácticamente en la misma dirección pero más alejadas, con el casco invisible. Aunque llevaban las velas izadas,

los barcos nunca navegaban lejos ni habían echado anclas aún, sino que daban bordadas manteniéndose tan próximos como las naves en un puerto, y nosotros, en nuestra ignorancia, creímos que estaban afrontando pacientemente vientos adversos, proa al Este; pero después supimos que aun entonces se hallaban en su zona de pesca y que capturaban la caballa sin arriar la vela mayor ni echar anclas, considerando «sumamente favorable» con ese propósito «una brisa viva» (llamada por eso brisa de caballa). Contamos unas doscientas velas comprendidas en un pequeño arco del horizonte, y casi un número igual había desaparecido hacia el sur. Así rondaban en torno al extremo del Cape, como las palomillas alrededor de una vela; para ellas los faros de Race Point y de Long Point eran unas brillantes bujías en la noche, y a aquella distancia lucían entre amarillo y blanco, como si todavía no se hubieran internado volando en la luz, si bien después, más cerca, vimos cómo algunas habían quemado con anterioridad sus alas y su cuerpo.

De esta forma, una aldea de la cual todos los hombres hábiles están arando juntos el océano, parece un campo comunal. En el norte de Truro, las mujeres y las niñas pueden sentarse a la puerta de sus casas y ver dónde sus maridos y sus hermanos están en el mar cosechando su caballa, a quince o veinte millas de distancia, con cientos de blancas carretas, igual que en el campo las esposas de los granjeros ven a veces a sus maridos trabajando en una ladera distante. Pero al oído de un pescador no llega el sonido de ninguna campana llamando a comer.

Habiendo dejado atrás la parte más angosta de la cintura del Cape, pero aún en Truro, pues este distrito tiene alrededor de doce millas de largo sobre la costa, cruzamos hacia el lado de la Bahía, distante menos de una milla, con objeto de pasar el mediodía en la colina de arena cubierta de vegetación más cercana a Provincetown, llamada Monte Ararat, que se eleva hasta cien pies de altura sobre el océano. En el camino tuvimos ocasión de admirar las diversas formas y colores de la arena, y observamos un interesante espejismo, que luego he visto que Hitchcock también percibió en las arenas del Cape. Íbamos atravesando un estrecho valle en el desierto, donde la arena suave y limpiísima ascendía formando un pequeño ángulo con el horizonte por todos los lados, y en la parte más baja había un extensa cadena de lagunas de agua

clara aunque poco profunda. Al aproximarnos a las mismas a beber, cruzando el valle en diagonal, nos parecieron inclinadas formando un ligero pero definido ángulo con el horizonte, pese a que estaban claramente comunicadas entre sí y a que no había ni una onda que sugiriese una corriente; de manera que para cuando llegamos a una parte adecuada de una de ellas creímos haber ascendido varios pies. Parecían mentir de un modo mágico al costado del valle, como un espejo colocado en posición inclinada. Fue un espejismo muy bonito para un desierto de Provincetown, aunque sin adquirir lo que en sánscrito se llama «la sed de la gacela», ya que aquí había una base de agua real, y al final pudimos saciar nuestra sed.

El profesor Rafn, de Copenhague^[216], piensa que el espejismo que yo percibí —el cual un antiguo habitante de Provincetown, a quien se lo mencioné, nunca había visto, y del que jamás había oído hablar— tenía algo que ver con el nombre *Furdustrandas*, o sea *Wonder-Strands*, dado a Vinland —como he dicho antes— en el antiguo relato de la expedición de Thorfin, en el año 1007, a la zona de la costa en la cual desembarcó. Pero estas arenas son más notables por su extensión que por el espejismo, que es común a todos los desiertos, y la razón del nombre que les dieron los escandinavos —«porque llevó mucho tiempo navegar junto a ellas»— es suficiente y más aplicable a aquellas costas. No obstante, si navegando junto a la costa se cubre enteramente el tramo comprendido entre Groenlandia y Buzzard's Bay, se divisan numerosas playas arenosas. Pero sea que Thorfinn viera o no aquí el espejismo, Thoreau, uno de la misma familia, sí lo hizo; y quizá fuera porque *Lief the Lucky*^[217], en un viaje previo, había sacado a Thorer y los suyos de la roca en medio del mar, que Thoreau nació para verlo.

No fue ése el único espejismo que vi en el Cape. Esa mitad de la playa próxima a la orilla es en general llana, o casi, mientras que las demás se inclinan hacia el agua. Caminando por la ribera en Wellfleet a la caída de la tarde, me pareció que la mitad interior de la playa formaba una pendiente ascendente hacia el agua para encontrarse con la otra, formando una cadena de diez o doce pies de altura a lo largo de toda la costa, pero siempre más alta del lado opuesto a aquél en el que yo me encontrase; y no me convencí de lo contrario hasta que descendí de donde me hallaba, por más que el perfil de sombra dejado por las olas de una marea anterior, aunque a medio camino del

aparente declive, me sacó del error. Un forastero puede detectar fácilmente lo que resulta extraño al más antiguo de los habitantes, porque lo extraño es su provincia. El viejo pescador de ostras, hablando de dispararle a las gaviotas, había dicho que hay que apuntar bajo cuando se dispara desde la ribera.

Un vecino me dice que en un mes de agosto, mirando desde Naushon a través de un cristal unos barcos que navegaban en las cercanías de Martha's Vineyard, el agua de alrededor parecía perfectamente en calma, de modo que se reflejaban en ella, y sin embargo sus velas hinchadas demostraban que debían producir ondas, y quienes estaban con él creyeron que se trataba de un espejismo, es decir, el reflejo de una calma.

Desde la duna que he mencionado antes dominábamos Provincetown y su ensenada, ahora vacía de embarcaciones, y también una vasta extensión del océano. Como, aunque el tiempo era frío y ventoso, no queríamos entrar en Provincetown antes de la noche, retornados cruzando los Desiertos al lado del Atlántico, y caminamos de nuevo por la playa hacia Race Point, todavía ansiosos de la influencia marina. No fue todo el rato tan tranquilo como el lector puede suponer, sino que fue soplar, soplar, soplar... rugir, rugir, rugir... andar, andar, andar, sin pausa. La dirección general de la costa era ahora aproximadamente este y oeste.

Antes de la puesta de sol, habiendo ya visto la flota de la caballa que retornaba a la Bahía, nos alejamos de la costa al norte de Provincetown y nos encaminamos por el Desierto al extremo oriental de la ciudad. Desde la primera duna alta, cubierta hasta el tope de barrón y arbustos, al borde del desierto, contemplamos la región de colinas y ciénagas pobladas de matas que rodea a Provincetown por el norte y la protege, en cierta medida, de la arena invasora. A pesar de la universal improductividad y de la vecindad del desierto, nunca vi un paisaje otoñal pintado tan hermosamente como éste.

Era como la más preciosa alfombra imaginable extendida sobre una superficie desigual; ningún mantel de Damasco, ni tinte o paño de Tiro, ni la obra de ningún telar, podrían jamás igualarlo. Allí estaban el rojo increíblemente brillante del arándano y el pardo rojizo de la malagueta, mezclados con el verde vivo y luminoso de los arbolillos de pino tea, y también el verde opaco de la malagueta, la gaulteria y el ciruelo, el verde amarillento del arbusto del roble, y los diversos tintes dorados, amarillos y

ocres del abedul, el arce y el álamo temblón, cada cual componiendo su propia figura, y, en medio, los pocos deslizamientos de arena en las laderas de las colinas lucían como el blanco suelo visto por los rasgones en la alfombra.

Viniendo, como yo, de la campiña, y habiendo visto muchos bosques otoñales, aquél fue tal vez el paisaje más novedoso y notable que haya visto en el Cape. Es probable que la brillantez de los colores fuera realzada por el contraste con la arena que rodeaba aquella ruta. Formaba parte del decorado de Cape Cod. Durante días habíamos caminado primero por la extensa e inhóspita *piazza* que corre a lo largo de su margen atlántico, después por el suelo arenoso de sus vestíbulos, y ahora estábamos siendo introducidos en su tocador. El centenar de blancas velas agrupadas en torno a Long Point y entrando en la rada de Provincetown, vistas desde las pintadas colinas al frente, parecían barcos de juguete sobre el estante de una chimenea.

La peculiaridad de este paisaje otoñal provenía de la poca altura y el espesor de los matorrales, no menos que de la viveza de los colores. Era como una gruesa tela de estambre o afelpada, y daba la impresión de que un gigante pudiera cogerla por el dobléz o, más precisamente, por el fleco con borlas que iba dejando su marca en la arena, y sacudirla, aunque no le hiciera falta. Pero sin duda en tal caso el polvo volaría, porque no era poco el que se había acumulado debajo. ¿No ha sido un paisaje otoñal como este el que ha sugerido el diseño de nuestras coloridas mantas y alfombras? En adelante, cuando vea una manta más rica de lo habitual y estudie su dibujo, pensaré, ahí están los montículos de arándanos, y allí las marismas más densas de malageta y gaulterio: aquí los macizos de arbustos de roble y los arrayanes, acá los arces, y los abedules y los pinos. ¿Qué otros tintes se pueden comparar con éstos? Eran los colores más cálidos que hubiera relacionado con la costa de Nueva Inglaterra.

Tras abrirnos paso por una marisma llena de gaulteria y de trepar varias colinas cubiertas de arbustos de roble, sin un sendero, donde los náufragos correrían peligro de perecer en la noche, descendimos al extremo oriental de los cuatro tablones que corren a lo largo de toda la calle Provincetown. La última población del Cape se extiende principalmente por una calle paralela a la curva de la playa que da al sureste. Las dunas, cubiertas de matorrales, y

con marismas y lagunas interpuestas, se alzaban inmediatamente detrás en forma de una medialuna de entre media y una milla o más de anchura en el medio, y más allá está el desierto, que constituye la mayor parte del territorio y se extiende hacia el mar por el Este, el Oeste y el Norte. El lugar está construido de forma compacta en el angosto espacio de entre diez y cincuenta varas de profundidad^[218] que va del puerto a las dunas y, en ese momento, albergaba una población de alrededor de veintiséis mil personas. Las casas, en las cuales ha acabado prevaleciendo un estilo más moderno y pretencioso que el de la choza de pescadores, se hallan del lado interior o de los tablones de la calle, y las tiendas de pescado y de suministros, con los molinos de aspecto pintoresco de las refinerías de sal^[219], del lado del agua. El reducido espacio de playa intermedio que forma la calle, de unos dieciocho pies de anchura —el único donde un carruaje podría adelantar a otro, si hubiera allí más de uno—, parecía mucho más «pesado» que cualquier porción de la playa o del desierto por donde hubiésemos caminado, fuera del alcance de la marea más alta, y con la arena floja debido al ocasional pasaje de un viajero. Supimos que los cuatro tablones sobre los que caminábamos los habían comprado con la parte correspondiente a la ciudad del superávit fiscal^[220], cuya disponibilidad fue manzana de la discordia entre los habitantes hasta que juiciosamente decidieron emplearla así bajo los pies. Pero se dice que algunos se irritaron de tal modo por no haber recibido su parte individual en dinero, que persistieron en caminar por la arena mucho tiempo después de que la acera fuese construida. Es la única instancia que conozco en la que el superávit fiscal haya resultado beneficioso para una población. Un superávit fiscal de dólares provenientes de la tesorería para poner freno al mal mayor de un superávit de arena proveniente del océano. Esperaban construir un pavimento firme antes de que los tablones se volvieran inservibles. En rigor, lo han hecho ya desde nuestro arribo, y casi han olvidado su bautismo arenoso.

Mientras pasábamos observamos a los habitantes dedicados a curar el pescado o la común hierba de la sal traída a casa y extendida en la playa delante de la puerta, tan amarilla como si la hubieran arrancado del mar con un rastrillo. Los terrenos del frente de las casas parecían lo que en realidad eran, porciones cercadas de la playa con barrón creciendo allí, como si de vez

en cuando fueran cubiertos por la marea. Todavía se podrían recoger en ellos conchas y guijarros. Entre las casas había algunos árboles, especialmente álamos plateados, sauces y bálsamo de Judea; y un hombre me mostró un roble joven que había trasplantado desde el otro lado de la población creyendo que era un manzano. Pero cada cual a lo suyo. Si bien entendía poco de silvicultura, el hombre sí sabía del tiempo, y nos dio una información, a saber, que había observado que cuando coincidía la pleamar con una nube de tormenta, no llovía. Provincetown fue el núcleo poblado más completamente marítimo en el que hubiéramos estado nunca. Era simplemente una buena rada rodeada de tierra seca, si no firme: una playa habitada, en la que los pescadores curaban y almacenaban su pescado, sin nada de campo. Estando en tierra los habitantes todavía caminaban sobre tablones. Algunos predios pequeños, por lo común de media docena de varas cuadradas cada uno, habían sido rescatados de las marismas. Vimos uno que estaba cercado con cuatro trozos de riel; también una cerca hecha toda de duelas de tonel^[221] clavadas en el suelo. Ésos, y otros como ellos, eran toda la tierra cultivable y cultivada en Provincetown. Nos dijeron que había treinta o cuarenta acres en total, pero nosotros no descubrimos ni la cuarta parte, y ésta muy espolvoreada de arena, y con aspecto de estar siendo reclamada por el desierto. Actualmente están convirtiendo algunas de las marismas en prados de arándanos, a una escala bastante extensa.

La flota de la caballa había entrado casi toda ante nosotros el sábado por la noche, exceptuando la parte que se había retirado hacia Chatham por la mañana; y desde una colina donde habíamos ido a ver ponerse el sol en la Bahía, contamos doscientas goletas de buen aspecto ancladas en la ensenada a diversas distancias de la costa, y otras más rodeando el cabo. Cuando iba a echar anclas, cada una recogía velas, mecida por el viento, y bajaba el bote. Eran principalmente de Wellfleet, Truro y Cape Ann. Constituían aquella ciudad de velámenes desplegados que habíamos visto con el casco por debajo del horizonte. De cerca, y bajo los mástiles desnudos, resultaban embarcaciones de aspecto inesperadamente oscuro, Un pescador nos dijo que había quinientas embarcaciones en la flota de la caballa, y que él había contado trescientas cincuenta a un mismo tiempo en la rada de Provincetown. Estando obligadas a anclar a considerable distancia de la costa debido a la

escasa profundidad del agua, daban la impresión de una flota más grande que las naves atracadas a los muelles de una ciudad mayor. Así como aparentemente habían estado maniobrando allí fuera todo el día para nuestro entretenimiento mientras caminábamos hacia el noroeste a la vera del Atlántico, ahora las encontrábamos congregándose de noche en la ensenada de Provincetown precisamente a nuestra llegada, como para reunirse con nosotros y exhibirse de cerca. Viéndolas estacionarse a distintas velocidades junto a Race Point y Long Point, me recordaron a gallinas que acudieran al gallinero a instalarse en sus perchas.

Aquellas eran genuinamente embarcaciones de Nueva Inglaterra. Consta en el Diario de Moses Prince, hermano del analista, con fecha de 1721^[222], época en la que visitó Gloucester, que el primer barco de la clase llamada goleta fue construido en Gloucester alrededor de ocho años antes por Andrew Robinson; y más tarde en el mismo siglo, un tal Cotton Tufts^[223] nos presenta la tradición con algunos detalles que recogió en una visita al mismo lugar. Según ella, con ocasión de la botadura de una embarcación que Robinson había construido con los mástiles y aparejos colocados de forma peculiar, alguien presente exclamó, «*O, how she scoons!*», a lo que Robinson replicó, «*A schooner let her be!*»^[224] «Desde entonces», dice Tuft, «las embarcaciones con mástiles y aparejos colocados de esa forma reciben el nombre de *schooners* [goletas]; con anterioridad, los barcos que responden a esa descripción no eran conocidos en Europa». Yo difícilmente creo esto, pues la goleta me ha parecido siempre el navío típico^[225].

Según C. E. Potter, de Manchester, New Hampshire, la palabra *schooner* [goleta] es originaria de Nueva Inglaterra, proveniente de la voz india *schoon* o *scoot*, que significa «a todo correr» o «a toda prisa», como *schoodic*, de *scoot* y *anke*, lugar donde el agua corre deprisa. El Boston Journal del 3 de marzo de 1859 anunciaba que N. B. Somebody, de Gloucester, leería en Boston una ponencia sobre este asunto ante una sociedad genealógica.

Prácticamente todo aquél que sale ha de caminar por los cuatro tablones que he mencionado, de modo que estando fuera el día entero uno puede estar bastante seguro de encontrarse con todos los habitantes de Provincetown que hayan salido en el curso del día. Esta tarde los tablones estaban repletos de pescadores de caballa, a quienes fastidiamos y por quienes fuimos fastidiados

cuando retornábamos al hotel. El hotel estaba a cargo de un sastre que tenía su negocio a un lado de la puerta y el hotel al otro, y su jornada parecía estar dividida entre cortar carne y cortar paño.

A la mañana siguiente, pese a que el tiempo era más frío y borrascoso que el día anterior, salimos nuevamente para los Desiertos, pues pasábamos los días enteramente al aire libre, bajo el sol si lo había, y con el viento, que nunca fallaba. Después de abrirnos paso por las colinas cubiertas de matorral en el extremo sudoeste de la ciudad, al oeste del *Shank-Painter Swamp*, cuyo expresivo nombre —pues al principio lo interpretamos como lo haría naturalmente un lugareño— le confirió importancia ante nuestros ojos, atravesamos las arenas hacia la costa situada al sur de Race Point y distante tres millas, y de allí anduvimos hacia el Este por el desierto hasta donde nos habíamos alejado del mar al atardecer el día anterior. Después marchamos cinco o seis millas en línea curva, y podríamos haberlo hecho durante nueve o diez por vastos espacios de pura arena desde cuyo centro no se veía ni una partícula de vegetación, exceptuando los distantes campos de barrón, escasamente tupidos, que coronaban y formaban las crestas de los montículos hacia las cuales la arena ascendía en pendiente a cada lado; afrontando permanentemente un viento cortante y frío como de enero: en verdad, después no experimentamos, durante casi dos meses, un tiempo tan frío como ése. Este desierto se extiende desde el extremo del Cape hasta Truro a través de Provincetown, y más de una vez en la travesía, a pesar del frío, recordamos el relato de Riley^[226] sobre su cautiverio en las arenas de Arabia. Nuestros ojos magnificaban las manchas de barrón convirtiéndolas en trigales en el horizonte, y probablemente exageraban la altura de las crestas, debido al fenómeno del espejismo. Me causó placer enterarme más adelante, en *Kalm's Travels in North America*^[227], de que los habitantes del Bajo San Lorenzo llaman a esa hierba (*calamagrostis arenaria*) y también a la hierba azul del lyme (*Elymus arenarius*), «seigle de mer»^[228]; y añade, «Me han asegurado que esta planta crece abundantemente en Terranova y en otras costas norteamericanas; los lugares cubiertos de la misma parecen, a distancia, maizales, lo que podría explicar el pasaje de nuestras descripciones [Kalm escribió en 1749] de la excelente tierra viñatera, que menciona que habían encontrado campos enteros de trigo que crecía de forma silvestre».

El barrón tiene «de dos a cuatro pies de alto, de color verdemar», y se dice que está ampliamente diseminado por el mundo. En las Hébridas utilizan la planta para esteras, albardas, sacas, sombreros, etc.; en Dorchester, en este Estado, han fabricado papel con él, y el ganado lo come cuando está tierno. Sus flores se parecen al centeno^[229], de entre seis pulgadas a un pie de largo, y se propaga tanto por raíces como por semillas. Para expresar su amor por la arena, algunos botánicos lo han llamado *psamma arenaria*, arena, en griego. Como es sacudido por el viento mientras las raíces lo sujetan, el barrón describe millares de círculos en la arena, con la misma precisión que un compás.

El panorama era el más deprimente que se pueda imaginar. Los únicos animales que vimos esa vez en la playa fueron arañas, que se encuentran prácticamente en todas partes, sea sobre la nieve, el agua helada o la arena, y un gusano largo y fino de aspecto ponzoñoso, uno de los miriápodos o de mil patas. Nos sorprendió ver agujeros de araña en aquella arena flotante, con el borde tan firme como el de un muro de piedra.

En junio esta arena se llenaba de huellas de tortugas grandes y pequeñas que habían salido por la noche, y que iban y venían de las marismas. Un *terræ fillus* que tiene una «granja» al borde del desierto y conoce la fama de Provincetown me dijo que alguien había capturado allí la pasada primavera veinticinco tortugas morderas^[230]. Su particular método consistía en ensartar un sapo en un anzuelo para caballa y arrojarlo a una laguna, con el sedal atado a un tocón o una estaca en la orilla. Invariablemente, al morder el anzuelo, la tortuga se desplazaba lentamente siguiendo el sedal hasta el tocón, y allí la encontraba esperando su captor, no importa cuánto tiempo después. Dijo también que allí se encontraban visones, desmanes, zorros, mapaches y ratones silvestres, pero no ardillas. Nos enteramos del hallazgo de tortugas marinas grandes como toneles en la playa y en la marisma de East Harbor, pero no supimos si eran autóctonas o perdidas por algún barco. Tal vez fueran el galápagos de agua salada, o la tortuga verde que se encuentran tan lejos al Norte. Se encontraron numerosos sapos en lugares donde no había nada más que arena y barrón. En Truro me había sorprendido la cantidad de grandes sapos de color claro —en armonía con el color de la arena— que brincaban por todas partes por los terrenos secos y arenosos. En estas playas

de pura arena son también comunes las serpientes, y nunca me han molestado más los mosquitos que en esos lugares. En la misma estación crecen allí profusamente las fresas, en las pequeñas depresiones al borde del desierto y en medio de las plantas de barrón, y el fruto del cormiera o *amelanchier* es muy abundante en las colinas. Conocí a un hombre muy servicial que me condujo al mejor lugar para las fresas. Me dijo que no me lo habría mostrado si no hubiera visto que yo era forastero y no podría anticiparme a él al año próximo; yo por lo tanto me siento obligado a no revelarlo. Al llegar a una laguna, siendo él el natural de allí, me hizo los honores llevándome a hombros, como Simbad^[231]. Favor con favor se paga, y si alguna vez se da la ocasión, yo haré lo mismo por él.

Vimos en un sitio las copas secas de numerosos árboles que sobresalían del por lo demás ininterrumpido desierto, donde, como supimos después, treinta o cuarenta años antes había habido una floreciente arboleda y ahora, a medida que los árboles iban quedando desnudos un año tras otro, los habitantes les cortaban las copas para usar la leña como combustible.

Ese día no vimos a nadie fuera del centro poblado; el tiempo era demasiado invernal para que quien hubiera visto antes la parte posterior —o para el número mayor de quienes jamás experimentan el deseo de verla— se aventurase a salir; y apenas vimos huellas que demostrasen que alguien hubiera atravesado alguna vez este desierto. Sin embargo, me han dicho que algunos están siempre fuera, noche y día, de aquel lado, a la expectativa de un naufragio, con el fin de poder asumir la tarea de descargar el cargamento, o algo por el estilo, y de ese modo se auxilia a los náufragos. Pero en general, los habitantes raramente visitan estas arenas. Alguien que había vivido treinta años en Provincetown me dijo que en todo ese tiempo nunca había estado por el lado norte. A veces los propios naturales de la región han corrido allí el peligro de perder el rumbo en una tormenta de nieve.

El viento no era un siroco o un simun^[232], tales como los que asociamos con el desierto, sino un nordeste de Nueva Inglaterra, y en vano buscamos refugio al pie de una duna, pues soplaba en torno a ellas, las redondeaba en forma de cono, y se aseguraba de dar con nosotros cualquiera que fuese el costado donde nos sentásemos. De vez en cuando nos tendíamos en el suelo a beber en unos pequeños charcos en la arena llenos de un agua pura y dulce,

único vestigio, probablemente, de una laguna o una marisma. El aire estaba lleno de un polvo como de nieve y de una arena cortante que provocaba un hormigueo en el cutis, con lo cual comprendimos lo que debía ser afrontarlo con un tiempo más seco y, si eso es posible, aún más invernal —enfrentar en el aire a una migrante barra de arena que ha liado el petate y está de viaje—, ser flagelado con un látigo, no de siete, sino de un millar de suelas, cada una con una agujón en la punta. Cierta señor Whitman, un expastor de Wellfleet, solía escribir a sus amigos del interior, que la arena voladora le rayaba las ventanas hasta tal punto que, para poder ver fuera se veía obligado a reemplazar un vidrio semanalmente.

Al borde del monte de matorrales la arena tenía el aspecto de una inundación que estuviera anegándolo y hubiera sepultado parcialmente los árboles del lado exterior; y terminaba en un abrupto talud de muchos más pies de altura que la de la superficie en la cual se encontraban. Los montículos de arena móviles de Inglaterra, llamados dunas o *downs*, con los cuales los de aquí han sido comparados, están formados por arena levantada por el mar o por arena tomada en primer término por el viento del propio terreno y empujada hacia el interior. Aquí hay una corriente de arena impulsada por las olas y el viento, que fluye lentamente desde el mar. Los vientos del nordeste son considerados los más fuertes, pero los que mueven más arena son los del noroeste, porque son los más secos. En la costa de la bahía de Vizcaya muchas aldeas fueron otrora destruidas de ese modo. Algunos de los montes de barrón que vemos fueron plantados por el gobierno hace muchos años para proteger la rada de Provincetown y el extremo del Cape. Hablé con una persona que había trabajado en su plantación. En la *Description of the Eastern Coast*, que ya he citado anteriormente, se dice: «Durante la primavera y el verano el barrón crece alrededor de dos pies y medio. Si está rodeado de playa desnuda, las tormentas de otoño e invierno amontonan la arena por todos los costados y hacen que suba casi hasta la altura de la planta. En la primavera siguiente la hierba brota de nuevo; otra vez la cubre en invierno la arena; y así un montículo o loma continúa ascendiendo mientras haya suficiente base para sustentarlo, o hasta que la arena que lo rodea, cubierta a su vez de barrón, ya no ceda ante la fuerza de los vientos». Las dunas formadas de este modo alcanzan a veces cien pies de

altura y cobran una gran variedad de formas, como de nieve acumulada, o tiendas árabes, y están permanentemente cambiando. Las raíces de la planta arraigan con mucha firmeza. Al empeñarme en arrancarlas, generalmente se rompían a diez pulgadas o un pie por debajo de la superficie, en donde ésta había estado el año anterior, según lo demostraban los numerosos vástagos, revelando un tallo recto, duro, redondo, que mostraba por su extensión cuánta arena se había acumulado el año anterior; y a veces salían arrancados con él los tallos secos de una estación previa situados todavía más abajo en la arena, con sus aún más deteriorados vástagos adheridos, de modo que la edad de una duna y su ritmo de crecimiento a lo largo de varios años pueden conocerse de este modo con bastante precisión.

El viejo herborista inglés Gerard^[233] dice (pág. 1250): Encuentro mencionada en la *Chronicle* de Stowe, año 1555, una legumbre o leguminosa, según la llaman, con la cual los pobres de la época, en ocasión de una gran hambruna, fueron milagrosamente auxiliados: así lo menciona. ‘En el mes de agosto (dice), en Suffock, en un lugar junto a la orilla del mar todo dura piedra y guijarros, llamado repisa en aquellas partes, entre las poblaciones de Oxford y Aldborough, donde no crecía hierba ni jamás se había visto tierra; ocurrió que en este sitio baldío surgió sin cultivo ni siembra una gran abundancia de plantas leguminosas, de las cuales los pobres recolectaron (según cálculo de los hombres) más de cien cuartos^[234], pero quedaron algunas maduras y otras en flor, tantas como hubo antes: lugar al que acudieron a caballo el Obispo de Norwich y el Lord Willoughby, con otros en gran número, quienes no encontraron sino dura piedra rocosa por espacio de tres yardas bajo las raíces de tales plantas, raíces que eran grandes y largas, y muy dulces. Nos dice también que Gesner supo por el Dr. Cajus que allí había bastantes como para abastecer a miles de hombres. Y prosigue diciendo que [las plantas] sin duda crecían allí muchos años antes, pero no fueron observadas hasta que el hambre hizo que se fijaran en ellas y avivaran la inventiva, que por lo común es muy lerda en nuestro pueblo, especialmente en cuanto a hallar alimentos de esta naturaleza. Mi venerable amigo el Dr. Argent me ha dicho que hace muchos años estuvo en aquel sitio e hizo que su criado tirase con ambas manos de una planta, y el hombre lo hizo hasta que las raíces alcanzaron igual altura que la suya, sin haber podido llegar al

extremo'. Gerard nunca las vio, y no está seguro de a qué especie pertenecían.

En *Travels in New England* de Dwight^[235] se consigna que antiguamente los habitantes de Truro estaban compelidos anualmente por ley a plantar barrón en el mes de abril, del mismo modo que en otras partes lo son a reparar las carreteras. Arrancaban de raíz la hierba en manojos que luego dividían en varios más pequeños y los ponían a tres pies unos de otros, en hileras, dispuestas de ese modo para cerrar las uniones y obstruir el pasaje del viento. El barrón se expandía rápidamente, y el peso de su simiente madura inclinaba las cabezas de la planta, con lo que las semillas caían directamente a su lado y allí germinaban. De este modo, por ejemplo, en el siglo pasado se reconstruyó la parte del Cape entre Truro y Provincetown donde golpeaba la mar. Actualmente tienen cerca una carretera construida mediante el procedimiento de colocar sobre la arena tepes dados vuelta y próximos entre sí, dobles en el centro de la vía, y esparcir luego seis pies de broza a cada lado sobre la arena, plantar barrón en los ribazos en hileras regulares, como se ha descrito antes, y poner un cercado de maleza contra los espacios abiertos.

El peligro que amenazaba a Cape Cod llamó por vez primera la atención del gobierno central hace unos treinta años, y en esa época Massachusetts designó una comisión para examinar la zona. En junio de 1825 la comisión informó que «debido a que los árboles y la maleza habían sido cortados, y destruido el barrón del lado del Cape que da al mar, frente al puerto, la superficie original del suelo se había quebrado y el viento la había arrastrado hacia la rada —durante los catorce años anteriores— sobre una extensión de “una media milla de ancho y alrededor de cuatro y media de largo”... “El espacio donde hace pocos años estaban algunas de las tierras más altas del Cape, cubiertas de árboles y arbustos”, se presentaba como “un extenso termo de arena ondulada”; y que durante los previos trece meses la arena “se había acercado a un promedio de quince varas, ¡en una extensión de cuatro millas y media!” y que a menos que se tomaran medidas para controlar su avance, en pocos años destruiría tanto la rada como la población. En consecuencia, recomendaban establecer una línea curva de barrón sobre un espacio de diez varas de ancho y cuatro millas y media de largo, que se prohibiera el paso de

ganado, caballos y ovinos, así como que los habitantes cortaran la maleza».

Me dijeron que se habían asignado a ese fin un total de treinta mil dólares, aunque hubo quejas de que gran parte de dicha suma fue gastada tontamente, como suele ocurrir con el dinero público. Hay quien afirma que mientras el gobierno planta barrón detrás de Provincetown para proteger la rada, los habitantes vuelcan allí carretillas de arena con el fin de crear predios para viviendas. El Registro de la Propiedad Industrial ha importado recientemente de Holanda esta planta y la ha distribuido por el país, aunque probablemente nosotros poseamos tantas como los holandeses.

De modo que Cape Cod está anclada a los cielos, por así decir, por millares de cablecillos de barrón, y si éstos fallasen se convertiría en un naufragio total y en poco tiempo se iría al fondo. Antiguamente se permitía a las vacas campar a sus anchas, y ellas se comían numerosos filamentos del cable que sirven de amarre al Cape y estuvieron cerca de dejarlo a la deriva, como hizo el toro con el bote que estaba amarrado con una cuerda de hierbas; pero ahora no les permiten deambular por ahí.

Últimamente se ha agregado a Provincetown una zona de Truro dotada de considerables propiedades inmobiliarias, y un trurense me ha dicho que sus conciudadanos han hablado de hacer una petición a la Legislatura en el sentido de separar también la milla siguiente de su territorio a favor de Provincetown, a los efectos de que ésta participe de lo malo igual que de lo bueno, y se haga cargo de la carretera que la atraviesa; pues su único valor consiste literalmente en mantener entero el Cape, y aún esto no lo ha hecho siempre. Pero Provincetown declina enérgicamente el regalo.

El viento soplaba tan fuerte del Nordeste que, a pesar de su frío, resolvimos ver las grandes olas del lado del Atlántico, cuyo estrépito habíamos oído toda la mañana; de modo que continuamos marchando por el desierto hacia el Este hasta que dimos nuevamente con la costa al Nordeste de Provincetown y quedamos plenamente expuestos a la violencia cortante de las ráfagas del viento. Hay allí unos extensos bancos de arena contra los cuales el mar rompía con gran fuerza. Desde la costa era una masa de blancas olas que, con el viento, producían tal estrépito que apenas nos oíamos al hablar. De esta parte de la costa se dice: «Una tormenta del nordeste, la más violenta y fatal para el marino por ser con frecuencia acompañada de nieve,

sopla directamente contra tierra: se establece una fuerte corriente a lo largo de la costa: súmese a ello que las embarcaciones, mientras dura una tormenta así, se esfuerzan por moverse hacia el Norte para poder entrar en la bahía. Si no consiguen pasar de Race Point, el viento las impulsa hacia la costa y el naufragio es inevitable. Por eso la playa está por todas partes cubierta de fragmentos de embarcaciones». Pero desde que construyeron el faro de Highland esta parte de la costa es menos peligrosa, y se dice que ocurren más naufragios al sur del mismo, donde antes apenas se conocían.

Aquél fue el mar más tormentoso que hayamos visto, más «tumultuoso», afirmó mi compañero, que las cataratas del Niágara, y por supuesto, en una escala muy superior. El océano en un temporal, un día claro, frío, con tan sólo una vela a la vista bamboleándose penosamente como si buscara con ansiedad un refugio. Era pleamar cuando alcanzamos la costa, y en un tramo considerable cada ola se alzaba a tal altura al estrellarse, que era difícil pasar entre ella y la ribera. Más al sur, donde este último era más elevado, habría sido peligroso intentarlo. Un natural del Cape me ha contado que hace muchos años tres chicos, compañeros suyos de juegos, fueron a la playa en Wellfleet a ver los restos de un naufragio; cuando el mar se retiró bajaron corriendo hasta el lugar, y cuando el mismo volvió corrieron delante suyo hacia el talud, pero el mar, que les pisaba los talones, provocó el derrumbe del talud y los sepultó vivos.

Fue el rugiente mar,
ἀμφί δέ τ' ἄκρα
Ἠϊόνες βοόωσιν, ἐρευγομένης ἁλός ἐξω.
y las cumbres de la meseta
Resonaron alrededor, siendo el mar vomitado.

Contemplando aquella escena nos fuimos convenciendo de que pescar allí y en una laguna no era en ningún aspecto lo mismo, y que quien espera buen tiempo y mar en calma puede que no vea jamás ni de refilón la piel de una caballa, ni llegue a estar más cerca de un bacalao que en el emblema de madera del edificio de la Legislatura Estatal.

Tras demorarnos en la costa hasta que el viento casi nos mata de frío, y

estando dispuestos a refugiarnos en una Casa de Beneficencia, volvimos nuevamente el rostro curtido hacia Provincetown y la Bahía, habiendo para entonces más que doblado el Cape.

10

Provincetown

Temprano a la mañana siguiente entré en una pescadería próxima a nuestro hotel, donde tres o cuatro hombres estaban dedicados a sacar en carretillas el pescado conservado en vinagre y ponerlo esparcido a secar. Me dijeron que recientemente había entrado un barco procedente de los bancos de pesca con cuarenta y cuatro mil bacalaos. Timothy Dwight^[236] dice que poco antes de su llegada a Provincetown «arribó una goleta venida del Gran Banco con cincuenta y seis mil pescados, casi mil quinientos quintales, capturados en un solo viaje; estando a su regreso la cubierta principal a ocho pulgadas bajo agua con buen tiempo». El bacalao en aquella pescadería, recién salido del vinagre, yacía en pilas de varios pies de espesor, y tres o cuatro hombres con botas de cuero de vaca estaban de pie sobre los pescados, arrojándolos a las carretillas con un instrumento provisto de una sola punta de hierro. Un joven que mascaba tabaco escupía repetidamente sobre el pescado. Vaya, pensé, cuando el de más edad lo vea le dirá algo. Pero enseguida vi al mayor haciendo lo mismo que el joven. Me hizo acordar de los higos de Esmirna. «¿Qué tiempo lleva la curación de este pescado?», pregunté.

«Dos buenos días secos», fue la respuesta.

Crucé nuevamente la calle y entré en el hotel a desayunar. El patrón me preguntó si iba a tomar «guiso de pescado o alubias». Escogí las alubias, que nunca han estado entre mis platos favoritos. Al verano siguiente descubrí que aquella seguía siendo la única alternativa presentada allí, y que el dueño continuaba anunciando variaciones sobre las dos posibilidades. En el primero

había una notable proporción de pescado. Cuando se viaja al interior la que predomina es la patata. Se da la circunstancia de que no he probado pescado fresco de ninguna clase en el Cape, y me aseguraron que allí no estaban tan acostumbrados al mismo como en la campiña. Allí es donde lo curan y donde a veces curan a los viajeros de comerlo. Como en Provincetown no se trajinaba con el ganado, no había carne fresca, sino que la poca que se utilizaba en las casas de comidas era traída de Boston en vapor.

Muchísimas casas aquí estaban rodeadas por los cuatro costados de una especie de voladizo donde secar el pescado, a la altura del alféizar de las ventanas, con únicamente un estrecho pasaje de dos o tres pies de anchura para la puerta; de modo que en vez de ver por la ventana una parcela con flores o césped, lo que se veía era una superficie equivalente pero de bacalao con el interior hacia fuera. De estos *parterres*^[237] se decía que en un buen día seco en verano eran lo menos parecido a un jardín florido. Había voladizos de todas las edades y formas, algunos tan oxidados y cubiertos de líquenes que podrían haber sido los utilizados por los fundadores de la pesca en la región. Algunos se habían desplomado bajo el peso de sucesivas zafras. La principal ocupación de los habitantes en esta época parece ser sacar el pescado y tenderlo al sol por la mañana y guardarlo por la noche. Vi cómo muchos desocupados que por casualidad se hallaban fuera lo bastante temprano conseguían trabajo sacando en carretilla el pescado de un vecino ansioso de aprovechar un día entero de buen tiempo. Supe entonces de dónde salía el pescado salado. Yacían por todas partes de espaldas, con las clavículas sobresalidas como las solapas de la chaqueta del uniforme de un marino de guerra^[238] e invitando a toda clase de cosas a descansar en su pecho; y todas esas, con pocas excepciones, aceptaban la invitación. A propósito, creo que si a un muchacho pequeño le pusiéramos alrededor del cuerpo un pescado salado grande, tendría una chaqueta del estilo de las que les he visto vestir a más de uno en una parada de tropa^[239]. Los pescados salados estaban apilados en los muelles, semejando una «cuerda» de leña rugosa^[240], arce y abedul amarillo con la corteza en su sitio. Yo los tomé por tales al principio, y en cierto sentido lo eran —combustible para mantener nuestros fuegos vitales—, madera del este pero producida en los Grandes Bancos. Algunos estaban apilados en forma de enormes tiestos colocados en pequeños círculos

con la parte inferior hacia fuera, cada círculo sucesivamente mayor que el precedente hasta que la pila alcanzaba tres o cuatro pies, cuando los círculos disminuían rápidamente como formando una techumbre cónica. En las costas de New Brunswick las cubren con corteza de abedul y les colocan piedras encima, con lo que devienen impermeables ante la lluvia, dejándolas secar antes de embalarlas para su exportación.

¡Se rumorea que a veces aquí, en otoño, alimentan las vacas con cabezas de bacalao! La parte divina del bacalao, que, como la cabeza humana, está curiosa y maravillosamente hecha, en verdad contiene apenas menos cerebro: ¡que acabe así!, ¡triturada en la boca de una vaca! Sentí que mi propio cráneo crujía de compasión. ¿Y si hubiera que cortarles la cabeza a los hombres para alimento de las vacas de un orden superior de seres habitantes de las islas del éter? ¡Adiós al magnífico cerebro, habitáculo del pensamiento y el instinto, digerido por un animal rumiante! Pero alguien me aseguró que no era costumbre alimentar a las vacas con cabezas de bacalao; que simplemente alguna vez las comerían; pero que podría pasarme allí la vida entera sin ver a una haciéndolo. Una vaca necesitada de sal también lamería eventualmente toda la parte suave de las escamas de un bacalao. Me convenció de que tal era el fundamento de esta historia piscícola.

Lleva ya mil años una historia de viajeros repetida por griegos y latinos, y tal vez calumniosa, según la cual en ciertos países se da de comer pescado al ganado, o a los caballos, o a las ovejas, como puede verse en Aelian^[241] y en Plinio^[242]; pero en el «Diario» de Nearchus^[243], que fue almirante de Alejandro e hizo un viaje desde el Indo al Eufrates trescientos veintiséis años antes de Cristo, se dice que los habitantes de un tramo de la costa intermedia, a quienes llamó «ictiófagos» o comedores de peces, no sólo comían pescado crudo, sino que, como no había pasto en la costa, secaban y machacaban en un mortero vértebras de ballena y se la daban a su ganado; y varios viajeros modernos —Braybosa, Niebuhr^[244] y otros—, informan lo mismo. De modo que sopesando los testimonios sigo en duda acerca de las vacas de Provincetown. En cuanto a otros animales domésticos, el Capitán King^[245], en su continuación del diario del Capitán Cook en 1779, dice, acerca de los perros de Kamchatka^[246]: «Su alimento en invierno consiste enteramente de cabezas, tripas y vértebras dorsales de salmón, que son separadas y puestas a

secar con ese propósito; y con esta dieta son alimentados, aunque frugalmente». (*Diario de Cook*, vol. VII, pág. 315).

Ya que hablamos de asuntos piscícolas, permitidme insertar lo que dice Plinio: «Los comandantes de las flotas de Alejandro el Grande han relatado que los gedrosi^[247], que viven a orillas del río Arabis, poseen el hábito de fabricar las puertas de sus viviendas con las mandíbulas de peces, y de utilizar sus espinas como vigas del techo». Estrabón^[248] dice lo mismo de los ictiófagos^[249]. Hardouin^[250] señala que los vascos de su época tenía la costumbre de cercar sus huertos con costillas de ballena, que en algunos casos superaban los veinte pies de largo; y Cuvier^[251] dice que actualmente la mandíbula de ballena se usa en Noruega para fabricar vigas o postes de edificios. Heródoto^[252] anota que los habitantes del lago Prasias, en Tracia^[253] (vivían sobre pilotes) «le dan pescado como forraje a sus caballos y bestias de carga».

Provincetown fue aparentemente lo que llamamos una población floreciente. Algunos de sus habitantes me preguntaron si no creía que en general parecían ricos. Yo respondí que sí, y pregunté cuántos había en la casa de beneficencia. «Oh, sólo uno o dos, enfermos o idiotas», contestaron. El aspecto exterior de las viviendas y las tiendas sugería frecuentemente una pobreza que sus comodidades —e incluso suntuosidad— interna desmentían. Se podía encontrar a una dama elegantemente vestida viniendo de la iglesia un sábado de mañana, caminando entre las dunas donde no parecía haber casa alguna adecuada para recibirla, aunque sin duda el interior de la misma estaba en correspondencia con el exterior de la dama. En cuanto al interior de los habitantes sigo a oscuras. Mantuve una ligera relación con algunos que conocí en la calle, y a menudo me sorprendió agradablemente el descubrir la inteligencia de sujetos rústicos y lo que podría considerarse poco prometedoros. Más aún, el verano siguiente me aventuré, por invitación especial, a visitar a un ciudadano. Lo encontré sentado en la entrada principal ese atardecer, preparado para recibirme; pero lamentablemente para su reputación de tener siempre las puertas abiertas para todo el mundo, tendida de un lado a otro de la puerta, había una tela de araña circular de gran tamaño y perfectamente entera. Su aspecto era tan ominoso que lo que hice fue dar la vuelta y entrar por el fondo.

La mañana del domingo fue hermosamente templada y calma, tanto en tierra como en el mar, prometiéndonos un pasaje tranquilo a través de la Bahía, y los pescadores temieron que no fuese un día seco tan bueno como el frío y ventoso que lo había precedido. Difícilmente podría haber habido un contraste mayor. Era el primero de los días del verano indio, aunque a última hora de la mañana encontramos los pozos en la arena detrás del pueblo, todavía cubiertos del hielo formado durante la noche. Entre el viento y el sol dejaron su huella en mi rasgo más destacado. Pero puedo asegurar que hará falta algo más que dos buenos días secos para curarme de andar de un lado a otro. Tras realizar una excursión por entre las colinas en los alrededores del *Shank-Painter Swamp* y hacerme hacer un trabajito en su línea, ocupamos nuestro sitio sobre la duna más alta con vista al poblado, al aire, en una larga tabla tendida entre dos montículos de arena, donde unos muchachos se empeñaban en vano en remontar una cometa; y allí permanecemos el resto de esa tarde contemplando la plácida rada y esperando la aparición del vapor de Wellfleet con el fin de poder estar listos para subir a bordo cuando oyéramos el pito de Long Point.

En el ínterin, sacamos lo que pudimos de los muchachos. Los de Provincetown son todos marineros, por supuesto, y ven con ojos de tales. Cuando estuvimos en el Highland Light el verano pasado, a siete u ocho millas del puerto de Provincetown y quisimos saber un domingo por la mañana si el «Olata», un yate muy conocido, había llegado de Boston, para poder retornar en él, un muchacho del lugar, de unos diez años, que se hallaba en la mesa, comentó que sí. Le pregunté cómo lo sabía. «Acabo de verlo entrar», afirmó. Al manifestarle mi sorpresa ante su capacidad para distinguirlo de tan lejos entre las otras embarcaciones, señaló que no había allí tantas de aquellas goletas de dos gavias, y que él podía distinguirlo. Dijo Palfrey en su oración en Barnstable^[254] que el pato no se lanza al agua con un instinto tan seguro como el del muchacho de Barnstable [Lo mismo podría haber dicho el muchacho de Cape Cod]. Salta de los pañales al sudario, no hace sino botar del regazo materno al tope del mastelero. En sus soliloquios infantiles recita para adelante y para atrás todos los puntos de la brújula. Para cuando sabe remontar un barrilete es capaz de controlar, de arrizar y de llevar el timón.

Era el día preciso que cualquiera habría escogido para sentarse en una elevación con vista al mar y al territorio, y allí meditar. La flota de la caballa estaba emprendiendo rápidamente la partida, una goleta tras otra, y situándose en torno al Cape como gallinas que dejan la percha por la mañana para dispersarse en campos distantes. Los cobertizos como caparazones de tortuga de las salinas se agrupaban en cada recoveco de las colinas inmediatamente detrás de Provincetown, y sus ahora inactivos molinos de viento bordeaban la costa. Valía la pena ver mediante qué química tosca y simple se obtiene ese elemento casi necesario para la vida, con el sol como jornalero y un único aprendiz para realizar las faenas de un establecimiento grande. Es una especie de tarea tropical, ejercida también en la estación más soleada; más interesante que la del lavado del oro o los diamantes, a las cuales, se me ocurre, se parece de lejos. En la producción de lo necesario para la vida, la Naturaleza está bastante dispuesta a ayudar al hombre. Así en las fábricas de potasa que he visto en Hull, donde queman el quelpo y hierven las cenizas. En verdad, la química no es un problema teniendo en el laboratorio a media docena de novatos irlandeses. Se dice que debido al reflejo del sol en las dunas, y no habiendo en absoluto agua dulce que desagüe en la rada, el mismo número de pies de superficie rinde más sal aquí que en cualquier otra parte del condado. Un poco de agua se considera necesaria para aclarar el aire y obtener sal con rapidez y de buena calidad, pues así como la pintura no se seca, así el agua no se evapora en un día de tiempo de perros. Pero ahora estaban, como en todos los demás sitios en el Cape, deshaciendo las salinas y vendiéndolas a cambio de madera.

Desde la elevación podíamos ver las actividades de los habitantes casi tan completamente como si a las casas les hubieran quitado los tejados. Se hallaban muy ocupados cubriendo los numerosos voladizos de mimbre que rodeaban sus casas con pescado salado, y vimos que los patios traseros estaban aprovechados para ello tanto como los del frente; donde acababa el pescado de un hombre empezaba el de otro. En casi todos los patios detectamos una pequeña construcción desde la cual aquellos tesoros estaban siendo acarreados y esparcidos sistemáticamente, y comprobamos que hasta para esparcir el pescado se requieren una cierta aptitud y una habilidad especiales, y que allí ponían en práctica una provechosa división del trabajo.

Un hombre estaba retirando sus pescados a pocas pulgadas del hocico de la vaca de su vecino, que había estirado el pescuezo por encima de una empalizada para alcanzarlos. Parecía una ocupación bastante doméstica, como la de secar la ropa, y en verdad en algunas partes del condado las mujeres toman parte en ella.

En varios lugares del Cape vi una especie de «voladizo» pero para la ropa. Esparcen hojarasca en el suelo y la cercan, para depositar allí la ropa, a salvo de la arena. Viene a ser un corral para la ropa.

Aquí el gran enemigo es la arena. La cima de algunas de las dunas estaban valladas y con un cartel prohibiendo la entrada de toda persona, para impedir que con los pies removieran la arena y que ésta volara o se desmoronase. Los habitantes están obligados a solicitar permiso a las autoridades para cortar del otro lado de la ciudad la madera necesaria para los voladizos de pescado, rodrigones y demás, si bien, como nos dijeron, pueden transplantar sin permiso árboles de una parte de la ciudad a otra. La arena se amontona como la nieve y a veces la planta baja de una casa queda tapada por ella, aunque esté protegida por un muro. Antiguamente las casas se construían sobre pilotes para evitar que la arena empujada por el viento pasase por debajo. Vimos algunas vetustas todavía afirmadas en pilotes, pero actualmente estaban cerradas con tablas, protegidas por sus vecinas más jóvenes. Había una escuela, justo al pie de la colina en la que estábamos sentados, llena de arena hasta el tope de los pupitres, y por supuesto el maestro y los alumnos habían huido. Puede que un día hubiesen dejado imprudentemente las ventanas abiertas, o que no se hubieran ocupado de reemplazar un vidrio roto. Pero en un lugar se anunciaba —apenas pude creer lo que veía— «Se vende buena arena»: probablemente una porción de la calle, cernida; un buen ejemplo del hecho de que un hombre otorga valor a la cosa menos valiosa mezclándose con ella, regla según la cual debimos haber conferido valor a todo el lado posterior de Cape Cod... pero yo pensé que si hubieran podido anunciar «Suelo fértil», o quizás «Buena arena desechada», ay, y «Se vacían zapatos», habría sido más atrayente. Observando la ciudad, creí ver a un hombre, que probablemente vivía más allá del extremo del tablonaje, conduciendo y virando por las tablas con una especie de calzado para la nieve, pero debo haberme equivocado. En algunas ilustraciones de

Provincetown las figuras de los habitantes no aparecen dibujadas por debajo de los tobillos, debiendo suponerse el resto enterrado en la arena. No obstante, gente oriunda de Provincetown me ha asegurado que podía caminar en zapatillas sin problemas por el medio del camino, porque había aprendido a apoyar el pie y levantarlo sin recoger arena alguna. Uno me dijo que le sorprendería hallar media docena de granos de arena a la noche en su calzado, y declaró además que las jóvenes tenían una forma habilidosa de vaciar los zapatos a cada paso, algo que a un forastero le costaría mucho tiempo aprender.

Las cubiertas de las ruedas de la diligencia tenían unas cinco pulgadas de ancho; y en general las del carromato tienen en el Cape una o dos pulgadas más, pues la arena es una o dos pulgadas más profunda que en cualquier otra parte. Yo vi un carromato de bebé con ruedas de seis pulgadas de ancho para mantenerlo cerca de la superficie. Cuanto más cansadas las ruedas, menos cansados los caballos. Pero todo el tiempo que estuvimos en Provincetown, que fueron dos días con sus noches, sólo vimos un caballo con su carro, y llevaban un ataúd. Allí no ensayan tales experimentos en ocasiones normales. Al verano siguiente sólo vi un carro de dos ruedas tirado por un caballo, el cual me introdujo treinta varas en la ensenada en mi ruta hacia el vapor. No obstante, leemos que aquí había dos caballos y dos yuntas de bueyes en 1791, y estando junto al tiro de la diligencia nos dijeron que hubo varios más. En las *Historical Collections* de Barber^[255] se dice: «Tan raros son los coches de ruedas que se ven en el lugar que constituyen un asunto de curiosidad para el sector joven de la comunidad. Un muchacho que entendía más de navegar en el océano que de andar por tierra, al ver a un hombre que conducía por la calle un carromato, manifestó su sorpresa por que fuera capaz de conducirlo tan rectamente sin ayuda de un timón». No había ruido de carros, ni habría habido ruido si hubiese habido algún carro. Algunos caballos de silla que pasaban por delante del hotel por la tarde simplemente hacían volar la arena con un sonido semejante a un susurro —como un escritor que enarenase copiosamente la hoja escrita^[256]—, pero sin producir sonido alguno con su andar. Nunca se ve un trineo, o en todo caso constituye una gran novedad en el Cape, ya que la nieve es absorbida por la arena o diseminada por las ventiscas.

No obstante, por lo general los habitantes del Cape no se quejan de su «suelo», sino que afirman que es lo bastante bueno como para poner a secar el pescado en él.

Pese a toda esta arena, nosotros contamos en esta calle hasta tres casas de reunión y cuatro escuelas casi igualmente grandes, aunque algunas tenían una apretada cerca de madera para conservar el interior de la parcela nivelado y duro. Unas cercas similares, incluso a menos de un pie de muchas de las casas, daban a la ciudad un aspecto menos alegre y hospitalario del que habría tenido de otro modo. Nos dijeron que, en general, la arena no había hecho progresos en los últimos diez años, que ya no se permitía a las vacas andar sueltas y que se habían tomado todas las medidas para detener la marea arenosa.

En 1727 Provincetown fue «investida de particulares privilegios» con fines de fomento. Un par de veces estuvo a punto de ser abandonada; pero ahora los solares a la calle alcanzan altos precios, aunque los títulos sobre ellos fueran originalmente obtenidos por la posesión y la mejora, y todavía se transfieren simplemente por cesión de interés^[257], siendo el municipio de propiedad del Estado. Pero aunque las parcelas a la calle eran tan valiosas, en muchos lugares todavía un hombre podía, arrojando una piedra para marcarla, obtener tierra o arena ocupándola o mejorándola.

Las piedras resultan muy raras en el Cape. En mis paseos vi en un par de lugares muy escasas piedras pequeñas usadas en pavimentos y muros de contención, pero son tan escasas que, según me han informado, se había prohibido a las embarcaciones recogerlas en la playa para lastre, y en consecuencia las tripulaciones solían desembarcar de noche a robarlas. No he sabido de una vara de muro regular de piedras más abajo de Orleans. Pero vi a un hombre apuntalando una casa nueva en Eastham con unas «rocas», según las llamó, que según él un vecino había reunido con gran sacrificio a lo largo de años y finalmente se las había cedido. Me pareció que se trataba de un regalo digno de recordarse, equivalente a una transferencia de «rocas» de California^[258]. Otro que estaba ayudándolo y que parecía ser un observador atento de la naturaleza, viendo que yo era forastero y que probablemente no me la llevaría, aludió a la localización de una roca en la vecindad que tenía «cuarenta y dos pasos de circunferencia y quince pies de altura». Pero

sospecho que la ubicación de las pocas grandes rocas en el antebrazo del Cape es perfectamente conocida para los habitantes en general. Conocí incluso a uno que tenía nociones de mineralogía, aunque no sé dónde las había adquirido. Pensé que si alguna vez visitaba el interior, Cohasset o Marblehead, por ejemplo, encontraría algunos interesantes problemas a los que hincar el diente.

Las piedras de los pozos en el Highland Light fueron traídas de Hingham, pero los pozos y sótanos del Cape están por lo general contruidos con ladrillos, que también son importados. Los sótanos, al igual que los pozos, se construyen en forma circular para impedir que la arena presione la pared hacia adentro. Los primeros tienen sólo entre nueve y doce pies de diámetro, y dicen que son muy baratos, pues una sola hilera de ladrillo será suficiente para un sótano incluso de grandes dimensiones. Por supuesto, si se vive en la arena no hace falta un gran sótano para guardar los tubérculos. Antiguamente en Provincetown, cuando sufrían la invasión de la arena bajo las casas, borrando cualquier rudimento de sótano, no se cultivaban vegetales para meterlos en uno. Un granjero de Wellfleet, que cosechaba cincuenta fanegas de patatas, me mostró el sótano bajo un rincón de su casa, de no más de nueve pies de diámetro, que parecía una cisterna; pero tenía otro del mismo tamaño bajo el granero.

Basta con cavar sólo unos pies prácticamente en cualquier parte próxima a la costa del Cape para encontrar agua dulce. Pero la que nosotros probamos fue invariablemente pobre de gusto, aunque los habitantes la llamaban buena, como si la comparasen con el agua salada. En la descripción de Truro se dice, «Los pozos cavados cerca de la costa se secan cuando el reflujó, o más bien con lo que se llama marea en receso, pero vuelven a llenarse con la pleamar»; el agua salada, que es la más baja en la arena, al parecer hace subir la dulce. Cuando alguien manifiesta sorpresa ante el verdor de un huerto sobre la playa de Provincetown en una estación seca, a veces le dirán que la marea les suministra humedad. Es un hecho interesante que bancos de arena bajos en medio del océano, quizás incluso aquellos que asoman sobre la superficie sólo con la marea baja, sean depósitos de agua dulce, donde el marino sediento puede abastecerse. Parecen retener —como enormes esponjas— la lluvia y el rocío que caen sobre ellos, que por atracción capilar no pueden

mezclarse con el agua salada.

La rada de Provincetown —la cual, al igual que la mayor parte de la Bahía y una gran extensión de océano, contemplábamos desde nuestra percha— es merecidamente famosa. Abre hacia el sur, está libre de rocas y nunca se congela. Se dice que el único hielo que se ve en ella deriva a veces desde Barnstable y Plymouth. Dwight observa que “las tormentas que prevalecen en la costa americana vienen generalmente del este; y no hay otra rada a barlovento a menos de doscientas millas de distancia”. J. D. Graham^[259], que ha realizado un minucioso y completo relevamiento de esta rada y sus aguas adyacentes, manifiesta que “su capacidad, profundidad, excelente fondeadero, y el refugio total que ofrece con respecto a todos los vientos, se combinan para convertirla en una de las más valiosas de nuestras costas”. Es el puerto de Cape Cod y de los pescadores de Massachusetts en general. Era conocido por los navegantes al menos varios años antes del establecimiento en Plymouth. En el mapa de Nueva Inglaterra del Capitán John Smith, fechado en 1614, lleva el nombre de Milford Haven, y la bahía de Massachusetts el de Stuard’s Bay. Su alteza el Príncipe Carlos cambió el nombre de Cape Cod a Cape James; pero ni siquiera los príncipes poseen siempre el poder de cambiar un nombre para peor, y como dijo Cotton Mather^[260], Cape Cod es “un nombre que supongo no sé perderá nunca, hasta que los cardúmenes de bacalao sean vistos nadando sobre sus promontorios más altos”.

En fecha bastante reciente, 11 de noviembre de 1620, *Old Style*^[261], como se sabe, los Peregrinos del Mayflower echaron anclas en la rada de Cape Cod. Habían zarpado de Plymouth, Inglaterra el 6 de septiembre y, en palabras de la *Mourt’s Relation*^[262]: “Tras muchas dificultades con furiosas tormentas, por fin, a Dios gracias, el 9 de noviembre vislumbramos tierra, la cual juzgamos fuera Cape Cod y así resultó posteriormente. El 11 de noviembre echamos anclas en la bahía, que es buen refugio y agradable ensenada, formando un círculo excepto a la entrada, la cual tiene aproximadamente cuatro millas de amplitud, poblado hasta la misma orilla por robles, pinos, enebros, sasafrás y otras especies. Es una ensenada en la cual pueden navegar a salvo un millar de veleros. Allí nos abastecimos de madera y agua, y refrescamos a nuestra gente, mientras aprestábamos nuestra chalupa para

costear la bahía en busca de un sitio donde instalarnos”.

Nosotros paramos en el *Fuller's Hotel*, descartando la *Pilgrim House* como excesiva (después supimos que no teníamos por qué haber sido tan quisquillosos), y recuperamos energías con un guiso de pescado y frijoles, además de ingerir una buena cantidad de líquidos (no alcohólicos), mientras preparábamos las piernas para bordear la costa del lado de atrás. Añadieron los Peregrinos: “No pudimos aproximarnos a la costa por tres cuartos de milla inglesa debido a la poca profundidad; lo que fue de gran perjuicio para nosotros; pues nuestra gente que iba a la orilla se veía obligada a vadear uno o dos tiros de arco yendo a tierra, cosa que ocasionó muchos constipados y toses; pues el tiempo era muchas veces frío helado”. Más adelante dicen: “Trajo mucha debilidad entre nosotros”; y sin duda condujo a la muerte de algunos en Plymouth.

La rada y puerto de Provincetown es muy superficial en las proximidades de la costa, especialmente en la zona donde desembarcaron los Peregrinos. Cuando me fui del lugar el verano siguiente, el vapor no pudo atracar en el muelle sino que nos llevaron en una embarcación grande como una carreta unas treinta varas por aguas escasas, mientras una tropa de muchachitos nos hacía compañía vadeando a nuestro alrededor, y a partir de allí nos acercamos al vapor tirando de una cuerda. Dada la escasa profundidad y la abundancia de arena en torno a la costa, las embarcaciones de cabotaje acostumbran a acudir aquí a pintar sus cascos, que quedan en alto y secos cuando baja la marea.

Sucedió que la mañana del domingo en que estábamos allí yo me había incorporado a un grupo que fumaba y holgazaneaba sobre una pila de tablas en uno de los muelles, (*nihil humanum a me...*^[263]), cuando nuestro hospedero, que era una especie de recaudador de diezmos, salió a detener a unos marineros que estaban dedicados a pintar su embarcación. A nuestro grupo se incorporaban de vez en cuando otros ciudadanos, que llegaban frotándose los ojos, como si acabaran de levantarse; y un anciano me comentó que allí era costumbre quedarse en la cama hasta muy tarde los domingos, al ser un día de descanso. Yo comenté que, por mí, bien podían dejar que el hombre pintase. No era una tarea ruidosa y no nos distraería de nuestras oraciones. Pero un joven de la partida, quitándose la pipa de la boca,

dijo que aquello contradecía plenamente la ley de Dios, que citó, y que si ellos no tuvieran tal norma, los barcos acudirían allí a ser calafateados, aparejados y pintados, y que nadie observaría el *sabbath*. Era un argumento bastante bueno, si no lo hubiera expuesto en nombre de la religión. El verano siguiente, estando yo sentado allí en una duna una sofocante tarde de domingo y las ventanas de la casa de reunión abiertas, interrumpió mis meditaciones el ruido de un predicador que gritaba como un contraamaestre, profanando la serena atmósfera y el cual, supuse, debía haberse quitado la chaqueta. Pocas cosas podrían haber sido más desagradables o desalentadoras. Ojalá el recaudador lo hiciera callar.

Dicen los Peregrinos: “Allí estaba la mayor reserva de aves que hubiéramos visto nunca”.

Nosotros no vimos ninguna, aparte de varios tipos de gaviota; la mayor reserva que vimos nunca fue en un llano sólo ligeramente cubierto de agua del lado este de la rada, y allí observamos a un hombre que había desembarcado de un bote y había avanzado agazapado por la orilla con el fin de dispararles; pero todas huyeron volando en una gran bandada dispersa — demasiado pronto para él— habiendo ellas, al parecer, logrado su comida, cosa que el hombre en cambio no consiguió.

Es notable que los Peregrinos (o su cronista) describan esta parte del Cape, no sólo como bien arbolada, sino como poseedora de un suelo profundo y excelente y apenas mencionen la palabra arena. Actualmente lo que impresiona al viajero es la aridez y desolación del territorio. Aquéllos encontraron “el terreno o pradera arenosa muy semejante al de las colinas en Holanda, pero mucho mejor; la costra de tierra, un capa, de un espetón de gruesa, de excelente tierra negra”. Nosotros hallamos que el suelo había perdido tal costra —si es que verdaderamente alguna vez la tuvo— y que no había “suelo” al que dar ese nombre. No vimos en Provincetown tierra negra suficiente para llenar un florero, como no fuera en las ciénagas. Ellos la encontraron “toda arbolada de roble, pino, sasafrás, enebro, abedul, acebo, vides, algún fresno y algún nogal; en su mayor parte bosque abierto y sin maleza, apto para andar por el mismo a pie o a caballo”. Nosotros no vimos nada lo suficientemente alto como para llamarlo árbol, aparte de un pequeño monte bajo en el extremo oriental de la población, y los escasos árboles de

adorno en sus patios: sólo pequeños ejemplares de las clases nombradas arriba, en las dunas de la parte trasera; todo era matorral espeso, sin ningún bosque grande encima, sumamente inadecuado para andar a pie o a caballo. La mayor parte del terreno era un perfecto desierto de arena amarilla, con ondas formadas por el viento, en el cual sólo crecía espaciadamente algo de barrón. Dicen que, nada más trasponer la cabecera del East Harbor Creek, las ramas y las matas les “desgarraron” las vestiduras (lo mismo ocurrió con nuestras “vestiduras” cuando por curiosidad anduvimos por allí); o que llegaron a profundos valles “lentos de maleza, *wood-gaile* y hierba alta”, y “hallaron manantiales de agua dulce”.

Prácticamente no vimos ramas ni arbustos, ni siquiera matas contra las que desgarrarnos la ropa si quisiéramos, y una oveja no perdería nada de lana ni aun en el caso de que allí hallase suficiente hierba como para producirla. Vimos más bien barrón y hierba de los pobres, y apenas suficiente acedera para colorear la superficie. Supongo, pues, que por *wood-gaile* se referían al *myrica gale* o arrayán brabántico.

Todos los informes coinciden en afirmar que hace un siglo esta parte del Cape estaba relativamente bien arbolada. Pero pese a los cambios que han tenido lugar a este respecto, no puedo sino pensar que debemos tener en cuenta el “verdor” de los Peregrinos en estas cuestiones, que les hacía ver todo verde. No creemos que aquí los árboles fueran grandes y el suelo profundo. Su versión puede ser verdadera en aspectos particulares, pero es falsa en general. Ellos vieron literalmente, así como figurativamente, sólo un lado del Cape. Como es natural, exageraron la hermosura y el atractivo del territorio, porque tras aquel azaroso viaje estarían satisfechos viendo cualquier tierra. Todo les parecía color de rosa y poseedor del aroma del enebro y el safrán. Muy diferente es el informe general y espontáneo dado por el capitán John Smith^[264], que estuvo en esta costa seis años antes y habla como viajero experimentado y soldado que ha visto demasiado mundo para ponerse a exagerar, e incluso detenerse mucho en una parte del mismo. En su *Description of New England*, impresa en 1616, después de hablar de Accomack, desde entonces llamada Plymouth, dice: “Cape Cod, lo siguiente en presentarse, es apenas un cabo de altas colinas de arena, abundante en arbustos de pino, hurts [o sea *whorts* o *whortleberries* (arándanos)] y basura

semejante, pero con una excelente enseñada para toda clase de tiempo. Este cabo está hecho por el mar principal de un lado y una gran bahía del otro, en forma de hoz”. Champlain había escrito ya: “Al que llamamos *Cap Blanc* (Cabo Blanco), porque eran arenas y dunas (*sables et dunes*) que tenían esa apariencia”.

Cuando los Peregrinos llegan a Plymouth, su cronista dice otra vez: “El terreno de la costra de tierra tiene el grosor de un espetón” —tal parecía ser su receta para una costra de tierra—, “excelente moho y grasa vegetal en algunos sitios”. Sin embargo, de acuerdo al propio Bradford, a quien algunos consideran autor de parte de la *Mourt’s Relation*, los que vinieron en el *Fortune* al año siguiente quedaron hasta cierto punto amilanados cuando “entraron en la rada de Cape Cod y allí no vieron nada sino un lugar pelado y estéril”. Pronto descubrieron su error con respecto a lo bueno del suelo de Plymouth. Pero cuando finalmente, unos años después, plenamente convencida de la pobreza del lugar que había elegido, “la mayoría” —dice Bradford— “consintió en mudarse a un lugar llamado Nauset”, acordaron trasladarse todos juntos a Nauset, actualmente Eastham, lo que supuso saltar de la sartén para caer en el fuego; y algunos de los más respetables habitantes de Plymouth se mudaron efectivamente allí.

Debemos admitir que los Peregrinos no poseían sino pocas de las cualidades del pionero moderno. No fueron los antepasados de los americanos habitantes del bosque. No se encaminaron enseguida al bosque con sus hachas. Eran una familia y una iglesia, y estaban más ansiosos por permanecer unidos, aunque fuera en la arena, que en explorar y colonizar un Nuevo Mundo. Cuando la cofradía se mudó a Eastham, la iglesia de Plymouth quedó —para emplear la expresión de Bradford— “como una antigua madre avejentada y abandonada por sus hijos”. Aunque desembarcaron en la Isla de Clark, en la rada de Plymouth, el 9 de diciembre, y el 16 vinieron todos a Plymouth, y el 18 anduvieron recorriendo el territorio, y el 19 resolvieron asentarse allí, no fue hasta el 8 de enero que Francis Billington^[265], con uno de los oficiales, fue a contemplar la soberbia laguna, o lago, llamado actualmente Mar de Billington, a unas dos millas de distancia, que él descubrió desde lo alto de un árbol y confundió con un gran mar. Y el 7 de marzo, “Master Carver, con otros cinco, fue a las grandes

lagunas que parecen ser excelentes para la pesca”, estando ambos puntos mencionados dentro de un radio de una tarde de paseo ordinaria, por agreste que sea el terreno. Es verdad que al principio estaban ocupados con la construcción, y obstaculizados por muy mal tiempo; pero un grupo de emigrantes a California u Oregón, con no menos tarea en sus manos —e indios más hostiles— exploraría otro tanto la primera tarde, y el Sieur de Champlain^[266] habría buscado entrevistarse con los salvajes y examinado el territorio hasta Connecticut, y alzado un plano del mismo, antes de que Billington hubiera trepado a su árbol. O compáreselos tan sólo con los franceses en busca de cobre en la bahía de Fundy en 1603, rastreando pequeñas corrientes con guías indios. No obstante, los Peregrinos fueron pioneros, y antecesores de pioneros, en una empresa mucho mayor.

Por entonces vimos al pequeño vapor *Naushon* entrando a la rada y al oír su silbato bajamos de las colinas a recibirlo en el muelle. Así nos despedimos de Cape Cod y sus habitantes. Nos gustaron mucho las costumbres de estos últimos, lo poco que vimos. Era gente especialmente sin rodeos y de buen talante. Los ancianos parecían notablemente bien conservados, como si fuera por la salinidad de la atmósfera, y después de habernos confundido una vez, nunca pudimos estar seguros de si hablábamos con un coetáneo de nuestros abuelos o con alguien de nuestra misma edad. Se dice que son descendientes más puros de los Peregrinos que los habitantes de cualquier otra parte del Estado. Nos dijeron que “a veces, cuando se reúne en Barnstable, el tribunal no tiene un solo delincuente a quien juzgar, y se cierra la cárcel”. Cuando estuvimos allí tenía un cartel de “Se alquila”. Hasta hace bastante poco no había ningún abogado permanente de Orleans para abajo. ¿Quién va a quejarse, entonces, de la presencia regular de algunos tiburones devoradores de hombres en las costas de la parte trasera?

Cuando pregunté qué hacían los pescadores en invierno, uno de los pastores de Truro respondió que no hacían nada, aparte de visitas y de sentarse por ahí a contar historias, pero que trabajaban duro en verano. No son, sin embargo, unas largas vacaciones. Lamento no haber estado allí en invierno para escuchar sus cuentos. Prácticamente todo hombre del Cape es capitán de una embarcación de algún tipo; al menos todo aquél que está a cargo de sus propios asuntos, cosa que no todos, pues algunos tienen la fuerza

del *Alpha privative*^[267], invalidando todos los esfuerzos que la Naturaleza haría de buen grado a través de ellos. Los hombres son en su mayoría meros subordinados. Vale la pena hablar con uno a quien sus vecinos llaman el Capitán, aunque puede que su embarcación lleve mucho tiempo hundida, que lo que apriete entre los dientes sea el gastado mástil de una pipa, y que ahora se eche a la mar únicamente en sentido figurativo. Está muy seguro de reivindicar finalmente su derecho al título: al menos sabe un par de buenas historias.

Casi siempre vimos sólo la parte de atrás de los núcleos poblados, pero nuestro relato se atiene a la verdad. Podríamos haber hablado más acerca del lado de la Bahía, pero tendíamos a estar lo más atentos posible al Atlántico. No nos ocupamos de los elementos del Cape en los cuales es inferior o simplemente igual al territorio continental, sino únicamente de aquéllos en los que es peculiar o superior. No podemos decir cuál es de frente el aspecto de sus centros de población para alguien que se dirige a ellos; nosotros fuimos a ver el océano detrás. Para nosotros eran meramente la balsa en la cual nos parábamos, y tomábamos nota de las lapas adheridas, y de algunas tallas sobre ellas.

Antes de abandonar el muelle conocimos a un pasajero a quien habíamos visto en el hotel. Cuando le preguntamos por qué camino había llegado a Provincetown respondió que había sido arrojado a la costa en Wood End el sábado de noche, en la misma tormenta que había hecho naufragar al *St. John*. Había estado trabajando como carpintero en Maine y sacó pasaje para Boston en una goleta cargada de leña. Cuando se desató la tormenta, se esforzaron por entrar en la ensenada de Provincetown. “Estaba oscuro y había neblina”, dijo, “y mientras navegábamos hacia el faro de Long Point vimos de pronto la proximidad de tierra —pues nuestra brújula funcionaba mal; variaba varios grados (un marinero siempre le echa la culpa a la brújula)—, pero como había neblina sobre la costa creímos que estaba más lejos de lo que estaba, de modo que aguantamos, e inmediatamente nos dimos contra la barra”. Dice el Capitán: “Estamos perdidos”. Le digo yo al Capitán: “Ahora no deje que vuelva a chocar de este modo; ponga rumbo hacia delante”. El Capitán pensó un momento y luego lo hizo. El mar nos bañaba completamente por encima y prácticamente me dejaba sin aliento. Yo me

agarré de la jarcia de babor, pero he aprendido a hacerlo de la fija la próxima vez. «Bueno, ¿hubo algún ahogado?», pregunté. «No, todos llegamos a salvo a una casa en Wood End, a medianoche, mojados hasta los huesos y medio muertos de frío». Al parecer había pasado el tiempo desde entonces jugando a las damas en el hotel y se congratulaba de haber batido en dicho juego a un compañero alto de hospedaje. «La embarcación será subastada hoy», añadió. (Habíamos oído la campanilla anunciándolo). «El Capitán está más bien abatido por eso, pero le he dicho que se alegre y que pronto tendrá una embarcación nueva».

En ese momento el Capitán lo llamaba desde el muelle. Tenía el aspecto de un recién llegado del campo, con una gorra hecha con una piel de marmota americana, y ahora que había escuchado parte de su historia, me pareció particularmente en la indigencia: un capitán sin barco, nada más que una chaqueta gris, ¡y puede que prestada! Ni un perro lo seguía; sólo le quedaba su título. Vi también a uno de la tripulación. Todos ellos tenían gorras del mismo estilo, y una mirada apagada, sumada a sus rasgos naturalmente aquilinos, como si una gran ola —una «barredora»— los hubiera empapado. Al pasar por Wood End notamos en la costa la pila de leña que había sido la carga del navío.

Alrededor de Long Point en verano se ve comúnmente a los pescadores capturando langostas para el mercado de Nueva York desde unos pequeños botes a corta distancia de la costa, o más bien se ve a las langostas capturándose a sí mismas, pues por decisión propia se cuelgan de las redes donde está la carnada y es así como las suben al bote. Las venden frescas a dos céntimos cada una. Al hombre no le hace falta saber mucho más que una langosta para ser capturado en sus trampas. Desde la medianoche y continuamente, la flota de la caballa había estado haciéndose a la mar, una embarcación tras otra, y mientras abandonábamos el Cape pasamos cerca de muchas, con las velas desplegadas y tuvimos una visión más próxima de la habitual hasta entonces: media docena de hombres y muchachos con camisa roja inclinados sobre la barandilla para mirarnos, el patrón a su vez respondiendo a nuestra pregunta informando a gritos de la cantidad de barriles de pescado que llevaban capturado. Todos los marineros hacen una pausa para observar un vapor y gritarle en señal de bienvenida o de burla. En

uno, un gran perro de Terranova apoyó las patas en la barandilla y al erguirse quedó tan alto como cualquiera de aquéllos y con el mismo aire despabilado. Pero el patrón, que no tenía deseos de ser visto sin hacer nada mejor que el perro, lo golpeó en el hocico y le mandó bajarse. ¡Así es la justicia humana! Me pareció oírlo apelar allí abajo a la justicia divina. De los dos, el animal debe haber tenido mucho menos que confesar.

A muchas millas detrás de nosotros por la bahía seguimos viendo las blancas velas de los pescadores de caballa rondando Cape Cod, y cuando todos los cascos estuvieron ocultos, y también el extremo inferior del cabo, todavía aparecían las velas blancas a ambos lados en torno a donde se habían hundido, como una ciudad en el océano, proclamando las raras cualidades de la rada de Cape Cod. Pero antes de que el extremo del cabo se hubiera hundido por completo, cobró la apariencia de una vaporosa porción plana de tierra que descansara sobre el océano y, todavía más tarde, el mero reflejo de una barra de arena en la neblina superpuesta. Su nombre sugiere una acogedora verdad pero sería más poético si describiera la impresión que provoca en quien lo contempla. Algunos cabos poseen nombres especialmente sugestivos. Está por ejemplo el Cabo Wrath, el punto más septentrional de Escocia^[268]; ¡qué buen nombre para un cabo situado lejos, oscuro sobre las aguas, bajo un cielo encapotado!

Templado como estaba esta mañana en la costa, en la mar hacía un frío penetrante. En julio, aunque en tierra sea el día más cálido, y el viaje no haya de durar sino cuatro horas, conviene llevar la ropa más abrigada porque se está a punto de flotar sobre icebergs derretidos. El 25 de junio del año siguiente, cuando salí de Boston en el vapor, el día era bastante caluroso en la costa. Los pasajeros estaban vestidos con su ropa más liviana y, al principio, se sentaban bajo sus respectivas sombrillas, pero cuando estuvimos bastante internados en la Bahía, quienes sólo tenían chaqueta tuvieron frío y buscaron el amparo de la cabina del piloto y el calor de la chimenea. Pero cuando nos aproximamos a la ensenada de Provincetown, me sorprendió percibir la notable influencia que aquella baja y estrecha franja de arena de sólo una o dos millas de ancho, ejercía sobre la temperatura del aire de muchas millas a la redonda. Penetramos en una atmósfera bochornosa donde nuestras chaquetas livianas volvieron a ser adecuadas y encontramos a los habitantes

sudorosos.

Dejando lejos, a un lado, el Mahomet Point, en Plymouth, y la costa de Scituate, después de estar fuera de la vista de tierra por una o dos horas, ya que había bastante bruma, nos aproximamos de nuevo a las Cohasset Rocks en Minot's Ledge y vimos al borde de Scituate el gran tupelo, que yergue su cúpula, como una planta umbelífera, sobre la floresta circundante y resulta visible desde muchas millas por tierra o por mar. Allí estaba el nuevo faro de hierro, entonces sin terminar, con la forma de una cáscara de huevo pintada de rojo y situado en alto sobre columnas de hierro, como el *ovum* de un monstruo marino que flotara sobre las olas, destinado a ser fosforescente. Al pasar con la marea baja vimos la espuma que subía casi hasta la cáscara. Un hombre habría de vivir, día y noche, en aquella cáscara de huevo a una milla de la costa. Cuando pasé al verano siguiente estaba terminado, vivían en el faro dos hombres, y un farero me dijo que ellos le contaron que en un reciente vendaval se había sacudido como para hacer caer los platos de la mesa. ¡Más o menos como hacerse la cama en la cresta de una gran ola! Algo semejante a tener las olas, como una manada de lobos expectantes noche y día, saltando de vez en cuando, casi seguros de acabar por cobrar su presa. Y ni uno de todos esos viajeros puede venir en auxilio del acosado; cuando se apague la luz, será la señal de que también se ha apagado la luz de su vida. ¡Vaya lugar donde componer una obra sobre las olas! Ese faro era el centro de atención de todas las miradas. Cada pasajero lo observaba durante al menos media hora; pero un cocinero negro perteneciente a la embarcación, a quien yo había visto salir varias veces de sus dependencias para vaciar los platos al agua con un floreo sobre la barandilla lateral, tuvo la ocurrencia de salir precisamente mientras pasábamos por delante del faro, a no más de cuarenta varas del mismo, y estábamos todos contemplándolo; en el momento en que echaba atrás un brazo él lo vio, y sorprendido exclamó, «¿Qué es eso?». Llevaba un año trabajando en aquel barco, que pasaba por delante del faro todos los días de la semana, pero como nunca había ocurrido que vaciara los platos justo en aquel punto, jamás lo había visto antes. Mirar los faros era tarea del timonel; él se ocupaba del fuego de la cocina. Esto sugiere cuán poco son capaces de ver algunos de quienes viajan alrededor del mundo. Sería asimismo fácil creer que hubiera personas que aún nunca hubieran

tenido ocasión de salir en el momento adecuado para ver el sol. ¿De qué le sirve que un faro esté emplazado en la cima de una colina, al que ha pasado la vida directamente al pie de la colina? Como es sabido, aquel faro fue barrido en una tormenta en abril de 1851, con los dos hombres en él, y desde la costa, a la mañana siguiente, no quedó ningún vestigio visible.

Un señor de Hull me contó que unos años antes había ayudado a instalar un mástil de roble blanco en Minot's Ledge. Tenía quince pulgadas de diámetro, cuarenta y un pies de alto. Hundido cuatro pies en la roca, fue asegurado por cuatro tensores: pero se mantuvo en pie solamente un año. Unas piedras apiladas en forma tumularia cerca del mismo lugar duraron ocho años.

Cuando atravesé la Bahía en el Melrose en julio, fuimos todo lo posible pegados a la costa de Scituate, para aprovechar el viento. Lejos en la Bahía (frente a dicha costa) asustamos a un grupo de patos jóvenes, probablemente negros, criados por los alrededores, a quienes el paquebote había perturbado frecuentemente en sus viajes. Cuando estábamos en medio de la Bahía, un ciudadano que hacía el viaje por primera vez fue rodeando lentamente por detrás la cabina del timonel y mirando al mar antes de tomar asiento allí, comentó, con la originalidad que cabe esperar en alguien que utiliza una expresión prestada: «Éste es un gran país». Había sido comerciante en maderas y después lo vi midiendo el diámetro del palo mayor y calculando su altura. Regresé de la misma excursión en el «Olata», un bonito y rápido yate que salió de Provincetown al mismo tiempo que otros dos paquebotes, el «Melrose» y el «Frolic». Al principio apenas soplaba una brisa, y estuvimos una hora haciendo tiempo en compañía, en torno a Long Point, con la cabeza asomada sobre la barandilla para observar los grandes círculos de arena y los peces en el fondo, con las aguas en calma a quince pies de profundidad. Pero una vez traspasado el Cape aparejamos un foque y, como había profetizado el capitán, no tardamos en dejar atrás a nuestras consortes. Había un vapor a seis u ocho millas hacia el norte, próximo al Cape, remolcando a un gran barco hacia Boston. Su humo se extendía sobre el mar por varias millas, perfectamente horizontal, y un súbito cambio en su dirección nos advirtió de un cambio del viento antes de haberlo sentido. El vapor parecía muy lejos del barco, y unos jóvenes que habían empleado con frecuencia el antejo del

Capitán pero no sabían que las embarcaciones estuvieran relacionadas, se mostraron sorprendidos de que se hubieran mantenido a la misma distancia durante tantas horas. A lo cual el Capitán comentó secamente que no era probable que en algún momento se acercaran más. Mientras se mantuvo el viento conservamos la distancia con el vapor, pero al final desapareció casi del todo y el foque hizo todo el trabajo. Cuando pasamos ante el faro flotante en Minot's Ledge, el «Melrose» y el «Frolic» eran apenas visibles diez millas a popa.

Considérense las islas que llevan los nombres de todos los santos, erizadas de fuertes como abrojos o equinodermos, pese a lo cual la policía no permite a una pareja de irlandeses tener un antagonismo privado en una de ellas, por ser un monopolio gubernamental; todos los grandes puertos marítimos están en actitud boxística, y hay que navegar con prudencia entre dos hileras de nudillos de piedra antes de llegar a sentir la calidez de su pecho.

Se dice que las Bermudas fueron descubiertas por una nave española de ese nombre que naufragó en ellas que, hasta entonces —dice *Sir John Smith*—, «habían estado seis mil años sin nombre». Los ingleses no las encontraron en sus primeros viajes a Virginia; y el primer inglés que lo hizo naufragó en ellas en 1593. Dice Smith: «Ningún lugar conocido posee mejores murallas ni un foso más ancho». Pero desde la propia fundación con unas sesenta personas, en 1612, el primer Gobernador, ese mismo año, «construyó y puso los cimientos de ocho o nueve fuertes». Para estar preparado, se diría, para ocuparse del primer grupo de navegantes que naufragase. Habría sido más sensato construir el mismo número de «casas de acogida». Se trata de las controvertidas «Bermoothees»^[269].

Nuestras grandes velas atrapaban todo el aire que había, y nuestro casco bajo y estrecho causaba la menor fricción posible. Remontando la rada contra corriente barríamos con todo. Unos jóvenes que regresaban de una excursión de pesca se arrimaron al costado de su bote mientras gradualmente nos íbamos separando, y, haciendo una reverencia, comentaron, con la mayor de las gracias: «Nos rendimos». Sin embargo hubo momentos en que casi estuvimos paralizados. Los marineros observaban (dos) objetos en la costa para determinar si avanzábamos o retrocedíamos. En la rada era como el

atardecer de un día festivo. El vapor del este nos pasó con música y una ovación, como si fueran a un baile, cuando podrían estar yendo... al armario de Davy^[270].

Cuando pasábamos por el sitio donde estuvo la isla *Nix's mate* oí a un muchacho que les contaba a unas chicas la historia del lugar. El nombre era el de un marinero ahorcado allí, quien dijo; «Si soy culpable, esta isla permanecerá; pero si soy inocente, será arrasada por las aguas». ¡Y ahora se encuentra totalmente anegada!

Seguidamente vino el fuerte en George's Island. Son unas construcciones toscas: no nuestros fuertes, sino nuestras debilidades. Wolfe pasó navegando por el más firme de ellos en toda Norteamérica, en la oscuridad, y lo tomó^[271].

Admiré la destreza con que la nave era finalmente llevada a su lugar en el muelle, cerca del final del Long Wharf. Era el crepúsculo, y mis ojos no distinguían los embarcaderos que se proyectaban hacia nosotros, sino que me pareció que formaban una línea regular de costa densamente abarrotada de barcos. Imposible adivinar un sitio a lo largo de un cuarto de milla de Long Wharf. Sin embargo, avanzando por el laberinto, íbamos a incrustarnos en una ranura entre ellos. Abajo la vela principal, y sólo el foque para desplazarnos. Ahora estamos a menos de cuatro varas de las embarcaciones, tras haber esquivado ya varios segundones; pero sigue siendo un laberinto de palos, aparejos y cascotes, donde no se ve un resquicio. Bajamos el foque, pero todavía avanzamos. El capitán está de pie en la popa con una mano en el timón y el «cristal de la noche»^[272] en la otra, su hijo permanece en la proa escrutando las sombras, los pasajeros están con el corazón en la boca esperando un choque. «¿Ves algún sitio ahí?», pregunta el capitán en voz baja. Debe decidirse en cinco segundos, de otro modo se llevará por delante la proa de ese barco, o perderá el suyo. «Sí, señor, aquí hay lugar para nosotros»; y en tres minutos más alcanzamos rápidamente el muelle en un estrecho espacio entre dos embarcaciones mayores.

Ahora estábamos en Boston. Quien ha recorrido hasta el final del Long Wharf y caminado por el Quincy Market, ha visto Boston.

Boston, Nueva York, Filadelfia, Charleston, Nueva Orleans y demás son nombres de muelles que se proyectan hacia el mar (rodeados de tiendas y

viviendas de mercaderes), buenos lugares para visitar y para descargar mercadería (descargar los productos de otros climas y cargar las exportaciones de los nuestros): veo muchos barriles y tambores con forma de higo, pilas de madera para bastones de paraguas, bloques de granito y de hielo, grandes montones de mercadería y los elementos para empaquetarla y transportarla, abundante papel e hilo para embalaje, numerosas cajas, toneles y camiones... y eso es Boston. Cuantos más barriles, más Boston. ¡Los museos, sociedades científicas y bibliotecas, son accidentales! Se agrupan en las playas para ahorrar transporte. Ratas de muelle, funcionarios de aduanas y poetas acabados, buscando fortuna entre los barriles. Sus liceos mejores o peores, y sus sermones y amaños, también éstos son accidentales. Cuando voy a Boston lo hago por supuesto atravesando directamente la ciudad (pasando de camino por el Mercado) hasta el final del Long Wharf, y miro de lado, pues no tengo parientes en los callejones, y allí veo un gran número de compatriotas en mangas de camisa, de Maine, y de Pensilvania, y de toda la costa y alrededores, y al lado algunos forasteros, cargando y descargando y guiando a sus equipos, como en una feria rural.

Ese octubre, al llegar a Boston, llevaba en los zapatos un montón de arena de Provincetown, y en Concord todavía me quedó bastante para enarenar mis páginas por muchos días; y durante la siguiente semana me pareció oír el rugido del mar, como si viviera en una concha marina.

Los lugares que he descrito pueden parecerle extraños y remotos a mis conciudadanos: de hecho, de Boston a Provincetown hay tanta distancia como de Inglaterra a Francia; pero subiéndose a los «carros»^[273], en seis horas es posible estar pisando aquellas cuatro tablas, y ver el Cape que se dice que descubrió Gosnold y que yo he descrito tan pobremente. De haber empezado cuando primero os lo aconsejé, podríais haber visto nuestras huellas en la arena, frescas aún, y extendidas desde el faro de Nauset hasta Race Point, unas treinta millas, pues a cada paso dejamos una impresión en el Cape, aunque no éramos conscientes de ello y aunque nuestro relato no haya dejado una impresión en vuestras mentes. Pero ¿qué es un relato? En él no hay rugido, ni aves marinas, ni cuerda de remolque.

A menudo nos gusta pensar ahora en la vida de los hombres en las playas, al menos en mitad del verano, cuando el tiempo es sereno; sus soleadas vidas

en la arena, entre el barrón y los arrayanes: su compañía, una vaca; su riqueza, un montón de maderos traídos por la marea o unas ciruelas de playa; y su música, el oleaje y el piar del ave playera.

Fuimos a ver el océano, y aquél es probablemente el mejor sitio de toda nuestra costa adonde dirigirse. Si se va por agua, se puede experimentar lo que es alejarse y aproximarse a estas costas; se puede ver de paso el petrel de las tempestades nadando sobre la cresta de las olas y, si el tiempo está algo espeso, perder de vista la tierra a medio pasaje. No se dónde hay otra playa en los estados atlánticos, unida a tierra firme, tan larga y al mismo tiempo tan recta y completamente ininterrumpida por cañadas, ríos de agua dulce o marismas; pues aunque pueda haber lugares despejados en el mapa, probablemente se los encontraría por parte del viajero a pie estando intersectados por cañadas y marismas; ciertamente no existe ninguna playa donde haya una doble vía, como he descrito, una playa y un banco, que al mismo tiempo muestran la tierra y el mar y, parte del tiempo, dos mares. La Gran Playa Sur de Long Island, que he visitado después^[274], es más larga incluso sin una entrada, pero es literalmente una mera barra de arena, expuesta, a varias millas de la isla, y no el borde de un continente que se debilita ante los embates del océano. Aunque salvaje y desolada, como carece del osado talud, no posee a mi juicio ni la mitad de la grandeza de Cape Cod, ni su aspecto sureño satisface la imaginación. Las únicas otras playas de gran extensión en nuestra costa atlántica, de las que he oído hablar a los marinos, son las de Barnegat, en la costa de Jersey, y las de Currituck entre Virginia y Carolina del Norte; pero éstas, como la anterior, son bajas y estrechas barras de arena situadas frente a la costa, separadas de tierra firme por lagunas. Además, según se va más al sur, las mareas son más débiles y cesan de añadir variedad y grandeza a la costa. También del lado del Pacífico se puede encontrar sin duda en nuestro país buen terreno para caminar; un escritor y reciente habitante de esa parte nos dice que «la costa entre Cape Disappointment (o el río Columbia) y el Cape Flattery (en el estrecho de Juan de Fuca) es aproximadamente norte-sur, y se puede recorrer prácticamente en toda su extensión por una hermosa playa de arena», con la excepción de dos bahías, cuatro o cinco ríos, y algunos cabos proyectados al mar. El marisco común que encontramos allí parece a menudo corresponder al tipo, si no a

especies idénticas, del de Cape Cod. Pero la playa que yo he descrito no es suficientemente dura para los vehículos, sino que hay que recorrerla a pie. Cuando ha pasado un vehículo, el siguiente se hunde más en el surco. Actualmente carece de nombre tanto como de fama. El tramo al sur de Nauset Harbor se conoce comúnmente como Chatham Beach. La parte de Eastham se llama Nauset Beach, y frente a Wellfleet y Truro la Backside, o a veces, tal vez, Cape Cod Beach. Creo que la parte que se extiende sin interrupción de Nauset Harbor a Race Point debería, llamarse Cape Cod Beach, y mencionarse con ese nombre^[275].

Uno de los puntos más atractivos para el visitante está en la parte noreste de Wellfleet, donde los alojamientos (me refiero para hombres y mujeres de salud y costumbres tolerables) podría probablemente obtenerse a menos de media milla de la orilla del mar. Aunque el océano está fuera de la vista, su más débil murmullo es audible, y basta con trepar a una colina para hallarse en su mismísimo borde. No hay más que un paso desde la superficie vítrea de las Herring Ponds hasta la gran Atlantic Pond, donde las olas nunca cesan de romper. O tal vez el faro Highland en Truro pueda competir con esta localidad, pues allí hay una vista más continua del océano y la Bahía, y en verano hay siempre una brisa que sopla al borde de la ribera, de modo que los habitantes no saben cuánto calor hace. En cuanto al panorama, el encargado del faro, con uno o más de su familia, sale a caminar hasta allí después de las comidas a mirar fuera, como si no hubieran vivido allí todos sus días. En resumen, se mantendrá bien. ¿Y qué cuadro cambiará alguien por ése en sus paredes? Pero las señoras no pueden bajar al banco actualmente, sin ayuda de un equipo adecuado.

La mayoría de las personas visitan la orilla del mar en tiempo caluroso, cuando son frecuentes las nieblas, la atmósfera tiende a ser densa y el encanto del mar, hasta cierto punto, se pierde. Yo sospecho que la mejor estación es el otoño, pues entonces la atmósfera es más transparente, y mirar el mar es un placer mayor. El aire claro y tonificante, y hasta las tormentas de otoño e invierno, son necesarias a fin de que podamos obtener la impresión que el mar está destinado a producir. Octubre, cuando el tiempo no es intolerablemente frío y el paisaje luce sus tintes otoñales, tal como, a mi juicio, sólo un paisaje de Cape Cod puede exhibir, especialmente si hay una

tormenta mientras se está allí, estoy convencido de que es el mejor tiempo mejor para visitar esta costa. En otoño, incluso en agosto, comienzan los días de meditación, y podemos caminar por cualquier parte con provecho. Además, el frío y lóbreguez exteriores, que hacen necesario buscar refugio por la noche, otorgan a la caminata un espíritu de aventura.

Ha de llegar un tiempo en que esta costa será un lugar de recreo para aquellos oriundos de Nueva Inglaterra que realmente desean visitar la orilla del mar. Actualmente es de total desconocimiento para el mundo elegante que, probablemente nunca la encontrará agradable. Si lo que el visitante busca es meramente una bolera, o una línea de tren circular, o un océano de whisky con menta —si piensa más en el vino que en el agua salada—, confío en que durante mucho tiempo este lugar lo decepcione. Pero esta costa nunca será más atractiva de lo que es ahora. Casi puedo decir que playas como las de moda son aquí hechas y deshechas en un día por el mar removiendo sus arenas. ¡Lynn y Nantasket! Este desnudo y curvo brazo es el que forma la bahía en la que descansan tan protegidas. ¿Qué son los manantiales y cascadas? Aquí está el manantial de manantiales, las cascadas de las cascadas. Una tormenta en otoño o invierno es el momento de visitarlo; un faro o la choza de un pescador, el verdadero hotel. Un hombre puede estar allí de pie y tener toda América detrás de él.

Apéndice A

Notas históricas al Capítulo 3

El primer pastor religioso en establecerse aquí fue el reverendo Samuel Treat en 1672, un caballero considerado «merecedor de un rango distinguido entre los evangelizadores de Nueva Inglaterra». Convirtió en su día a muchos indios, al igual que a blancos, y tradujo la Profesión de Fe al lenguaje nauset. Los nauset eran los indios a propósito de los cuales su primer maestro, Richard Bourne, le escribió a Gookin en 1764 que había ido a ver a uno que estaba enfermo «de quien surgieron expresiones muy sanas y celestiales», pero acerca del conjunto de las mismas, dice, «la verdad es que muchas de ellas son excesivas en su alcance, lo cual lamento muchísimo». El señor Treat es caracterizado como un calvinista del tipo más estricto, no como uno de aquéllos que, por ceder o encontrar explicaciones se asemejan a un puercoespín despojado de púas, sino un calvinista firme, capaz de lanzar las suyas a distancia y defenderse con valor. Existe un volumen manuscrito de sus sermones, «el cual», afirma un comentarista, «parece haber estado destinado a su publicación». Cito de segunda mano las siguientes frases de una disertación sobre Lucas 16,23 dirigida a los pecadores:

«Deberéis dentro de poco acudir al pozo del Infierno. El Infierno se ha ampliado y está listo para recibirlos. Hay espacio suficiente para atenderos...».

«Pensad, vais a un lugar preparado por Dios a propósito para exaltar en él su justicia, un lugar no creado para otra cosa que para los tormentos. El Infierno es el reformatorio de Dios; y, recordad, Dios hace todas las cosas a

su semejanza. Cuando Dios manifiesta su justicia y el peso de su ira, crea un infierno donde, por cierto, perecerá a propósito... ¡Ay de vuestra alma cuando seáis convocados como blanco de las flechas del Todopoderoso...!

»Piensa, el propio Dios será el agente principal de tu sufrimiento, su aliento es el fuelle que sopla eternamente la llama del infierno; y si él te castiga, si eres objeto de su furia, no te reconocerá como hombre; te asestará un golpe omnipotente».

«Hay quien cree que el pecado se extingue con su vida; pero es un error. La criatura está sometida a una ley eterna; los condenados aumentan su pecado en el infierno. Posiblemente la mención de este hecho te complazca. Pero, recuerda, allí no habrán pecados placenteros; ni comer, ni beber, ni cantar, ni escarceos licenciosos, ni beber aguas robadas: sino condenados pecados, pecados horrorosos; pecados exasperados por los tormentos, maldiciendo a Dios, resentimiento, cólera y blasfemia. La culpa de todos tus pecados se precipitará sobre tu alma, y será convertida en otras tantas pilas de combustible...».

«Pecador, te lo ruego, comprende la verdad de estas cosas. No vayas a soñar que esto es derogatorio de la piedad de Dios, y nada más que una vana fábula para aterrorizar a los niños. Dios puede ser piadoso, aunque te haga desgraciado. Él tendrá bastantes monumentos de ese precioso atributo brillando como estrellas en la sede de la gloria, cantando eternos aleluyas en su alabanza, que los redime, aunque, para exaltar el poder de su justicia, condene a los pecadores en gran número».

«Pero», continúa el mismo escritor, «con la ventaja de proclamar la doctrina del terror, que es naturalmente productora de un sublime e impresionante estilo de elocuencia, (*Triumphat ventoso gloriæ curru orator, qui pectus angit, irritat, et implet terroribus*’. Vid. Burnet, De Stat. Mort., p. 309), “no consiguió la reputación de predicador popular. Su voz era tan estentórea que podía oírse a gran distancia de la casa de reunión, incluso entre los chillidos de las mujeres histéricas y los vientos que aullaban en las llanuras de Nauset; pero no había en ellos más música que en los discordantes sonidos con los que se mezclaba”.

»El efecto de semejante sermón», se dice, «era que varias veces en el ejercicio de su ministerio sus oyentes despertaran alarmados; y en una

ocasión un joven relativamente inocente se asustó de muerte, y el señor Trent hubo de esforzarse para que el infierno le pareciese relativamente más fresco»; pero se nos asegura que «los modales de Treat eran alegres, su conversación agradable y en ocasiones bromista, aunque siempre decente. Era proclive al toque de humor y al chiste, y manifestaba su gusto por ellos mediante largas y fuertes carcajadas».

Como el hombre de quien se cuenta una conocida anécdota que, sin duda, muchos de mis lectores han escuchado, pero que no obstante me aventuro a contar:

«Tras su casamiento con la hija del señor Williard (pastor de la South Church en Boston), era a veces invitado por este caballero a predicar en su púlpito. El señor Williard poseía una expresión oral elegante, una voz masculina y armoniosa; y, aunque no consiguió mucha reputación por su *'Body of Divinity'*, que suele ser objeto de burlas, especialmente por parte de quienes lo han leído, hay en sus sermones solidez de pensamiento y energía de lenguaje. La natural consecuencia fue que gozara de la admiración general». Habiendo el señor Treat predicado uno de sus mejores sermones a la congregación de su suegro, en su desafortunado estilo habitual, suscitó un disgusto universal; y varios miembros respetables visitaron al señor Williard para rogarle que el señor Treat, que era un hombre valioso y pío, es verdad, pero un predicador desdichado, no volviera a ser invitado a aquel púlpito. El señor Williard no replicó; sino que le pidió el discurso a su yerno, y pocas semanas después lo pronunció sin alteraciones ante sus feligreses. Aquéllos acudieron al señor Williard requiriéndole una copia para la prensa. «Vea qué diferencia», exclamaban, «entre usted y su yerno; usted ha pronunciado un sermón sobre el mismo texto que el señor Treat, pero mientras que el de él fue deleznable, el suyo es excelente». Según se observa en una nota, «El señor Williard, tras entregar el sermón manuscrito por el señor Treat, podría haberse dirigido a aquellos ilustrados críticos con las palabras de Pedro»:

'En hic declarat, quales sitis iudices'

El señor Treat murió de una parálisis justo después de la memorable

tormenta conocida como la Gran Nevada, que dejó el terreno alrededor de su casa totalmente descubierto, pero amontonó la nieve en el camino hasta una altura insólita. A través de la misma se excavó un pasaje en forma de arco, por el cual los indios portaron el cadáver a la sepultura.

El lector nos imaginará todo el tiempo atravesando a un ritmo constante aquella extensa llanura en una dirección un poco al norte del este hacia la playa de Nauset, y leyendo en el ínterin bajo nuestros paraguas, mientras soplaba duramente el viento con una mezcla de bruma y lluvia, como si nos aproximásemos a un digno aniversario del funeral del señor Treat. Imaginábamos que era un páramo como aquél en el que alguien pereció en la nieve, según se relata en «Lights and Shadows of Scottish Life».

El siguiente pastor que se instaló aquí fue el «Rev. Samuel Osborn, nacido en Irlanda y educado en la Universidad de Dublín»: Se dice que fue «hombre sabio y virtuoso», y que enseñó a su gente a utilizar la turba y el arte de secarla y prepararla, lo cual, puesto que apenas contaban con otro combustible, fue para ellos una gran bendición. También introdujo mejoras en la agricultura. Pero, a pesar de sus numerosos servicios, como abrazó la religión de Arminius, parte de su rebaño devino insatisfecho. Al final, un consejo eclesiástico integrado por diez pastores, con sus iglesias, lo puso a prueba, y como es natural, echaron a perder su utilidad. El consejo se reunió por deseo de dos filósofos teólogos, Joseph Doane y Nathaniel Freeman.

En su informe dijeron: «Al consejo le parece que el Rev. señor Osborn, en su predicación, ha dicho que lo que Cristo hizo y sufrió para nada suprime nuestra obligación de obedecer la ley de Dios, y que el sufrimiento y sometimiento de Cristo fueron por él mismo; ambas partes de lo cual, creemos, contienen un peligroso error».

«También: ‘Se ha dicho, y le parece a este consejo, que el reverendo señor Osborn, en público y en privado, afirmó que no existen en la Biblia sino las promesas que son condicionales, lo cual, creemos que también es un error, y decimos que hay promesas que son absolutas y sin condición alguna, como la promesa de un corazón nuevo, y la de que él escribirá su ley en nuestros corazones’».

«Asimismo, dicen ‘se ha alegado, y así nos parece a nosotros, que el señor Osborn ha declarado que la obediencia es una causa considerable de la

justificación de una persona, lo cual, creemos, contiene un error muy peligroso'».

Y formulan muchas precisiones por el estilo, con las que algunos de mis lectores, probablemente, estén más familiarizados que yo. Así, en el este lejano, entre los Yezidis o Adoradores del Diablo, los caldeos y otros — según el testimonio de viajeros—, se pueden escuchar todavía estos notables debates sobre puntos doctrinales. Osborn fue, como corresponde, despedido, y regresó a Boston, donde formó escuela durante muchos años. Pero estuvo plenamente justificado, a mi juicio, por su labor en las turberas; prueba de ello es que vivió para alcanzar los noventa y un años de edad.

El siguiente pastor fue el Rev. Benjamin Webb, de quien, aunque un clérigo vecino lo calificó de «el mejor hombre y el mejor pastor que había conocido», el historiador dice que:

«Como pasó sus días en el cumplimiento constante de su deber, y no hubo sombras que dieran relieve a su personalidad, no es mucho lo que puede decirse de él. (Es lástima que el Diablo no plantase algunos árboles de sombra en sus avenidas). Su corazón era puro como la nieve recién caída, que cubre por completo todo rincón oscuro en un terreno; su mente era serena como el cielo en un templado anochecer de junio, cuando la luna brilla sin una nube. Nómbrase una virtud, y esa virtud él practicó; nómbrase un vicio, y ese vicio él rechazó. Pero si hubo unas cualidades que marcaran singularmente su carácter, éstas fueron su humildad, su afabilidad y su amor a Dios. Los feligreses habían sido guiados por un hijo del trueno (el señor Treat); con él fueron instruidos por un hijo del consuelo, que dulcemente los atrajo hacia la virtud mediante la suave persuasión y poniendo de manifiesto la misericordia del Sumo Hacedor; pues sus pensamientos estaban tan puestos en el Cielo, que rara vez descendían a las sombrías regiones terrenales; y aunque compartía los mismos sentimientos religiosos con el señor Treat, su atención estaba dedicada a aquellas buenas nuevas de gran júbilo que un Salvador vino a hacer públicas».

Nos interesó enterarnos de que un hombre así hubiera pisado las llanuras de Nauset.

Pasando las páginas de nuestro libro, dimos con el nombre del reverendo Jonathan Bascom, de Orleans: «*Senex emunctae naris, doctus, et auctor*

elegantium verborum, facetus, et dulcis festique sermonis». Y con el del Rev. Nathan Stone, de Dennis: «*Vir humilis, mitis, blandus, advenarum hospes; (era necesario allí;) suis commodis in terrâ non studens, reconditis thesauris in coelo*». Una fácil virtud esa, allí, pues me parece que ningún habitante de Dennis podía ser muy celoso de sus pertenencias, sino que debía contemplar gran parte de sus tesoros en el cielo. Pero probablemente el carácter más justo y relevante de todos es el que parece atribuirse al Rev. Ephraim Briggs, de Chatham, en el lenguaje de los romanos posteriores, «*Seip, sepoese, sepoemese, wechekum*», lo cual, al no ser interpretado, no sabemos qué significa, aunque no nos cabe duda de que ocurre en alguna parte de las Escrituras, probablemente en la Epístola del Apóstol Eliot a los nipmucks.

Que nadie piense que yo no amo a los antiguos pastores. Fueron, probablemente, los mejores individuos de su generación, y merecen que sus biografías llenen las páginas de las historias de los lugares donde ejercieron. Si fuera capaz de oír las «buenas nuevas» de las que ellos hablan, y que acaso oyeron, podría escribir en un tono superior al que ahora empleo.

No había mejor forma de hacer que el lector comprendiese la amplitud y la peculiaridad de aquella llanura, y cuánto tiempo llevó atravesarla, que insertar estos extractos en medio de mi narrativa.

Apéndice B

Notas históricas al Capítulo 10

Más de un viajero primerizo fue inesperadamente pillado por este gancho y se encontró encerrado en la bahía. En sucesivos mapas, Cape Cod aparece salpicada de nombres franceses, holandeses e ingleses, habiendo formado parte de Nueva Francia, Nueva Holanda y Nueva Inglaterra. En un mapa, la ensenada de Provincetown es llamada «Fuic Bay», La bahía de Barnstable «Staten Bay» y el mar al norte de la misma «Mare del Noort» o Mar del Norte. En otro, el extremo del Cape se denomina «Staten Hoeck». En otro, de Young, se llama Noord Zee, Staten Hoeck o Hit Hoeck, pero el ejemplar de Cambridge no tiene fecha; al Cape entero se lo llama «Niew Hollant» (por Hudson); y en otro más, la costa entre Race Point y Wood End parece llamarse «Bevechier». En el admirable «Mapa de la Nueva Francia», de Champlain, que incluye el mapa más antiguo reconocible de lo que es hoy la costa de Nueva Inglaterra conocida por mí, a Cape Cod se le llama *C. Blan* (es decir, Cabo Blanco) por el color de sus playas, y la Bahía de Massachusetts es *Baye Blanche*. Fue visitada por De Monts y Champlain en 1605, y al año siguiente ampliada su exploración por Poitricourt y Champlain. Este último ha ofrecido en su *Voyages* un preciso relato de dichas exploraciones, junto con cartas de navegación y sondeos de dos de sus radas, *Malle Barre*, Barra Mala (¿la rada de Nauset?), nombre aplicado actualmente a lo que los franceses llamaron *Cap Baturier*, y *Port Fortune*, al parecer, la ensenada de Chatham. Ambos nombres son copiados en el mapa de «Novi Belgii», en el «América» de Ogilby. Champlain describe además

minuciosamente los usos y costumbres de los salvajes, y los presenta en una lámina sorprendiendo a los franceses y dando muerte a cinco o seis de ellos. Después los franceses mataron a algunos de los nativos e impusieron, en venganza, que otros fueran llevados a trabajar en su molino manual de Port Royal.

Es notable que no exista en inglés ningún relato adecuado o correcto de la exploración francesa, entre 1604 y 1608, de lo que es hoy la costa de Nueva Inglaterra, aunque se reconozca que fueron quienes entonces realizaron el primer asentamiento europeo en el continente norteamericano al norte de St. Augustine. Si los leones hubieran sido los pintores habría sido otra cosa. Es probable que esta omisión se explique en parte por el hecho de que la primera edición de *Voyages* de Champlain no había sido consultada a este fin. La misma contiene, sin duda, el capítulo más específico, y a mi juicio el más interesante de lo que podemos llamar la historia pre-Peregrinos de Nueva Inglaterra, consignada a lo largo de ciento sesenta páginas en cuarto; pero parece ser igualmente desconocida para el historiador y el orador de Plymouth Rock. Bancroft no menciona para nada a Champlain entre las autoridades de la expedición de De Monts, ni dice tampoco que haya visitado nunca la costa de Nueva Inglaterra. Aunque ostentaba el título de piloto de De Monts, él fue, en otro sentido, el espíritu guía, así como el historiador de la expedición. Holmes, Hindreth y Barry, y aparentemente todos los historiadores nuestros que mencionan a Champlain, hacen referencia a la edición de 1632, en la cual todas las cartas de navegación individuales de nuestras radas, etc., y cerca de la mitad de la narrativa, están omitidas; pues el autor exploró después tantas tierras que pudo permitirse olvidar parte de lo que había hecho. Hildreth, hablando de la expedición de De Monts, dice que «investigó el Penobscot [en 1605], que Pring había descubierto dos años antes», sin decir nada de la amplia exploración de Champlain para De Monts en 1604 (Holmes dice 1608, y cita a Purchas); dice también haber seguido la huella de Pring a lo largo de la costa «hasta Cape Cod, que él llamaba Mallebarre». (Haliburton había declarado lo mismo antes que él, en 1829. Lo llamó Cap Blanc, y Malle Barre fue el nombre dado a una rada en el lado este del Cape). Pring no dice nada sobre un río en ese lugar. Belknap dice que Weymouth lo descubrió en 1605. Sir F. Georges afirma en su relato (Maine

Hist. Coll., Vol. II, p. 19) de 1658 que en 1606 Pring «realizó un perfecto relevamiento de todos los ríos y radas». Es lo más que he podido encontrar. Bancroft atribuye a Champlain el relevamiento de más ríos occidentales en Maine, sin nombrar al Penobscot; él, no obstante, debe haber sido quien relevó las distancias en ese río (véase Belknap, p. 147). Pring estuvo ausente de Inglaterra solamente unos seis meses, y dejó atrás esta parte de Cape Cod (Malabarre) porque no producía sasafrás, en tanto los franceses, que probablemente no habían oído hablar de Pring, estuvieron años explorando pacientemente la costa en busca de un lugar para instalarse, sondeando e inspeccionando sus radas.

El mapa de John Smith, publicado en 1616 a partir de observaciones efectuadas en 1614-15, es considerado por muchos el mapa más antiguo de Nueva Inglaterra. Es el primero hecho después que el territorio fue llamado Nueva Inglaterra, pues así lo llamó él; pero en *Voyages*, de Champlain, edición de 1613, (y Lescarbot, en 1612, cita un relato todavía anterior de su viaje), hay un mapa del territorio, hecho cuando era conocido por la Cristiandad como Nueva Francia, llamado *Carte Géographique de la Nouvelle France faicte par le Sieur de Champlain Saint Tongois Cappitaine ordinaire pour le roi en la Marine, faict l'en 1612*, a partir de sus observaciones entre 1604 y 1607; un mapa que se extiende de Labrador a Cape Cod y hacia el oeste hasta los Grandes Lagos, y colmado de información geográfica, etnográfica, zoológica y botánica. Suministra incluso la variación del compás observada por él mismo en esa fecha en muchas partes de la costa. Esto, unido a las numerosas cartas individuales de estuarios y sus sondeos a gran escala contenidos en dicho volumen —entre ellos *Qui ni be quy* (Kennebec), *Chouacoit* (Saco), *Le Beau port*, *Port St. Louis* (cerca de Cape Ann), y otros en nuestra costa— pero que no están en la edición de 1632, hace del mismo el más completo de Nueva Inglaterra y la costa septentrional adyacente que cualquier mapa trazado en el medio siglo siguiente, casi podríamos decir que hasta que también un francés, Des Barres, nos suministró otro, que sólo ha sido reemplazado por nuestro reciente Relevamiento Costero. La mayoría de los mapas de esta costa, hechos después durante un largo período, evidencian su deuda con Champlain. Fue éste un hábil navegante, hombre de ciencia y geógrafo del Rey de Francia.

Cruzó el Atlántico unas veinte veces, sin alharacas; a menudo en un pequeño navío en el que pocos osarían salir al mar hoy día; y en una ocasión realizó el viaje de Tadoussac a St. Malo en dieciocho días. Estuvo por estos lares, es decir, entre Annapolis, Nova Scotia y Cape Cod, observando el territorio y sus habitantes, y levantando un mapa de la costa, desde mayo de 1604 hasta septiembre de 1607, o sea unos tres años y medio, y ha descrito minuciosamente su método de inspeccionar radas. Parte de su mapa fue grabado en 1604 (?) por su propia cuenta. Cuando Pont-Gravé y otros retornaron a Francia en 1606, él permaneció en Port Royal con Poitricourt, “para, con la ayuda de Dios, terminar la carta de las costas que había comenzado”; y también en su volumen impreso antes de que John Smith visitara esta parte de América, dice: “Me parece que he cumplido mi deber hasta donde he podido, si no he olvidado poner en mi mencionada carta todo lo que he visto, y proporcionado al público un conocimiento específico de lo que nunca había sido descrito ni descubierto tan precisamente como yo lo he hecho —si bien algún otro pueda haber escrito sobre ello de entonces acá—; aunque fue muy poca cosa comparada con lo que hemos descubierto en los últimos diez años”.

Generalmente no se recuerda, si es que se sabe, por parte de los descendientes de los Peregrinos que, cuando sus antepasados estaban pasando su memorable primer invierno en el Nuevo Mundo, tenían como vecinos a una colonia de franceses, en Port Royal (Annapolis, Nova Scotia), a trescientas millas de distancia (Prince parece calcular quinientas); donde, a pesar de numerosas vicisitudes, llevaban quince años. Allí construyeron una molienda ya en 1606; según De Monts fabricaban también ladrillos y aguarrás. De Monts, de religión protestante, llevó consigo a su pastor, quien se enfrentó a golpes con el sacerdote católico por el tema religioso. Aunque estos fundadores de la Acadie no soportaron menos que los Peregrinos, y aunque más o menos la misma proporción de ellos —treinta y cinco de setenta y nueve (Williamson dice que treinta y seis de setenta)— murió el primer invierno en St. Croix, 1604-5, dieciséis años antes, ningún orador, que yo sepa, ha celebrado nunca su empresa (la *Historia de Maine*, de Williamson, lo hace en buena medida), mientras que los padecimientos que sus sucesores y descendientes soportaron a manos de los ingleses han

proporcionado tema a poetas e historiadores. (Véanse la *Historia* de Bancroft y *Evangeline*, de Longfellow). Los restos de su fuerte en St. Croix fueron descubiertos a finales del siglo pasado, y contribuyeron a decidir dónde estaba St. Croix, nuestra frontera.

Es probable que precisamente las lápidas de aquellos franceses sean más antiguas que el más viejo monumento inglés en Nueva Inglaterra al norte de las islas Elizabeth, o quizá en cualquier parte de Nueva Inglaterra, pues si bien existen vestigios del almacén de Gosnold, sus obras de fortificación han desaparecido. Dice Bancroft, con conocimiento de causa, en 1834: “Hace falta un ojo crédulo para discernir las ruinas del fuerte”; y que no quedaban ruinas de uno en 1837. El Dr. Charles T. Jackson me dice que en 1827, durante un relevamiento geológico, él descubrió una lápida, una losa de roca basáltica, en Goat Island, frente a Annapolis (Port Royal), en Nova Scotia, con un escudo de armas masónico y la fecha 1606, o sea catorce años antes del desembarco de los Peregrinos. Quedó en posesión del juez Haliburton, de Nova Scotia.

Hubo sacerdotes jesuitas en lo que ha sido desde entonces llamado Nueva Inglaterra, convirtiendo a los salvajes en Mount Desert, luego San Salvador, en 1613; venidos de Port Royal en 1611, su labor fue casi inmediatamente interrumpida por los ingleses, años antes de que los Peregrinos llegaran aquí a practicar su propia religión. Esto, según Champlain. Charlevoix dice lo mismo; y que después de venir de Francia en 1611, fue al oeste desde Port Royal por la costa hasta el Kennebec en 1612, y fue con frecuencia llevado de Port Royal a Mount Desert.

En realidad, la historia de los ingleses de la Nueva Inglaterra comienza sólo cuando cesa de ser la Nueva Francia. Aunque Cabot^[276] fue el primero en descubrir el continente norteamericano, Champlain, en la edición de sus *Voyages* impresa en 1632, después de que los ingleses hubieran ejercido por una temporada posesión de Quebec y Port Royal, se queja, no sin justicia: “El consenso de toda Europa es representar a Nueva Francia ocupando al menos hasta los treinta y cinco o treinta y seis grados de latitud, como aparece en los mapas impresos en España, Italia, Holanda, Flandes, Alemania e Inglaterra, hasta que ellos tomaron posesión de las costas de Nueva Francia, donde están Arcadia, los etchemins (Maine y New Brunswick), los almouchicois

(¿Massachusetts?) y el Gran Río San Lorenzo, donde han impuesto, a su capricho, nombres como Nueva Inglaterra, Escocia y otros; pero no es fácil borrar la memoria de algo que es conocido por toda la Cristiandad”.

El simple hecho de que Cabot desembarcase en la inhabitable costa de Labrador no otorga a los ingleses más derechos sobre Nueva Inglaterra, o los Estados Unidos en general, que sobre la Patagonia. Su conciencioso biógrafo (Biddle) no está seguro de en qué viaje recorrió la costa de Estados Unidos, como se informa, y nadie nos dice qué vio. Miller, en la *New York Hist. Coll.*, Vol. I, p. 28, dice que no parece haber desembarcado en ninguna parte. Contrasta con esto la permanencia de Verrazzani durante quince días en un lugar de la costa de Nueva Inglaterra, y su realización de frecuentes excursiones desde allí. Se da la circunstancia de que su correspondencia con Francisco I, en 1524, contiene “el primer informe original existente sobre la costa atlántica de los Estados Unidos”; e incluso desde esa época la parte norte de la misma empezó a ser llamada *La Terra Francese*. Una parte se llamó Nueva Holanda antes de llamarse Nueva Inglaterra. Los ingleses fueron muy tardíos en cuanto a explorar y colonizar el continente con el que habían tropezado. Los franceses los precedieron en sus intentos de colonizar el continente de Norteamérica (Carolina y Florida, 1562-4), y en su primer asentamiento permanente (Port Royal, 1605); y el derecho de posesión era, como es natural, el que Inglaterra principalmente respetaba y reconoció en el caso de España, de Portugal, y también de Francia, desde la época de Enrique VII.

Las exploraciones de los franceses dieron al mundo los primeros mapas valiosos de estas costas. Denys de Honfleur trazó un mapa del Golfo de San Lorenzo en 1506. Tan pronto como Cartier hubo explorado el San Lorenzo en 1535, sus compatriotas empezaron a publicar cartas de navegación notablemente precisas de dicho río hasta Montreal. Lo que se reconoce en los mapas durante una generación posterior es casi todo el continente al norte de Florida, aunque el tosco trazado de Verrazzani (hecho bajo el auspicio francés) fue considerado por Hackluyt, más de cincuenta años después de su viaje (en 1524), la representación más fiel de nuestra costa. La impronta de los franceses es distinta. Ellos iban midiendo y sondeando, y cuando volvían a casa tenían algo que mostrar acerca de sus viajes y exploraciones. No había

peligro de que sus mapas se perdieran, como lo fueron los de Cabot.

Los más distinguidos navegantes de la época fueron italianos —o descendientes de italianos— y portugueses. Los franceses y los españoles, aunque menos avanzados que aquéllos en la ciencia de la navegación, poseían más imaginación y espíritu de aventura que los ingleses, y estuvieron mejor dotados para ser los exploradores de un nuevo continente incluso hasta 1751.

Ese espíritu fue el que tan temprano llevó a los franceses a los Grandes Lagos y al Mississippi en el norte, y a los españoles al mismo río en el sur. Pasó tiempo antes que nuestras fronteras alcanzaran su estabilidad en el oeste, y un *voyageur* o *courier de bois* es aún nuestro líder allí. *Prairie* (pradera) es una palabra francesa, como sierra lo es española. Augustine, en Florida, y Santa Fe, en Nuevo México [1582], ambas poblaciones creadas por los españoles, están consideradas como las más antiguas de los Estados Unidos. En la memoria de los más viejos, los angloamericanos estaban confinados entre los Montes Apalaches y el mar, “un espacio menor a las doscientas millas”, mientras que el Mississippi era por tratado el límite oriental de la Nueva Francia. En cuanto a descubrimientos tierra adentro, el espíritu aventurero de los ingleses fue el del marino que desembarca por un día, y su espíritu emprendedor el del comerciante. Cabot habló como un inglés, si como alguien informa, dijo —refiriéndose al descubrimiento del continente americano, y al encontrar que se extendía hacia el norte—, que fue una gran decepción para él, que iba camino de India; pero preferimos sumar antes que restar la fama de tan grande descubridor.

Samuel Penhallow, en su *Historia* (Boston, 1726), p. 51, hablando de “Port Royal y Nueva Escocia”, dice de esta última que su “primera toma la realizó Sir Sebastian Cobbet para la corona de Gran Bretaña, en el reinado de Enrique VII; pero permaneció latente hasta el año 1621”, cuando Sir William Alexander obtuvo una patente sobre ella y la mantuvo varios años en su poder; posteriormente su propietario fue Sir David Kirk, pero al poco tiempo: “para sorpresa de todo hombre racional, fue cedida a los franceses”.

Todavía en 1633 encontramos a Winthrop, primer Gobernador de la Colonia de Massachusetts —quien no era probable que estuviese mal informado, y quien, además, tiene la fama, al menos, de haber descubierto el

Monte Wachusett (lo ubicó cuarenta millas tierra adentro)—, hablando del “Gran Lago” y de las “horribles ciénagas a su alrededor”, cerca de las cuales el Connecticut y el “Potomac” aumentaban su nivel; y, entre los eventos memorables del año 1642, menciona a Darby Field, una expedición de un irlandés a la “White hill”, desde cuya cima vio hacia el este lo que “juzgó que era el Golfo de Canadá” y hacia el oeste lo que “juzgó que era el gran lago del que proviene el río Canadá”, y donde encontró mucho “cristal de Moscovia”, y consiguió piezas de cuarenta pies de largo y siete u ocho de ancho. Mientras los propios habitantes de Nueva Inglaterra fabulaban así acerca del territorio a cien millas tierra adentro, el cual era *terra incognita* para ellos —o más bien muchos años antes de la fecha más temprana a la que se referían—, Champlain, el primer Gobernador de Canadá, por no mencionar los descubrimientos de Cartier^[277], Roberval y otros, del siglo anterior, y su propio viaje previo, había emprendido una guerra contra los iroqueses en sus fuertes forestales, y penetrado en los Grandes Lagos e invierno allí, antes de que cualquier Peregrino hubiera oído hablar de Nueva Inglaterra. En *Voyages*, de Champlain, hay un grabado que muestra una lucha en la cual ayudó a los indios canadienses contra los iroqueses, cerca del extremo sur del Lago Champlain, en julio de 1609, once años antes de la colonización de Plymouth. Bancroft dice que él se unió a los algonquinos en una expedición contra los iroqueses o Cinco Naciones en el noroeste de Nueva York. Se trata de aquel «Gran Lago» del que los ingleses, recogiendo un rumor de los franceses, mucho después, localizan en una «imaginaria provincia llamada Laconia y pasan varios años alrededor de 1630 en el vano intento por descubrirla». (Sir Ferdinand Gorges, en *Maine Hist. Coll.*, Vol. II, p. 68). Thomas Morton tiene un capítulo sobre dicho «Gran Lago». En la edición de 1632 del mapa de Champlain aparecen las Cataratas del Niágara, y en un gran lago al noroeste del *Mer Douce* (Lago Hurón) figura una isla sobre la que está escrito «*Isle ou il y une mine de cuivre* (Isla en la que hay una mina de cobre)». Esto servirá para compensar el «cristal de Moscovia» de nuestro Gobernador. De todas estas aventuras y descubrimientos tenemos un relato minucioso y fiel que proporciona hechos y datos, así como cartas de navegación y sondeos, todo científico y a la francesa, con apenas una fábula o historia de viajero.

Es probable que Cape Cod haya sido visitado por europeos mucho antes del siglo diecisiete. Puede que el propio Cabot lo contemplase. Verrazzani, en 1524, de acuerdo a su relato, pasó quince días en nuestra costa, en la latitud 41° 40' (algunos suponen que en la ensenada de Newport), y a menudo se internó cinco o seis leguas tierra adentro, y dice que desde allí navegó a continuación ciento cincuenta leguas hacia el nordeste, siempre a la vista de la costa. En *Divers Voyages* de Hackluyt hay un mapa realizado sobre los apuntes de Verrazzani, alabado por su precisión por Hackluyt, pero yo no distingo Cape Cod en él, a menos que sea el «C. Arenas», que está en la latitud correcta, si bien diez grados al oeste de «Claudia», que supuestamente es la Block Island.

La *Biographie Universelle* nos informa de que: «Un antiguo mapa manuscrito» dibujado en 1529 por Diego Ribeiro, cosmógrafo español, ha preservado el recuerdo del viaje de Gómez [portugués enviado por Carlos V]. En él se lee, al pie del lugar que ocupan los estados de Nueva York, Connecticut y Rhode Island, *Terre d'Etienne Gomez, qu'il découvrit en 1525* (Tierra de Etienne Gómez, descubierta por él en 1525). Este mapa, con una memoria adjunta, se publicó en Weimar el siglo pasado.

El piloto en Canadá de Roberval en 1642, Jean Alphonse, uno de las navegantes más diestros de su época —y que dio instrucciones notablemente precisas y minuciosas para remontar el San Lorenzo, demostrando saber de qué hablaba—, dice en su «Routier» (está en Hackluyt): «He estado en una bahía a la altura del grado cuarenta y dos, entre Norumbegue (¿el Penobscot?) y Florida, pero no he explorado su fondo, y no sé si pasa de una tierra a la otra», es decir, a Asia. (*J'ai été a una Baye jusques pae les 42 e degres entre la Norimbegue et la Floride; mais je n'en ai pas cheché le fond, et ne sçais pas si elle passe d'une terre à l'autre*). Esto puede referirse a la bahía de Massachusetts, si no, posiblemente, a la inclinación hacia el oeste de la costa un poco más al sur. Cuando él dice: «No tengo duda de que el Norimbegue se introduce en el río de Canadá», está tal vez interpretando de ese modo un informe dado por los indios acerca de la ruta desde el San Lorenzo al Atlántico por el St. John o Penobscot, o posiblemente hasta el río Hudson.

Hemos oído rumores originados en numerosos ámbitos sobre ese

territorio, «Norumbega», y su gran ciudad. En una conferencia de un reputado capitán de navío francés que aparece en el tercer volumen de Raimusio (1556-65), se dice que es el nombre adjudicado al territorio por sus habitantes, y se nombra a Verrazzani como su descubridor; otro, en 1607, hace que los nativos llamen al territorio, o al río, Aguncia. En un mapa adjunto se lo representa como una isla. Antiguos autores lo mencionan con frecuencia como un territorio de extensión indefinida, entre Canadá y Florida, y en el mapa trazado de acuerdo al piloto de Verrazzani en *Divers Voyages* de Hackluyt, aparece como una gran isla, con Cape Breton como extremo al este. Esos mapas y rumores pueden haber dado origen a la noción, corriente entre los primeros colonos, de que Nueva Inglaterra era una isla. En el Atlas de Ortelius (*Theatrum Orbis Terrarum*, Amsterdam, 1570), el territorio y ciudad de Norumbega aparecen donde ahora se encuentra Maine, y el «R. Grande» está dibujado donde deberían estar el Penobscot o St. John.

En 1604, Champlain, enviado por el Sieur de Montas a explorar la costa de Norumbegue, navegó por el Penobscot desde «Isle Haute» veintidós o veintitrés leguas, o hasta ser detenido por los saltos de agua. Dice él: «Creo que este río es el que muchos pilotos e historiadores llaman Norembegue, el cual la mayor parte ha descrito como grande y espacioso, con numerosas islas; y su entrada está en la latitud cuarenta y tres o cuarenta y tres y medio grados, y según otros, los cuarenta y cuatro, más o menos». Está convencido de que «la mayor parte» de quienes hablan de una gran ciudad allí no la han visto nunca, sino que repiten un rumor, pero cree que algunos han visto la desembocadura del río, puesto que responde a su descripción.

Con fecha de 1607 Champlain escribe: «A tres o cuatro leguas al norte del cabo de Poitricourt [cerca de la bocana de la Bahía de Fundy, en Nueva Escocia] encontramos una cruz, muy antigua, cubierta de moho y casi destruida, señal evidente de que allí hubo antiguamente cristianos».

También el siguiente pasaje de Lescarbot ilustrará sobre en qué medida las costas vecinas fueron frecuentadas por europeos en el siglo dieciséis. Hablando de su retorno a Francia desde Port Royal en 1607, dice: «Por fin, a menos de cuatro leguas de Campseau, arribamos a una rada [en Nueva Escocia] donde un respetable anciano de San Juan de Luz, llamado el Capitán Savalet, que estaba pescando, nos recibió con suprema cortesía. Y como esa

rada, que es pequeña pero muy buena, no tiene nombre, yo le he dado en mi carta geográfica el nombre de Savalet. [Está también en el mapa de Champlain]. Aquel respetable anciano nos contó que el actual era el cuadragésimo segundo viaje que había efectuado a aquellos lugares, y que en cambio los terranovenses [*Terre neuviere*] realizaban sólo uno al año. Estaba sumamente contento con su actividad pesquera, nos informó de que diariamente obtenía bacalao por valor de cincuenta coronas, y que su viaje le proporcionaría diez mil francos. Empleaba a dieciséis hombres; y su embarcación era de ochenta toneladas, capaz de cargar cien mil bacalaos salados». (*Histoire de la Nouvelle France*, 1612). Secaban el pescado sobre las rocas en la costa.

La «Isolla della Réna» (¿Sable Island?) aparece en el mapa de «Nuova Francia» y Norumbega, acompañando al «Discourse» o disertación a que hemos hecho referencia antes, en el tercer volumen de Ramusio, edición 1556-65. Champlain habla de la existencia en la Isle of Sable, en 1604, de «hierba en la que pastan bueyes (*boeufs*) y vacas que los portugueses llevaron allí más de sesenta años atrás», es decir, sesenta años antes de 1613; en una edición posterior dice que provenían de una nave española que se perdió intentando establecerse en la Isle of Sable; y afirma que los hombres de De la Roche, que fueron dejados en dicha isla siete años desde 1598, vivieron de la carne de ese ganado, que hallaron «*en quantite*», y que al no haber madera ni piedra, construyeron casas con los restos de barcos naufragados en la isla («tal vez la de Gilbert»). Lescarbot dice que vivían «de pescado y de la leche de las vacas dejadas allí alrededor de ochenta años antes por el Barón de Leri y Saint Just». Charlevoix dice que se comieron el ganado y después vivieron de pescado. Haliburton habla del ganado dejado allí como de un rumor. Según Bancroft, basado en Charlevoix, De Leri y Saint Just había sugerido planes de colonización en la Isle of Sable ya en 1515 (¿1508?). Éstos son sólo algunos de los ejemplos que yo podría citar.

Suele decirse que Cape Cod fue descubierta en 1602. Vamos a examinar detenidamente bajo qué circunstancias, y con qué conocimientos y expectativas, los primeros ingleses que la historia claramente discierne abordaron la costa de Nueva Inglaterra. Según los relatos de Archer y Brereton (ambos acompañantes de Gosnold), el 20 de marzo de 1602,

calendario juliano, el Capitán Bartholomew Gosnold levó anclas desde Falmouth, Inglaterra, hacia la Parte Norte de Virginia, en una pequeña nave llamada *Concord*, siendo en total, dice un relato, «treinta y dos personas, entre ellas ocho navegantes y marineros, de las cuales, tras el descubrimiento, doce decidieron volver con el barco a Inglaterra y el resto permanecer como pobladores». Éste es considerado «el primer intento de los ingleses por fundar un asentamiento en el ámbito de Nueva Inglaterra». Buscando una ruta nueva y más corta que la habitual hacia las Canarias, «el 14 de abril siguiente avistaron Saint Mary, una isla de las Azores». Como sus marineros eran pocos y «no de los mejores» (textual), y se «dirigían a una costa desconocida», no se «arriesgaron a acercarse a la costa sino con tiempo despejado»; de modo que hicieron su primer descubrimiento de tierra con la sonda. El 23 de abril el océano apareció amarillo, pero al recoger algo de agua en un cubo, «no varió, en color ni en gusto, del azul marino». El 7 de mayo vieron aves diversas cuyos nombres conocían y muchas otras «sin nombre en el idioma inglés». El 8 de mayo «el agua cambió a un verde amarillento donde a setenta brazas tocaban suelo». El 9 recogieron en la sonda «muchas piedras relumbrantes» (...) «lo cual podría ser promesa de alguna materia mineral en el fondo». El 10 estuvieron sobre un banco que pensaron que estaba cerca del extremo oeste de la isla de St. John, y vieron cardúmenes de peces. El 12, dicen: «pasaron rauda y continuamente junto a nosotros *sea-oare*, que parecían dirigirse al noreste»^[278]. El día 13 observaron «grandes lechos de algas, mucha madera y otras cosas diversas flotando», y percibieron «el olor de la costa muy semejante al del sur del Cape, y Andalucía en España». El viernes 14, por la mañana temprano, divisaron tierra al norte, en los cuarenta y tres grados de latitud, aparentemente una parte de la costa de Maine. Williamson (*History of Maine*) dice que ciertamente no puede haber sido al sur de la central Isle de Shoals. Belknap se inclina a creer que era el lado sur de Cape Ann. Manteniéndose a prudente distancia de la costa, a eso de las doce del mismo día echaron anclas y fueron visitados por ocho salvajes, que llegaron hasta ellos «en una chalupa vizcaína, con vela y remos» (...) «un garfio de hierro y una vasija de cobre». Al principio los tomaron por «cristianos en peligro». Uno de ellos «estaba ataviado con un chaleco y pantalones de sarga negra del tipo usado por

nuestra gente de mar, y zapatos en los pies; todos los demás (salvo uno que vestía unos pantalones de tela azul), estaban desnudos». Parecían haber tenido tratos con «algunos vascos de San Juan de Luz, y entender mucho más de lo que nosotros», dicen los ingleses, «por falta de lenguaje, podíamos comprender». Pero no tardaron en «partir en dirección al oeste, alejándose de ellos y su costa». (Fue un notable hallazgo para los descubridores).

«El día 15», escribe Gabriel Archer, «volvimos a avistar tierra, la cual, siendo como pensábamos una isla, quedó delante de nosotros debido a un gran estrecho que apareció hacia el oeste entre ella y la mar, ya que viniendo hacia el extremo oeste de la misma percibimos en efecto una amplia abertura, que llamamos Shoal Hope. Cerca de este cabo anclamos en quince brazas e hicimos gran acopio de bacalao, por lo cual cambiamos el nombre por el de Cape Cod. Allí vimos cabezas de arenque, caballa y otros peces pequeños, en gran abundancia. Éste es un bajío arenoso, pero sin peligro; también volvimos a anclar en dieciséis brazas, directamente junto a tierra en la latitud de cuarenta y dos grados. Este cabo tiene una buena milla de anchura, y se halla entre el norte y el este. Allí el Capitán bajó a tierra y encontró el terreno lleno de guisantes, fresas, arándanos, etc., por el momento inmaduros, y también la arena junto a la orilla algo profunda; la leña que recogimos fue de ciprés, abedul, avellano y pedazos de madera. Un indio joven se presentó al capitán armado con arco y flechas, y luciendo unas láminas de cobre que le colgaban de las orejas; se mostró dispuesto a ayudarnos si lo necesitábamos».

«El 16 anduvimos hacia el sur por la costa, que era toda llana y cubierta de hierba, aunque las islas bastante boscosas».

De acuerdo con la narración de John Brereton, «navegando por allí», o sea por donde se comunicaron por primera vez con los nativos, «en una rada no muy buena, y dudando además del tiempo, alrededor de las tres en punto de la tarde, el mismo día levamos anclas y saliendo a la mar con rumbo al sur por el resto del día y la noche siguiente, con un fresco vendaval, por la mañana nos encontramos ante un imponente cabo; pero fondeando el mismo día a eso de las nueve a menos de una legua de la costa, izamos media vela de nuestra chalupa, y el Capitán Bartholomew Gosnold, yo, y otros tres fuimos a tierra, una orilla de arena blanca y muy empinada; y marchando toda esa tarde con los mosquetes al hombro, desde las colinas más altas que

encontramos vimos que aquel cabo era parte de un territorio principal, y que estaba prácticamente rodeado por varias islas; al regresar al anochecer a nuestra chalupa atisbamos a un indio, un joven de adecuada estatura y agradable aspecto y, tras un breve intercambio con él, lo dejamos en la orilla y regresamos a nuestro barco, donde en cinco o seis horas de ausencia lo habían colmado a tal punto de bacalao que tuvimos que tirar una cantidad por la borda; y estoy bastante convencido de que en los meses de marzo, abril y mayo, hay en esta costa mejor pesca, y en la misma gran abundancia, que en Terranova; pues las cabezas de caballa, arenque, bacalao y otros peces que vimos diariamente mientras íbamos y veníamos del barco a la costa eran magníficas», etc.

«Desde aquel lugar navegamos alrededor de aquel cabo casi todos los puntos del compás, la costa muy abrupta; pero como ninguna costa está libre de peligros, estoy seguro de que ésta está tan libre como cualquiera. El terreno un tanto bajo, lleno de importantes bosques, pero en algunos lugares llano».

No está muy claro de qué lado del Cape desembarcaron. Si lo fue del interior, como parecería por las palabras de Brereton, ha de haber sido en la costa occidental de Truro o de Wellfleet. Para cualquiera que entre en la bahía de Barnstable navegando hacia el sur a lo largo del Cape, la única costa de arena blanca como la citada se encuentra en esos lugares, aunque la ribera no es tan alta allí como del lado este. A cuatro o cinco millas de distancia los acantilados arenosos, de tan planos y regulares, lucen como un gran fuente de arenisca amarilla, especialmente en Wellfleet: la fortaleza del terreno defendiéndose de las invasiones del océano. Están veteados aquí y allá, como pintados, por arenas rojizas. Más al sur la costa es más llana, y menos visiblemente arenosa y abrupta, y un espaciado y leve matiz de verde en las marismas se ofrece al marinero como una rara y preciosa esmeralda. Pero en el Diario del Viaje de Pring del año siguiente (y Salterne, que estaba con Pring, había acompañado a Gosnold), se dice: «Partiendo de aquí [es decir, de Savage Rocks] nos internamos en ese gran golfo que el Capitán Gosnold sobrepasó el año anterior^[279]».

De modo que navegaron en torno al Cape, llamando «Point Cave» a su extremo sureste, hasta llegar a una isla que denominaron Martha's Vineyard

(hoy llamada Tierra de Nadie), y otra en la cual pernoctaron un tiempo, a la que llamaron Elizabeth's Island en honor a la reina, una del grupo llamado así desde entonces, conocida por su nombre indio de Cuttyhunk. Allí construyeron un pequeño almacén, el primer edificio construido por los ingleses en Nueva Inglaterra, cuyo sótano podía verse hasta hace poco, hecho en parte de piedras traídas de la playa. Bancroft dice (edición de 1837) que las ruinas del fuerte ya no se disciernen. Como aquellos que habían de quedarse no estaban contentos, el 18 de junio siguiente zarparon todos para Inglaterra con una carga de sasafrás y otras mercancías.

Al año siguiente vino Martin Pring en busca de sasafrás, y de allí en adelante empezaron a venir a montones, hasta mucho después de que el sasafrás hubo perdido su reputación.

Estas son las narraciones más antiguas que poseemos de Cape Cod, a menos, tal vez, que Cape Cod sea, como algunos suponen, lo mismo que aquel «Kial-ar-nes» o Keel-Cape en el cual, según viejos manuscritos islandeses, Thorwald, hijo de Eric el Rojo, tras navegar muchos días hacia el suroeste desde Groenlandia, rompió la quilla en el año 1004; y donde, según otro manuscrito en ciertos aspectos menos confiable, Thorfinn Karl se fue («esto es, uno que promete o está destinado a ser un hombre capaz o importante»; se dice que tuvo un hijo nacido en Nueva Inglaterra, de quien fue descendiente el escultor Thorwaldsen), pasó navegando en el año 1007, con su esposa Gudrida, Snorre Thorbandson, Biarne Grinolfson y Thorhall Garnlason, distinguidos escandinavos, en tres naves que llevaban «ciento sesenta hombres, y animales de todas clases» (probablemente entre ellos las primeras ratas noruegas), «teniendo la tierra a su derecha», anduvo por la costa y encontró «*Oraefi*» (desiertos inexplorados), «*Strand-ir lang-ar ok sand-ar*» (Largas playas estrechas y dunas) y «llamó a las costas *Furdu-strand-ir* (playas de maravilla) porque navegar junto a ellas pareció durar mucho».

De acuerdo con los manuscritos islandeses, *Thorwald* fue el primero de ellos, con la posible excepción de un tal Biarne Heriulfson (o sea, hijo de Heriulf), de quien se había apoderado un gran deseo de viajar y zarpó de Islandia hacia Groenlandia en el año 986 para reunirse con su padre —que había migrado allí— pues había resuelto, dice el manuscrito, «pasar el

siguiente invierno, como los precedentes, con su padre»; habiendo sido alejado hacia el suroeste por una tormenta, cuando el tiempo despejó vio el terreno bajo de Cape Cod asomando borrosamente a la distancia; pero como aquello no respondía a la descripción de Groenlandia, hizo virar su barco en redondo y, navegando hacia el norte a lo largo de la costa, finalmente alcanzó Groenlandia y a su padre. En cualquier caso, puede reivindicar con fuerza la condición de descubridor del continente americano.

Aquellos escandinavos eran una raza resistente, cuyos hijos más jóvenes heredaron el océano y lo surcaron sin carta de navegación ni compás; se dice que fueron «los primeros en aprender el arte de navegar con el viento». Además, tenían la costumbre de establecerse donde quiera que desembarcaban. Pero como ni Biarne, ni Thorwald ni Thorfinn han mencionado con suficiente claridad la latitud y longitud, aunque tenemos un gran respeto por ellos como navegantes hábiles y aventureros, tenemos por ahora que mantener la duda en cuanto a qué cabos vieron realmente. Creemos que estuvieron considerablemente más al norte.

Si el tiempo y el espacio lo permitiesen, podría presentar las alegaciones de otras varias personas respetables. Lescarbot, en 1609, afirma que los marinos franceses se habían acostumbrado desde tiempo inmemorial a frecuentar los bancos de Terranova «en procura del bacalao con el que alimentaban a casi toda Europa y proveían a todas las embarcaciones de altura», y que por tanto «el lenguaje de las tierras más próximas era mitad vasco»; y cita a Postel —un erudito aunque extravagante autor francés nacido en 1510, sólo seis años después de que vascos, bretones y normandos hubieran descubierto, se dice, el Gran Banco e islas adyacentes— diciendo, en su *Charte Géographique*, que nosotros no hemos visto: «*Terra haec ob lucro-sissiman piscationis utilitatem summa litterarum memoria a Gallis adiri solita, et ante mille sexcentos annos frequenari solita est; sed eo quod sit urbibus inculta et vasta, spreta est*». «Esta tierra, debido a su muy lucrativa pesquería, se acostumbró a recibir la visita de los galos desde el origen mismo de la historia, y hace más de mil seiscientos años se acostumbró a ser frecuentada; pero como no estaba dotada de ciudades, y era yerma, fue despreciada».

Es la vieja historia. Bob Smith descubrió la mina, pero yo se la descubrí

al mundo. Y ahora Bob Smith presenta su reclamo.

Pero no nos riamos de Postel y sus visiones. Puede que estuviera mejor ubicado que nosotros; y si efectivamente parece exagerar, puede ser porque su mira estaba a gran distancia: al otro lado del Atlántico. Si América fue hallada y de nuevo perdida una vez, como creemos la mayoría de nosotros, ¿por qué no dos veces?; sobre todo siendo probable que hubiera tan poca constancia de un descubrimiento anterior. Piénsese de qué está hecha la Historia: que en su mayor parte es simplemente un cuento sobre el que la posteridad ha convenido. ¿Quién nos dice incluso cuántos rusos intervinieron en la batalla del Chernaya, el otro día? Sin embargo no cabe duda de que el señor Fulano, el historiador, establecerá un número exacto para que los escolares lo integren a sus excelentes memorias. ¿Y qué hay del número de persas en Salamina? El historiador que yo leí sabía tanto de la posición de los bandos y sus tácticas como quien hoy describe una batalla reciente en un artículo periodístico, antes de que hayan llegado los detalles. Yo creo que si me tocara reconstruir la vida de la humanidad (cosa que nadie me encomendaría), con la Historia Universal a mi disposición, no sería capaz de contarla a derechas.

Antes de la fecha a que hace referencia Postel, en todo caso, Cape Cod yacía en la oscuridad total para el mundo civilizado, aun cuando, incluso entonces, el sol salía diariamente del mar por el este y, rodando sobre el Cape, se ponía hacia el oeste en la Bahía. Ya entonces eran el Cape y la Bahía... ¡ay! el Cabo del Bacalao y la Bahía de Massachusetts, tal vez.



HENRY DAVID THOREAU (Concord, Massachusetts, 12 de julio de 1817 - 6 de mayo de 1862) fue un escritor, poeta y filósofo estadounidense, de tendencia trascendentalista y origen puritano, autor de *Walden* y *La desobediencia civil*. Thoreau fue agrimensor, naturalista, conferenciante y fabricante de lápices. Uno de los padres fundadores de la literatura estadounidense, es también el conceptualizador de las prácticas de desobediencia civil.

Thoreau quiso experimentar la vida en la naturaleza, por lo que desde el 4 de julio de 1845 vivió dos años en un bosque cerca de Walden Pond, no lejos de su familia y amigos en Concord (como Ralph Waldo Emerson). Abandonó su cabaña el 6 de septiembre de 1847 para vivir con su familia. *Walden*, que relata su vida en los bosques, fue publicada en 1854.

En 1846, Thoreau se negó a pagar impuestos debido a su oposición a la guerra contra México y a la esclavitud en Estados Unidos, por lo que fue encarcelado. De este hecho nace su obra *La desobediencia civil*, en que deja entrever sus ideas políticas. En este texto se declara uno de los conceptos principales de su ideología: la idea de que el gobierno no debe tener más

poder que el que los ciudadanos estén dispuestos a concederle, llegando a tal punto que propone la abolición de todo gobierno. Su ensayo fue influyente en Lev Tolstói y en Mahatma Gandhi.

En ciencias naturales su prestigio es aún apreciable. Por ejemplo, Edward O. Wilson comienza su libro sobre *El futuro de la vida* (2002) con una carta dirigida a Thoreau.

Su obra y su ejemplo mantienen todavía una fuerte influencia en los movimientos en defensa de los derechos civiles (el propio Martin Luther King expresó abiertamente su admiración). En 1960, una efigie de Thoreau entró en el Panteón de los Héroes Norteamericanos de la Universidad de Nueva York, junto a George Washington, Benjamin Franklin, Abraham Lincoln, Thomas Edison y Ralph Waldo Emerson.

En 1998, el presidente de los Estados Unidos Bill Clinton lo propuso como modelo de las mejores prácticas ciudadanas y afirmó la superioridad moral de la desobediencia civil sobre la violencia.

Notas

[1] Buena parte de lo contenido en las cinco frases precedentes fue recogido (en 1908) del ensayo biográfico de Emerson sobre Thoreau. <<

[2] Pavimentada con capas compactas de piedra machacada y prensada. <<

[3] Al menos un molino de viento de Cape Cod, en Brewster, estuvo en operación hasta 1900. <<

[4] Cuando esto fue escrito, la actual valoración de la figura de Thoreau acababa de iniciarse. <<

[5] Ellery Channing, amigo de Thoreau, con cuya hermana Sophia editaron este libro tras la muerte de aquél. <<

[6] De los miles de cabos en el mundo, Cape Cod es uno de un puñado que son conocidos por millones de personas, en contexto, simplemente como «el Cabo». La breve lista incluye siempre: Cabo de Buena Esperanza, Cabo de Hornos, Cabo Cañaveral y Cape Cod, al que mencionaremos aquí frecuentemente como «el Cape». (N. del T.). <<

[7] La ininterrumpida extensión de playa entre el norte de la curva del cabo, y que es actualmente la Cape Cod National Seashore, de unas 25 millas de largo. <<

[8] Codfish: bacalao. (N. del T.). <<

[9] Bartholomew Gosnold (1572-1607), explorador inglés, zarpó de Nueva Inglaterra en 1602 en el *Concord*. <<

[10] Los vagones de pasajeros de un tren. <<

[11] Edificio usado para reuniones públicas, especialmente de culto, por los cuáqueros. (N. del T.) <<

[12] El *St. John* salió de Irlanda el 7 de septiembre de 1849. El 7 de noviembre una violenta tormenta precipitó al barco sobre la costa rocosa al sudeste de Boston. Se desconoce el número exacto de bajas, pero se calcula en alrededor de un centenar. <<

[13] Este párrafo fue la fuente del poema de Robert Lowell *The Quaker Graveyard in Nantucket*, publicado en *Selected Poems*, 1976. <<

[¹⁴] William Kidd (1645?-1701), pirata/corsario escocés. <<

[15] El Capitán James Cook (1728-1779), navegante y explorador inglés, dio dos veces la vuelta al mundo. <<

[16] Cabo a la entrada de la bahía de Boston. <<

[17] (Nota de Thoreau): La hierba de Jamestown (o estramonio). «Siendo ésta una planta temprana, era cosechada muy pronto para la ensalada hervida por parte de algunos de los soldados enviados allí (es decir, a Virginia) a sofocar la rebelión de Bacon; y varios de ellos la consumieron en abundancia, con el resultado de una comedia muy divertida, pues a consecuencia de su ingestión se volvieron tontos durante varios días: uno soplabla una pluma en el aire; otro le lanzaba furiosamente pajas a modo de dardos; y otro, completamente desnudo, se sentaba en un rincón como un mono, sonriendo y haciéndole muecas; un cuarto besaba y manoseaba cariñosamente a sus compañeros y se burlaba de ellos en su cara, con una expresión más grotesca que la de cualquier payaso alemán. En ese frenético estado los encerraban, a menos que ellos mismos, en su locura, se autodestruyesen, si bien se observó que todas sus acciones estaban llenas de inocencia y buena disposición. En realidad no eran muy diestros. Gastaban mil bromas simples, y al cabo de once días volvían a su estado normal, sin recordar nada de lo que había ocurrido».

History of Virginia <<

[18] La más pequeña de las siete colinas romanas, y antiguo centro de poder.

<<

[19] Perca amarilla (*perca flavescens*). <<

[20] La *Cape Cod Branch Railroad* llegó a Sandwich en 1848 (un año antes de la visita de Thoreau); en 1854 se convirtió en el *Cape Cod Railroad* y se extendió hasta Yarmouth Port y Hyannis. (Ramal ferroviario de Cape Cod / Ferrocarril de Cape Cod). <<

[21] Edward Hitchcock (1793-1864). Nombrado profesor de Química e Historia Natural en Amherst College en 1826, geólogo del Estado de Massachusetts en 1830, presidente de Amherst y profesor de Teología Natural y Geología en 1848. <<

[22] Relacionado con o creado por una crecida. <<

[23] Sedimento depositado por un curso de agua. <<

[24] Fundada en 1791, la más antigua sociedad histórica de las Américas. <<

[25] También llamada brezo de la arena, brezo de playa o brezo falso, de flores amarillas. <<

[26] La expresión «la sal de la tierra» se aplica a una persona considerada admirable o valiosa en relación con las demás. (N. del T.). <<

[27] Llamado entre los cuáqueros *meeting-house*, casa de reuniones. (N. del T.). <<

[28] William Brewster (c. 1566-1644), publicó panfletos críticos contra la Iglesia de Inglaterra, Rev. Elder de la iglesia de los Peregrinos en Plymouth, el mayor entre los pasajeros del Mayflower en la primera Acción de Gracias.

<<

[29] Muchas de estas casas son actualmente establecimientos que brindan alojamiento y desayuno. <<

[30] *A Topographical Description of Brewster*, por el Rev. John Simpkins, 1809, de las «Colecciones de la Sociedad Histórica de Massachusetts». <<

[31] La Higgins Tavern fue también visitada por Daniel Webster; el edificio forma parte ahora de la Olde Tavern Motel & Inn. <<

[32] («Globicéphalus melas»). Cierta delfín muy grande, de cabeza voluminosa, que se alimenta especialmente de calamares. (N. del T.) <<

[33] El primer canal de Cape Cod, bautizado con el nombre de Jeremiah Smith, fue excavado en 1804 y usado en la guerra de 1812 para evadir los bloqueos británicos. <<

[³⁴] Samuel de Champlain (1567-1635), *Voyages*. Explorador francés, elaboró los mapas de gran parte del nordeste de Norteamérica, puso en marcha un asentamiento en Quebec. <<

[35] Tiendas fabricadas con pieles de animales por los indios americanos. (N. del T.). <<

[36] Charles Darwin (1809-1882), naturalista británico que desarrolló la teoría de la evolución; Thoreau fue un admirador de su obra. <<

[37] La mayor de las islas enfrentadas a la costa de Chile. <<

[38] Heman Doane (1808-1891) poeta de Cape Cod. <<

[39] El diácono John Doane, pionero de la colonización de Cape Cod, nacido en Inglaterra alrededor de 1590, vino a Plymouth por el año 1630. La fuente de Thoreau no es correcta: Doane tenía cuando murió, en 1865, aproximadamente 95 años. <<

[40] Referencia a Aquiles, el héroe de *La Ilíada*. <<

[41] Coloquialmente, en inglés la alusión a una ballena (*a whale of a*) se refiere al tamaño o la calidad excepcionalmente grandes de algo. (N. del T.).

<<

[42] Islas en el Atlántico Sur, a unas 300 millas al este de Argentina, base de cazadores de ballenas en la década de 1800, visitadas por Charles Darwin en 1833 y 1834. [Se refiere, desde luego, a las Islas Malvinas, reclamadas desde siempre por Argentina. (N. del T.)]. <<

[43] «Seguidme, y haré de vosotros pescadores de hombres». *Mateo 4:19*. <<

[44] Terreno de Reunión del campo de los metodistas en verano a mediados de la década de 1880. <<

[45] Planta graminácea, contribuye en gran medida a sustentar el suelo y a permitir así que otras especies vivan en él. Formando con ellas diques o empalizadas se frena el avance de la arena, y es la planta mejor adaptada a los sistemas de dunas móviles. <<

[46] Una vara mide $16\frac{1}{2}$ pies, 6-12 varas es 99-198 pies. <<

[47] En la mitología romana, dios del agua. <<

[48] Grandes mamíferos acuáticos de los trópicos, a los que se dice que Colón llamó sirenas. <<

[49] Persona que rescata o recoge pecios. (N. del T.). <<

[50] El primer niño nacido a los Peregrinos en América, en 1620, mientras el *Mayflower* permanecía anclado en la bahía de Provincetown. <<

[51] «Nadie hay que cuestione mi derecho», de *The Solitude of Alexander Selkirk*, de William Cowper (1731-1800), poeta inglés, compositor de himnos; se cree que en Selkirk se inspiró el personaje Robinson Crusoe, citado también en Walden. <<

[52] David Crantz (o Cranz) (1723-1777) misionero moravo, *History of Greenland* 1767. <<

[53] Sociedad Benéfica o Humanitaria. (N. del T.). <<

[54] En la mitología griega, sacerdote de Apolo, padre de Criseida. En la Guerra de Troya, después que Agamenón tomó a Criseida, un oráculo de Apolo infligió una plaga a los ejércitos griegos, y Agamenón se vio forzado a devolverla. <<

[55] Nota de Thoreau: en inglés no tenemos una palabra que exprese el sonido de muchas olas golpeando al unísono, sea suave o violentamente, πολυφλοίσβοις al oído, y, con el océano de buen talante, un ἀνάριθμον γέλασμα a los ojos. <<

[56] En la tradición griega, poeta épico a quien se adjudica la Ilíada y la Odisea, de alrededor del 800 a. de C. <<

[57] John Newland Maffitt (1819-1886) renunció al servicio de la marina estadounidense en 1861 para unirse a la marina confederada, convirtiéndose en corsario después de la muerte de Thoreau. <<

[58] En la mitología griega, dios marino capaz de cambiar de forma. <<

[59] Barón Jean Baptise Genevieve Marcellin Bory de Saint-Vincent (1778-1846), soldado y naturalista francés. <<

[60] Obviamente, las Islas Malvinas, en el Atlántico Sur. <<

[61] William Henry Harvey (1811-1866), botánico irlandés, autoridad en algas. <<

[62] Unidad de longitud usada en marina, igual a 6 pies, equivalente a 1,6719 metros. (N. del T.). <<

[63] La palabra *greenness* significa verdor, pero también, coloquialmente, falta de experiencia; *sea-greenness* es un verdor marino, o sea, menos intenso. <<

[64] Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882), poeta, profesor y lingüista en Nueva Inglaterra, contemporáneo de Thoreau. <<

[65] Aquí el humor gira en torno al equivalente en inglés al dicho «a la ocasión la pintan calva» [*make hay while the sun shines*]. (N. del T.). <<

[66] *Seaweed*, de Longfellow; Thoreau omite las estrofas 5.^a, 6.^a y 7.^a de las ocho originales. <<

[67] *Gulled* es pasado y participio del verbo *gull* (embaucar, engañar); el sustantivo *gull* equivale a «gaviota», y también (antiguamente) a papanatas.

<<

[68] *Boobies* es el plural de *booby*: en este contexto, persona tonta, boba. (N. del T.). <<

[69] El 1 de marzo de 1849 el *Franklin* naufragó del lado oceánico de Wellfleet. El barco provenía de Deal, Inglaterra, y se dirigía a Boston con pasajeros y carga. Diez pasajeros se ahogaron, y también perdieron la vida muchos miembros de la tripulación. <<

[70] Los restos del naufragio incluyeron una maleta perteneciente al capitán de la nave, con correspondencia de los propietarios que demostraba que habían conspirado para que el barco se hundiera, habiéndolo asegurado previamente por el doble de su valor. Los dueños fueron acusados, y uno de ellos se declaró culpable, pero el otro pleiteó y ganó, y ninguno de los dos fue a prisión. <<

[71] En Nova Scotia y Quebec. <<

[72] John Milton (1608-1674), *El paraíso perdido*. <<

[73] En *El paraíso perdido* de Milton, Satán pasa por El Caos, la región entre el cielo y la tierra. <<

[74] En latín, «cuna»; alude también a nuestro primer hogar. <<

[75] *Herring* = arenque. <<

[76] John Newcomb, fallecido en el invierno de 1857-58, se dice que con 99 años de edad. <<

[77] Billingsgate es un mercado londinense de pescado, con origen en 1327.

<<

[78] Francis T. Buckland (1826-1880), zoólogo inglés, autor de cuatro volúmenes de *Curosities of Natural History*. <<

[79] Sieur de Poutrincourt (1557-1615), explorador francés. <<

[80] *America* (1871), de John Ogily, es en su mayor parte una traducción de *Die nieuwe en onbekende Weereld*, de Arnoldous Montanus (1625?-1683).

<<

[81] William Wood (1580?-1639), autor de *New England Prospect* (1636). <<

[82] *New English Canaan* (1637), de Thomas Morton (1579?-1647?). <<

[83] La casa que visitó Thoreau se encuentra todavía en el lado este de Williams Pond. <<

[84] En la tradición irlandesa y escocesa, poeta irlandés del siglo III. <<

[85] François Rabelais (1494?-1553), monje, médico, escritor satírico y crítico de los valores medievales, conocido por la bastedad de su lenguaje escrito.

<<

[86] Panurgo es un personaje de *Pantagruel*, de Rabelais. <<

[87] En la mitología griega es el maestro y compañero del dios del vino, Dionisos, que cantó a Cronos y Silenus acerca del comienzo del mundo. <<

[88] Las expresiones *tory* y *whig* denotaban a realistas e independentistas, respectivamente, en tiempos de la revolución. (N. del T.). <<

[89] De la égloga VI de las *Eglogas* de Virgilio. <<

[90] *Mourt's Relation*: escrita en 1620-21, describe el desembarco de los Peregrinos en Cape Cod, su establecimiento en Plymouth, las relaciones con los indios, la primera Acción de Gracias y el arribo del *Fortune*; publicada en Londres en 1622. <<

[91] En la *Historia del Mundo*, de Plinio el Viejo, Cleopatra, en un banquete con Marco Antonio, aplastó una perla muy grande, la disolvió en vino o vinagre y se la bebió. <<

[92] Josephus, Flavius: historiador y general judío de la Antigüedad. (N. del T.). <<

[93] Thoreau enseñó brevemente en la escuela pública de Concord; posteriormente dirigió la Concord Academy con su hermano John. <<

[94] John Josselyn (1638-1675). *An Account of Two Voyages to New England*, publicado en 1674, fue uno de los primeros trabajos sobre la historia natural de Nueva Inglaterra. <<

[95] Se dice que fue la primera mención por escrito del cultivo del brócoli en América. <<

[96] Beverly fue el primer nativo de Virginia en escribir una historia de la colonia, incluyendo una descripción del rescate de John Smith por Pocahontas. <<

[97] Dos pintas: poco más o menos un litro (N. del T.). <<

[98] John Claudius Loudon (1783-1843), escocés, jardinero paisajista y escritor sobre horticultura, editor de *Gardener's Magazine*. <<

[99] Nota de Thoreau: Ver *Végataux Résineux*, de Duplessy. <<

[100] *La Ilíada* <<

[101] Veleros: la goleta tiene tres palos, el bergantín y la goleta de gavia, dos.

<<

[102] Referencia a *Paradise Lost* [*El paraíso perdido*] de Milton: «*they of the trading flood / Through the wide Ethiopian to the Cape*».[... y en la ruta del comercio, / a través del Etiópico, hacia el Cabo). Trad. de E. Pujals, Madrid, Cátedra, 2001]. <<

[103] Un jabón fabricado con aceite de oliva en la región española de Castilla.

<<

[104] Augustus Addison Gould (1805-1886), médico, malacólogo, considerado uno de los pioneros de la conchología en América, publicó *Principles of Zoology* con Louis Agassiz (nota 38) en 1848; cofundador de la *Boston Society of Natural History*. <<

[105] En la versión castellana de *Nácar y Colunga* <<

[106] Litoral: adyacente o parte de una costa. <<

[107] En la mitología griega, un dios marino, hijo de Océano y Tetis, pastor de las manadas de fócidos de Poseidón. <<

[108] Barco construido por los colonos de Massachusetts en 1631. <<

[109] Canal o estrecho que separa la isla de tierra firme. (N. del T.). <<

[110] «... todos los ríos fluyen crecidos, y los torrentes marcan surcos profundos en las laderas y se precipitan desde las montañas al mar púrpura...». Homero, en La Ilíada <<

[111] William Gilpin (1724-1804), naturalista inglés. <<

[112] Fayal (también Faial): isla de las Azores centrales en el Océano Atlántico, conocida por la abundancia de plantas. <<

[113] Babel-mandel (también Babelmandel, Bab el-Mandel): estrecho entre el Mar Rojo y el Golfo de Adén. <<

[114] El río Chagres, en Panamá constituyó una temprana ruta a través del istmo que separa los océanos Atlántico y Pacífico. <<

[115] Lugares relacionados con la fiebre del oro en California. <<

[116] En el original: City de los Angeles. <<

[117] Alexander von Humboldt (1769-1859), naturalista prusiano, exploró la costa de Venezuela, los ríos Amazonas y Orinoco, y buena parte de Perú, Ecuador, Colombia y México; primera persona que dibujó las ruinas incas; huésped de Thomas Jefferson en 1804. <<

[118] Herrera y Tordesillas, Antonio de (1559?-1625), español historiador de Castilla y las Indias bajo Felipe II, cuyas narraciones se organizaron por décadas. <<

[119] Río en Venezuela y Colombia explorado por colonizadores españoles.

<<

[120] Legendaria ciudad de tesoros en Sudamérica, buscada en 1595 por *Sir* Walter Raleigh, cuya narración del viaje popularizó el mito en Europa. <<

[121] La mítica fuente de la juventud está asociada a un viaje en 1513 de Ponce de León a lo que él creía que era una isla, y a la que bautizó como «La Florida». <<

[122] Charles Darwin (1809-1882), desarrolló la teoría de la evolución. <<

[123] George Anson (1697-1762), oficial naval británico, circunnavegó el globo en 1740-4, a lo que hace referencia Darwin en *The Voyage of the Beagle*. <<

[124] Los escritos sagrados más antiguos del hinduismo. <<

[125] Humphrey Gilbert (1539?-1583), explorador y soldado inglés, hermanastro de *Sir* Walter Raleigh, que fundó un asentamiento inglés en Groenlandia en 1583, murió cuando su nave, *Squirrel*, se hundió cerca de las islas Azores. <<

[126] Georges Bank es un gran meseta submarina frente a la costa de Nueva Inglaterra, que origina una zona de aguas poco profundas de aproximadamente 75 millas de anchura por 150 millas de largo. <<

[127] La isla de los Demonios apareció en un mapa de Ruysch de 1507 y en mapas de Mercator y Ortelius en las décadas de 1560 y 1570; desapareció de los mapas a mediados de la de 1600. <<

[128] Los angloparlantes llaman así al Canal de la Mancha. (N. del T.). <<

[129] Thoreau inspeccionó el Walden Pond en 1846, y encontró una profundidad de 102 pies. <<

[130] Daniel Webster (1782-1852), estadista y orador estadounidense. <<

[131] Superficies resbaladizas. <<

[132] Pehr Kalm (1716-1779), botánico sueco, visitó Norteamérica entre 1748 y 1751; escribió *Travels into North America*, traducido al inglés en 1770-71.

<<

[133] Louis Agassiz (1807-1873) geólogo y naturalista suizo-americano considerado un «padre fundador» de la ciencia moderna estadounidense, llegó a Harvard en 1846, publicó *Principles of Zoology* y con Augustus Gould (nota 9) en 1848; contribuyó al interés de Thoreau por la botánica. <<

[134] Pierre Jean Edouard Desor (1811-1882), geólogo suizo, estudió paleontología y fenómenos glaciares con Agassiz. <<

[135] En la mitología griega, los Campos Elíseos eran después de la muerte el hogar de los virtuosos, o de aquéllos a quienes se otorgaba la inmortalidad.

<<

[136] La vivienda en EE. UU. cambió rápidamente a mediados de la década de 1800, con el mejoramiento de la capacidad de los aserraderos para cortar tablas en medidas estándar y de los ferrocarriles para llevarlas al mercado. <<

[137] La población de Truro era de 2087 personas en el 2000, pero tenía apenas 500 después de que unas grandes tormentas atlánticas destruyeran en dos ocasiones su flota pesquera. <<

[138] Todo viaje desde Provincetown en el extremo norte del Cape aparecía como «abajo» en un mapa normal. Los Peregrinos desembarcaron también en Eastham. <<

[139] Terreno diluvial es el creado por inundaciones. <<

[140] Edward Hitchcock (1793-1863), designado Geólogo Estatal de Massachusetts en 1830, publicó el *Report on the Geology, Minerology, Botany and Zoology of Massachusetts*. <<

[141] Las larvas de la hormiga león, también llamadas a veces *doodlebugs*, son insectos. Algunas especies, en su estado de larva, cavan un hoyo de forma cónica en suelo arenoso y aguardan en el fondo a que caiga una hormiga u otro insecto, que en ese momento se convierte en comida. <<

[142] Actualmente, $\frac{3}{4}$ de Truro es de «terreno comunal», como parte del litoral de uso público de la nación. <<

[143] Lo que había sido una zona de marismas arenosas que avanzaban sobre las granjas de Gasconia, en Francia, es en la actualidad el bosque más grande de Europa. <<

[144] John Claudius Loudon (1783-1843), diseñador inglés de paisajes y jardines, y escritor sobre cuestiones hortícolas, autor de la *Encyclopedia of Gardening*, 1822. <<

[145] El actual Yemen, en la península arábica, se llamó antes Arabia Felix, dominio de la Reina de Saba. <<

[146] En la mitología griega, el Argo es la nave de Jasón, que ha de navegar entre dos enormes peñascos flotantes, las Rocas Azules, capaces de moverse al unísono para aplastarla. Jasón envía a un pájaro primero, y pasa cuando los peñascos se están retirando. <<

[147] Los vikingos, que atacaron las costas de Europa occidental en los siglos IX y X (desde el Norte), se convirtieron después en colonos. <<

[148] *Lycidas*, de John Milton (1608-1674). Thoreau cambia «césped» por «mares». <<

[149] John Gorham Palfrey (1796-1881), pastor unitario, profesor en Harvard, editor de *North American Review* entre 1835 y 1843, de *History of New England*, 1859, Secretario de Estado de Mass., 1844-47, congresista, 1847-49, Director de Correos de Boston, 1861-67. <<

[150] John Montagu (1718-1792), cuarto Conde de Sandwich, Primer Lord del Almirantazgo, fue en parte responsable de la pérdida por los ingleses de la Guerra Revolucionaria. <<

[151] Sector de Truro Norte. <<

[152] Las hojas de esas plantas se usaban entre las duelas de los toneles para sellarlos. <<

[153] James E. DeKay (1792-1851) publicó la *Zoology of New York*, 1844. <<

[154] Playa sobre el lado de la bahía en Truro. <<

[155] Hecho del látex de plantas tropicales. En inglés, *India rubber*: *India* por proceder de las Indias Orientales y *rubber* por su uso primario como goma (de borrar). <<

[156] La región francesa de Bretaña, sobre el Océano Atlántico. <<

[157] Antiguo faro en la bahía de Cape Cod cerca de Wellfleet, establecido en 1822, reconstruido en 1858, fuera de uso desde 1915. En 1942 su isla había sido completamente barrida por las aguas. <<

[158] *Sir* William Jardine (1800-1874), naturalista británico, editó la *Naturalist's Library*, cuarenta volúmenes en 1833-1842, sobre peces, insectos, reptiles, aves, mamíferos. <<

[159] David Humphreys Storer (1804-1891) informó sobre los peces para el *Zoological and Botanical Survey of Massachusetts* de 1837. <<

[160] Ebenezer Emmons (1799-1863), geólogo y naturalista estadounidense, escribió sobre los mamíferos para el *Massachusetts Geological Survey* (1833-35). El comentario de Thoreau es quizás comprensible, pero Emmons era un respetado naturalista. <<

[161] Bahía del calderón gris. (N. del T.). <<

[162] David Crantz (o Cranz) (1723-1777) misionero moravo, *History of Greenland* 1767. <<

[163] Thoreau se ganaba la vida fundamentalmente como agrimensor o topógrafo. <<

[164] Mayor James Duncan Graham (1799-1865), ingeniero topógrafo estadounidense, dirigió relevamientos de Cape Cod entre 1833 y 1835. <<

[165] El faro original de 1797 estaba a más de 500 pies del borde del acantilado de arcilla de 125 pies que da a la playa. Thoreau calculó 20 varas, o 330 pies, pero para la década de 1990 el acantilado se había erosionado hasta alrededor de 100 pies desde el faro. En 1996 la estructura completa fue levantada y trasladada 450 pies tierra adentro. <<

[166] Cuarenta pies de este acantilado se perdieron también cerca del faro en 1990. <<

[167] James Freeman (1759-1853) primer pastor unitario reconocido. En 1794 propuso un faro en el sitio del actual Highland Light. Fundó la *Massachusetts Humane Society*, que mantuvo refugios costeros para marineros náufragos.

<<

[168] Fundada por Isaiah Thomas (1749-1831), publicada entre 1789 y 1895.

<<

[169] Charles Henry Davis (1807-1877). Se incorporó a la Marina estadounidense en 1823, dirigió los primeros relevamientos costeros comprensivos de Massachusetts, Rhode Island, Maine, instituyó las efemérides americanas y el almanaque náutico en 1849, creó el Departamento de Navegación y la Oficina Hidrográfica de la Marina, como alto oficial de la *Union Mississippi Flotilla* destruyó la flota confederada en Memphis y aceptó la rendición de la ciudad en 1862. Promovido a Contralmirante en 1863. Jefe del Dpto. de Navegación entre 1862-65, Superintendente del Observatorio Naval entre 1865-67 y 1874-77. <<

[170] Samuel de Champlain (1567-1635) explorador y navegante francés, trazó los mapas de gran parte de la Norteamérica del nordeste, inició un asentamiento en Quebec. <<

[171] Jean de Biencourt, Seigneur de Poutrincourt (1557-1615), de los primeros colonos de Canadá. <<

[172] La Borde fue un francés que trabajó en las misiones jesuitas en las Antillas hacia mediados de la década de 1600. Escribió una *Relation de l'origine, mœurs, coutumes, guerres et voyages del Caraibes, sauvages del iles Antilles de l'Amerique* (París, 1674; traducción alemana, 1783). <<

[173] **Olas marinas.** <<

[174] *Sir* Thomas Browne (1605-82), médico y ensayista británico. <<

[175] John Brand (1744-1806), clérigo y anticuario británico, publicó *Observations on the Popular Antiquities of Great Britain* 1777, describió los orígenes de costumbres y folklor, actualizó edición póstuma en 1813. <<

[176] El Monte Washington es el punto más alto del nordeste de Estados Unidos y el tiempo allí puede ser muy inclemente. Thoreau lo ascendió en 1839 y en 1858. <<

[177] Campo o terreno de peligro. (N. del T.) <<

[178] El buque de guerra británico *Somerset* encalló frente a Provincetown y Truro el 2 de noviembre de 1778. Se ahogaron alrededor de 50 marineros y el resto fue capturado por la milicia local y llevado a una prisión en Boston. <<

[179] Monedas de oro y plata rudamente acuñadas en la América española en el siglo XVIII. Tenían el peso de la pieza de ocho o una de sus partes alícuotas. (N. del T.). <<

[180] En 1717 unos piratas encabezados por Samuel Bellamy capturaron el barco inglés *Whydah* con una valiosa carga. El 17 de mayo, el *Whydah* chocó con una barra de arena en la niebla frente a Cape Cod y dio una vuelta de campana; la mayor parte de la tripulación se ahogó y los piratas sobrevivientes fueron capturados y ahorcados. En 1884 el *Whydah* fue redescubierto con sensores electrónicos, convirtiéndose en el primer naufragio documentado de un pirata que se haya descubierto. <<

[181] Mirlo americano de plumaje negro iridiscente (*quiscalus quíscula*). <<

[182] Chorlito de las tierras altas (*bartramia longicauda*). <<

[183] Plover de oro americano (*dominica pluvialis*). (N. del T.). <<

[184] Las libélulas son también llamadas agujas de zurcir, por una vieja superstición según la cual podían coserle los labios, las narinas y los ojos a un bebé dormido. <<

[185] Llamado más comúnmente «escarabajo de junio». <<

[186] Nota de Thoreau: «El faro ha sido desde entonces reconstruido, y exhibe una lente de Fresnel». [El francés Agustin-Jean Fresnel (1788-1827) inventó una lente de cristal en 1822, con anillos concéntricos de los prismas arriba y abajo, para enfocar la luz en un rayo angosto. El centro de la lente ampliaba ese rayo, que podía ser proyectado veinte o más millas hacia el mar]. <<

[187] En 1784, el suizo Ami Argand (1750-1803) patentó una lámpara de mechas con mecha tubular, que producía una llama más brillante que cualquier otra lámpara. <<

[188] El aceite de ballena filtrado es de la más baja calidad. <<

[189] 12 varas son 198 pies. <<

[190] *Sir John Franklin* (1786-1847), oficial naval británico, explorador ártico, murió en una expedición que pretendía encontrar el Paso del Noroeste. <<

[191] Aurora era la diosa romana de la mañana. <<

[192] 6 varas son 99 pies. <<

[193] Sebo hecho con grasa y tejidos animales, usado para fabricar jabón y velas. <<

[194] Se creía que Atlantis era una isla al oeste de Gibraltar que se hundió en el Océano Atlántico; la primera referencia conocida a Atlantis proviene de Platón. <<

[195] En la mitología griega, ninfas que vivían en un jardín en el que había un árbol que daba manzanas de oro, guardado por Ladón, un dragón de cien cabezas. Hércules engañó a Atlas para que le consiguiese las manzanas, para completar el undécimo de sus doce trabajos. <<

[196] Entre Douro e Minho es una región de Portugal. <<

[197] Galicia es una región del noroeste de España, y Pontevedra la capital de la provincia de igual nombre. <<

[198] El Cabo Finisterre («fin de la tierra», en latín) es un promontorio al noroeste de España que se interna en el Atlántico. <<

[199] Semejante a una canción del irlandés Andrew Cherry (1762-1812). <<

[200] Colón zarpó de Palos el 3 de agosto de 1492. <<

[201] «Las columnas de Hércules» es el nombre antiguo de un promontorio en el extremo oriental del estrecho de Gibraltar y la entrada al mar Mediterráneo. <<

[202] Según la tradición, las Columnas de Hércules eran el límite del mundo, la última frontera para los antiguos navegantes del Mediterráneo. Hasta allí se iba con relativa seguridad, nacida del conocimiento milenario; más allá, *plus ultra*, existía una extensión líquida inacabable e inabarcable. Para conmemorar las hazañas de Hércules fueron elevadas las columnas que llevan su nombre, que separan África de Europa, es decir, la del peñón de Gibraltar (antiguo *Kalpe* o *Calpe*) y la de Ceuta (antigua *Abila*). Fue Hércules quien separó las dos rocas para abrir el camino al Océano Atlántico. [Wikipedia]. (N. del T.). <<

[203] Una vara tiene $16 \frac{1}{2}$ pies, de modo que 6 equivalen a 99 pies. <<

[204] John Smith (1579-1631), que escribió *A Description of New England* en 1616, promovió el potencial de la pesca. <<

[205] Pequeño pescado similar al bacalao, pero de inferior calidad. (N. del T.).

<<

[206] Edmund Burke (1729-1797), escritor y político inglés. Discurso sobre la reconciliación con las colonias. <<

[207] La provincia canadiense de Terranova y Labrador está al nordeste de Maine y al sudoeste de Groenlandia. <<

[208] Pasaje oceánico entre Terranova y Labrador, en Canadá. <<

[209] La bahía está en New Brunswick, al sur de la península de Gaspé. <<

[210] Grupo de bajíos sumergidos al sudeste de Terranova, uno de los caladeros más ricos del mundo. <<

[211] 12 varas son 198 pies. <<

[212] Los Peregrinos desembarcaron en Clark' Island en Plymouth al día siguiente. <<

[213] Adaptado por Thoreau de *Blow, blow, blow, Thou Winter Wind* de W. Shakespeare. [*his* en lugar de *man's*; y suprime 4 versos finales de cada estrofa]. (N. del T.). <<

[214] *Wonder*: maravilla, milagro – *strands*: en lenguaje literario, playas. (N. del T.). <<

[215] Antigua ortografía de *eskimos* [esquimales]. <<

[216] Karl Christian Rafn o Ravn (1795-1864), arqueólogo danés, estudió los registros de las expediciones de islandeses a Norteamérica. <<

[217] Se refiere a Leif, El Afortunado (hijo del vikingo Eric el Rojo), que exploró zonas de Norteamérica alrededor del año 1000. (N. del T.). <<

[218] Un vara son $16 \frac{1}{2}$ pies, de modo que de 10 a 50 varas equivale a entre 165 y 825 pies. <<

[219] Provincetown tuvo una vez alrededor de 70 salinas, con molinos de viento cerca de la costa que bombeaban agua salada a unas cubas. La sal se producía cuando el agua se evaporaba. <<

[220] En 1847 el Tesoro estadounidense tuvo un superávit de cerca de 40 millones de dólares. El mismo fue distribuido entre los estados, que a su vez los distribuyeron entre las ciudades y las poblaciones menores. <<

[221] Tablas de las que constituyen la parte abombada de un tonel de 63 galones; esta capacidad se conoce como una «cabeza de cerdo». <<

[222] Thomas Prince (1687-1758) clérigo e historiador estadounidense, escribió *Chronological History of New England*, Vol I, 1736; Vol II, *Annals of New England*, 1755. <<

[223] Cotton Tufts (1734-1815), Weymouth, Mass., médico, miembro del Comité Revolucionario de Correspondencia, Mass. Medical Society. <<

[224] Sin perjuicio de las explicaciones a que alude Thoreau, *scoon* podría acaso ser la grafía empleada por él para el término dialectal escocés *scun*, que describe el acto de lanzar hacia adelante y con fuerza (acción ésta sugerida a su vez en inglés por el verbo *skip*) una piedra plana de forma paralela a la superficie de una extensión de agua, con objeto de que «rebote» varias veces en ella. El sufijo *er* aplicado a *schoon* (donde la *ch* se pronuncia como una *k*, denota al agente que ejecuta la acción). (N. del T.). <<

[225] Thoreau está en lo cierto: las primitivas embarcaciones del tipo *schooner* datan de los inicios del siglo XVII. <<

[226] Popular libro del capitán de marina James Riley, que naufragó en la costa occidental de África en 1815; como esclavo de los árabes, viajó a través del desierto. <<

[227] *Peter Kalm's Travels in North America*, del botánico sueco Peter Kalm (1715-1779), versión en inglés de 1770. <<

[228] Centeno de mar. (N. del T.). <<

[229] Flores en panoja amarillenta y cilíndrica, con pelos cortos. (N. del T.).

<<

[230] *Chelydra serpentina*, dotada de poderosas mandíbulas (N. del T.). <<

[231] «Simbad el marino» es un cuento dentro de *Las mil y una noches*, colección de cuentos populares persas, árabes e indios: en un pasaje, Simbad es obligado a llevar a alguien sobre los hombros. <<

[232] Vientos calientes y secos que soplan hacia el norte en el desierto de Sahara. <<

[233] John Gerard, herbario inglés (1545-1612), su *Herball* describió más de un millar de especies, pero parece haberse basado en *The Pemptades*, del botánico belga Rembert Dodoens (1517-1585). <<

[234] En Estados Unidos de América, un quarter o cuarto equivale a 25 libras = 11 350 gramos. <<

[235] *Travels in New England and New York*, de Timothy Dwight (1752-1817), publicado en 1821-22 (póstumamente). <<

[236] Timothy Dwight (1752-1817), clérigo, autor, educador estadounidense, presidente de Yale 1795-1817. <<

[237] Un *parterre* es un jardín formal, aunque no siempre con flores. <<

[238] Alude al uniforme de gala en la Armada. <<

[239] Alude al uniforme de gala en el Ejército. <<

[240] Una «cuerda» es una medida para cargas de leña. <<

[241] Claudius Aelianus (175-235) maestro romano, autor de *De Natura Animalium*. <<

[242] Plinio el Viejo (23-79), funcionario romano, enciclopedista, autor de *Naturalis Historia*. <<

[243] Nearchus (a. C. 360-a. C. 300), almirante de Alejandro el Grande, exploró el Océano Indico y el Golfo Persa. <<

[244] Carsten Niebuhr (1733-1815) viajero alemán, único miembro sobreviviente de una expedición danesa para la exploración científica de Egipto, Arabia y Siria. <<

[245] James King (1750-1784) oficial naval británico y explorador, tomó parte en el último de los viajes al Pacífico de James Cook, cuyo diario continuó tras la muerte de éste en 1779. <<

[246] Península volcánica en el extremo oeste ruso. <<

[247] Los gedrosi eran un pueblo de una provincia meridional de Asia. (N. del T.). <<

[248] Estrabón (63 a. C.-24 a. C.) historiador griego, escribió los 17 volúmenes de la *Geographika*. <<

[249] En griego, «comedores de peces». <<

[250] Jean Hardouin (1646-1729), erudito, publicó una edición de la *Historia Natural* de Plinio en 1685. <<

[251] **Georges Cuvier (1769-1832), científico francés.** <<

[252] Heródoto (484 a. C.-425 a. C.), escritor e historiador griego. <<

[253] Área en el sudeste de Europa que incluye partes de Bulgaria, Grecia y Turquía. <<

[254] John Gorham Palfrey (1796-1881), ministro, editor, político, habló en Barnstable el 3 de septiembre de 1839. <<

[255] *Historical Collections*, de John Warner Barber (1798-1885), publicado en 1839, con información sobre todas las ciudades de Massachusetts. <<

[256] Cuando se escribía con pluma de ganso, el texto se secaba con arena. <<

[257] Una «cesión de interés» se usa para transferir a otra persona el interés en una propiedad. <<

[258] Referencia a la «fiebre del oro» en California. <<

[259] James Duncan Graham (1799-1865) ingeniero topógrafo militar, participó en el relevamiento de la costa atlántica (Atlantic Coast Survey). <<

[260] Cotton Mather (1663-1728) pastor puritano y autor. <<

[261] Según el calendario juliano. (N. del T.). <<

[262] *Mourt's Relation* fue escrita originalmente por Edward Winslow entre noviembre de 1620 y noviembre de 1621. Describe el primer año de los Peregrinos, incluyendo sus exploraciones iniciales, su asentamiento en Plymouth y sus relaciones con los indios de los alrededores. Fue publicada en Londres en 1622, al parecer por George Morton. <<

[263] El dramaturgo Terencio escribió: *Homo sum et nihil humanum a me alienum puto* (Soy un ser humano y nada de lo humano me es ajeno). <<

[264] John Smith (1580-1631) soldado y explorador inglés. <<

[265] Francis Billington (?-1684) vino a Nueva Inglaterra en el *Mayflower* con sus padres. <<

[266] Samuel de Champlain (1570?-1635) explorador francés, fundador de Quebec. <<

[267] El prefijo negativo «a-». (N. del T.). <<

[268] Wrath Cape: cabo de la furia. El nombre no se debe a la furia de las aguas en la zona, sino proviene de la palabra noruega que indicaba el punto donde sus barcos debían dar la vuelta para retornar a casa. (N. del T.). <<

[269] Grafía inglesa de Bermudas. Las islas fueron descubiertas por el español Juan de Bermúdez en 1515. (N. del T.). <<

[270] *Davy Jones's locker* = el fondo del mar; la tumba de los ahogados o sepultados allí. (N. del T.). <<

[271] Referencia a la batalla de Quebec en 1759, cuando los soldados británicos del general Wolfe ganaron, pero el general encontró la muerte. <<

[272] Alusión al telescopio grande de cobre amarillo poseído por el capitán Spilsbury y usado en el lago Ontario durante la guerra de 1812. (N. del T.).

<<

[273] Los «carros» son vagones de tren de pasajeros. <<

[274] Thoreau visitó la playa de Fire Island en Long Island en 1759, y le escribió a Emerson sobre el naufragio que se había cobrado las vidas de Margaret Fuller y su familia. <<

[275] El tramo que recorrió Thoreau se llama ahora la gran playa exterior, y ha devenido en zona reservada por el gobierno federal para uso público. <<

[276] Giovanni Caboto, conocido en inglés como John Cabot, navegante y explorador italiano, padre de Sebastián Gaboto. (N. del T.). <<

[277] Es notable que la primera, si no la única, parte de Nueva Inglaterra que vio Cartier fuera Vermont (vio también las montañas de Nueva York) desde el Monte Montreal, en 1535, sesenta y siete años antes de que Gosnold viese Cape Cod. Si ver es descubrir —y eso fue todo lo que está probado que Cabot conoció de la costa de Estados Unidos—, Cartier (para omitir a Verrazzani y Gómez) fue el descubridor de Nueva Inglaterra, más bien que Gosnold, a quien comúnmente se asigna el hecho. <<

[278] La referencia es al oarfish, un pez grande, sumamente alargado, pelágico y lampriforme que incluye a la pequeña familia de los *regalecidae*. (N. del T.). <<

[279] La «Roca Salvaje», que algunos, por el nombre, han supuesto que fuera *Salvages*, un arrecife a eso de dos millas de Rockport, Cape Ann, era probablemente el *Nubble*, un peñasco grande y elevado próximo a la costa, del lado este de la rada de York, Maine. Expertos navegantes presumen que la primera tierra pisada por Gosnold fue Cape Elizabeth, en la misma costa. (Véase la *Historia de Gloucester, Massachusetts*, de Babson). <<